

CASA
DE LAS
CULTURAS

HISTORIAS DE VIDA

ocurrió como

enilles

IX Edición concurso de narrativa sobre
experiencias migratorias en Zaragoza 2013



Zaragoza
AYUNTAMIENTO
Acción Social

Índice

<i>Presentación</i>	5
<i>La memoria de las piedras</i>	
Stephanie Frassoni	7
<i>¡Historia inacabada!...</i>	
Brígida Reina Pérez	14
<i>Del Sahel a Aragón: un sueño vivido</i>	
Mamadou Oumar Kane.....	23
<i>Ourovoros</i>	
Alicia Silvestre Miralles	34
<i>Almeta</i>	
Mariana Maftel.....	41
<i>Migración</i>	
María Esther Ramos Ruiz	50
<i>La Nueva Tierra</i>	
Paola María Luisa Castro Manrique de Fernández.....	57
<i>El hogar encontrado</i>	
Elena Riccio Gladovich	67
<i>Transcurso de una vida</i>	
José María Torralba Turrau	75

<i>Los pájaros de asfalto</i>	
Ángela Bergua Royo.....	83
<i>Ciudadano universal</i>	
Gregorio Blanco Sicilia.....	89
<i>Correr tras un sueño</i>	
Olga Matilde Lamilla Perea.....	99
<i>Aventura, significa llegar</i>	
George Ciprian Aurelian Hanganu.....	107
<i>Del Jerte al Ebro</i>	
Manuel Pedro Brea Sánchez.....	117
<i>Eureka</i>	
Sandra Monteverde Ghuisolfi.....	126
<i>La zaragozana, establecida en 2010</i>	
Yanelis Abreu Proenza.....	132
<i>Monumento escrito para un gran migrante</i>	
Mayra Andrango Quimbiulco.....	142
<i>En algún lugar...</i>	
Rafael Dangond Cardenas.....	153
<i>Tribulaciones de un pamplonés en Zaragoza</i>	
Ismael Arana Urtiaga.....	166
<i>Observándome</i>	
Francisca Ramona Onguene Bee.....	176

¡A Cataplum!

Luis Alberto Londoño Pinto..... 190

La verdad tras el cierzo

Sergio José Royo Bueno 196

De Venezuela a Zaragoza. Entre dos ríos

Beatriz del Valle Martínez González..... 206

La ciudad de los leones

Pedro Gerardo Aguilar Ruiz..... 214

Seguiremos andando...

Arturo Carrasco Martínez 222

Experiencias giratorias

Juan Freire López Chaves 233

Recuerdos Lejanos

Xavier Santiago Chimborazo Rea..... 242

*Una hora en el Skype,
tú en el cerro San Cosme y yo en Zaragoza*

Eloy Macutela Cuba..... 253

A caballo del Cierzo

Mariano Alejandro Barona Molina 259

Mi viaje a Zaragoza

Ibtissam Zouggagh..... 270

Presentación

Desde su inicio en el año 2004 hasta la actualidad, el concurso sobre Experiencias Migratorias “Acercando Orillas” supone una reflexión profunda y cercana, sobre las causas o motivos por los que una persona decide migrar, sus vivencias y la búsqueda inagotable de una vida mejor.

A lo largo de todos estos años hemos podido acercarnos a experiencias narradas en primera persona que han compartido con nosotros no sólo la difícil y compleja decisión de iniciar un proceso migratorio, sino que además, nos han permitido conocer más de cerca sus emociones, sus sentimientos y su llegada a nuestra ciudad como una oportunidad de superación personal.

En esta edición de 2013 han participado 34 personas, procedentes de diferentes países del mundo que han querido plasmar y compartir con todos los ciudadanos generosamente su historia de vida.

De todos los relatos presentados, el jurado ha decidido otorgar el premio al relato presentado por la concursante de origen francés, Doña Stephanie Frassoni titulado “La memoria de las piedras”, queriendo además hacer una mención especial al relato “La historia inacabada” de Doña Brigida Reina Pérez que refleja en este caso la migración interna.

Nuestra gratitud también al resto de participantes ya que sin ellos no hubiera sido posible llevar a cabo este concurso, así como a los miembros del Jurado por su desinteresada colaboración.

Sin todos vosotros esta IX Edición no hubiera sido posible

Doña Isabel López González
Concejala Delegada de Acción Social y Mayor

1^{er} PREMIO
IX Concurso de Narrativa sobre experiencias
migratorias en Zaragoza

La memoria de las piedras

Stephanie Frassoni

He perdido la memoria. No sé cómo he llegado aquí. Por tren, por barco, andando... no lo sé, parece ser que el mar se ha llevado mis recuerdos. ¿Por qué? Tampoco lo sé. Paseo por las calles de la ciudad y no reconozco nada, hace cuanto tiempo que llegue aquí, ¿De dónde he venido?

Al pasar delante de la vitrina de una panadería me veo, me miro pero tampoco me reconozco. Sin memoria no soy nada, no existo, nadie me ve. No me había dado cuenta. Será que desde que estoy aquí no he necesitado de nadie. Significa entonces que no hace tanto tiempo porque nadie puede vivir sin los demás eternamente. Habré llegado hace un día o dos, máximo, y hasta el momento no he tenido que pedir nada a nadie, no he comido, no he bebido... no he vivido... quizás.

Me voy caminando hasta el río, me acuesto sobre las piedras y escucho su respiración... hay mucho ruido debajo, nunca me había dado cuenta. El río habla, el río me cuenta...

Ella

—¡No puede ser! no quiero, no puedo. A penas tengo 17 años, no me puede pasar eso. No puedo esperar un hijo, no quiero. Tiene que haber una solución, busco algo, algo como

las luces que anuncian las salidas de emergencia... pero no, no hay nada.

Todo me pasa por la cabeza, pero sé que aquí nada se puede hacer, hace tiempo que no permiten nada a nadie, sus lindas palabras sobre la igualdad y la repartición de los bienes se ha transformado en una pesadilla. Horas de fila para ver si te toca un trozo de carne, libros censurados, no hay café, no hay naranjas, no hay plátanos... me pregunto a qué sabe el plátano...

Aquí no hay nada para mí, quiero huir pero mis piernas no me siguen. Por favor llevarme lejos, ¡Correr... correr... ! No puedo.

Me alcanzan.

Él

Las botas de los soldados resuenan en el patio de la casa, son botas duras, de buena factura, no como nuestros zapatos que se han vuelto el área de juego favorito de todo tipo de insectos. Les parecerán muy divertidos, se meten por un agujero y salen por otro, están calentitos aquí dentro, los veo. Trato de no pisarlos pero me resulta difícil. Que en paz descansen todos estos animalitos sin defensa.

Esta noche toca sopa de primero y luego carne... ¡Sí, sí... carne! Espero a que se sienten todos y sin que me vean me cuelo debajo de la mesa. Huele mal, sus botas son sucias. Sus piernas son grandes y fuertes, tengo que zigzaguear para no recibir patadas. Ríen fuerte, eructan y a veces tiran comida. Pero nada se pierde, aquí estoy yo esperando. Quiero que se vayan de nuestra casa pero mamá me dice que no hay que decir nada, que nos pueden

hacer daño y que además hay que tener mucho cuidado porque mi padre no es de aquí.

¿Mi padre no es de aquí? ¿Y de dónde es? ¿De dónde soy?

“¡Alain, Alain!” mi madre me busca pero no puedo moverme. Por suerte “los cerdos”, como les llamo, se levantan y me liberan de la prisión en la que me había metido. Mi madre me ve salir de debajo de la mesa y corre detrás de mí para darme “mi merecido” como ella dice. Corro... .

Ella

Voy a dar vida pero por dentro siento que me han robado la mía. Nueve meses en un apartamento para sustraerme de la vida, de la mirada de la gente. Es la inquisición, mi inquisición. Mi único contacto: mi padre que aparca el coche delante del edificio y viene a verme. Lo más duro: cuando abre la puerta del pasajero y veo que mi madre se niega una vez más a bajar. Lloro, como siempre, me alejo de la ventana, me alejo de ella, empiezo mi viaje sola... ¡No! ¡Ya no!... ya no estoy sola, estás a mi lado, Katarzyna, ya verás que la vida vale la pena y que juntas seremos más fuertes. Te abrazo, eres mi salvavidas. Gracias.

Él

Corre para llegar a tiempo a la estación del tren. Se va. Ha quedado con un amigo en la ciudad de Nancy, ahí tomarán el coche para ir hasta Polonia. Llega con el tiempo justo para subirse al tren, nadie ha venido a despedirse. Su padre dice que para que se va, que a él le ha costado mucho pasar de Italia a Francia y que ha

trabajado duro para darle un buen futuro, aquí hay trabajo, mujeres guapas, ¿Qué va a buscar ahí?

¿Lo que va a buscar? No lo sabe pero sabe lo que quiere dejar. El viaje es largo, unas 30 horas de coche en la espesa nube de unas “Gauloises” de tabaco negro que invade el habitáculo del coche.

Ellos

“¡No, no fumo!” le responde ella. No lo entiende muy bien, tiene un acento raro, como si su garganta se negara a hacer una “R” que resuene. “¿Puedo sentarme?” Sin esperar su respuesta se sienta en su mesa. Ha venido a festejar un cumpleaños, hacía mucho que no salía, desde que tuvo la niña. Con su fuerte acento francés pide una botella de vodka y la beberán juntos hasta muy tarde, intentarán contarse sus vidas a pesar del idioma. Sus historias parecen cortadas, quizás lo son de verdad.

¿Qué les ha traído aquí? ¿Existe el destino? Se buscaron, se encontraron, se fueron.

Su madre tampoco querrá bajar del coche el día en que dejarán Polonia, su padre llorará en silencio. Los dos habían imaginado otra cosa para ella. Un desastre: una hija a los 17 años y luego se larga a Francia con un vulgar albañil de origen italiano... ¡Mama mía!

Sus padres de él: nunca aceptarán a ésta mujer polaca con una hija.

Ya todo está plantado, tendrán que hacerlo todo solos, construir sus vidas, su país. Como estas piedras que el río se lleva y

que recorren kilómetros flotando en altas aguas o arrastradas en el lodo para acabar un día en una orilla: La orilla. De ahí nació.

Hace frío. El viento, enemigo de mi vagancia, me obliga a abrir un ojo. El río se ha callado. Me levanto y camino. Mis piernas me llevan como si siempre hubieran cogido este camino. El frío abandona mi cuerpo, pero el miedo se resiste. ¿A dónde voy? Ellas lo saben, la memoria me ha entrado por los pies. Tengo que tenerles confianza.

La noche me está alcanzando, ya no tengo miedo. Soy yo, existo... un poco. Me siento en un banco, muchas madres me rodean, han acompañado a sus hijos a los juegos, me sonríen. Escucho sus risas, sus llantos, sus gritos, escucho a lo lejos un teléfono que suena sin parar.

—¡Señora, perdón, pero su teléfono no ha dejado de sonar desde que ha llegado aquí!

Me hablan, existo... mi teléfono. Busco frenéticamente en mis bolsillos y finalmente lo encuentro.

—Si... hola.

—¿Dónde estás? Ya estaba preocupado.

—¿Por qué?

—Porque ibas a ir al médico y tenías que llamarme al salir.

—Ahh... el médico... ¡Si!

—Suzanne, ¿Estás bien?

—Si estoy bien... pero...

—¿Pero qué?

—Estoy embarazada...

—¡Genial! ¿De cuánto? Lo esperaba desde hace tanto tiempo.

—Pero me da miedo...

—¿Miedo de qué? ¿Dónde estás? No te muevas... dime dónde estás, vengo.

—¿Dónde estoy? No lo sé.

Pregunto a la señora que está sentada a mi lado.

—En el Ebro... el paseo Echegaray... sabes donde hay los juegos de niños...

—Sí, sí, lo sé. Mira vamos a hacer una cosa, no cuelgues, sigamos hablando y en menos de 5 minutos llego.

—Vale.

—¿Cómo te sientes? no pareces muy contenta.

—Sí, sí, estoy contenta, pero como vamos a hacer, tú, yo... ella...

—¿Es una niña?

—No, no lo sé... supongo. Hay puras mujeres en mi familia. Pero esto no es el problema. ¿Cómo vamos a hacer, que le vamos a contar, que va a pensar de nosotros, de nuestras vidas, de sus abuelos, nos va a querer, la vamos a querer?

—¿Como que si la vamos a querer! Pues sí, es normal ¿no? ¿De dónde sacas todas esas ideas?

—De las piedras del río... A veces hay gente que no se quiere, gente que se va, gente que se siente sola y yo no quiero nada de esto para ella.

—Ya ves, ya la quieres, ¡ya quieres cosas buenas para ella!

—¿Pero de dónde será ella?

—O él... pues será de aquí y de allá. Le contaremos como las fronteras no son nada, como el amor lo es todo. Cómo tu abuelo cruzo los Alpes para un día conocer a tu abuela, como tu padre pudo hacer un pequeña puerta en un muro muy duro y muy alto, casarse con tu madre y tenerte a ti y a tus hermanas y como tu cruzaste el charco en busca de aventura, me encontraste y decidimos construir nuestra vida en un lugar donde no teníamos nada más que nuestro amor. Le dirás que sus brazos son polacos, sus piernas italianas, su vientre mexicano, su cabeza francesa, sus ojos maños y su corazón de todo un poco. Le dirás que así es la vida, que así es tu vida.

—Le diré que somos piedras del río y que el Ebro nos ha acogido en sus orillas pero que el viaje nunca se acaba. Te amo, la amo.

¡Historia inacabada!...

Brígida Reina Pérez

Comenzaré esta historia situándome en Extremadura, en un pueblo de Badajoz cercano a la provincia de Sevilla.

El 15 de mayo de 1901 nació un “niño prodigio”; era el primogénito de Antonio y Brígida, le pusieron Manuel, pero siempre le llamaron “Manolito”. Después nacieron dos varones más y una niña.

Manolito destacó mucho desde niño. Su madre quería que estudiara, pero su padre, que era un labrador rudo, consideraba que, como era el mayor, tenía que ayudarle a sacar adelante la casa y lo quitó muy pronto de la escuela para que trabajara con él y se dedicara a cultivar los campos (áridos, la mayoría) de aquella desértica región.

También, por ser el mayor, no tuvo que hacer la mili que duraba más de dos años. Al que le tocó hacerla fue a su hermano José M^a, que estuvo en la Guerra de África y volvió de Sargento con varias condecoraciones. Después murió joven de un accidente de caballo.

A su otro hermano le pilló la Guerra de España cuando era veinteañero. Estuvo herido de muerte pero se recuperó y huyó a Francia. Allí se unió a la Resistencia, pues había comenzado ya la 1^a Guerra Mundial en Europa, y luchó contra los alemanes, pero

los hicieron prisioneros. Cuando los llevaban en un barco a los campos de exterminio, se amotinaron y se apoderaron del mando. Pidieron asilo político en Inglaterra y allí vivió como ciudadano inglés. No se supo nada de él hasta 1960 aproximadamente. Murió en Londres en diciembre de 2005. Su historia es para otro relato.

Su hermana se casó con un señor de Llerena, pueblo muy cercano al suyo. Se quedó viuda bastante joven, con dos niños; cuidó de sus padres hasta que murieron. Era una mujer muy fuerte de espíritu y una gran luchadora. Se parecía mucho a su hermano mayor; superó un cáncer a finales de los años sesenta y murió casi octogenaria en Barcelona.

Manolito se casó con María (la Señorita pobre, que le decía cuando se enfadaban, porque su madre, la de María, Edelfina Zambrano, se había criado en el Cortijo de Cantalgallo, desde que se quedó huérfana, cuando era una niña y su madre enfermó. No dejaba de recordarle cada día su “sangre real”). Se querían desde niños y los dos eran muy guapos; Mariquita muy buena y Manolito muy trabajador, honesto y muy listo; trabajaba en el campo con su padre, leía mucho y escribía poemas. Decididos a emprender un futuro, compraron un chiringuito en el paseo para vender refrescos y hacer tertulias.

A Manuel le preocupaban todos los problemas sociales y que la gente de esos pueblos de Extremadura se muriera de hambre, no se preocuparan nada de la educación y fueran analfabetos. Apoyó con todas sus fuerzas a la República ¡Esa situación había que afrontarla! ¡Se había llegado a unos extremos inaguantables!. Se implicó mucho con los organismos sociales como voluntario,

dando clases de alfabetización de adultos en sus ratos libres. Participó mediando en la Parcelación Agraria de Extremadura, que fue de las primeras que se puso en marcha en España, con aquellos montes y grandes extensiones de tierra que solo se utilizaban para recreo y esparcimiento de reyes, condes, duques y marqueses y el pueblo no podía comer por no tener un terreno para poder cultivar. Manuel lo decía muy claro: –“Nunca se expropiaron las tierras, solo se requisaron para que la gente sembrara y si no tenían dinero lo pagaban en especie... ¡ el pueblo no podía morir de hambre!”–. Esa fue su participación más directa en la Guerra Civil y por lo que se le condenó a la pena de muerte, porque su labor era de intendencia. Ni siquiera fue al frente y, cuando se produjo el levantamiento, él se proclamó a favor de la República, porque la había votado y creía que con ese sistema de consensos y acuerdos, España iba a salir adelante por el bien de todos. Parte de la realeza como D. Fernando Zambrano, Conde de Cantagallo, Duque del Águila Real y varios títulos más, tío de Edelfina (la madre de María) estaban conformes y dispuestos a colaborar, apoyaban a Manuel y en muy poco tiempo la perspectiva de la provincia de Badajoz cambió. La gente se puso a trabajar con ahincó y se les veía felices porque les ilusionaba pensar que sus hijos se iban a beneficiar de ese cambio. Manuel creía en la República; tenía mucha confianza en el cambio positivo que se iba a producir en España. Eran una generación de jóvenes muy creativos que formaban su familia con enormes deseos de apertura e ingenio para conseguir ese futuro de libertad, igualdad y fraternidad que soñaban para sus hijos. Estaban dispuestos a darlo todo.

Con la República se dio una amnistía general; salieron todos los presos de las cárceles (quizás la carcel no tendría que existir

pero tendría que estudiarse a fondo y con tiempo como solucionar esto). La anarquía descontrolada acampaba a sus anchas. El desorden y el desenfreno se convirtió en una orgía generalizada (quizás la gente actuaba de buena fe... estaba contenta). Los malvados aprovecharon la ocasión. Se sirvieron de “vagos y maleantes” para llegar a una situación límite; quemaron iglesias, tiraron santos por las ventanas... (había que justificar el levantamiento...). Lo que sucedió después ya es un hecho en nuestra Historia, la Guerra Civil lo derrumbó todo.

Manuel estaba en Badajoz, había sido llamado para una reunión de emergencia. Se corrió la voz de que los moros y las tropas de Queipo de Llano estaban arrasando Sevilla y entraban a saco: matando a los niños, violando mujeres, rasgándoles las orejas para quitarles los pendientes y cortándoles el dedo para llevarse las alianzas de oro... así que salieron huyendo de su casa con lo puesto y con un cuadro que se llevó Edelfina debajo del brazo con una imagen de Jesús del Gran Poder (al que ella le tenía gran devoción y además cubría una fotografía de un antepasado de su familia). Así que todos los ciudadanos de las zonas republicanas huyeron dejando todos sus enseres dentro de la casa y los que se habían pasado a la zona de los sublevados, como sabían que a ellos no les harían nada, se quedaron con todo, como si fuera suyo; se metieron en sus casas y ya no dejaron entrar a sus legítimos dueños. Fueron días de absoluta confusión; mataban a la gente en masa, arrasaban los pueblos y la gente corría despavorida sin rumbo.

María estaba embarazada y tenía dos niños. Edelfina vivió con ellos siempre porque se quedó viuda muy joven y no tenía más hijos que María. Les cobijaron en un cortijo de La Mancha que

conocían a la familia. Allí nació otro niño. De Manuel no sabían nada, pensaban que había muerto.

Manuel no había cogido un fusil. Al pueblo no le dieron armas, cada uno se defendía como podía. Como ya estaban perdiendo la guerra, los que quedaban vivos estaban sitiados en un cerro que custodiaba su valle y allí se unió a ellos para resistir mientras pudiera. Creía que a toda su familia la habían matado, así que tampoco tenía muchos deseos de vivir.

Les mandaban provisiones para subsistir de los pueblos vecinos una vez por semana. Llevaban varios días sin recibir avituallamiento, así que estaban desfallecidos y aguantando sin más. Vieron que subía el burro y el guía... ¡resurgió su esperanza!. En el cerro de enfrente estaban los insurrectos bien provistos de armamento y comida esperando que asomaran la cabeza. Dispararon al guía y el burro giró y se fue hacia el bando contrario. Manuel no lo pensó dos veces, tiró el fusil y saltó hacia el burro. Lo cogió por la cincha y lo hizo volver hacia ellos. Por supuesto a el lo acribillaron a balazos y una bala le dio en la pierna derecha a la altura de la rodilla y quedó tumbado en el suelo. El burro consiguió llegar a la zona republicana, pero a el lo cogieron prisionero y fue condenado a muerte.

Estuvo en el Hospital bastante tiempo; cuando llegó con la bala que se le incrustó en la rodilla, desnutrido y habiendo perdido mucha sangre, su aspecto era lamentable y su estado crítico. Había un médico que dirigía el equipo de cirujanos, que todo lo solucionaba cortando por lo sano. Decía “total, si iban a morir...!”. Cuando Manuel oyó “esta pierna hay que cortarla” palideció. Imploró que si se iba a morir que lo dejaran con su pierna y, un

médico joven del equipo del “matarife”(que era el alias con el que se conocía al jefe de cirujanos) dijo: “Tiene mucha fiebre y la herida está infectada. Dejadlo aislado, por si tiene algo contagioso, y yo me ocuparé de él”. Manuel deliraba. Lo dejaron solo en un rincón y el médico que pidió que lo aislaran volvió con un instrumental y material para limpiarle y desinfectarle la herida. Le bajó la fiebre y se durmió. Al despertar lo encontró a su lado. Manuel, en su estado, no lo había reconocido, pero él sí. Habían estado juntos en algunas contiendas, porque eran paisanos. Le dijo que había cambiado la camisa porque tenía miedo a perder la vida. Le dijo que si lo trataba mal delante del equipo que no se lo tuviera en cuenta, que el procuraría que estuviera aislado el mayor tiempo posible y se ocuparía de él cuando pudiera y que estuviera seguro que le salvaría la pierna. Cuando pasaban visita siempre decía: “A ese no os acerquéis, peligro de contagio, yo me ocuparé”.

Manuel escribía poemas y era buen conversador. Había leído a los clásicos, era inteligente y tenía facilidad de palabra; era muy fácil entenderse con él y muy amenas sus conversaciones. El médico era republicano y mantenía sus ideales, aunque cuando estaba con los otros del equipo lo trataba con desprecio. Algunos trataban a los heridos muy mal porque eran los perdedores.

Manuel conservó su pierna, aunque le quedaban restos de metralla. Sanó y lo llevaron a la cárcel, a esperar que lo mataran cualquier día.

Allí empezó su peregrinación por diferentes cárceles españolas. Una de las que nunca pudo olvidar fue la de Astorga. Contaba como en invierno se helaba totalmente la piscina y les hacían

salir de madrugada a bañarse. Tenían que romper el hielo y meterse desnudos. Si toda la piscina era un témpano de hielo y no se podía romper, les echaban cubos de agua fría por la espalda, y empapados y tiritando, volvían de nuevo a los calabozos. Entre la humedad de los calabozos y lo débiles que estaban por las torturas que les imponían para que se confesaran culpables y firmasen lo que ellos querían, se morían muchos en las cárceles y los que fusilaban cada noche cuando los sacaban a pasear ¡aquello era una masacre!. El estaba incomunicado y el espacio era muy pequeño, pero daba saltos y se movía mucho para no morir de frío o con una pulmonía.

Había días que deseaba con todas sus fuerzas que le tocara para acabar de una vez con esa pesadilla. Otros días, sin embargo, el recuerdo de su mujer y de sus hijos y el deseo de volver a verlos, le hacía alegrarse de haberse librado.

Transcurridos cinco años dieron un indulto general a los condenados a muerte conmutándoles la pena por trabajos forzados. Los sacaron al patio para comunicárselo y les dieron a elegir trabajar en las minas del carbón o hacer el monumento a los Caídos. Él prefirió elegir las minas.

Fue destinado a la minas de Utrillas (Teruel). Los ubicaron en unos barracones, como soldados. Allí dormían. En una posada se encargaban de las comidas, que se hacían por turnos.

Como necesitaban ayuda en la posada y Manuel se había informado de la situación de su familia, habló con la señora que regentaba la posada para ver si podía traer a su esposa. Le dejaron una habitación en la casa. Cuando vino María renació la esperanza en Manuel. Allí la acogieron muy bien porque María era

muy buena y trabajadora. Tuvieron una niña a la que le pusieron el nombre de la madre de Manuel y su madrina fue la señora de la posada. Luego les buscaron una casa con habitaciones para la abuela, los chicos, las chicas y ellos con un salón muy grande que hacía de cocina comedor, con una chimenea en el medio con una tarima redonda de madera en la que se sentaban todos y se estaba muy calentito. También tenían corral y caballerizas, que eran unos cuartos grandes para guardar cosas. En esa casa grande, a la que llamaban el castillo, porque estaba en lo alto de una roca y se destacaba en todo el pueblo, vivían dos o tres familias más en otras plantas. Había una gran armonía entre los vecinos. Ubicados ya en la casa vino la abuela con los tres niños. Al año de vivir allí, nació otra niña.

Manuel entraba todos los días en la mina, como todos. Repartía la dinamita, con otros dos compañeros. Hacían tres turnos. Los otros compañeros eran de familias del pueblo que tenían tierras y en los tiempos de siembras o recogidas tenían mucho trabajo en el campo, así que el solía hacer el turno de sus compañeros. Había días que se quedaba las 24 horas sin salir de la mina. Había que llevarle la comida y la cena para que se la entraran.

Cuando Franco dio orden de que les devolvieran las tierras, casas y enseres que se les habían robado a los republicanos o “rojos”, como les llamaban entonces, fue una farsa. Manuel no podía ir, porque estaba desterrado. María tampoco, por el mismo motivo. Así que fue la abuela, Edelfina Zambrano para firmar P.O. lo que le pusieran por delante, puesto que los que les habían robado no podían ponerse las escrituras a su nombre. Así que le dieron lo que quisieron y agradecidos porque les habían perdonado la vida.

Se compraron una casa y un trocito de tierra.

Manuel estuvo 20 años trabajando en la mina. Cuando lo liberaron decidieron ir a vivir a Zaragoza. Decrépito y enfermo, se prometió a si mismo que no volvería a pisar más su tierra natal. Se sentía más aragonés que extremeño y cumplió su promesa.

Murió en Zaragoza el 10 de enero de 1988 a los 86 años, con todos los suyos rodeando su cama, como el quería. No tenía ningún miedo a morirse porque fue siempre bueno e hizo el bien.

Manuel era mi padre. Yo nací en Aragón por estas circunstancias adversas de la vida y otra hermana que me siguió dos años después. El trabajó mucho, cultivo buenas amistades y como el Ave Fénix, resurgió de sus cenizas y empezó de cero.

En su epitafio escribimos. “Vivió con amor y sembró su semilla” y aprovecho para dedicarle este poema.

Los “miserables” del mundo
ensucian todas las cosas.
Que la verdad resplandezca
y prevalezcan las obras
buenas, que nos van dejando,
—en este hermoso planeta—
los seres que van pasando
y... aunque no nos demos cuenta,
fructificará en el tiempo
el trigo que van sembrando.

Del Sahel a Aragón: un sueño vivido

Mamadou Oumar Kane

Jamás pensé expatriarme. Esta idea no me venía a la mente, en cambio descubrir el viejo continente siempre fue mi deseo. Con los programas escolares, la prensa, las discusiones con amigos europeos encontraba el deseo de conocer mejor este continente del que los lazos tempranos anudaron el contacto y desde entonces condicionan nuestra historia. Era preciso conocer en su sitio a los que han desafiado los océanos, las inclemencias, los azares variados para ir al descubrimiento. Estimaba un imperativo descubrir este continente que nos envió a misioneros, la escuela, voluntarios, es decir la luz y la beneficencia pero también la dominación perpetua.

Sentía la necesidad de disipar la ambivalencia que se me presenta cada vez que reflexiono sobre nuestras relaciones y los factores de bloqueo que pesan sobre nosotros. Ahorré durante mucho tiempo con el fin de hacer frente a los gastos de viaje para observar concretamente esta Europa que a la vez propaga el progreso, la comodidad, la democratización pero también la ruptura de los equilibrios esenciales, las desigualdades, la miseria. En contra de lo previsto, vine para unas vacaciones de un mes que debía permitirme visitar España y el sur de Francia y me quedé aquí. Estoy aquí desde ese día,” privado” de mi cultura, mis tradiciones, de la manera de ser que me dio forma.

En cambio aprendí mucho y me atrevo a aspirar a conocer mi país de acogida. Después de muchos viajes por razones de trabajo estoy instalado ya hace siete años en Zaragoza. Me siento como en mi casa, preocupado por todo lo que atañe a la vida de la ciudad. También siento el deseo de desplazarme a Gallocanta, Belchite a pesar de la lucha dura y permanente para subsistir aquí y apoyar a los que se quedaron. Ahora soy de las dos costas del Atlántico, porque como dicen en mi país cualquiera que sea la duración de su estancia en el brazo de río un palo no se transformará nunca en cocodrilo, pero también la cabra paca allí donde reside. Me preocupo de aquí y de allá.

Pisé suelo español en Barajas una mañana del 12 de septiembre de 2002 a las 6 de la mañana procedente de Dakar la Capital de mi país. Estaba en compañía de un colega con quien había emprendido el viaje. Él estaba más motivado que yo en el proyecto de ir a descubrir Europa. Curiosamente, él se fue de nuevo al término de la estancia legal y yo me quedé. Tenía la costumbre de decir “es necesario que vaya a ver concretamente lo que enseño”. Del aeropuerto salimos al mediodía simplemente porque la maleta de mi compañero había desaparecido. Habiendo fallado la mañana de visita Madrid nos esperaba un autobús para ir a Barcelona. Saliendo el chofer anunció que haríamos una pausa en Zaragoza. El anuncio suscitó en nosotros mucho interés porque este nombre era muy evocador por nociones adquiridas en su relación con Francia. Durante el trayecto los momentos de silencio intenso se alternaban con comentarios. Todo lo que desfilaba bajo nuestra mirada atenta suscitaba en nosotros pensamientos y nuestros sentimientos. La diferencia entre lo que se ofrecía a nuestra vista y el decorado en nuestro país era muy grande, tan indescriptible como

inimaginable. La morfología del suelo, la cubierta vegetal, los colores, las realizaciones humanas nos sumían en meditaciones. Experimentábamos sentimientos confusos. La red de carreteras que descubríamos no era semejante a la nuestra, en la que se observan niños mal vestidos, bolsas de plásticos, animales muertos o vehículos abandonados.

Las vías de circunvalación no existen en nuestro país. La entrada de una ciudad llama la atención por la vista de alumnos despreocupados de los peligros de la circulación, que juegan en el camino por el que van a pie y que une la escuela y su aldea. Disputan este trayecto con amas de casa que a pesar del haz de leña de madera seca para la calefacción o la cesta de provisiones en la cabeza y muy a menudo el bebé pegado a la espalda, marchan con paso firme que deja adivinar que muchas tareas caseras urgentes les esperan. A medida que avanzaba el autocar, me sentía impactado por lo que veía: la limpieza, las señales de tráfico, los campos, los túneles, los polígonos. Todo parecía decirme: ¿y vosotros? ¿Qué habéis realizado en vuestro país? Aunque nosotros veníamos de lejos; conteníamos nuestro cansancio y sueño para que nada se nos escapase. Todos los demás dormían. Se despertaron sólo ante la gasolinera cerca de Alfajarín. Yo no tenía ganas de nada tan pensativo estaba. Acababa de ver concretamente un paisaje que veía repetidamente en sueños. Para darme un respiro, rondé la calle al lado del autobús. Cuando volvimos a montar, mi amigo me mostró su decepción por no haber visto Zaragoza como esperábamos con interés. Es alguien de una memoria prodigiosa, quería narrarme la hazaña de Palafox, lo que representa El Pilar para esta ciudad. Viendo que estaba más pensativo que atento se calló después de procurar en vano saber lo que me pasaba. Yo

mismo no lo sabía. Tres años más tarde llegaba a explicármelo y comunicárselo por una carta.

Yo decidí quedarme y él prosiguió el viaje a Toulouse para volver al país como inicialmente previsto.

Fue una decisión difícil la que acababa de tomar. Considerando mi familia, (estoy casado y padre de tres niños), mis padres, mi país, mis amigos, mi medio natural y profesional. Acababa de cumplir 18 años de enseñanza que dejé detrás de mí, para avanzar hacia lo desconocido. No disponía de un capital económico, sino social que aquí me faltaba debido a la frialdad de la gente y del medio físico. Hacía un esfuerzo inmenso de adaptación, de humildad, de tenacidad ante los obstáculos, para no romperme. De la presidencia del jurado de comisión de examen en mi país me encontraba alumno en la sala de alfabetización en lengua española. Consciente de la importancia del instrumento lingüístico como medio de comunicación y soporte cultural, debía, cueste lo que cueste, dominar el español.

El trabajo o su búsqueda no facilitaban las cosas, a pesar de los recursos inmensos brindados por los servicios técnicos del ayuntamiento, de la DGA y de las organizaciones sociales. No tuve dificultades de adaptación aunque el proceso de integración fuera interrumpido sin cesar por los desplazamientos múltiples a través de la península. Estando los tres primeros años en una situación irregular por falta de una autorización de residencia y de trabajo, iba allí dónde el trabajo se ofrecía. España estaba económicamente en un crecimiento fascinante y acogía toda mano de obra extranjera.

Curiosamente fueron aquellos cuyo futuro motivó mi decisión de expatriarme, quienes me quitaban el sueño. Se trata de mi

familia. Mi esposa en primer lugar sobre todo porque mi soledad de aquí provocó la suya sin considerar que su carga educativa de los niños se aumentada. Son ellos, los hijos, su futuro más exactamente, quienes son la razón para estar fuera de casa. No quiero en que estén en las mismas condiciones que yo conocí. Considero que no poder alimentarse correctamente, cuidarse, estudiar, esperar un trabajo decente, ejercer sus capacidades para gozar de oportunidades de la vida dignamente, ser reducido a resignarse es más que ser pobre, es ser excluido, humillado.

Al principio de mi estancia en España las horas que compartía con mis niños me faltaban. Sus gestos y preguntas de chavales, su tendencia a ponerse sobre mí por todas partes dónde se les ocurría sin preocuparse de la comodidad, no encontraban compensación. Cuando estaba en comunicación con ellos por teléfono para recuperarme de la nostalgia, me hundía más, a fuerza de reclamar con insistencia mi vuelta. Una vez, a la pregunta para saber lo que la pequeña quería que le comprara como recompensa por los brillantes los resultados escolares que acababa de obtener, me respondió: “¡mi deseo es que vuelvas a nuestro lado, papá!”. La espontaneidad, la precocidad de la réplica me desarmaron, me hicieron pensar que era su mamá quien lo había dicho. Nada de eso, era yo quien me equivocaba sobre su evolución, me los representaba sin darme cuenta en el mismo estadio donde los había dejado. Me di cuenta allí cuando fui la primera vez, después de cuatro años muy largos, eran más grandes, razonables y con preocupaciones, que yo no contemplaba. Las actividades no les permitían ya el tiempo caluroso que compartieron alegremente en casa antes. Este vacío jamás se quedará para mí colmado, salvo posiblemente por sus niños cuando los tengan. Adivino que es

tan agradable estar con tu nieto cuando aún está en la edad de la despreocupación como con tu propio hijo.

Por el contrario el descubrimiento de que están motivados en sus estudios y cuidadosos de su porvenir por haberse dado cuenta de las razones de mi ausencia me gratificaba mucho. Fue gracias a su mamá evidentemente por lo que adquirieron esta disposición de ánimo. Están al corriente también de todo lo que ocurre en España: éxitos deportivos, novedades musicales.... A menudo se ríen de mí cuando para informarse más sobre un acontecimiento ocurrido aquí, les reconozco que no estoy al corriente. Más allá de ellos es notable el impacto de España sobre la vida de los Senegaleses.

Con la presencia de una colonia senegalesa fuerte aquí, España está más presente y es más conocida en Senegal. Antes la lengua de Cervantes era solamente un asunto de los alumnos o los estudiantes que lo escogieron como segunda lengua, después del inglés. Hoy hay una tendencia fuerte de gente que lo comprende. La liga de fútbol es seguida en todos los hogares... La efectividad de los contactos a través de los inmigrados, los medios de comunicación y los deportes han sobrepasado aquí la aproximación de los pueblos con la diplomacia. Los matrimonios mixtos no van a la zaga. Me he establecido en la capital aragonesa después de un trayecto de combatiente. Con esta ciudad me puse en relación antes de pretender venir a Europa a través de sueños que mi entendimiento no aprehendía. Sin que nada lo predispusiese la veía ya en África repetidas veces en el sueño. Los leones del Puente de Piedra y el paisaje que está en la entrada de Alfajarín si se viene de Zaragoza son entre otras cosas unos elementos vistos con

anticipación. Es muy curioso, pero yo lo he vivido en sueño. A partir de Alfinden, en el autocar que nos llevaba a Barcelona los sueños comenzaron a volverse reales. Revivía esta vez despierto y concretamente, lo hace poco vivido, pero durmiendo. No lograba encontrar un modo de explicar el fenómeno. La impotencia de descifrarlo me dominó. Mucho más tarde, después del tortuoso periplo en mi país receptor y estar instalado en Zaragoza, me volvió la misma sensación al descubrimiento de los leones del puente anteriormente nombrado atravesando por primera vez a pie el río Ebro.

El asombro culminó cuando una ETT me envió a trabajar para una empresa de transportes en el Polígono de Alfajarín. No sabría decir si terminé de ver de nuevo las secuencias de los sueños físicamente, sino que comprendí por qué sentía tanta dificultad en llevar la conversación con mi amigo en el momento de la pausa que habíamos hecho en este lugar. Por la tarde, redacté una carta para explicarle por qué en el momento de la parada tenía el aire ausente. Le relaté todas las peripecias de la relación que me vinculaba a la ciudad dónde no me considero extranjero sino un ciudadano más. Sin embargo yo no rompí con mi tierra natal, al contrario, me afano por contribuir a la mejora de las condiciones de vida de los que se quedaron. Esto más que un deber, me parece una exigencia moral. Esta actitud está reconfortada cada día por la ejemplaridad, el don de lo mejor de ellos mismos, de los asistentes sociales y culturales de los servicios como “ la Casa de las Culturas “ del Canal Imperial, del CIPAJ, organizaciones sociales o individuos voluntarios que simplemente dan pruebas para facilitar la integración de los inmigrados que somos. Qué se me permita de paso expresarles totalmente mi gratitud. De este esfuerzo

desinteresado invito a los de mi condición a extraer enseñanzas. Se trata de servir de relevo para ayudar a los que están necesitados cualquiera que sea su procedencia, cerrar tanto como sea posible los ojos sobre los comportamientos aislados de los individuos hostiles hacia nuestra presencia y participar en extender la justicia y la solidaridad. Si no, habremos fallado en la recomendación del poeta Senghor que hablando de las civilizaciones decía, que a la cita de dar y recibir no había que presentarse con las manos vacías. Así percibido, este encuentro de las culturas debe ser aprovechado por cada uno de los actores sociales para conocer al otro, comprenderlo, comerciar si es preciso con él. Un pretexto no puede ser más adecuado y más propicio para combatir el miedo a la diferencia, la hostilidad hacia lo nuevo y la intolerancia. Nuestros caminos se cruzaron en un destino llamado España, junto con sus nativos nos incumbe al mismo grado hacerlo una referencia en el vivir cotidiano gozando de la efectiva complementariedad de sus vecinos. Imaginemos por ejemplo la multitud de nacionalidades que conviven en un barrio como Delicias, casi cincuenta, si los nacionales de cada una riñen entre ellos, en vez de convivir.

Los que son agriados existen tanto entre los autóctonos como entre los inmigrados. Ciertas reacciones del racismo supuesto, tienen que observarse bien. Los Fulbés dicen que el que reacciona a la coza del asno con una patada confirma que no supo ascender la dimensión humana que se adquiere por la educación, siendo que el hombre es sólo lo que esta última y su medio le hicieron. En la vida de cada día es corriente ver a alguien cambiar de sitio en un autobús simplemente porque alguien de color vino a sentarse a su lado. Por otra parte es manifiesta la prontitud de algunos de nosotros que asimilamos toda intención o gesto inapropiados, a la

xenofobia o al racismo. Alguien que se fija solo en eso ofende a sus compatriotas más cuidadosos, y a la mayoría de la gente que actúa con cortesía.

De mi experiencia migratoria aprendí a considerar también la vida como un teatro donde me considero actor y no espectador. Esto explica en una amplia medida el desbordamiento de actividades que realizo y me critican amigos que desean que tengamos más tiempo para compartir. Generalmente les replico, bromeando que gracias a eso no estoy en el aburrimiento y la rutina como ellos. Entonces se abre un recurrente debate sobre la problemática de la inmigración, la integración, la inclusión... Afortunadamente reconocemos que entre nosotros, algunos no hacen el juego de aproximación en el sentido que no hacen el menor esfuerzo para implicarse. Se encierran sobre sí mismos, se repliegan sin gozar de los recursos facilitados. Esta actitud negativa provendría de prejuicios interiorizados de una y otra parte por el miedo a los otros y a la desconfianza mutua.

No podría terminar sin evocar el motivo que me empujó a hablar de mí mismo: la pertinencia del título “Acercando orillas”, buen pretexto para contar la historia de un inmigrado. Este título tan hermoso como real me ha invitado a vencer la resistencia de hablar de mí para aportar un testimonio sobre los resultados de la gestión del fenómeno migratorio. Los voluntarios y servicios sociales han sabido transformar lo que podía provocar conflictos en un recurso para la aproximación de los pueblos. Entre otras cosas, gracias a nuestro encuentro en tierra aragonesa a los espacios facilitados, nacionales de muchos países de África subsahariana que tenían en común el uso de la lengua Pulaar pusimos

en pie una asociación llamada Fulbe-Aragón. La existencia de esta organización nos permitió descubrirnos mejor, es un trampolín para federar las asociaciones de los africanos en Zaragoza y supone un pretexto de reencuentros para los fulbe quienes han sido diseminados por todo el continente a causa de su principal actividad económica más antigua, la ganadería extensiva. Sus efectos inducidos, pueden a largo plazo contribuir a hacer fluidas las relaciones entre los países emisores y receptores. El ejemplo concreto de la aproximación entre los pueblos son las aulas construidas a menos de cien metros sobre la orilla sur del río Senegal en la Escuela de Loboudou Senegal que frecuentan algunos alumnos de la orilla norte de dicho río, o sea mauritanos. Mauritania y Senegal son países fronterizos separados sólo por un río un poco más ancho que el río Ebro. Alumnos de dos países vecinos frecuentan la misma escuela construida por Fulbe Aragón con la Asociación Huauquipura, gracias a una subvención del departamento de la cooperación del ayuntamiento de Zaragoza. Esta escuela lejana y ribereña donde hay participación de tantas nacionalidades es un modelo del trabajo de aproximación de las orillas y por tanto de los pueblos. La palabra final es para mostrar un rechazo a la identificación de mi persona con un número de identificación de extranjero (N.I.E) y presentarme más. Digo bien número ya que los funcionarios lo designan así.

Soy una de las gotas de sangre negra de África a través de “ los campos derramados”. Soy también un nativo de Sahel que se desertifica, que suplica que el agua le entregue el secreto que rige su ciclo entre el cielo y la tierra sin ser en ninguna parte en exceso, sino bienvenida. Hoy me defino también hijo adoptivo de

Zaragoza que va al festival de las grullas de Gallocanta y puede decir, no sin admiración, a esas gigantes aves: ¡qué suerte tienen de sentirse en todas partes en su casa a través de su periplo entre el Norte y el Sur!; Como envidio su sentimiento de libertad, de igualdad que traducen sus paradas magníficas en uno u otro continente; ¡Pueda la humanidad elevarse tan alto como ellas saben hacerlo en el espacio, para divisar la pequeñez y a la vez la magnitud de la tierra!

Ourovoros

Alicia Silvestre Miralles

*I've traveled so far. And all I've done is come back... home.
(He viajado muy lejos y todo lo que he hecho es volver... a casa)*

Mahatma Gandhi

He tenido dos vidas en esta vida. La primera en mi infancia y juventud en la ciudad mágica, y la segunda en el extranjero, mi muerte y mi resurrección. La mujer que llega aquí ahora es una extraña por muchos motivos: porque la ciudad mágica que recuerda es bien otra que la que vivencia cada día.

Una cosa es ser extranjero y otra ser emigrante. Todos migramos, muchos emigramos, otros inmigran. El movimiento, en fin, preside todo lo que vive. Hay viajes interiores y exteriores, los hay por placer, por trabajo o por obligación, hay ocio y cárcel, exilio y acogida, expulsión y reencuentro.

Comenzamos el sendero de cualquier iniciación mirando hacia fuera, desde lo sensorial. Sólo mucho más tarde, ebrios de estímulos dispares y agotadas las esperanzas, desanimados o exhaustos, un buen día —y es un día bueno—, caeremos alma adentro.

En mi juventud ardía en las suelas de mis pies una intensa voluntad de alejarme de mi raíz, como si de esa manera quisiera definir mi esencia. Tras años de rumiarlo e insistir a mi madre, apenas cumplí los dieciocho salí como un cohete hacia Londres. Ella misma había

sido au-pair en Francia a mi edad, allí conoció a mi padre, un turo-lense aguerrido. Ambos me sirvieron de modelo y entendieron mi deseo. Nunca cortaron mis alas y supieron darme cielos a medida para que mi paloma no alzase tanto el vuelo que se saliese del territorio y no supiera volver luego. En ese luego viví en Italia, Francia, Estados Unidos, Brasil. Como viajera y transeúnte degusté los placeres de Holanda, Irlanda, Alemania, Turquía y Chile.

Ourovoros, la serpiente del destino se muerde la cola: en círculo, como el planeta, las sendas nos devuelven en muchas casillas al punto de partida. Redondo es también el plan divino y nada escapa a Sus ojos. En mi caso, sin embargo, todo parecía distanciarme siempre más, queriendo cortar un cordón umbilical que sembraba no tener fin.

Muchas ideas fijas no resistieron las mudanzas que supone vivir. Las amistades, heridas por los filos del espacio y el tiempo, fueron cayendo y desintegrándose como hojas de otoño. Las tentativas de echar raíces en tierra ajena cuajaron en la estación debida.

Y fue así que aquel buen día me vi lejos, sola, en una vida mitad elección mitad suerte. En ese punto decisivo de no retorno, la nostalgia de mi país comenzó a roerme el alma. Soñaba con sus comidas y su luz, grabada en mi retina desde el nacimiento, soñaba su viento helado y el aroma de sus pinos, con el horizonte al atardecer y con el perfil de sus montañas desde mi ventana. Soñaba con la sonrisa de los amigos nobles, con el calor de un café en sus callejones, con un cucurucho de castañas asadas en invierno para calentarme las manos, y en el fondo, como la fosforera del cuento, calentarme ese frío que se me había instalado en el alma sin pedir permiso, ocupándola.

Se me hacía duro amanecer en paraísos que no me pertenecían, en Navidades tropicales sin nieve y en bikini, en estaciones de seis meses sin lluvia o sin sol, en semanas interminables de nublado sin un rayito apenas que mucho diferían de mi patria tan solar. En esos lugares, artificiales para mi ser, tenía que esforzarme a cada paso por entender otras estructuras, otras formas de pensar y actuar, otros modos de expresarse. El afán lingüístico por aprender nuevos idiomas dejó lugar a una sed de mi retrocedida lengua materna. Hambre de leer a los clásicos, de mecarme con las hablas de mis pueblos para dormir. En resumen, el camino había empezado a andarme y no había marcha atrás.

Fue gestando en mi interior el anhelo de regresar como hija pródiga a mi tierra; prefería habitarla en su estancia más oscura que seguir viviendo como princesa en un castillo lejano. Reconocía ante mi madre-tierra, de rodillas a sus pies, que el mejor manjar de cualquier extraño nunca podrá igualarse con una sopa casera; declaraba con lágrimas de arrepentimiento que ni las danzas más exóticas, ni los paisajes de ensueño lograron borrar nunca sus formas de mi memoria; agradecerle por haberme dado estas alas de albatros y devolvérselas con el firme propósito de no volver a apartar mis pasos de sus enseñanzas. Purificarme para ganar su perdón. Merecerla como reina: *ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros.*

Es hora de despojarme de los sargazos de las complejidades para entrar en la rutilante simplicidad de lo verdadero. Ovillarme, umbilicarme, encaracolarme y buscar en mí el inicio del inicio. Hacerme niña de nuevo para entrar en tu seno, reino de los Cielos.

Ese buen día del que hablo, mis súplicas fueron escuchadas y se me concedió volver: Zaragoza ya no era la misma, casi 10 años sin

vivirla la habían transformado, estaba más europea, más mestiza y más popular que nunca. Más infraestructurada, moderna y funcional, superpoblada, rescatando y valorando más su historia. Hija es de una España cuyo espíritu se aviva con las crisis materiales.

Así me la encontré al llegar, como a una amiga de infancia a la que hallo hecha toda una mujer. Las potencialidades que en ella apuntaban cuando me fui habían florecido y se habían multiplicado los frutos que entonces eran apenas simiente. Los rostros eran otros pero había en todos ellos familiaridad, las miradas tenían un brillo fraternal. Y yo ya no era la ajena, extraña, compadecida. Era una más. En ese anonimato fraterno me zambullí como en un mar de rosas, aspirando profundo su perfume, retozando como un cachorro de mamífero piel con piel.

El mismo anonimato que tanto me había agradado al saberme desconocida en las ciudades del mundo, se había tornado abrazo de espinas pero al entregarme al reencuentro de la patria, aquel dolor se disolvió. Rápidamente recuperé el acento perdido, los ademanes que volvieron con más fuerza que nunca, trenzados al orgullo de ser aragonesa. Sin timidez, sin desprecio. Lo que fui quedó exterminado para dar a luz a esta nueva hija tuya. La otra murió entre sinfonías delirantes experimentando distantes y refinadas rarezas. La retornada es celebrada con el cordero lechal y las mejores vestes, recibida con panderos y flautas, abrazada como quien estaba muerta y ha vuelto a la vida, como quien estaba perdida y ha sido encontrada.

¿Qué encuentro en sus calles? Jóvenes de rasgos africanos que hablan sin acento. Parejas adolescentes que pasean, unos de color con unas rumanas, una latina con un moreno, una árabe

con un chino. Ya no existen más esos límites ni en concepto ni en lenguaje. Ahora la raza es tan singular e indiferenciada que ya no define como rasgo, es apenas el color de la camiseta que has elegido para esta vida, porque esta vida es apenas un día en la eternidad.

Dos muchachas de unos 14 años charlan en la plaza del Pilar con un chico africano. Él les responde en castellano perfecto. Veo que esta nueva generación globalizada nos gana en mucho en respeto a la idiosincrasia de cada uno. Dejo de ser observada y juzgada, nadie llama la atención y todos son diferentes, las semillas de aquella anticuada homofobia parecen haber sido extirpadas de raíz y si alguna queda se esconde con vergüenza. Por otro lado los nacionalismos rugen con violencia viendo sus días acabar. Mientras un mundo se derrumba otro se levanta. Independentismo en una era en que todos estamos relacionados parece obsoleto. Hoy se lleva el ser co-dependiente, solidario.

En esta Zaragoza plural hay un chino aprendiendo a conducir y la noche de Halloween mi vecino árabe de cinco años toca mi timbre vestido de *spiderman* pidiendo chuches, hay dos africanos y una oriental haciendo *footing*. Saludo a la rumana que limpia en mi patio. Con otras nos juntamos a pasear a los niños.

Yo nací en los tiempos del inicio del cambio, pero muchos, como mis padres pueden recordar una España monocolor donde los extranjeros ocupaban puestos de trabajo que nadie quería, y eran tratados como sirvientes o inferiores. La cultura, la educación y los esfuerzos del progreso han hecho posible que hoy tengamos un médico cubano sin infravalorar, y muchas veces alabamos en cada uno su pericia y las características de su origen.

Por un lado es un alivio comprobar que los traumas antiguos que me han perseguido en pesadillas viven ya solo en mi recuerdo y que nada queda de ellos en la realidad actual. A los fantasmas se les ha caído la máscara. Por otro lado, al buscar los edenes del ayer compruebo con sorpresa que han sido sustituidos por otros. Mi gusto no encaja, debo renovarme. Apreciar los frutos del futuro.

A la escuela de mi hijo van niños y niñas de variados países: Ecuador, Rumania, Chile, Alemania. Las generaciones de los primeros inmigrantes ya se han instalado plenamente y forman parte activa de la población, uno más con ella en derechos y deberes.

Me llena de alegría pensar que mi hijo conocerá una Zaragoza sin fronteras en los nombres ni en el color de la tez, una ciudad donde no se menospreciará la diferencia sino que se respetará y acogerá como lo que es: algo natural. Todos podemos aprender de todos. Como reza un viejo dicho popular: nadie es tan pobre que no tenga nada que dar ni tan rico que no necesite nada.

Claro que hay diferencias que por no comprender no aceptamos, pero a medida que se crece en cultura, entendemos por qué hacen las cosas que hacen y dejamos de juzgar para comprender. También ellos se extrañarán de nuestras costumbres, adoptarán unas y rechazarán otras, pero lo importante es que conviviremos como un único caldo de cultivo.

Ningún mérito tiene el haber salido, si no es el de poder declamar con más honda sinceridad, que en ti se contiene todo lo que preciso. Por eso sé que los que vienen de otros orígenes también habrán, sin duda, hallado en ti acogida y respeto. Te viene de antiguo la hospitalidad: por tus calles han andado árabes y romanos, hebreos y visigodos, eres una auténtica joya, cuna de culturas. Si

hay una calle que en mi opinión te representa es la del muro de la Seo porque precisamente refleja en su arte la convivencia histórica de varias etapas y civilizaciones. Es un prodigio de belleza su enhebrado heterogéneo: una pared de todos los colores y razas, de épocas y lugares, de piedra romana y mosaico mozárabe entretejidos con armonía para formar una unidad cuya perfección realza el valor individual y de la totalidad sin anular ninguna identidad.

Hoy paseo por tus calles atestadas, que hierven de bullicios políglotas, de rostros de diversos tonos, de ropajes variopintos. Lo que me asombra no es tu capacidad de amparar a todos, con su diversidad, sino el que lo hagas con tanta dignidad, con tanto orden y concierto.

Te lo diré como lo diría un tango: ha habido otros brazos y otras bocas, pero no son los tuyos. Mi testimonio es éste: que ni las selvas amazónicas, ni las playas del Pacífico chileno, ni los glaciares argentinos, ni los bosques de Idaho, ni la Mezquita Azul de Turquía, ni la Torre Eiffel de París, con toda su majestuosidad, valen más que tus Pirineos, tu Ebro, tus ibones pirenaicos, tus Monegros, tu Basílica. Nada te envidian los tamtanes africanos cuando oigo estallar la rompida calandina. La estancia de Alcañiz me conmueve tanto o más que los lagos de los parques de Munich: los lugares, en el fondo, son en la medida en que se llenan de recuerdos, recuerdos ligados a personas y experiencias.

Resuelta hago una mi voz con el mar, sin orillas, de las voces que te aclaman y bendicen abrazadas a tu Pilar, augusta Madre mía, Zaragoza.

Almeta

Mariana Maftel

La verdad que hasta hace unos días quería escribir otra cosa sobre mi historia migratoria. Una imagen de un telediario me estremeció tanto que me he dado cuenta cuánta vergüenza siento como ser humano de compartir este siglo con gente así, con gobiernos que se “defienden” con vallas.

Vallas con cuchillas para que gente desesperada no pueda pasar... a un mundo mejor, cadáveres en el desierto, muertos de sed y tantos que se han ahogado intentando... ser libres, intentando sobrevivir.

Mi historia quedaría como un bonito caramelito a comparación con el infierno de la inmigración que este siglo manda.

Nos toca el ajedrez mundial, las fichas que se mueven para que los líderes mundiales reorganicen el mundo... y mientras, las ovejas se despistan, hay que llevar las manadas hacia no sé dónde, las manadas perdidas. ¿Que más da unas tantas ovejas que se mueran en el camino, en el cambio?. ¿A quién le importa? Si votan, sí, pero sino, da igual el destino que lleva cada ser vivo, da igual su historia, su familia.

Importa si es necesario que un país tenga natalidad, rejuvenecer la población. Sí, importa que haya inmigración. Importaba si hay que levantar economías con mano de obra en puesto de trabajo

que los nacionales no aceptaban. Cuando ya no hay mas sitio, pues, fuera; por “robar” sitios de trabajo, por gastar demasiado en ayudas sociales; y qué si han cotizado, y qué si han pagado alquileres a personas que han podido así comprar sus adosados, y qué si han trabajado muchas veces, aún con alta en Seguridad Social y no han cobrado. Todo es tan suave comparando con los trágicos destinos que flotan en el mar, con sueños de color que se quedan bañados en lágrimas delante de vallas absurdas. Contar ahora mi historia, una más entre tantas, es ignorar a todos estos seres que han vivido, viven y vivirán la desesperación. El siglo de las nuevas fronteras financieras, el siglo de los nuevos “esclavos”, modernos y “maquillados” como países de x mundo, el siglo del aumento de poder adquisitivo para ricos y aumento descarado de gente que vive como ratas, en condiciones infrahumanas, el siglo de mil millones de reuniones entre líderes y 0 soluciones a la vida, el siglo de la inmigración psicológica que despista un mundo entero ¿Qué voy a escribir?. ¿Qué puede uno contar al vivir semejante realidad? ¡Lo mínimo! Lo que la vida me ha pasado por delante como en un documental que te ayuda a echarte la siesta mas fácil, un documental del que pasas un día más y no importa tanto; solo te llena el tiempo de descanso.

No hay motivo alguno, desde el punto de vista de simple ser humano, que otros seres humanos vivan tragedias; que no tengan donde dormir, ni que comer, ni esperanza, ni futuro.

¿Somos incapaces de sentir que lo que a uno le toca por luchar, por sobrevivir, a cualquiera le podría pasar? La manipulación es tal que el poder del sentido común parece aniquilado total. La pirámide del ecosistema social esta al revés, el mundo cane es

antagónico con los valores universales y cualquier bonita palabra que consta en antiguos documentos de la humanidad queda “borrada” por actos contemporáneos.

España es uno de los países que trata a la gente de fuera como seres humanos; respeta sus derechos y ayuda a las personas desesperadas; ya, cada día en estas circunstancias, españoles y extranjeros sufren en condiciones iguales. España ha vivido olas de emigración, tiene en su historia recuerdos de gente que ha dejado su familia para salir y ganarse la vida. España llora a la vez con la gente que sufre e intenta así como puede, dar soluciones para sobrevivir. Aragón, Zaragoza en concreto, a mi me ha salvado la vida 3 veces: la primera vez, cuando me dejó pisar su suelo, en 2002, cosa que me hizo sentir que he renacido; la segunda vez, cuando he podido por fin tener mi documentación en el año 2005 y la tercera vez, cuando me dio ánimo, comida y esperanza al llegar a vivir como indigente.

¿Será que la sangre del antiguo gran Imperio Romano corre por las venas de Caesar Augusta/ Zaragoza y las mías?. ¿Será que aquí la gente, sin conocerte te sonrío, te cuenta lo de su nieta en una parada de bus esperando, sin conocerte siquiera?. Será por tener el cálido “ico “ pegado a las palabras y que hace mucha gracia escucharlas... .o, simplemente será, por la razón de que la tierra aragonesa, las mañas y los maños, son gente que tanto ha sufrido y que no les cuesta compartir su casa, su tierra, su ánimo con los demás. Los ilustres aragoneses: Goya, Buñuel, Labordeta, Agustina de Aragón, Palafox, y muchos otros tantos, sellos eternos de esta tierra, han salido entre un pueblo noble y acogedor. Zaragoza ciudad y toda la provincia, acoge y ayuda a todo aquel que puede,

como puede... pero, siempre, con alma y respeto hacia un ser humano.

Yo he pisado esta tierra huyendo de un régimen totalitario, huyendo de mentalidades mezquinas. No se puede transmitir en palabras cómo se respira cuando estas en una tierra donde puedes vivir sin temor; es un respirar de renacer y de dulce dolor en dejar atrás seres queridos. En cerrar los ojos y recordar que la persona que más quieres empieza a correr a la vez con el coche que te lleva, y corre y corre gesticulando con las manos la despedida. Son imágenes que nunca se te van de la cabeza y se mezclan con la nueva respiración de una tierra, que no es tuya al nacer. Sientes muchas veces la mirada de los que perciben tu acento, de los que miran tu fisonomía y te preguntan sonriendo: “¿no eres de aquí, verdad?”, así como sientes el calor humano cuando cuentan que en los años 50, 60, 70, sus familiares salían de Aragón para poder encontrar una salida. He llegado con el deseo de ofrecer lo mejor de mí, de respetar todas mis obligaciones y de conocer todos mis derechos; en el aniversario de 25 años de la Constitución democrática, española, del 1978, es decir, en el invierno del 2003, me compré un ejemplar de esta Constitución, que venía con un periódico. No puedes vivir en un país sin conocer y respetar sus leyes, sus costumbres, su gente, y no hace falta que alguien te lo diga; es simple sentido común, es cumplir con la tierra y la gente que te comprende, te acoge y te ayuda. Con mi vocación humanista, preparación y experiencia, creía que me van a dar la oportunidad de ejercer y compartir mis conocimientos; y, sí que he podido hacerlo, aunque por poco tiempo. No todo el mundo confía en ciertas “etiquetas” que tenemos, inevitablemente, las personas que hemos tenido nuestras profesiones fuera de España y aquí

deseamos ejercer. Levo casi 12 años, casi un ciclo de zodiaco, en una relación "de amor y odio" con la ciudad de Zaragoza. Amor por sus bellezas arquitectónicas, por su Pilarica a la cual le hablo cada vez que me siento triste, por su Ebro tan fiel, por su gente. Miles de veces he pensado escribir algo en homenaje a la primera persona que he conocido en Zaragoza; tenía la edad de 93 años en 2002 y me ha conmovido con la historia de su vida, de su familia. Una señora que ha dedicado su vida a sus hijos. Uno de los momentos que guardó toda su vida en el recuerdo fue, cuando desesperada buscaba amparo durante la Guerra Civil española. Ella sola, iba corriendo (cada vez que las sirenas sonaban), con sus 5 de los 8 hijos que ha tenido, gritando: ¡"que alguien me lleve un hijo al refugio, llévense a uno de mis hijos, que apenas pueden correr, por Dios!" Me enseñó lo mucho que se puede amar, incondicionalmente a los seres queridos, por mas que te hagan sufrir. ¡Se llamaba Barbara !. ¡Todo mi respeto y mi consideración, eternamente, allí donde este, doña Barbara ! Amor y odio con esta cautivante ciudad. Odio por tener que revivir aquí, algunas veces momentos en los cuales, algunas personas no dejan de ponerte etiquetas, de juzgarte por el origen de tu pasaporte y a las cuales es difícil de explicar que nacemos bajo el mismo sol y todos tenemos derecho a una vida digna. Pero esto es lo que menos me ha salido en mi camino en los 12 años que he vivido, he soñado, he andado, he llorado y he sonreído por las calles de Zaragoza, ciudad de mi alma. Y hablando de gente, ¿sabrán las personas que, como extranjeros, nos atienden en buenos y malos momentos, lo mucho que considero, respeto y aprecio su trabajo? Puede que sí, o no. Es tan humano cuando vas por la calle y personas que en algún momento te han visto en la cola de pedir ropa en un albergue, o

esperar para la duchas del Ayuntamiento, personas que en x día te han atendido y cuando te ven por la calle, te saludan. Un sentimiento de como si hubiera compartido algo de tu vida y sigue comprendiendo,sólo con la mirada, tu ser. Salía de alguna oficina de x Centro Social, y a pesar del motivo que me hacia acudir, cuando ya terminaba mi tiempo allí,pensaba lo mucho que cargan en sus almas esa gente; seguramente tienen problemas en sus vidas, como todos, pero tienen fuerza de darte ánimo, de apoyarte, de guiarte, de hacerte sentir como si fueras un familiar suyo. Hay gente desconocida a la cual no sé agradecer, por no conocerla;son los que donan de lo que tienen para los que menos posibilidades les da esta vida; gente anónima que piensa en como es la vida para los de al lado. Cáritas, Fundación Federico Ozànam, Hermandad del Santo Refugio, Albergue de los transeúntes, Fundación La Caridad, Parroquia y comedor La Puerta del Carmen, Comedor San Antonio, Centros de Servicios Sociales y muchos más,están apoyando almas y te dan razones de seguir, sobrevivir y sentirte humano. Los Sitios de Zaragoza siguen defendiendo a la gente, esta vez no en una guerra con armas de fuego, sino con sus almas. Soy una persona que ya no tiene una casa donde volver,en su país, que ha perdido todo: su puesto de trabajo,sus libros, su ropa, sus amigos;que ha dejado sus buenos y malos recuerdos en la respiración de los arboles de su pueblo y que no va volver nunca. Zaragoza me ha hecho renacer,ser la persona que deseaba, por más que he pasado a veces momentos difíciles de describir. Para nadie es fácil el desarraigo, aunque se va de un pueblo a otro pueblo en su propio país;para nadie es fácil cerrar los ojos y recordar años de la infancia,amigos, juegos,sitios. Yo quiero olvidar las cosas que me vienen en la mente cuando cierro los ojos. Quiero olvidar

el dolor de mi infancia, las lágrimas de mi niñez, quiero olvidar la violencia verbal y física, los prejuicios y las mentes cerradas que me daban la inseguridad de vivir.

Zaragoza, con “amor y odio” me ha dado lo que años y años mi tierra me quitó. Zaragoza me acunó, me dejó vivir todo lo que tenía que vivir, pero lo primero, me dejó ser yo, la persona que tanto deseaba ser. Una persona que decide por sí misma, que asume su vida, y aunque no tenga a veces salida, es responsable de su destino.

Las situaciones financieras precarias quitan libertades, quitan vías de desarrollo, crean ámbitos de “inferioridad” humana, pero no quitan el luchar, no quitan la esperanza, no quitan las ideas y no quitan el deseo de vivir. Es paradójico, aparentemente todo lo que acabo de afirmar, pero es lo que yo siento al tener en esta tierra una oportunidad.

Duele cuando al nivel político internacional, se debate la suerte de las persona que no han nacido en un mapa predestinado, duele sentirse “moneda” de cambio para algunos países, algunos gobiernos, que negocian con vidas, sin saber sus historias y sus destinos. Duele pensar que en el decimotercer año del siglo XXI, haya esclavitud financiera, que la manipulación psicológica creada aposta, marca generaciones de tantos países.

Nunca he tenido este sentimiento, por suerte, en España, en Zaragoza y eso que el destino inicial mío fue: Francia, Lyon. Era en junio del 2002, cuando justo al pasar la frontera, al salir del país, el autobús en el que yo viajaba, paró en una gasolinera y así descansar un poco. Sólo he bajado a ver si vendían agua; mi carpeta con documentación, tickets de viaje y parte de dinero, se salió

de mi bolso sin darme cuenta y... perdido el viaje. Me tuve que volver e intentar retomar mi salida del país, pero esta vez fue para España, donde una fundación humanitaria, con la cual contacté, tenía posibilidad de ayudarme. Un ex-compañero mío de trabajo, una de las pocas personas con la "cabeza entre los hombros" que trabajaba en la embajada de un país muy "europeo", me aconsejó acudir a dicha fundación, en voluntariado y así poder salir del país. El incidente de la frontera lo veo ahora como algo predestinado, que hizo que el resto de mi vida sea aquí, en Zaragoza. Cuando llegué a Barcelona, tal y como la fundación me avisó y me confirmó la acogida, debido a mi retraso, me comunicaron que sólo en Zaragoza me podrían acoger; así que fue... "a Zaragoza o al charco". Tenía que ser Zaragoza, y ahora me alegro de que aquel incidente cambiase mi vida de esta manera.

Recuerdo que aún se podía leer en los escaparates los precios, a la vez en pesetas y en euros; recuerdo mi primer bonobus de 3,95€, con 10 viajes de bus urbano de Zaragoza. Yo prefería ir andando, así aprendí las calles, el barrio. He visto y escuchado por primera vez, en Semana Santa del 2003, el paso de las hermandades en Zaragoza, algo que impresiona tanto que no pueden reflejar las palabras. He votado dos veces en las elecciones locales, he visto ofrendas de flores a la Virgen del Pilar, en años con sol y en otros años con lluvia torrencial, me emociono cada vez que escucho el Himno de Labordeta. Nada me separaría de Zaragoza. Prefiero su baile de "amor y odio", prefiero su cierzo del Moncayo, prefiero su calor asfixiante de verano y su... ¿"cóóó, que pasa pues?". En el año 2004, he tenido la oportunidad de ver los reportajes de Aragón, de Eugenio Monesma; ¿cómo no tener admiración a esta tierra?

En el 2005 veía las obras del edificio Puerta Cinegia y las “pruebas “de lo que venia a nacer, la televisión autonómica, y donde conocía mucho mas la provincia donde vivía. Son momentos ya de mi vida que son difíciles de olvidar y que me hacen sentir cómo si he vivido desde siempre entre maños. ¡Ojalá, un día, que lejos no esta, espero !, ojalá, sea yo uno mas de ellos;y,si los tiempos mejoran a ritmo de las olas históricas,ojalá pueda aportar lo mejor de mi a esta tierra, a esta ciudad y a la gente que me ha dado lo que, con dinero no se puede comprar, el valor de sentirse humano.

¡ Gracias, Zaragoza !

Migración

María Esther Ramos Ruiz

En el año 1.944, en un pueblo llamado Tarazona de Aragón situado a las faldas del Moncayo nací yo, la mayor de los cinco hijos que tuvieron mis padres, los cuales gozaban de una vida estable ya que tenían un negocio de tras portes pero como la vida puede cambiarte sin que tu puedas hacer nada, eso les paso a mis padres que, de un día para otro en mi casa todo cambio ya, que mi padre quedo sin trabajo.

Un día llego a casa y nos reunió a todos, nos hablo de que había encontrado trabajo, pero era fuera del pueblo y por lo tanto tendríamos que viajar y dejar la casa donde vivíamos. Mi padre viendo la cara de asombro que poníamos, nos dijo que el trabajo era muy cerca del pueblo era una capital llamada Zaragoza, mis padres ya la conocían habían estado por motivos médicos, siempre cuando volvían nos traían unos caramelos llamados Adoquines, con la Virgen del Pilar dibujada y la verdad estaban muy buenos nos dijo que para las fiestas del pueblo volveríamos.

Yo ya tenia quince años y me negaba a ver la realidad no quería salir del pueblo donde había nacido, yo tenia mis amigas con las cuales paseaba, y pensaba, que en esa Capital yo me encontraría muy sola, pero claro si mis padres así lo habían decidido nosotros solo teníamos que obedecer, yo sabía egoístamente que para mi la vida me iba a cambiar, no alcanzaba pensar que para mis padres perder una vida que ya tenían hecha en el pueblo si que les iba a

costar rehacer una nueva, ya que estarían fuera de su entorno y con cuatro hijos ya que uno desgraciadamente murió y el cuál si quedó enterrado en el pueblo. Era mucha responsabilidad para mis padres vivir en un sitio nuevo y poder sacar a sus hijos adelante.

Así pues una mañana salimos de Tarazona con gran tristeza pero pensando que mis padres nos habían dicho que no tardaríamos en volver al pueblo. Cuando llegamos a Zaragoza en el autobús, lo primero que nos llamó la atención a mis hermanos y a mi fueron las luces de los semáforos ya que en el pueblo por aquel entonces no había, y ver las calles grandes y una plaza llamada Plaza de España que había urinarios donde podías bajar tú si querías, eso nos resulto muy raro y en aquellas calles tan largas y anchas creíamos que nos íbamos a perder.

Bueno, en Zaragoza mis padres habían alquilado una casa en una calle que a mi me pareció muy grande y ancha, la calle se llama c/ Predicadores, la casa desproporcionada y muy vieja y sombría. La verdad donde íbamos a vivir en Zaragoza no nos gustó nada, mi padre viendo la cara asustada de mis hermanos y la mía nos dijo. Que no pusiésemos cara de tristeza ya que íbamos a vivir cerca de lo más grande que tenía Zaragoza que era la Basílica de nuestra Señora del Pilar.

Aquella noche cenamos todos en silencio y como todavía no teníamos luz mi madre puso unas velas nos dijo que pronto tendríamos la casa iluminada, nosotros no sabíamos porque cenábamos sin luz y estábamos asustados y extrañados en aquella casa que no era la nuestra.

Aquella noche nos fuimos muy pronto a la cama yo tarde mucho en dormirme no dejaba de pensar que estando tan cerca de mi

pueblo yo me sintiera tan lejos, se me soltaron las lagrimas me dormí llorando.

Al día siguiente salí con mi madre al mercado así lo llamaban, yo me quedé asombrada pues ahí estaban todas las tiendas de mi pueblo juntas, pero no estaba Juan el verdulero ni la Señora Concha, ni el panadero, en fin vendían lo mismo si pero las personas no eran las que yo conocía. Volvimos con la compra para hacer la comida, cuando llegamos a casa una de las vecinas que allí vivían nos saludó muy amablemente se ofreció por si necesitábamos ayuda ya que éramos nuevos, mi madre le dio las gracias, la verdad nos dimos cuenta de que había personas muy amables.

Cuando estábamos comiendo mi madre dijo que dos de mis hermanos tendrían que ir a la escuela y qué yo tendría que mirar para ver si podía hacer algo, así pues mis hermanos entraron en una escuela, recuerdo que se llamaba Valentín Zabala ya que dicha escuela era pública y nos caía muy cerca de casa,

Así iban pasando los días, mis hermanos no podían bajara a jugar a la calle, yo no tenía ninguna amiga con quién poder pasear, algún día cuando venía mi padre del trabajo nos íbamos todos a dar un paseo, nos bajaba a un sitio llamado la Rivera, en el cuál estaba el río Ebro que comparado con el nuestro de Tarazona llamado Cailles nos parecía inmenso. Algún domingo nos llevaban a un parque muy grande con muchas fuentes y una estatua llamada el Batallador, cierto que en el pueblo no teníamos estos parques tan inmensos pero yo me preguntaba ¿y mis amigas? Con las cuáles yo paseaban ¿dónde estaban? Para mí no era lo mismo.

Un día mi padre llegó a casa diciendo que se había enterado que unos señores de Tarazona tenían un taller de gabardinas y que

necesitaban personal para trabajar y que el les había hablado diciéndoles que si yo podía entrar le dijeron que siendo del pueblo cuando quisiera, a mí madre le pareció bien ya que yo tenía que hacer algo y así fue como entre a trabajar de aprendiz en dicho taller.

Yo estaba contenta trabajábamos chicas y chicos, fueron muy amables y me trataban muy bien allí fue donde encontré unas buenas amigas que me ofrecieron su amistad, por fin, estaba contenta en Zaragoza. En el taller había una chica que vivía en la misma calle que, yo encima de una pastelería en la cual algún día de fiesta solíamos comprar algún dulce los hacía muy buenos le llamábamos el artista, con dicha chica era con quien yo quedaba para subir al trabajo, la verdad es que nos quedaba bastante lejos pues teníamos que cruzar bastantes calles ya que trabajábamos en Arzobispo Doménech teníamos que subir hasta la Gran Vía. Alguna vez solíamos subir en tranvía recuerdo el tranvía de entonces de madera, bueno, nada que ver con el que hoy tenemos. Algunas veces subíamos andando ya que el tranvía nos costaba una peseta y claro todos los días no la podíamos gastar a si pues nos subíamos andando recuerdo que había una churrería cerca de la plaza del carbón que hacían unos churros buenísimos y unas tortas que en mi pueblo yo nunca las había visto, el caso es que la peseta nos la gastábamos en los churros o en la torta. El tiempo pasaba sin que nos diésemos cuenta yo ya so lía salir con alguna amiga me lo pasaba muy bien solíamos ir al cine y a pasear por la Plaza De España eso si que era pasear, con dos vueltas ya estábamos cansadas y que bonito era el paseo con sus porches, yo veía que Zaragoza me estaba cambiando ya que del pueblo no es que me olvidara de el pero no lo echaba en falta sus calles ya no me parecían tan grandes ni mi casa tan sombría. Las personas que habíamos ido conociendo eran muy

amables y a día de hoy sigo diciendo que Zaragoza es una Ciudad solidaria y que vivo muy a gusto en ella. Mis amigas eran nacidas aquí y me enseñaron todos los rincones de esta bella ciudad.

Los sábados mi madre me mandaba al mercado central ya que estaba cerca de casa ese mercado me parecía precioso y adía de hoy sigue igual excepto sus calles un poco más estrechas yo entonces ya conocía a todos de los puestos y la verdad era una experiencia que a mí me gustaba.

Cuando fuimos al pueblo a ver a mí abuelo pues aun vivía yo toda ilusionada les contaba a mis amigas lo bonita que era Zaragoza les decía lo grandes que eran los paseos, sus parques y sus tiendas con preciosos vestidos que había hecho muy buenas amigas y que estaba viviendo una experiencia inolvidable y bonita, en Zaragoza me encontraba muy a gusto.

Mi hermano el mayor en un viaje que hicimos a las fiestas del pueblo armo un gran alboroto llevando un disco de los Bliccos que se titulaba Con un sorbito de champán, pues en el pueblo toda via no estaban esos discos dijeron que en Zaragoza estábamos muy adelantados mi hermano se sintió feliz.

Mis hermanos entendieron el porque no se podía bajar a jugar a la calle y a cruzar los semáforos en verde, pero si que tenían parques para poder jugar y con los amigos celebraban en las casas los cumple años.

Mi padre nunca nos pregunto como nos sentíamos debía ser porque nos veía contentos y la verdad lo estábamos y hasta la casa, que seguía siendo la misma ya no parecía tan sombría estábamos ilusionados ya que teníamos una habitación para cada uno.

En casa las cosas iban saliendo bien nuestros padres estaban contentos veían que sus hijos iban saliendo a delante.

Que lejos quedaba aquella noche que por primera vez cenamos en Zaragoza en la casa que nos parecía tan fea, bueno e de decir que de esa casa salimos mis hermanos y yo para casarnos ya que nunca cambiamos de casa, mis padres si que se mudaron a otra casa y fue por obligación ya que mi padre quedo invalido en una silla de ruedas y no podía subir escaleras, se fueron a vivir a una casita baja en el paseo Echegarai y Caballero muy pequeñita pero suficiente para ellos.

Cuando cumplí los dieciocho años, empecé una relación con un chico que tampoco era de Zaragoza, pero había venido aquí de muy pequeño vivíamos en la misma escalera

Los Domingos, con otros amigos solíamos hacer un guateque que era juntarnos en una habitación con un tocadiscos, comprábamos cacahuetes y algo para beber y así pasábamos la tarde y otros Domingos solíamos ir al cine recuerdo uno con un patio muy grande creo que se llamaba Fuenclara.

Con dicho chico hoy estoy felizmente casada tengo tres hijos que ya tienen sus vidas resueltas de los cuáles tengo cuatro nietos que son mi vida.

Cuando mis hijos eran pequeños los vestía de jotos siempre iban a la ofrenda de flores y vivíamos las fiestas del pilar con gran alegría pues nosotros nos considerábamos ya de esta capital que es nuestra, que se llama Zaragoza.

Seguro que podría contar alguna anécdota más pero ya no las recuerdo muy bien pero si diré que nuestra migración del pueblo a aquí ha sido muy satisfactoria.

Ahora recuerdo que mi hermano el pequeño se fue un día sin decirnos nada y mis padres se volvían locos por no saber dónde estaban, y al cabo de tres horas apareció le habían dado tres pesetas por correr con los cabezudos en un rodaje que hacían de la película llamada gigantes y cabezudos, el venía todo contento y mi padre le dio un cachete y le dijo que nunca más se le ocurriera hacer una cosa así.

Yo creo que Zaragoza es una ciudad que al que viene de fuera lo acoge con cariño pues diré que así me sucedió a mí, hoy soy muy feliz y si me dijeran de volver a vivir al pueblo me negaría rotundamente.

Mis padres aquí a pesar de haber venido en la mitad de su vida siempre se los vio felices.

Hoy yo a mis sesenta y nueve años voy al centro Terminillo a clase de cultura y a literatura pues me gusta mucho escribir soy delegada del centro y procuro ayudar en todo lo que puedo

Al igual que yo, mis hermanos están felizmente casados, alguna vez van a Moncayo y luego bajan a Tarazona pues todavía nos quedan dos primos

Mi migración quizás no pueda compararse con el que viene de fuera de España pero para mí el venir del pueblo a aquí fue un cambio muy grande, pero muy gratificante y la verdad que no nos costó mucho integrarnos pues aquí la gente es muy servicial yo creo que tuvimos mucha suerte y sin olvidarnos del que fe nuestro pueblo hoy sentimos que vivimos en una gran ciudad humanitaria y servicial que es a día de hoy la nuestra llamada Zaragoza.

FIN

La Nueva Tierra

Paola María Luisa Castro Manrique de Fernández

Vengo de una ciudad rica en tradición, costumbres y de variadas exquisiteces en gastronomía, pueblo totalmente religioso. Mamacha Cocharcas es la Santa más visitada en nuestra pintoresca y acogedora llamada “Ciudad Incontrastable y ciudad fenicia” Huancayo de la Región Junín de mi país llamado Perú, orgullosamente debo manifestar que esta parte importante de mi país es la proveedora de las mayores y mejores variedades de la papa (patata), así como de las distintas diversidades de frutas, del maíz, tubérculos, granos como la quinua y la quiwicha, alimentos nativos de nuestros ancestros, población milenaria inkas, waris y huancas, un pedacito del pulmón del mundo, cuantas otras bondades tendría por manifestar, como sus danzas y canciones siendo el huayno y el wayllars lo mas escuchado, así como en comidas como la pachamanca y la papa a la huancaína, sus más representativas.

Soy peruana de nacimiento y aragonesa de corazón, quizás al leer esta historia, no resulte tan conmovedora como otras que leerán, pero que tiene muchas cosas en común con cada inmigrante llegado a España.

En Diciembre del 2005 cambio nuestras vidas cuando recibimos una llamada telefónica del que es mi suegro en la actualidad, nos comunicaba que había encontrado un contrato de trabajo para

mi novio en ese entonces; nos cayó como de sorpresa, en aquel momento empezábamos a buscar oportunidades laborales, éramos jóvenes recién egresados de la Universidad Nacional del Centro del Perú de la Facultad de Ingeniería Química, buscando nuevos horizontes y forjando un futuro en nuestra ciudad de origen, ilusionados de poder encontrar la oportunidad de nuestras vidas en otro país, el que decían está muy bien, las remuneraciones son buenas, hay más desarrollo, el nivel cultural es mejor, entre otras cosas como la oportunidad de ejercer la carrera universitaria en un nuevo país, muchas ilusiones se venían a la mente, con mucha esperanza se comenzó a hacer los documentos necesarios para emprender el camino para el visado, así se hicieron los papeles en el Consulado de España en Lima – Perú, fueron muchos días, meses, muchos documentos y se lo logro obtener la tan ansiada Visa Española.

Así pues llego el día, fue un 7 de abril de 2006 cuando el amor de mi vida, el universitario con el que compartí tantos momentos hermosos viajaba a un nuevo País con la esperanza de tener mejor horizonte, con mucha tristeza me quedaba en Perú sin saber que si el hombre a quien tanto amaba le iría bien en esta aventura y si con el tiempo que pasara me seguiría amando, nunca le demostré mis dudas porque tenía que primar la confianza y la decisión, pues era un sueño que por fin se hacía realidad a pesar de los riesgos que este significaba.

Mi Amado, llego a la ciudad de Zaragoza con un contrato de trabajo simulado, que significaba esto que llegando a Zaragoza tendría que encontrar un trabajo, conversábamos mucho desde los primeros días que llego, él me contaba cómo le iba y las experiencias que tenía “Bueno yo les contare una parte de su historia y la

otra la contara él cuando se anime a escribir su experiencia migratoria"; aun en aquel entonces le costó conseguir trabajo, pero la idea era conseguir trabajo como Ingeniero Químico algo relacionado con la profesión, unas prácticas para poder empezar el sueño de ser profesional activo, pues no fue posible conseguir algo relacionado con ello, buscando en los anuncios consiguió trabajar en una pescadería mi pobre no sabía ni cortar el pescado en filetes, duro un día en el trabajo sin comida y sin movilidad tuvo que llegar caminando del lugar donde trabajaba a la casa donde vivía, tanto así que se dieron un susto de muerte las personas que compartían piso con él al no verle llegar desde la madrugada hasta muy entrada la noche, el segundo trabajo en una empresa de producción de piezas de plásticas que le ofrecía una empresa de trabajos temporales, lo que no le dijeron era que solo duraría un día, se vio pasmado al enterarse de esa noticia, con las ideas que ya se había puesto a la cabeza (algo relacionado con la profesión) y así de trabajos temporales uno tras o otro, hasta que en junio 2006 consiguió entrar en una empresa donde fabrican piezas de automóviles, donde hasta la actualidad trabaja y es reconocido como buen empleado, quizás no trabaja como Ingeniero pero al menos puede poner en practica algunos conocimientos como gestión de personal y coordinación del mismo.

Así iba transcurriendo el tiempo entre penas y alegrías, pasaron dos largos años que fue una eternidad para volvernos a ver, luego el día que regresaba a Perú para ver a la familia y verme a mí.

Un día de los tantos que veníamos conversando por internet, me dio una sorpresa la que nunca olvidare, en ella me pedía que me casara con el apenas pisara nuestra tierra maravillosa, autóctona

y milenaria, fue algo muy bonito, algo que no puedo describir que quedo impregnada en mi para siempre, emociones infantiles, de juventud y de estudiante encontradas en un solo contacto de promesa; pidió a mi familia el consentimiento con las tradiciones que aun conservamos en mi tierra.

Llego a Perú un 28 de julio de 2008, nos casamos casi de inmediato un 2 de agosto del mismo año, con una ceremonia sencilla con la familia y amigos más cercanos, los días pasaron volando él tenía solo 3 semanas de vacaciones y la tuvimos que aprovechar lo máximo, llegó el día de su regreso quedo corto el tiempo, tengo que confesar no quería que llegue ese día, el tiempo es tirano nos hizo volver a la realidad, nos hizo volver a la rutina, fue un 15 de agosto que regresaba a España dejando a su esposa y su madre muy tristes, con la promesa de hacer todo lo necesario para poder estar juntos, ya sea un contrato de trabajo o reagrupación familiar, en ese momento el contrato de trabajo era lo más factible ya que para pedir una reagrupación familiar demandaba de muchos documentos y requisitos que no cumplíamos en aquel entonces, hasta ese instante no sabíamos que nos llegaba una grata e incomparable sorpresa, había quedado embarazada cuando me entere me sentí la mujer más dichosa, tan alegre y tan triste a la vez, sabía que me esperaba algo fuerte llevar un embarazo sola lejos del amor y el apoyo de mi marido, pero no me fue del todo mal desde la lejana España-Zaragoza recibí apoyo de mi marido que se ilusiono muchísimo pero con una impotencia y de mi familia quienes me dieron todas las atenciones, estuve muy mimada y muy cuidada.

Mientras transcurría el tiempo presentamos los papeles del Contrato de Trabajo en el Consulado de España, así paso el tiempo,

nos sentimos tan alegres cuando nos llegó una carta del Consulado donde decían que consentían la Visa, esto fue en enero del 2009, ya listos (mi bebe que llevaba en mi vientre y yo) para viajar con las maletas hechas y el pasaporte visado, los pasajes comprados; me llega otra Carta del Consulado diciendo que me tenía que presentar a esa para una entrevista personal, fui el día y la hora que me citaron, en la que me hicieron una serie de preguntas entre ellas a que iba a España y que es lo que haría ahí, sobre el tipo de trabajo que haría, yo me encontraba muy nerviosa y conteste lo que pude, me hicieron esperar un mes más para decirme que el visado había sido denegado por no constar exactamente el trabajo que debería desarrollar de acuerdo al contrato, es así como me regresan mi pasaporte con el sello del visado tachado sin valides y un papel donde me daban las razones por que me negaron el visado; un día de febrero me despertaron del sueño de llegar a esa tierra esperada, no veríamos nacer juntos a nuestra hija como lo deseábamos, se veía truncado los planes y las ilusiones, así pues que me quede en Perú con el pasaje, las maletas listas y el corazón entristecido.

Así llego un maravilloso 29 de abril del 2009 a las 6:45 de la mañana nació nuestra pequeña niña la llamamos Ariadna “significa Muy Santa”, la tristeza de no poder viajar a España se aquietó con el nacimiento de ella, con mucho esfuerzo José tuvo que regresar ese año a conocer a su hija, ya con 3 meses de edad, cuando vio a su niña, se le llenaron los ojos de lágrimas, la beso tantas veces como pudo y la mimo sin cansarse, los días pasaron otras 3 semanas más pasaron volando, otra vez la tiranía del tiempo, eso era lo único que le permitía el trabajo de vacaciones pues el trabajo hay que cuidarlo, nos despedimos nuevamente pero ahora la despedida era más triste, más dura, más cruel porque se había

acostumbrado a las caricias de su hija, a su piel suave, a despertar a su lado; se fue con la pena en el alma, pero los deseos de seguir juntos y ver crecer a nuestra princesa eran inminentes, así que empezamos a hacer los papeles de la reagrupación familiar, paso el tiempo y las visitas al Consulado regresaron, llevando nuevos requisitos, los documentos en regla, se demoraron pero al final nos dieron la tan ansiada visa a España, ahora nos tocaba a nosotras viajar a ese lugar lejano.

El 4 de diciembre del 2010 viajamos a la Madre Patria con muchas esperanzas, nos despedimos de nuestra familia con lágrimas en los ojos y muchos abrazos, bendiciones de los hermanos para que todo vaya muy bien en la nueva tierra, cuando subía al avión sentía una soledad y un vacío profundo dejaba mi vida que hasta ahora había tenido escenario en mi tierra natal, dejaba todo, una familia hermosa, amigos, vida laboral cosas que se ganan con el tiempo, pero también sentía tanta ansiedad de llegar a ese país del que todos hablaban donde me esperaba mi amor, donde me esperaban nuevas experiencias, una vida nueva el comienzo de una familia, la mía; mi marido, mi hija y yo.

Llegamos a Madrid Barajas después de 12 largas horas de viaje, una mezcla de sentimientos me pasaban por la mente: angustia, ansiedad, tristeza, esperanza, ilusión, bajamos del avión y cogimos el equipaje, a la salida nos esperaba mi marido, al vernos nos abrazamos y lloramos de alegría, recién nos pudimos sentir completos, como una familia que se va formando, nos dijimos por fin juntos de nuevo y esta vez para siempre.

A continuación cogimos el autobús que nos llevaría a la Ciudad de Zaragoza 4 horas más de viaje para llegar a la nueva casa,

donde empezaría esta nueva vida; esa ciudad tan hermosa y fantástica de la que tantas veces me hablo mi marido, mientras entramos a la ciudad me venían a la mente esos lugares de lo que él me platicaba, y ahora estaban ante mi esas imágenes con las que tanto soñé, el Río Ebro, La Basílica del Pilar y otros tantos lugares, esa ciudad donde todo es tranquilidad; debo decir que quede sorprendida en ver el orden, la tranquilidad y las calles bonitas, sin el ruido común de mis calles peruanas.

La primera visita que hicimos fue la Basílica del Pilar, fue para agradecer a la Virgen del Pilar patrona de los Zaragozanos, por habernos reunido después de tanto tiempo; llegamos caminando por el Paseo Independencia y la Calle Alfonso, de camino conocíamos parte de las calles principales de la ciudad, al llegar a la Basílica cuando nos dirigíamos al altar se me hizo un nudo en la garganta mientras rezaba, sentí una paz y una tranquilidad ahí delante de ella; llevamos a nuestra niña ante la Virgen del Pilar para que la colme de bendiciones y la proteja siempre.

Desde ese día nos tocaba adecuarnos al nuevo estilo de vida, adaptarnos a sus costumbres lógicamente sin olvidar las nuestras, vivir nuevas experiencias, así mismos nos adecuamos a sus normas, educando a nuestro retoño, comenzamos a vivir la vida cotidiana de todo aragonés y el otro recordarse las calles y las rutas para no perderse ¡La de veces que me perdí!.

Llego el día de buscar trabajo en la nueva ciudad, donde ir, por dónde dar inicio la búsqueda, me dieron algunos datos por dónde empezar tome un mapa y empecé la búsqueda, al principio busque trabajo en las Empresas de Trabajo Temporal pensando ingenuamente encontrar algo relacionado con mi profesión pero

nada, llegue a los lugares donde se busca trabajo sin tener papeles, mi fui a las Asociaciones, a la Casa de la Mujer, al Instituto de la Mujer, tantos lugares, me perdí por algunas calles ya que tienen formas diferentes, en mi país ahí las calles son en su mayoría cuadrículadas, a cada lugar donde fui me trataron con mucho cariño, fueron muy amables, muy respetuosos y lo que me gusto más fue la atención que tenían con mi niña, no es por conveniencia pero los aragoneses en su mayoría son personas que te dan ese calor que te falta fuera de casa, esa palabra que te hace sentir contento, lo único de malo es que todos te repetían lo mismo la Crisis (esa palabra que hasta ese momento no entendía su significa como tal) no hay trabajo para nadie debido a la fuerte crisis que nos agobia, todos estos lugares donde te dan cursos de todo tipo como enseñarte un nuevo oficio, pero no hay trabajo en ninguno, es una pena te encuentras con tanta gente que busca lo mismo que tu "TRABAJO", pero nadie te da razón de este, entre gente latina que conocí, nos comentamos lugares a donde ir, intercambiando vivencias y datos de donde buscar pero nada, y así se pasan los días, los meses, pero bueno hay que conseguir dinero para pagar cuentas o simplemente sobrevivir, así que a buscar otras opciones en mi caso cuidar personas mayores, gracias a un amiga nicaragüense conseguí un trabajo de fines de semana la pase muy mal porque era mi primera vez alejado de mi hija por 3 días a la semana con sus días y noches, también mi primera vez al cuidado de esas personitas que necesitan de cariño y comprensión, me toco cuidar de una pareja de abuelos, ella era un cielo, pero él era muy desconfiado con la cuidadora nueva que llegaba a su casa, me costó ganarme su confianza, pero lo logre con mucho esfuerzo, hasta hoy los visito.

En la actualidad tengo trabajo por horas nada en concreto sin seguridad social, sin ningún beneficio más que el cariño que me brinda cada persona que cuido, pero tengo muchas ganas de trabajar, sé que soy útil, sigo adelante con la confianza de que lograre conseguir lo bueno, tengo muchos proyectos mientras mejora las cosas en España estudio un Master en la Universidad de Zaragoza con relación a mi profesión, estudio Ingles en la Escuela Oficial de Idiomas, espero un día decir ahora si trabajo en lo mío, no me doy por vencida creo que después de la tormenta viene la calma y ya llegara el día que la suerte me sonría, donde las cosas sean mejor para todos para el bienestar de mi familia y el mío propio.

Extraño mi tierra como no hacerlo, mis costumbres milenarias, mis danzas y canciones, mi gastronomía, mi fe al Señor de los Milagros y a la Virgen Cocharcas, las visitas a las tumbas de mis familiares principalmente a las de mi padre y madre, a mis familiares y amigos.

Trato de vivir las fiestas y costumbres aragonesas como si fueran las mías y siento calor familiar cuando disfruto de ello, nunca olvidare a mi patria porque es mi raíz, es la tierra que me vio nacer, parte de mi vida se quedó ahí, pero la otra parte la estoy haciendo aquí como aragonesa peruana y me integro cada día más a esta linda tierra con gente amable, tozuda y valiente.

Doy gracias a Zaragoza por las oportunidades que me ofrece de ser mejor como persona, como profesional a toda la gente buena que eh conocido en estos casi 3 años que llevo aquí, a las que me dieron oportunidad de formar parte de su vida, a mis abuelitos que si no fuera por ellos no tendríamos trabajo, a mi familia en mi querida Ciudad Incontrastable mi Huancayo Querido y a la otra

parte que la tengo en Lima Capital, que cuando los llamo me dan fuerzas y muchas energías positivas para no desmayar, a mi marido y a mi hija que son mi vida, que me hacen ser más fuerte cada día, desear ser mejor por ellos y para ellos.

No sé cómo continuara esta historia lo que si se, que los recuerdos no morirán y seguirán creciendo a través de los años...

El hogar encontrado

Elena Riccio Gladovieh

Cuando era pequeña, un terrible ciclón derribó el dique de protección del puerto de Genova. El mar entró con tal fuerza, que barrió parte de la ciudad.

Todo sucedió en un instante. Los gritos de la gente rasgaban el aire como el esgrafiado de una pizarra, haciéndose insoportables. Tengo un recuerdo vago de lo que pasó. De cómo la casa empezó a temblar y que todos corrían intentando salir. Luego me encontré en brazos de un policía de tráfico que intentaba buscar a alguien de mi familia. Sucedió el 19 de febrero de 1955.

Cuando la marea se estabilizó, un paisaje Dantesco se extendía por todo el levante. También nuestra casa fue arrasada y convertida en escombros.

Pasado el peligro y, a la espera que nos concedieran una vivienda, los equipos de emergencia nos cobijaron en unas grandes tiendas de campaña, donde compartíamos alojamiento con otras familias.

A razón del suceso, nuestra vida cambió radicalmente, y la de muchos otros.

Mi padre, que en aquel tiempo era militar, se licenció y embarcó en un trasatlántico, para así ganar más dinero, pues tenía que alimentar a una familia de siete miembros.

A partir de entonces solo lo veíamos una vez al año.

A mí y a mi hermano pequeño nos enviaron a un colegio de religiosas en régimen interno. Yo a Santa Marquerita Ligure y él a Suiza.

Pasado un año mi madre emigró a Francia, pero estuvo poco tiempo, pues no acabó de adaptarse. Fue muy duro para ella que ya había pasado los horrores de la guerra.

Al tiempo, mi hermano mayor murió. Nunca se repuso de esa pérdida. Siempre la recuerdo con una expresión de tristeza, aunque en sus acciones demostraba una fuerza desbordante.

Al cabo de unos años decidió volver a Genova. Mi abuela materna estaba enferma y había que cuidarla. Mi hermana decidió quedarse en Niza. Mi otro hermano mayor volvió con ella y me sacaron del internado, Yo estaba muy contenta de estar otra vez junto a mi madre. Salimos adelante dignamente, pagando el precio del desarraigo y la soledad, hasta que sin darme cuenta me hice mayor de edad.

Rondaban los años setenta y en aquella época no tenía ni idea de lo que me deparaba el futuro. Mi vida no estaba planificada. Como agua que desciende del monte, transcurría sin sobresaltos, dejándose llevar por la corriente.

Siempre me había intrigado conocer otros lugares. Acostumbraba viajar, unas veces por trabajo y otras impulsada por la inquietud de quién no encuentra su lugar.

Un hecho fortuito me trajo a España. En aquél entonces trabajaba de modelo. Vine junto con otras once chicas, con el equipo de un diseñador Italiano que participaba en un Certamen de Alta costura.

Salimos de Genova a primera hora de la mañana y embarcamos en el barco llamado Canguro, que cubría la ruta Genova Barcelona.

Conforme nos alejábamos del puerto, sentía en mis adentros que iba a vivir una gran aventura. Me quedé en cubierta mirando las olas que rompían sobre el casco con su particular ruido. Las gaviotas venía siguiéndonos arremolinándose y graznando, esperando devorar restos de pescado, sin darse cuenta que aquello no era un barco de pescadores que salían a faenar.

No hay cosa peor que no mirar al horizonte, así que ese rato de esparcimiento me costó estar mareada el resto de la travesía.

Llegamos a Barcelona al día siguiente. Pasados los controles de aduana y dejados los equipajes en el hotel, nos llevaron a comer en un restaurante en lo alto del parque Güell, obra de Gaudí, (declarado por la UNESCO, patrimonio de la humanidad).

Las vistas eran espectaculares. Mis ojos se perdían en esa incomparable belleza de naturaleza barroca plagada de matices y símbolos, que parecían custodiar misterios, religiosos y mitológicos.

Por la tarde estuvimos en el hotel, ocupándonos de los preparativos del desfile. Aquello era un caos. Había unos treinta diseñadores participantes, con todos sus equipos y modelos. Solo se oían los gritos de los coordinadores ¡De prisa, de prisa corre cámbiate, esas luces! Pero al fin el desfile resultó convertirse en un espectáculo memorable.

Al día siguiente fuimos a Madrid por carretera, que en aquél tiempo estaba bastante accidentada y, el viaje se nos hizo muy

largo. Nos quedamos tres días. Estuvimos en distintos lugares emblemáticos, posando por los catálogos de moda.

Hubo un sitio que me impactó especialmente, el monumento al ángel caído, en los jardines del retiro. Escultura obra de Ricardo Bellver, con el pedestal de Francisco Jareño. Creí que era la única escultura al mundo representativa de ese tema, sin embargo, tiempo después descubrí que en Turín, en Italia, también el monumento al Traforo del Frejus está dedicado a lucifer y, en Nueva York, también hay otra estatua en Rockefeller Centre. Nobstante lo curioso del caso es que la fuente de la glorieta del ángel caído de Madrid, se encuentra a una altitud topográfica de 666 metros sobre el nivel del mar. Estuve haciéndome preguntas sobre la veracidad de la creencia popular de que sea un homenaje a lucifer, según predicán los aficionados al esoterismo. En fin, no deja de ser una anécdota intrigante, que queda sin respuesta.

Pasados unos días nos dirigimos a Zaragoza. Un sentimiento de paz interior me abarcó nada mas llegar.

Las sesiones de fotos se efectuaron en menos tiempo, sin incidencias. Esto nos brindó tiempo para permitirnos un descanso y conocer la ciudad más a fondo.

Quedé cautivada por la majestuosidad de la Iglesia del Pilar, paseé por la horilla del río impregnándome de la poesía que transmitía el entorno. Fuimos a la Catedral de La seo, pero estaba cerrada y no pudimos visitarla. Sentada en la plaza, un grupo de palomas se agrupó a mis pies. Tuve como una revelación, como si ellas me hablaran telepáticamente y me dijeran que no me fuera. En ese momento supe que algún día tendría que volver.

Pasó un año hasta que pude hacerlo. Fascinada por sus costumbres tan diferentes a lo que había vivido, recorrí el país de punta a punta. Asistí a acontecimientos y fiestas populares muy interesantes.

Visité lugares fantásticos. Paseé por los jardines en la Alambra de Granada, empapándome de su historia, cuando aún no había que hacer colas para entrar. Visité castillos, cuevas y los volcanes de las islas canarias.

Me sorprendió lo fácil que fue comunicarme y hacer nuevas amistades. Me sentí tan cómoda que decidí quedarme.

Me afinqué en Zaragoza ya que me pareció la ciudad más tranquila y segura. Donde mi imaginación se promovía solo oliendo los aromas impregnados en el aire.

Aquí decidí fundar mi hogar. Con el tiempo, pude realizarme profesionalmente y personalmente, al casarme y ser madre.

Frecuenté la escuela de Artes Aplicadas, y otras actividades en la Asociación Giovane Italia, relacionadas con la difusión de la cultura Italiana y la gastronomía.

Participé en distintas tertulias literarias, codeándome con escritores que abrieron ante mí un mundo de fantasía, acercándome a la poesía que me sirvió de alimento para el alma, perfeccionando así este idioma tan rico en matices y expresiones.

Agradecida y sorprendida por la afabilidad de las personas que se volcaron desinteresadamente, para facilitarme la vida y así poder implantar raíces firmes como rocas.

Aunque aquí me sentía feliz, hubo cosas que ensombrecieron mi alegría, hechos que te pillan por sorpresa y nada puedes hacer.

Perdí a mis padres y luego a mi hermana. Lamento profundamente no haber tenido la ocasión de pasar más tiempo con ellos, aunque en la distancia nunca perdimos el contacto.

En estos años presencié todos los hechos sociales y políticos que se dieron en España, cuando la libertad estaba en entredicho y, la pena de muerte extendía su manto oscuro.

En la incertidumbre que acompañó la transición, cuando el fallido Golpe de Estado. En la investidura del Rey Don Juan Carlos. En la despedida del presidente Adolfo Suárez. En la instauración de la democracia...

Actualmente, en esta fase de crisis, todo el lustre del pasado queda atrás, empañado por un presente de caos e incertidumbre.

Mi vida y la de muchos otros van evolucionando de modo que no se puede elegir. Dando tumbos, se intenta franquear obstáculos que son muros de acero.

Mientras, el hambre y el descontento se filtran en los hogares. Los trabajadores en paro desesperan por el ocio impuesto. Miles de jóvenes no vislumbran ningún futuro aceptable. Los que estaban emancipados, vuelven con sus padres, siendo una carga mas para la familia. Otros emigran. También mi hija se marchó a trabajar al extranjero.

Tuve que sobreponerme al dolor de tenerla lejos y, aceptarlo por su bien, como en su día lo hizo mi madre conmigo.

Los que quedamos nos afanamos en luchar, sin perder la esperanza de que las cosas mejoren.

Hay personas que se afanan en buscar culpables, pero eso no resuelve nada.

Solo buscando soluciones se puede encontrar la forma mas efectiva de conseguirlo.

He pasado por mucho y ya nada me asusta. Hace cuarenta años decidí que este seria mi hogar, con sus pros y su contra, y a estas alturas no pienso cambiarlo.

Cuando se tienen buenos recuerdos, echar la vista atrás y recordar los momentos entrañables que se han vivido, es la mejor terapia, y yo tengo anécdotas a raudales.

Tengo una amiga que un día me invitó a ver una corrida de toros. Aquel día lidiaban Palomo Linares y Paquirri. La plaza estaba abarrotada. Como era mi primera vez, mi amiga se afanaba en explicarme paso a paso lo que sucedía.

El problema era que yo aun no hablaba español, y me costaba mucho entenderla, por eso ella no paraba de gesticular. Yo estaba prestando atención a demasiadas cosas a la vez, en ese entorno que me resultaba ser muy peculiar y estaba muy impresionada.

A un cierto punto de la faena, me estaba diciendo que el toro lo estaba haciendo muy bien y me dijo que si continuaba así lo llevarían en hombros. Así que le dije que no me lo creía. Que no podía ser. Ella insistió de modo que me convenció, así que le pregunté, que cuantos hombres hacían falta para levantar al toro. Pueden imaginarse la explosión de carcajadas de su parte y los que estaban a su alrededor.

Como ven hice el ridículo más tremendo. Cosas que pasan cuando uno no se puede comunicar convenientemente. Sé que desde entonces no ha parado de contar esta anécdota en todas sus reuniones de amigos y aún se está riendo.

En fin, nunca hay que perder el buen humor. Tengo mil achaques y no me quejo. La vejez no perdona. Como Dijo Louise Bogan: “No puedo pensar que el Universo inescrutable gire sobre un eje de sufrimiento. A buen seguro, que en algún sitio la extraña belleza del mundo, se afirma sobre pura alegría”.

Transcurso de una vida

José María Torralba Turrau

Mis padres Manuel Torralba Marraco nació el 28 de Octubre de 1886 y falleció el 30 de Enero de 1962 y Lucila Turrau Álvarez nacida el 31 de Octubre de 1894 y fallecida el 22 de Julio de 1972 me engendraron y vine al mundo del vientre de mi madre a las 4 horas del 6 de Agosto de 1936.

Mis padres y padrinos, Miguel y Joaquina, me pusieron judicial y eclesiásticamente de nombre José María y apellidos de mis padres.

En aquellos tiempos está muy claro, ya que posiblemente serían mas que dificultosos dadas las fechas de inicios de la guerra entre los españoles que luchaba en dos bandos por idealismos, hasta hermanos y otros familiares, mas en un bando y otros en el contrario.

Mi venida al mundo pudo ser anticipada dada la circunstancia ya que un hermanastro muy querido de mi madre lo apresaron y posteriormente el 28 de agosto fue paseado, palabra tomada del titulado libro histórico “*El eco de las descargas*” con sucesos, yo no los hube de vivir pero para los norteos de la provincia de Huesca debieron ser estremecedores y escalofriantes. Ya este libro que menciono y otros relatan con posible claridad lo acaecido en nuestra querida España, por la desgraciada vivencia de

aquellos casi tres años de guerra, la cual dejó a España convertido en un país paupérrimo.

Mi primera noción de la vida, puedo mentar el parvulario con una señora llamada peregrina que mi creencia me dice que no tenía titulación escolar.

Posteriormente pasé por varios maestro o profesores, que con el primero llamado Don Paco y el segundo llamado Don Bienvenido, alcanzaron 60 alumnos. Con estos dos primeros maestros, alcancé unos buenos principios de 1940 a 1944. Fueron severos y rectos para todo sin excepción; por mi parte excelentes sus enseñanzas generales en todos los términos de aquella época. Ya en 1944 a 1950 me aleccionaron Don Moisés y Don Luis, fueron también severos y rectos en menor cuantía que los anteriores y también la enseñanza vario notablemente, por lo mentado con anterioridad, no hicieron sus castigos propios en algunos casos dados. Por mi parte puedo agradecer a Don Luis Vidal Nivelá; me llevaba a su casa (su señora Doña Dolores creo que influyó) no todos los días, al salir a las 5 de clase y formábamos un mural con diversidad de ideas y dibujos que habíamos de presentar al concurso provincial de Huesca. No recuerdo si conseguimos algún premio o título. Este matrimonio hizo sin exigir a nadie, abriesen sus libretas, C.A.M.D.P.D.Z.A.R. (Caja de ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y Rioja), con aportaciones semanales diversas; a mi Don Luis me asignó este trabajo de anotar ingresos.

También este matrimonio consiguió hacer unas plantaciones en terrenos de propiedad de la Villa de Berdún concedidas por su ayuntamiento varias hectáreas. Se plantaron chopos o álamos y pinos que denominaron Coto Arbolado Escolar. En su inicio se

hacía limpieza con los escolares mayores y elaboro que se hizo en primeros años por parte de padres de alumnos y sus caballerías y con posterioridad llega la maquinaria agrícola y con ella lo hacen. Ya de inicio la plantación se hizo pensando en este futuro. De este Coto Escolar, se hizo algunas talas de arboles y de su venta, hicieron reparto entre los escolares y titulares de las libretas, de las que salieron en su día parte del coste, para la plantación de estas arboledas.

Terminada mi edad escolar, Julio de 1950, entonces no otorgaban título de escolaridad acabando con principios de estudios, en mi caso aceptables, pues puse interés y en mi casa tuve buen apoyo.

Yo por mi parte colaboré en casa lo mejor que pude, había faenas caseras en cantidad, ya que se tenía animales domésticos variados. Que nos servían en generala para alimentarnos; había también toda clase de hortalizas que daban enorme trabajo, pues en general se hacía a base de braceo. En una de las huertas había una pequeña caseta dividida en dos, en una de ellas se guardaban las herramientas que había en cantidad y comíamos en ella, cuando trabajábamos la tierra, en la contigua, había unas colmena con sus enjambres, que nos proporcionaban una miel exquisita y abundante, dado que tenían la floresta y el agua a pie de su hábitat. Había también unos abundantes y variados frutales así como una pequeña finca de almendros estupendos, una buena plantación de viñedo que así mismo nos proporcionaba uvas y vinos para el consumo de casa con sobra.

No faltó a mi padre su jornal de albañilería gracias que así mismo su padre, capataz de camineros, en aquella zona, lo tenía

consigo ocupado. Creo que lo pasarían muy mal en sus trabajos, pues eran tiempos de inviernos largos en la denominación histórica Canal de Berdún, extensión de sobre unos 50 kilómetros, hay carretera nacional y sus derivadas a los valles que correspondía a mi abuelo paterno como capataz encargado de los camineros que habitaban en sus casillas, llamábamos así, a unas edificaciones señoriales y elegantes, que aún hoy en día existen alguna que se puede apreciar. Estos trabajos, en estas carreteras y en aquellos tiempos imaginaron, como mencionó anteriormente, hubieron de pasar algún que otro día malo, más que buenos. Ya he mentado, en mi casa no había excesiva abundancia ni tampoco estrecheces, pero otra familias en mayoría había penuria más que otra cosa.

En mi terminación escolar, he mentado Julio 1960, con anterioridad, mi último maestro Don Luis Vidal Nivelá, nos consiguió para Campamentos de Frente de Juventudes una salida que solo tocó de Berdún mis dos mejores amigos y a mí mismo ósea tres fue esto a Gornitz (Vizcaya) y estuvimos de 20 de Julio a 4 de Agosto, fue una experiencia jamás vivida con anterioridad por nadie en nuestra querida villa, nos juntamos un centenar de camaradas en el campamento, todos de Huesca, a nuestra llegada y en los mismos autobuses regresaron otros tantos camaradas igualmente de nuestra provincia fueron pocos pero provechosos días, en los que casi salimos retoños y volvíamos medio hombres, fueron días que no olvidaremos pues había rectitud y disciplina, posible en demasía, pero para nosotros tres: Julio, Eladio y José María nos sirvió de provecho en sumo grado pues volvimos medio rectos, aleccionados y educados de nuestras casas y colegios de este no titule porque no había concesiones.

Conseguí mis estudios primarios (ahora certificado escolar) a través de un examen esto en largos años ya en Zaragoza.

Anteriormente colaboré en los que aceres de casa en mi edad escolar a parte en vacaciones de verano, ayudé a unos tíos y primos en la recolección de cera, pues tenía y conserva en su origen varia cantidades de campos de entonces, hoy menos, por hacerse concentración parcelaria y se unificaron las tierras, haciendo el reducto de fincas, a ser mas superficie en dimensión a trabajar. Por aquella época (1949-1950) y mas poseían campos en montes a tres horas de caminos y se cultivaban, hacíamos horas eternas de labor diurna si el tiempo permitía y las noches, habías corrales enormes cubiertos y tendidos en la paja sobre el suelo, descansábamos cubriéndonos con diversidad de tejidos, incluso con sacos enormes, que recuerdo yo compartir con mi prima y su amiga, que esta subió en plan vacacional pues en su casa, con su buen bar bodeguilla y tienda surtida, no creo que tuvieran necesidades, aunque eran siete bocas a sustentar, como en casi todas las casas del lugar en la que mencionó trabajo son nueve bocas así mismo en casa de mis padres.

He trabajado de todo, aunque todo no se me haya dado halagüeño, pero cosas algo como imposibles o difíciles he sabido hacer y solucionar.

Mi primera experiencia con quince años el 15 de septiembre de 1951 partí a Tiermas Zaragoza a donde dos hermana ya mayores llamadas Patro y Fina Fau, poseían un almacén de todo en aquellos tiempos, bien provisto, por su acaudalado y poniente hermano Manuel Fau en Pamplona. Tiermas entonces contaba con un mediano número de habitantes, con balneario, restaurante,

bares, comercios en esto las hermanas Fau. Fue misión mía la venta compra y cambio de variedad de alimentos que unos me pagaban y otros canjeaba por pieles ovinas y de conejos. No he mencionado el señor Manuel Fau de Pamplona poseía un renombrado almacén de toda clases de pieles y lanas. Realizaba mis ventas y canjes por varios poblados limítrofes con una buena bici que portaba un buen cesto delantero y otro trasero también recibía por canje cereales varios y productos caseros así pues salía de Tiermas, con géneros variados y regresaba los mismo. Fue corta mi estancia con estas señoritas pues aparte raras eran bastante exigentes y poco agradecidas.

Regresé a casa unos meses después y entre trabajos de casa algún que otro jornal mas de albañil, ayude en la serrería, cuando el carpintero tenía unos buenos troncos a tablear.

A las noches ayudó a mi hermano mayor Jesús, en una barbería que teníamos en el bajo de nuestra casa, había solo trabajo después de la jornada y fines de semana. Ya me quedo en casa solo con mis padres y me llegó el día del servicio militar, que en febrero en 1958 me reclutan en Huesca y el mismo día de ello, fui asignado y enviado a Calatayud, regimiento número 44 de artillería mis quintos y amigos de Berdún les toco destino Jaca pero regresaron a casa para presentarse en Jaca al siguiente día. Mis padres y hermana casada en Berdún, al relatarle estos amigos mi destino, les cayó el cielo, creyendo que me habían enviado a África. En esta época militar, en lo que cabe lo pasé bien ya en campamento, hice muy poca instrucción, pues me tomaron de peluquero y en todo este periodo, fue mi mayor ocupación, pues me asignaron una confortable peluquería de jefes y oficiales que

tenía servicio a las mañanas y a las tardes pasaba a la enorme peluquería de tropa, que me llevaba los que hacían de propina 5 pesetas que era mucho entonces, la mayoría no las tenía. Obligación de pago no había, sí en la de jefes, que abonaban 2 pesetas por servicio obligadas. Lo pasé en lo que cabe bien, incluso hice mis ahorros, dado el caso, que había días en mi bolsillo entraban cien y más pesetas. Acabé la milicia en julio de 1959, asignándome la graduación de Sargento de complemento.

A partir de esto trabajé de albañil, carpintería y chapuzas con mi padre y unos amigos, cultivando nuestras huertas y conservando la crianza de diversidad de animales, que nos sustentaban. Mejoré la barbería ubicada en mi casa y continuando la tradición, algo más espléndida que le fue a mi hermano. Abría después de mi jornada y días había que a la una de la noche cerraba la barbería. Sábados y domingos los dedicaba por completo a esto. Llegué a tener 62 clientes fijos abonados que me pagaban a final de septiembre, por años, haciéndolo en especie, en este caso trigo. Otros tantos tenía haciéndolo en efectivo.

La vida en el pueblo y en todos en general, se hacía difícil ya que el censo en ellos cada año menguaba y a finales de 1967 opté por dejar mi casa con destino a Bilbao, a donde llegué, y rápidamente encontré varios empleos, opté por una representación de peluquería (SOLRIZA), con la que pateé Bilbao a medias ya que tenía otro compañero con la otra mitad. Al año escaso de ello me ofrecieron traslado a Zaragoza en la que empecé mis ventas y al poco me asignan la casi totalidad de la región. Esta empresa fue en baja por exceso de competencias y me busqué y encontré en 1971 la Danone y Gallina Blanca, por la que me decidí y entré

como vendedor y reponedor. Que hacía igual que en Solriza una parte de Zaragoza dividida en 4 zonas. Poco a poco alcancé ser vendedor de supermercados y grandes superficies, lo cual al superar ventas alcancé logros que ambicioné, con ya experiencia y mis buenas horas hechas a ello. En esta empresa alcancé mi jubilación que fue anticipada, pero con 35 años cotizados logré buena pensión.

Llevo varios años de pensionista que en ellos no me he aburrido pues hice y hago cursillos que me enseñan e ilusionan ocupándome parte de las semanas desde octubre hasta mayo.

Los pájaros de asfalto

Ángela Bergua Royo

Y, una vez más, tan perezosa como convencida, terminó de hacer sus maletas y cerró la puerta de casa con doble tirabuzón. Una interesante partida de *Tetris* le esperaba en el maletero del coche. Nada nuevo. Nada que no se pudiese solucionar con un poquito de maña y un sutil empujón de fuerza antes de partir. Realmente, era un trámite al que Renata estaba ya más que acostumbrada, aunque regresar a la ciudad mediana era siempre un episodio picante que afrontaba a pachas con la morriña y el entusiasmo. Esta vez sus sensaciones rozaban lo agri dulce, y se apoderaba de ella una atracción irrefrenable muy a pesar del carácter explosivo de lo inevitable: se iba para no volver jamás.

Renata creció en Sallent de Gállego, un coqueto pueblo del pirineo aragonés, atravesada por una adolescencia bifásica que pasó de ser de lo más elástica a lo más puñetera. Sus primeros doce años de vida fueron puro *Rock&roll*, letras y amor. Supongo que la admiración delirante que sentía por el cultureta de su padre y una adicción incurable a los mimos codificados de su hermano y a la sensibilidad malamente camuflada de su madre, hicieron de la protagonista de este relato lo que todos reconoceríamos como una buena chica. Tantas horas de tocadiscos e historietas nunca serían en vano, no al menos para una curiosidad oronda siempre en colletas de la pequeña Renata, un bicho inquieto de condición

emocional transformado al tremendamente efectivo calor de una familia normal.

Las seis primaveras próximas serían ciencia ficción, desmerecidas por un auténtico invierno eterno cuya opacidad no dejaría pasar ni la luz ni los meses, y a la espera poco exigente de un comodín otoñal que, por suerte, acabaría por sonrojar las mejillas de un bicho pachucho pasados los años. Fue un 28 de noviembre cuando el padre de Renata falleció en un accidente de tráfico, poco antes de cumplir ésta los trece años, yéndose con él y su mala suerte el néctar preferido de su hija menor, sus grandes ojos, la *flor y nata* de sus sueños perdidos.

Un periodo azul oscuro casi negro, y como ocurre sin excepción en toda película, fue el mayor estímulo para que Renata, a raíz de recibir grandes dosis de aprendizaje en formato *tortazo*, empezase a darse cuenta de que el mundo giraba mediante un mecanismo basado en una escala de grises. El blanco siempre precedía al negro, el negro al blanco, y era en el contraste más extremo en donde la vida encontraba su verdadero significado. El marengo había venido para quedarse y eso obligaba a Renata a cambiar por completo su fondo de ideario, el que, a temprana edad, ya contaba con las prendas más útiles que cualquier chica podría haber imaginado jamás.

Responsable, sensata y optimista, realista a la par. Al natural es como afrontó la nueva Renata su primera expedición contable a la ciudad de Zaragoza. El primer contacto con la atmósfera universitaria, sin contar el *patinazo* académico que protagonizó durante cuatro meses al matricularse en la carrera equivocada, fue todo un éxito. Siendo realistas, no podía decirse que en términos

vocacionales hubiese dado con su destino perfecto al estudiar publicidad, pero sí había descubierto un nuevo rol con el que se sentía cómoda e integrada y que, a juzgar por su expediente, no se le daba nada mal. Vivía con su familia en el centro de la ciudad e hizo nuevos amigos, además de contar con amistades de toda la vida con las que todavía hoy sigue compartiendo estas líneas y echando unas risas al respecto.

En cuanto a la cara estética de la capital aragonesa, era cierto que Renata no terminaba de pillarle el punto, aunque tampoco era eso lo que había ido a buscar allí. Quizás faltaba verde, también blanco, y se veía poco el azul, pero también era verdad que la joven era consciente de que la estrecha relación que mantenía con los elementos desde muy pequeña era un tesoro celosamente reservado a su Sallent alternativo, el que, tan especial y simbólico, estaría siempre ahí, a dos horas escasas de su nueva casa. Tan sencillo era como que cada escenario le aportaba a Renata un diferente plus, siendo su pueblo querido el paraíso de sus ojos; Zaragoza, la guarida de sus pasiones, enganchadas al aire poluto.

Cada contexto en exceso despertaba el apetito de su antagónico antojado, y la accesibilidad fluida entre ambos círculos dejó salir a flote la disponibilidad de la que Renata disponía para gozar de ambos lugares y poder enriquecer así una persona que era ya dichosamente dual. Automática, inconscientemente, su experiencia volvía a pasar por el filtro imperdonable del conversor de grises. Cada localización le despertaba un sentimiento único e insustituible que, sin su fórmula inversa, se evaporaba en el aire como un espejismo sin un espacio en el que reflejarse. Ya no existían un primer hogar y otro segundo, sino las dos caras equitativas de una

misma moneda valorada en veintidós años de modesta experiencia. Inevitablemente, y a medias, montaña y ciudad habían construido a Renata, otorgando esto a ambas el derecho compartido de la estima y consideración de la adolescente. Fue por obra y gracia de esta cábala por lo que mencioné al comienzo de esta historia que mi estrella jamás volvería a su casa después de aquel pique de domingo contra la retaguardia su Opel Corsa, pues lo haría otra persona, otra vista nublada por los efectos de un dicromatismo envolvente y cautivador que daría viento fresco al regreso para dejar paso a la visita. Que vivan pues las idas y venidas, el *toma y daca* y el bendito ajeteo entre tierra y asfalto que parió a Renata.

Después de cuatro años de licenciatura baturra, Renata decidiría cursar un máster de sociología en la ciudad navarra de Pamplona, urbe que no le atiborraría tanto personalmente pero que le acabaría desvelando que en la investigación social se encontraba su verdadera vocación. Fue allí en donde descubrió todo lo que hoy sabe acerca de técnicas de investigación y análisis, así como una debilidad por lo cualitativo que, al parecer, le quedaba la mar de bien a su pasión por la escritura. Sería también allí en donde tendría el placer de conocer al mejor de sus contactos, a su tutor de la guarda, a la persona viva que más creería en ella y que lucharía contra viento y marea para abrirle las puertas del cielo académico. Al unísono, se apagaba la llama del que fue su primer amor, intenso y, por supuesto, inolvidable.

Negro. Una beca truncada, unas orejas gachas y, sin embargo, una temporada en Sallent fue suficiente para que Renata superase lo que no pudo ser más que un mal golpe de suerte. Nada podría arrebatarle ya el hallazgo estrella de su razón de ser. Lo segundo,

ya vendría. Lo tercero, empezaba por Z y acababa por A y, según cuenta un chiste legendario, tenía ya por aquel entonces un acento por cada una de sus vocales. Allí era donde Renata quería quedarse, meta que emprendió a través de un otoño *mañico* haciendo de todo un poco o, lo que es lo mismo, todo lo poco que la crisis del momento le iba permitiendo a pesar de sus hambrientas ganas de sentirse válida.

Si, *blanco y en botella*. Esa crisis es la misma que nos asalta aquí y ahora, cuando es el momento de reconocer que Renata soy yo misma escribiendo un relato para un concurso de historias de vida. Pseudónimo tan revelador como extraño, supongo, por dejarme contar la historia de mi vida desde una perspectiva literaria y, espero, todo lo potable posible dentro de lo espesos que pueden resultar a veces veinticuatro simples años. Espesor que se disuelve entre dos tierras, indefenso, incapaz de interponerse entre la persona que soy y la que quiero llegar a ser, entre un blanco nieve y un negro alquitrán tan necesarios para percibir este mensaje como lo son la tinta y el papel.

Digamos que si uno de los requisitos principales para participar en este concurso era ser partícipe de una experiencia migratoria cuyo destino final haya sido la ciudad de Zaragoza, respiro tranquila porque creo que lo cumplo con creces, porque esta ciudad es mis pies en el asfalto, porque aquí es a donde emigran mis pájaros hartos de tanto barro. Sallent es mis raíces, un hueco honorario en mi carné de identidad, una realidad soldada a mi piel *por los siglos de los siglos-amén*, aún en el caso imposible de que yo no lo quisiera. No obstante, Zaragoza es mi elección, en la que consigo visualizar la proyección de mi persona entera.

Y, si algo tengo claro en esta vida, es que lo que te hace sentir vivo no es dónde vives, sino a dónde te escapas. Es por eso que quiero vivir en la norma para escapar a lo enorme, donde mis recuerdos campan a sus anchas sin zona azul que valga y donde quiero que permanezcan por siempre frescos sin rendirse al hermetismo de la estancia permanente. Mi pueblo lo vale administrado en píldoras y en clase turista, y no cuando se convierte en un callejón sin salida. *Mi ciudad*, por la sutileza con la que ajusta los 158 kilómetros que separan mi voluntad adulta de mi memoria infantil. Es por eso, definitivamente. Porque las habrá más grandes, más bonitas, pero ninguna que me ayude a encontrar mi equilibrio como lo hace Zaragoza, la hija de Pilar.

Ciudadano universal

Gregorio Blanco Sicilia

La palabra emigrante.

Debe de desaparecer como desaparece el humo de
una cocina de carbón a través de su chimenea.

Uno a uno o sea todos los habitantes en el planeta tierra.

Los de antes los de ahora y los que vienen después.

Somos ciudadanos universales.

Mientras mi bolígrafo junta las letras para escribir emigrante.

Mis neuronas se declaran y se confiesan
como ciudadano universal.

Y mi dicen que el amor es universal desde
que existen los seres humanos.

Que el mismo sol calienta a todos los seres
humanos des este planeta tierra.

Y sabemos que sobre la misma tierra amamos.

Bajo el mismo cielo moramos.

Nacemos y morimos.

La muerte nos iguala a todos.

Siendo ciudadano universal las guerras desaparecen.

Las muertes por esas guerras también.

Los odios es posible que también.

Y sueño sueños donde los sueños sueñan.

Los mejores son aquellos que consiguen el deseo deseado.

El más deseado.

La emigración del pasado del presente y
del futuro a través de los milenios.

La emigración de millones de seres humanos
de cualquier parte del planeta.

Quizás el pasado nos tiene encadenados y te
informo que yo nací en el año 1939.

La guerra civil española hacia sus últimos disparos.

Sucedió y la esperanza es que no vuelve a suceder.

El futuro el pobre lo ve con temor porque
no tiene dinero entre sus dedos.

Te estoy hablando de un pobre como yo.

Con algo de dinero desaparecen las preocupaciones.

Una gran cantidad de dinero se multiplica las preocupaciones.

El presente te dice que examines bien donde pones
tus pies para que sean firmes todos tus pasos.

En ese nuevo país que no conocemos sus caminos.

Que desconocemos su idioma.

Caminante eres y debes crear un nuevo camino para tu vida.

Sabes que tienes un reto en tus manos.

Tienes un proyecto en tu mente para
mejorar como ser humano.

Y a ti te digo que nunca fuiste emigrante no
juzgues un libro solo por sus tapas.

Lo lees entero y no olvides que quien leyó
y olvido su tiempo lo perdió.

Y fundamental es que debes comprender que
tienen corazón, espíritu y alma también.

Y sabido es que todos somos necesarios.

Y sabido es que nadie es imprescindible.

Por lo tanto el emigrante ter necesita a ti
tanto como tú necesitas al emigrante.

Aquí te exijo que pienses en la equidad.

Arrieros somos y en el camino nos encontraremos.

Con nuestros sueños de la esperanza.

A veces con la desesperanza.

La esperanza siempre es esperada con temor.

El emigrante sus neuronas se vuelven más activas
sencillamente porque las han sacado de su entorno natural.

Y además las raíces son las que mandan cuando se ama.

Yo soy zaragozano.

Y estoy escribiendo este relato en el parque de Labordeta.

Y abro mi mirada en este otoño del 2013 zaragozano y veo que los arboles se desnudan a pesar que viene el frío invierno.

Sus hojas con sus colores reposan en el suelo después de un vuelo.

Bello vuelo.

El suelo pintado de mil colores.

La belleza de la naturaleza reflejada en una alfombra.

Tu vista se agudiza de ver tantos y tan bellos vuelos.

En 1953 empecé a prestar mis servicios como aprendiz bobinador en la empresa de tranvías de Zaragoza s.a., 14 años yo contaba y 12 horas diarias yo trabajaba.

A los 24 años decido cambiar la cruel sequedad de nuestro querido desierto los Momeros por las verdes praderas de la neutral suiza.

Cambio la España una grande y libre una gran mentira de 40 años que todavía estamos pagando dirigida por un señor que Franco llamaban.

Suiza libertad, neutral la riqueza se palpaba.

Mis sueños Suiza los arropaba.

Y esos sueños a la plaza de la Seo numero 6 mis pasos me llegaron hoy casa de la iglesia y un sacerdote joven cercano y humano tramitaba mi documentación que me llevaría a la Suiza soñada.

Un contrato de trabajo en la multinacional Brown Boveri me mandaba para que fuese firmado con la garantía de mi especialidad, con la garantía de la verdad.

Imprescindible documento para poder
trabajar en la Suiza neutral.

Los papeles en regla como suiza mandaba como dios manda.

Llego el día que mis alas de libertad a Suiza pudieran
volar con entera libertad, con entera responsabilidad.

La documentación de 17 emigrantes en mis manos como un
tesoro guardaba, el cura en mi confiaba. Sus órdenes yo las
cumplí como si un Dios se tratara. De la estación de Zaragoza
un día de 1964 17 emigrantes, nuestro destino a Suiza miraba.
El tren de madera era, su máquina de carbón se alimentaba, su
chimenea humeaba. El billete de Zaragoza a Baden había sido
pagado por la multinacional Brown Boveri. Posteriormente
de mi salario fue descontado. El que paga descansa y el que
cobra más y más en ese paraíso fiscal que Suiza le llaman.

Las maletas una de cartón la otra de madera.

Llenas de bellos sueños, vacías de dinero.

La juventud siempre fue el mejor de los tesoros y esa la tenía yo.

Mi sonrisa en mis labios se dibujaba y por los caminos de hierro
a la dulce y libre Francia llegamos. El tren los kilómetros se
tragaba su máquina de electricidad se alimentaba. Nosotros
empezábamos a alimentarnos de la libertad soñada. Las dos y
treinta de la madrugada el tren en la estación de Lion paraba.
Mis pies por primera vez pisaban suelo francés y cumpliendo las
ordenes del cura con la documentación de los 17 emigrantes y
como el cura me dijo un señor francés se acerco a mí y le entregue
la documentación. El tren por los caminos de hierro a las fronteras
con Suiza. En Ginebra el tren paraba la frontera allí estaba. Mi

primera misión entregar a un empleado suizo de la aduana la documentación de los 17 emigrantes. Y a partir de aquí cada uno de los 17 separados por tener distinto destino. Había terminado mi compromiso con el cura joven que vestía de negro con una coronilla en su cabeza, con un corazón que disfrutaba ayudando a los demás, de agradecidos es de bien nacidos y lo agradecido estoy. Las oraciones alivian, los hechos curan, las cadenas del franquismo en España atrás las había dejado, mejor fundirlas para que su acero tuviera otro destino. Me sentí ser humano mientras tanto en la aduana registraban mi maleta de madera, mi maleta de cartón abiertas en un gran mostrador. Una revisión médica exigida por la sanidad suiza, la mayoría la pasamos y en suiza nos quedamos. Alguno tuvo que volver a España porque esa revisión médica no la pasó. Las maletas de madera volvían otra vez a España. Las maletas habían perdido la esperanza a su dueño le maltrataba la desesperanza la sonrisa de sus labios estaba en paralelo desconocido, mientras tanto mis alas de libertad en Suiza volaban. El tren en la estación de Baden paraba. Mi reloj las ocho y treinta de la noche marcaba. En Baden estaba la empresa donde yo iba a prestar mis servicios. La empresa de transformadores más grande del mundo. Conocí la riqueza y la libertad al salir de España. 24 primaveras tuvieron que pasar para que esto sucediera y sucedió porque yo quise que sucediera. Un señor suizo en la estación de Baden hablando perfectamente español amablemente me saludaba y se presentaba como empleado social de la Brown Boveri. El fue el que me informo y me llevo a mi nueva residencia. Empecé a comprender que mucho tenía que aprender en la universidad de la vida. Y pensé que una vez mas novicio serás. Mi nueva residencia un Chalet, a mi me correspondía un cuarto una

maleta de madera y una maleta de cartón y un solo ser humano que era yo. Me sentí atrapado por la cruel soledad y te recuerdo que la soledad es la alegre compañía de los tristes, las lagrimas empezaron a asomar en mis mejillas. La única compañía de mi soledad. Y además mi memoria quedo atrapada en el recuerdo de mi querida madre y comprendí que con la distancia todavía se quiere más. Y aprendí que solo sabemos lo que queremos cuando la distancia no nos deja estar cerca de lo que queremos.

Las raíces son las que mandan cuando se ama.

Mis parpados se cerraban.

Sé que esa noche no soñé.

Sé que en Zaragoza en la calle Privilegio de la unión
16 duplicado esa noche mi madre no durmió.

La que un día me vida me dio.

El reloj despertador omega con exactitud hacia su trabajo.

Mi primer y nuevo amanecer en la Suiza neutral
de cumbres nevadas y verdes praderas.

Mis pasos acompañados de mi mirada a la ventana se dirigieron.

Unos copos de nieve bien alimentados del cielo bajaban.

Mi memoria me recordaba que la integración empieza por uno mismo y mi espíritu me dice que sea integro y entregado.

A las 8 de la mañana en la escuela taller de la Brown
Bovery mi cuerpo y mi alma ahí estaban.

Solamente habían pasado 11 horas desde3 que
puse mis pies en la estación de Baden.

El profesor sucio me saludaba con un italiano que de sus labios salían que yo lo bautice como adivinador.

Un plano un estudio y el material necesario
para realizar mi trabajo.

A la vez que me decía que un mes tenía para
demonstrar lo que había firmado en mi contrato.

Me vino a la mente la nobleza baturra algo que
mis raíces heredaron y con orgullo llevaba.

Afanado estaba en mi trabajo junto a 29 seres humanos
que perseguían el mismo objetivo que yo.

Diferentes nacionalidades algunos se habían fugado
del telón de acero jugándose sus vidas.

El profesor suizo se acerco y me decía que tenía que
acudir a los servicios médicos de la empresa.

De inmediato acudí a la cita y el médico me
decía que tenía que quedar con la ropa que el
día que nací me regalo mi querida mama.

Al poco tiempo el médico me felicitaba y
me daba la mano con una sonrisa.

Una gran noticia para un corazón que vive demasiado deprisa.

Estaba más sano que una manzana sana.

A la escuela taller mis pasos ligeros como el viento volvieron.

Mis valores positivos se veían fuertes
felices y pensaban en el cielo.

Pero en mi cuenta quedaba superar la prueba de la escuela taller la esperanza siempre acompañada del temor.

Pasaron 7 días trabajando en la escuela taller.

Al profesor le acababa de entregar mi último trabajo. En su mesa los 29 compañeros tenían que hacer el mismo trabajo que yo.

Algunos lo habían entregado antes que yo.

Se oyó la voz del profesor suizo con su italiano particular todos parados todos en mi mesa.

El profesor en sus manos sujetaba el trabajo que yo le habían entregado.

Mi trabajo lo expuso como un ejemplo de perfección y fue expuesto en una gran vitrina donde estaban aquellos trabajos que buscaban la perfección.

Esto psicológicamente se llama motivación.

Mi trabajo estaba realizado en cobre con soldadura de estaño y muchos cables.

Espero haber satisfecho tu curiosidad.

Pues la mía consistía en lo que me iba a decir mi profesor.

El profesor dijo que el español se quedase en su mesa, el español era yo.

Y esta vez lo entendí perfectamente al día siguiente iría a trabajar en producción junto a los 22400 empleados.

Tanto haces tanto vales tanto cobras el éxito consiste en dar lo mejor de ti mismo.

Comprendí que la forma más inteligente de celebrar
un éxito es la humildad y seguro que la virgen del
pilar me ayudo para que esto sucediera.

Y vinieron nuevos amaneceres en las verdes praderas
en las nieves perpetuas de las altas cumbres.

Y como no podía ser de otra manera más pronto que tarde el que
esta enamorado en la iglesia se ve junto al cura para que los case.

Y en Suiza me case.

A mi esposa la conocí algún día bailando
aquel cerezo blanco que creció.

Letra y música dejaron la huella más bella en el planeta tierra.

Y más medio siglo a pasado y de mi esposa puedo decir que el
estar enamorado de ti es como tener como prisión el paraíso.

Es caballero poderoso don dinero se
portaba bien sus frutos daba.

Las circunstancias son las que son si no las
salvo yo a ellas no me salvo yo.

Las circunstancias eran de otras no las más y a raíz de
estas circunstancias decidimos volver a España.

Nuestros ahorros nos habían permitido el comprarnos 2 pisos.

En Zaragoza hoy estamos soñando.

Como tantos zaragozanos.

Y es un día cualquiera.

Mis pies al puente de piedra me llevan.

Correr tras un sueño

Olga Matilde Lamilla Perea

Impresionada me quede al leer las noticias de las revueltas políticas en el congreso, y los cambios de Presidente y de moneda que se avecinaban y entre una taza de café humeante empecé a creer que salir de mi país podía ser una opción a los problemas económicos que pasábamos y fui madurando la idea y Con el pasar de los días en silencio y aferrándome al poder divino para obtener la fuerza de dejar lo que mas quería en mi vida... Mi familia.

Poco después y entre charlas y debates con mis hijos y mi Marido decidimos que seria yo la que persiguiera el sueño de ofrecer a mis tres hijos la posibilidad de otórgales un futuro educacional, laboral, social y por supuesto económico que nos dignificara como personas en una sociedad de la que no conocíamos nada.

Obtuve el pasaporte y un crédito de dinero de un usurero prestamista el cual actuaba de coyotero llevando lagrimas y sueños de las personas que acudían a el a travez de rutas y falsas agencias de turismo que llenaban sus bolsillos de dólares impregnados de sufrimiento de las personas que trasladaba en un indigno trafico mal llamado Tour turístico.

La noche en que vinieron a despedirme mis hijos y mi marido se dio una erupción volcánica que lleno de ceniza la ciudad y a la

que jocosamente mis hijos le llamaron el llanto del volcán por mi partida. A las 9 AM del día siguiente y con lagrimas a borbotones mi vuelo partió hacia París en una nueva ruta experimentada por el coyote haciendo escala en New York y a la que arribamos en medio de vientos y nieve pues era el 29 de diciembre de 1999 y en donde en medio de estrictas medidas de seguridad la policía de los EE.UU nos condujo como prisioneros en fila india hacia una habitación sin ventanas a que esperemos la salida del vuelo hacia París. A las 6 horas de permanecer encerrados la misma policía nos condujo directamente al avión y nuestros sueños partieron una vez más.

Tras 11 horas de vuelo aterrizamos en París y salimos a un hotel en donde pernoctamos 3 noches haciendo salida por los alrededores para dar la impresión de que éramos turistas, sin derecho a comida nos buscábamos la vida en algún supermercado y llenábamos las esperanzas con pan y coca cola en medio de tenaces nevadas y un frío que calaba sin misericordia caminando absortas entre caras extrañas y desérticas calles.

Casi después de haber llegado y a los tres días de hambre y penurias y cobijada por las lagrimas que salían a borbotones por los recuerdos que se quedaron el tal guía nos condujo a la estación del tren y abordamos hacia Lourdes en una ruta que ni el mismo conocía pero que más tarde le serviría para sus planes de coyoterismo. Al llegar a Lourdes en una mañana de niebla y frío preguntando a señas a los viandantes logramos dar con la gruta de la virgen a la cual me arrodille y descargue todas mis penas contenidas y aferrándome con todas mis fuerzas a la fe divina en busca de alcanzar el sueño de llegar a la tierra prometida y luchar a cal y canto por los objetivos trazados.

Cerca del medio día salimos de Lourdes en taxi hacia Zaragoza en un viaje de pequeños copos de nieve que se arremolinaba a los cantos del camino y que llamaba mucho mi atención pues jamás había visto la nieve lo cual me invitaba a soñar de que algún día con mis hijos y mi Marido caminaríamos sobre aquel manto blanco bello y singular. Serian las 5 de la tarde y Zaragoza nos recibió entre brumas y frío con un río tan grande como el de mi lugar de origen el cual nos condujo por su rivera hasta el barrio de las delicias en donde apresuradamente el taxista nos bajo las maletas y se marchó tan rápido como pudo en una calle, un lugar completamente desconocidos. Minutos después una puerta se abrió y nos recibía una menuda mujer la cual nos puso las reglas de convivencia y los pagos que debíamos hacer tan pronto como cosigamos trabajar y en medio de una habitación con varias personas aquella noche mirando la foto de mi familia me dormí profundamente.

A la mañana siguiente en medio de un frío tenaz y mientras saboreaba una taza de café un anuncio en el heraldo de Aragón me llamo la atención y pedí a la casera me condujera al lugar donde solicitaban una asistenta para una señora anciana por cuatro horas diarias, ubicada en la calle san Jorge subí las escaleras atacadita de los nervios y al presentarme la Señora sin dubitaciones me contrato para que viniera al día siguiente. Aunque me costo adaptarme al nuevo arte culinario lo fui asimilando rápidamente y al cabo de tres semanas ya era una experta en preparar los menús que la anciana requería y poco a poco con mi honestidad por delante fuimos formando una cadena de aprecio y cariño que duraría por muchos años. A las 2 semanas de constante estadia pude conseguir trabajar otras 4 horas en otra casa porque mi meta

era poder traer a mi familia y edificar el sueño de una vida mejor porque esta sociedad estaba a otro nivel que la nuestra, sin atracos ni asaltos, honesta, sincera y sin aspavientos. Entonces pensaba en las noches muchas de las veces en un mar de lagrimas que esto era lo que queríamos ; una existencia digna... nada mas.! Todos los meses enviaba dinero a mi marido para la educación de mis hijos y casi todos los días miraba mi correo en internet por que era la manera mas sublime de acercarme a mis hijos y poder estar al tanto de lo que sucedía para poder dormir tranquila.

El tiempo pasaba inexorablemente y a los 4 meses pude conseguir un trabajo en una temporal del corte ingles sacrificándome por 6 horas pues el trabajo era muy agotador, pero me mantenía firme e iba con alegría a sacar a mi familia al frente. A los 7 meses de feliz estadia mi alegría se concreto mucho más pues mi jefe se ofreció a darle los papeles a mi marido cosa que se lo agradecí inmensamente por tan bondadosa generosidad. Tuve que soportar largas colas en frío y calor en las dependencias gubernamentales y fueron muchos meses hasta que logre que me aceptaran mirando a lo lejos una pequeña luz de esperanza en mi ventana y alimentando ilusionada la posibilidad de que mis hijos tengan un futuro educacional y laboral en esta España que empezaba a quererla con toda mi alma olvidándome casi por completo de mi país de origen que lentamente desangraba y entraba en terapia intensiva por Presidentes que se llevaban el dinero, por feriaditos o corralitos bancarios y por una sociedad que derrocaba y ponía Presidentes a golpes y fuego cansados a lo mejor de llevar 500 años de crisis.

El tiempo se encargo mas tarde de ayudarme a integrarme al arte culinario mediterraneo y pronto me hice una experta en

preparar cualquier plato y eso me encantaba porque podía disfrutar del aceite de oliva que en mi país es tan caro como el oro y me fui adaptando a las costumbres a los frios días de invierno y a los maravillosos días de verano aunque no del todo por que siempre mi pensamiento lo ocupaban mi marido y mis tres hijos y mi mayor ilusión estaba en disfrutar a tope pero con mi familia.

Pronto tuve una feliz noticia y era que a mi Esposo le habían concedido el permiso y ya solo faltaba regresar para ultimar detalles de su venida aunque estaba con dudas esperaba poder convencerle para empezar una nueva vida en este viejo continente.

Al año y dos meses regrese a mi casa y pude disfrutar un mes de mis hijos, amigos y algún que otro familiar. Y pudimos establecer las pautas para reencontrarme con ellos en Madrid. El mes de estadía en Ecuador se fue muy rápido y la verdad es que ya extrañaba a Aragón y sus maños y volví con mas ímpetu y fuerza a trabajar para lograr los objetivos. A los 7 meses de haber vuelto pude reunir una cantidad de dinero que serviría para el viaje de mis tres hijos y mi marido, y así fue que una mañana del mes de julio del año 2001 me plante en el el aeropuerto de Barajas con los nervios a flor de piel porque en uno de los vuelos venia lo que mas anhelaba, lo mas querido... Mi familia Solamente y después de unas cuantas horas de espera pude ver con emoción y lagrimas en los ojos como mis hijos atravesaban el umbral de salida fundiéndonos en besos y abrazos en un mar de alegría incontenibles. Sin esperar mucho tiempo nos trasladamos a la estación del tren y nos embarcamos rumbo a Zaragoza y podía notar las caras de alegría y sorpresa pues nunca habían viajado en tren y así mientras duro el viaje iba tomando conciencia de la responsabilidad

que tenia por delante hasta que mi marido pudiese conseguir un trabajo. Llegamos a una casa en la cortes de Aragón en un piso sin calefacción y solamente con colchones pues el lugar estaba vacío y la verdad poco nos importaba porque sentir el calor de mi familia suplía todas las necesidades.

Poco a poco y en cuanto las personas se enteraron de la llegada de mi familia especialmente para las que trabajaba se solidarizaron y me ayudaron en lo que podían, conseguí unas camas a los tres días de Caritas y utensillos para la cocina y cuando llegaba yo del trabajo mi felicidad era tan grande que subía las escaleras hasta cantando alguna vieja canción para verme recibida con palabras tan mágicas como... !Hola Mama... y ya nos sentábamos a degustar la tortiilla española que fue el primer plato que les prepare quedando encantados que repetían una y otra vez. El tiempo pasaba inexorable y me prepare con entusiasmo a que mis hijos vaya a la educación que soñaba y la verdad nos recibieron con los brazos abiertos y así pude ver muy contenta como mis hijos incursionaban en esta sociedad desde la educación que era muy importante. También mi marido tuvo la suerte que esperábamos y obtuvo los permisos correspondientes de residencia y trabajo y pronto encontró una empresa a la que le dedico muchos años y trabajando entre los dos durísimas jornadas para adquirir lo elemental en una convivencia de familia.

La verdad es que empezamos a disfrutar de las bondades de esta tierra generosa y de su gente caminando por la ciudad y mirando con asombro las fiestas del pilar, no podíamos estar mejor aunque a los pocos años de estar aquí mi marido recibió la noticia de que sus padres habían muerto y ahí estuve lista yo para

arrojarlo y darle la fuerza que la virgen del pilar me trasmitió. Nos hemos consolidado con las amistades y hemos fortalecido nuestra convivencia conyugal y la verdad a pesar de los años nos seguimos amando y queriendo como el primer día gracias a esta tierra que nos devolvió la gana de existir.

Ahora llevamos casi 15 años de estar aquí y la verdad no volveremos a nuestra tierra, nuestros hijos han crecido y están echando raíces y eso realmente es lo que mas nos importa porque estamos convencidos desde siempre que No es importante donde se nace si no donde se lucha y aquí le rendiremos homenaje a esta tierra que aunque no sea nuestra la queremos como tal.

Como un agradecimiento a todo lo que las personas que me recibieron aquel frío diciembre suelo visitarlas muy a menudo aunque están muy ancianitas todavía me recuerdan con aprecio y la verdad nunca tendré lo suficiente para pagarles la ayuda que me brindaron y la verdad sea dicha también no echo de manos a mi tierra excepto algún día que me acuerdo de mi padre y de mis hermanos pero por lo demás ha quedado casi en el olvido, soy muy feliz con mi familia y no renunciare a nada ni por nada.

Mis hijos se van consolidando y el mayor pertenece a las fuerzas armadas la niña esta estudiando una carrera de psicología y el menor esta en un grado medio de mecánica en el instituto Dr cerrada y ya casi estamos mi marido y yo dibujando una sonrisa de complicidad y tranquilidad mirando los pasos agigantados de nuestros hijos.

Y aunque ahora mismo y desde hace un par de años mi marido esta en desempleo no perdemos ni por un instante la ilusión de seguir comprometidos con esta tierra bendita que nos acogió

dándole gracia siempre que podemos a la Virgen del Pilar que nos regalo su bendición.

Y aquí termino esta experiencia de lucha y lagrimas que me llevaron a pisar el mítico mediterráneo y rendir un pequeño homenaje al hombre que me apoyo y que ha sido la piedra angular de esta travesía... Mi marido y por supuesto a mis tres hijos que con valentía supieron aguantar agarraditos a la mano de su padre los meses de soledad.

Aventura, significa llegar

George Ciprian Aurelian Hanganu

Dicen que el ser humano es un animal de costumbres. Sin embargo, existen momentos en la vida en los que tu alma necesita un cambio.

Trabajé varios años como gestor bancario y asegurador. Le vendía a la gente necesidades ficticias y seguridades camufladas a cambio de un porcentaje de sus humildes salarios. Negocios banales inventados por grandes corporaciones. La importancia del capital en Rumanía era –y es– un monstruo que pisaba fuerte. Y la inocencia de la gente, el escenario perfecto para esta tragicomedia.

Yo era un ejemplo cruel de esa sociedad que se dejaba llevar del comunismo al capitalismo.

Al poco tiempo sin trabajar, me acostumbré a ello. Vivía tranquilo, sin cargos de conciencia, con lo justo para sobrevivir. El invierno fue largo y en el mes de mayo me dediqué a pasear y quedar con los amigos.

Una de esas noches, mi primo me invitó a celebrar en un bar su exitosa obra de teatro. Entre aquellos borrachos entusiastas, me uní como uno más. Momento en el que veo al otro lado de la barra una chica morena, muy atractiva. Fue una mirada de un segundo y sentí que el tiempo se paró.

Nos encontramos al punto de la mañana en otra fiesta. Yo y mis amigos bailábamos hasta el amanecer. Ella iba descalza y buscaba los zapatos. Yo le ayudé a encontrarlos y, como recompensa, quedamos para vernos al día siguiente.

Así fue como la conocí. Era extranjera y sonreía todo el tiempo. Me hablaba en un mediocre rumano que variaba con inglés. Era española, había venido a Arad para colaborar con una ONG y trabajaba con niños con discapacidad. Llevaba ocho meses allí. Creo que la estaba esperando...

Solo le quedaba un mes para volverse a España, y lo aprovechamos al máximo. Incluso nos fuimos en autostop por toda Rumanía, desde Arad (que es frontera con Hungría) hasta el Delta del Danubio. En nuestro viaje conocimos Bucovina, visitamos monasterios y fuimos acogidos por gente en sus casas. Silvia descubrió una vez más cuál diferente es la gente de mi país a la del suyo. Gente que le dejaba dormir en su casa sin conocerla y que precisamente celebraba que se habían conocido con un vaso de *tuica* (licor casero).

Se marchó a finales de junio. Y no dejé de pensar en ella.

Busqué un trabajo en una de tantas compañías alemanas que se instalan a las afueras de la ciudad. El sueldo no era gran cosa, pero me permitiría comprar un billete de avión en unos meses.

Y así lo hice. Por primera vez en mi vida fui a España. Visitamos Barcelona, Zaragoza y Biescas, el pueblo del Pirineo donde ella vivía. Me encantó. Todo verde, tranquilo, las montañas enormes, el aire.

Ese invierno fue duro para los dos, sin vernos, pero Silvia vino a finales de enero y planeamos “Irnos juntos a cualquier parte”.

Me gustaba su valentía. Y lo que es más, el coraje que despertaba en mí.

Hay más de cuatro millones de rumanos que han emigrado por una vida mejor. Muchos de ellos a Italia, Francia y España. Pero yo siempre tuve claro que me quedaría, que lucharía cual dacio por resistir en una tierra preciosa. Una tierra en venta, manipulada por los grandes países y destruida por políticos, pero mi tierra. Rumanía está repleta de influencias, y por tanto de cultura, de costumbres y de rincones todavía sin explotar.

Hay miles de hombres que no aprecian esto porque es un país cuyos salarios no les permiten un coche con el que circular por carreteras todavía en construcción. Hay miles de mujeres que se van a limpiar casas de extraños y a cuidar a ancianos cuando tienen a sus parientes sin cuidar a miles de kilómetros.

Ella me hablaba de esto. De la fama del rumano en España. De lo equivocada que está la gente. Se sorprende, pero a mí ya no me sorprende que la gente se equivoque. Creo que pasa constantemente. Sólo hay que ver la historia de la humanidad...

Nosotros seguimos en contacto aquel final del invierno, y al comenzar la primavera vino a Rumanía. Estuvo en mi casa casi un mes, y sentimos que empezábamos algo de verdad. Una relación a distancia era algo que los dos odiábamos. Siempre hablando a través de un ordenador o por teléfono. No era real, y queríamos que lo fuera.

Así que en junio volví a despedirme del trabajo. Tampoco perdía tanto... porque trabajaba más de ocho horas y no cobraba ni doscientos euros. Y no es que pretenda ser rico, pero precisamente

en este momento me habría gustado tener un dinero ahorrado, para aventurarme con una pequeña seguridad. Creo este concepto “ahorrar” es imposible en mi país.

Incluso estuve vendiendo ciertas cosas en el mercado, para sacar algo de dinero. Pero al final regalé casi todo. En esos días me juntaba con los amigos casi cada día, sin el pretexto de despedidas –que no me gustan nada– a beber y charlar. Alguno me preguntaba si estaba nervioso, y a todos les contesté que no. Estaba haciendo lo que quería.

Hicimos en un mapa de Europa una ruta: de Arad a Zaragoza; prácticamente, cruzar Europa en autostop. Una locura. Esa clase de cosas que hay que experimentar alguna vez.

A principios de julio de este año, metí en una mochila gigante toda la ropa que más uso, algún recuerdo y un neceser. Aquella noche Silvia no podía dormir. A la mañana siguiente, salimos a la carretera en dirección a Hungría. Llovía. En menos de media hora ya estábamos subidos a un camión. Cruzamos el país sin problema.

Nuestro primer destino era Bratislava, y llegamos todavía de día. Allí nos esperaba una chica que nos dejó dormir en su casa un par de días. Esta era la parte organizada del viaje: Escribíamos en una web de hospedaje (“*Couch Surfing*”) para poder dormir en casas ajenas. Y en muchos casos –como esta chica– eran además de un hogar, un guía estupendo y una forma de conocer a gente local. Una bella manera de conocer personas. Nos enseñó un lugar muy bonito frente a un lago y una cervecería del año 1752. Y hablamos con ella de su cultura y de la ciudad. Nos comentó que estaban llegando muchos españoles a Bratislava, trabajando

en grandes compañías con salarios bastante buenos. Silvia le dijo que “En comparación con los sueldos de España es poco dinero”, pero claro, en Eslovaquia la vida es mucho más barata, y con esos sueldos puedes vivir muy bien. Eso que llaman crisis en Europa, no es más que beneficios de unos y cambio de vida para otros. La deslocalización de las empresas afecta a que países como España hayan empezado a emigrar.

El viaje constaba de esto. De descubrir qué pasa en este continente que dicen ser “nuestro”. De conocer puntos de vista y maneras de pensar. De creer en la gente, que nos recogían en sus coches y camiones en la carretera, y nos esperaban con la cama hecha en sus casas. Queríamos –y queremos– darle una oportunidad al ser humano.

De Bratislava fuimos a Linz, en Austria, para ver a un buen amigo mío. Lleva trece años viviendo allí. Él y su familia nos trataron estupendamente. No volverá a Rumanía. Y entendimos por qué: Allí su mujer tiene una ayuda gubernamental por ser madre, y reducción de horas de trabajo para cuidar al pequeño. Mi amigo trabaja de cocinero, que es su pasión, y tiene un sueldo decente. Linz es una ciudad limpia, muy verde. La perfección de las casas y las calles nos resultó rara. Es la cultura austriaca, todo está perfectamente medido.

Cogimos fuerzas (y un par de kilos) y fuimos a Salzburgo. Pero el Danubio estaba desbordado, y el conductor del camión que nos llevaba fue desviado a Alemania, donde nos tuvo que dejar. En la frontera. En tierra de nadie (o de algunos). Fue duro porque empezó a llover y nadie nos cogía. La mochila de Silvia pesaba e incluso dejó algo de ropa en el camino. La mía

alcanzaba los 25 kilos, pero yo no podía dejar nada, yo llevaba una mudanza encima.

Por fin conseguimos que unos chicos nos cogieran, y llegamos a Salzburgo gracias a cuatro o cinco vehículos. Es difícil recordar a todos ellos, pero ahora que los intento recordar, he de agradecer a toda esa gente anónima por escrito que nos llevaran con ellos.

Salzburgo nos pareció preciosa, rodeada de montaña, con olor a pasteles. Y llegamos en el momento oportuno, con un festival de música en las calles. Cinco conciertos simultáneos en diversas plazas. Nuestro hospedador vino con nosotros, y nos divertimos mucho. Al día siguiente conversamos sobre la dura imposición cultural y económica que tienen de Alemania en Austria, de lo mucho que dependen de ellos. Nos confió que pronto marcharía a Asia para conocer un sistema de vida diferente.

Retomamos la carretera para cruzar a Alemania, y de pronto, como un espejismo, aparece un coche negro digno de un film (¡Un *Porsche Panamera GTS!*). Las mochilas no cabían en el maletero, y tuvimos que ponerlas detrás con Silvia, que estaba tan sorprendida como yo y miraba todos los botones y rincones del coche, revestido por dentro de piel beige. Yo me subí de copiloto, y después... ¡volumos! 200km por hora en un milisegundo. El chico era muy majo y nos contó lo difícil que fue para él hacer autostop años atrás en Estados Unidos haciendo la Ruta 66. Al bajar, me sentía como un niño grande. Ambos pensamos que sería la última vez que subiríamos a un Porche. Pero nunca se sabe...

Llegamos a Núremberg, donde habíamos reservado una habitación de hotel. Y no puedo contar más...

De allí, nos fuimos a Praga. Llevaba toda la vida queriendo ir. Y me gustó, aunque me habría gustado más verla hace un siglo, porque en aquel entonces quizá no había tanto turista, ni tantos locales enfocados por y para los turistas. De nuevo tuvimos la suerte de tener un anfitrión que nos dejó su habitación para dormir, un mapa de la ciudad, recomendaciones y muy buen rollo.

Salir de Praga no fue problema, en seguida cruzamos a Alemania de nuevo, en dirección a Berlín. En nuestro trayecto, subimos al camión de un hombre Checo que no entendía otra lengua excepto la suya. Intercambiando gestos nos hicimos entender. No pudo parar en área de servicio así que nos dejó en la carretera, donde nos paró un coche de la policía. Está prohibido hacer autostop en autovías así que nos metieron dentro del coche y nos pidieron la documentación. Al ver el pasaporte español de Silvia, uno de ellos mencionó “holidays in Mallorca”, “una cerveza” y “fiesta”. Silvia sonrió a medias. Cuando vieron mi pasaporte, el mismo policía dijo “Rumanía... Aggg!”, y por supuesto, yo no sonreí.

Nos llevaron a la gasolinera más cercana, y odié a todos los alemanes. Porque son cerrados de mente, inflexibles. Porque creen ser el motor de Europa y no tienen modales.

El siguiente conductor que nos cogió, también alemán, iba con una niña pequeña sentada detrás. Silvia me miró con esa cara de listilla que tiene a veces, porque no se debe generalizar...

Berlín. La ciudad que nunca duerme. Allí nos esperaba un buen amigo de Arad, y su novia española. Viven en un piso con lo justo y un salario precario, pero no necesitan más. Al llegar me dijo que

en diciembre serían padres. Una pena que el niño será alemán, y entonces no podré generalizar nunca más...

Silvia también tiene tres amigos que viven allí. Ninguno de ellos tiene intención de volver. Los salarios no son gran cosa, pero supera con creces a la calidad de vida en España. Y años luz con la de Rumanía.

Pasamos cinco días de locura. Y nos fuimos a ver a otra amiga que vive en Holanda. No dejó de llover en los cuatro días, pero nos vino bien para descansar, para pensar. El resto de la ruta no la habíamos preparado. No sabíamos dónde parar al cruzar Francia. Mi dinero ahorrado aminoraba y el presupuesto del viaje también. Si parábamos en París y no teníamos casa gratis, agotaríamos las reservas. Nos aventuramos y nos dejamos llevar. Lo decidiríamos en el camino. La suerte estaba de nuestro lado, hasta entonces todo había salido perfecto.

Salimos temprano, pero una vez pasado Luxemburgo oscureció y la policía volvió a cogernos. Nos llevó a un pueblo, y en un bar preguntamos por una pensión donde pasar la noche. Estábamos anotándolo cuando un chico joven —y bastante bebido— nos invitó a su casa.

Silvia estaba alucinada cuando llegó a aquel piso lleno de gatos, gatos muy gordos. El muchacho puso una película de *Mr.Bean* en el salón, dijo que él dormiría en el sofá y nosotros en su habitación. Estábamos hambrientos, y sacamos el queso gouda y un poco de pan que nos quedaba. El chico, apenas lo probó, pero les dio a los gatos tres trozos bien grandes. (Creo que Silvia susurró “Nooo” al verlo).

A la mañana siguiente, en un bar pequeño, pedimos un café para los dos. El camarero puso dos y nos invitó. Se empezaba a notar en nuestras caras que estábamos cansados.

Pasamos a Francia en el coche de una chica de Senegal, con otro chico del Congo y en la furgoneta de un marroquí. Éste último nos recomendó coger un tren nocturno hasta España, y aseguró que ningún francés nos cogería en autostop. El chico que nos acercó a la estación de tren de Metz era mejicano.

No pagamos el billete. Primero, porque no podíamos. Y segundo (y más importante), porque el motivo de nuestra ruta era viajar de Rumanía a España gracias a las personas, por el simple hecho de ayudar, sin dinero de por medio.

Destino final: España.

La última parada era en Port Bou. Estaba muy feliz de llegar. Nos abrazamos fuerte, porque todo se resolvía. Montaña, mar y por fin el sol.

Estuvimos a punto de quedarnos más tiempo, pero las ganas de dormir en una cama eran mayores.

Nos costó llegar a Zaragoza casi todo el día. Cerca de seis horas parados a pocos kilómetros de Lleida. Un conductor –también marroquí– nos compró una botella de agua, y nos acercó a una estación de servicio más transitada. Llegamos a las 3 de la mañana. Silvia estaba furiosa. No podía creer que la gente de su país, que ella creía alegre y hospitalaria, fuera tan poco solidaria. Yo intentaba convencerla de que no es una práctica usual, pero en el fondo también me molestaba a mí.

Llegué a un país nuevo a vivir y la bienvenida fue agria. Pero después todo cambió. La familia y amigos de Silvia me acogieron como uno más. Y en el Pirineo, pasamos un verano tranquilo. Ella trabajaba de camarera y yo me dedicaba a arreglar la casa y a hacer artesanía que después vendimos en agosto.

En septiembre, decidimos que los dos tendríamos más opciones de trabajo viniendo a la capital. Y aquí en Zaragoza, me corroboraron que no puedo tener permiso de trabajo hasta enero. Soy un ciudadano de la comunidad europea, pero no con todos los derechos.

Sigo haciendo artesanía. A veces me resulta incómodo. No quiero verlo como un problema, porque no nos falta de nada, pero me gustaría trabajar para sentirme independiente. Para juntar unas pocas piedras más que nos permitan delinear otro camino.

Silvia siempre dice que somos un equipo. Y yo tengo la cualidad –buena o mala– de no estresarme. Sé que lo mejor está por llegar. Lo imposible sólo tarda un poquito más.

De momento, Zaragoza es nuestro campamento base. Nos quedaremos aquí una temporada. Me gusta la ciudad, y la gente.

Haciendo balance, recuerdo que dijimos que nos iríamos “juntos a cualquier parte”, no teníamos claro dónde, pero los dos necesitábamos aventurarnos.

“Aventura” procede del latín *adventura*, del verbo *advenire*, que significa llegar.

Del Jerte al Ebro

Manuel Pedro Brea Sánchez

A l principio fue verbo, y el verbo se hizo hombre
Lo marcaban los tiempos. Si no querías seguir estudiando, a trabajar. Entonces te sentías hombre.

Empezabas a fumar, alternabas, vacilabas a las chicas. Ganabas dinero, aunque poco, lo suficiente para tus gastos. Te creías importante. Te echabas novia. La invitabas al cine. Bailabas con ella.

Prehistoria

—¿Y que pensáis hacer?

Ella no dijo nada. Acordaron de antemano que fuese Él quien diese la cara.

Tienes que aparentar que eres fuerte. Que sabes lo que quieres. En el fondo estás cagado de miedo

—Bueno, estoy sano, nos queremos y mientras haya trabajo y... —pensó un momento lo que iba a decir, estaba nervioso. No quería meter la “pata”.

—...Con estas manos, a su hija y su nieto no les faltará de comer ¡Se lo prometo!

Sentados en la mesa camilla: Los padres de ella, ella, su hermana pequeña y Él. Desde hacia ya un tiempo, lo venían intuyendo.

La hija les pidió permiso para traerlo a casa, accedieron, y a los postres les comunicaron la noticia. Estaba embarazada. Estaban enamorados, y querían compartir su vida juntos. Es a lo que venía, a pedirle a su hija en matrimonio.

El problema, opinaron los padres, es que eran demasiado jóvenes, apenas veinte años, y aunque mayores de edad, tal vez irresponsables e inmaduros para formar una familia. Muy a su pesar, consintieron el matrimonio.

Tres meses después, se celebró la boda. Tienes el estomago encogido, la respiración acelerada. El corazón a mil por hora...

No era la que habían soñado, pero estaban dispuestos a poner todo de su parte para que aquello saliese adelante. Los abuelos vivían solos y les ofrecieron su casa. Se fueron a vivir provisionalmente con ellos.

Él trabajaba en lo que le ofrecían, hizo casi de todo. Ha hecho una promesa y debe cumplirla. La construcción era lo mas habitual. Terminó en una cuadrilla de “ferrallas” trabajando a destajo.

Ella, de su abuela, aprendiendo a llevar una casa; administrar el hogar. Preparándose para ser madre

El Imperio Romano

El obligado Servicio Militar los tuvo separados tres meses, hasta el nacimiento de la criatura. Ese día, el Sargento comunicó que todos los permisos quedaban cancelados. Un Teniente Coronel de la Guardia Civil, el día anterior, tomó el Congreso de los Diputados por las armas y deberían estar acuartelados hasta nueva orden. Otra vez siente nauseas, los idus no le son favorables.

Pero debe sobreponerse. La sombra de otra Guerra Civil se cernía sobre sus cabezas, volviendo a traer al País muerte y miseria. Pero a Él, lo que más le aterraba, era la posibilidad de no conocer a su hijo. Le comenzó a temblar la pierna izquierda. Le pasaba siempre que tenía miedo. El valor se le supone, pondría después en su cartilla de licenciamiento militar.

Una mañana temprano, estando en formación, le mandaron romper filas. Le llamaron al despacho del Capitán. Quedaba licenciado. Podría irse ese mismo día y esperar que le mandasen la “blanca” por correos, o esperar una semana y llevársela en el bolsillo. Estaba deseando largarse. Llegar a casa. Conocer a su hijo. Ese día, hizo el petate y se largó sin mirar atrás. “Malditos bastardos”, pensó. “Quedaos con vuestros juegos de guerra y devolverme la libertad que necesito para demostrar que puedo sacar una familia adelante”.

El viaje desde Almería, lo realizó en tren y “auto-stop”. Un tramo lo hizo en la furgoneta de reparto de un panadero, que le regaló un pan. Tenía hambre, lo devoró con fruición.

Le dieron retortijones de barriga. Buscó un sitio donde poder evacuar, y antes de bajarse los pantalones, se lo hizo encima.- ¡Mierda, mierda, mierda! Se limpió con los calzoncillos, y llenos de mierda, los tiró con rabia.

Cuando llegó a casa, dos días después: demacrado, sucio, hecho una piltrafa... pero feliz, lo esperaban una orgullosa madre que le ofrecía un hermoso niño para que lo abrazara. Lloró de emoción. Se aseo, estuvo mucho tiempo en la bañera, sin prisas. Comió decente por primera vez desde hacia tiempo. Durmió doce horas seguidas.

El panorama había cambiado. Le resultaba difícil encontrar trabajo. Se apuntó al paro, en demanda de empleo, sin derecho a prestaciones. Sacó el Graduado Escolar y todos los carnés de conducir, para así, ampliar más su salida al campo laboral...

En otra Región del País, un alcalde visionario, soñó para la suya, una ciudad que como París, tuviese el río integrado y no como frontera. Ideó y desarrolló una actuación urbanística urgente, conocida popularmente y para la posteridad como AC-TUR, demandando mucha mano de obra.

Los compañeros destajistas se marcharon allí. Él, viendo que su situación laboral no mejoraba, contactó con uno de ellos. Si estaba dispuesto a marchar, ellos le ayudarían.

Después de meditarlo concienzudamente con ella, de noches sin dormir, de miedo a las decisiones precipitadas, se hicieron fuertes y decidieron que fuese Él solo una temporada, y dependiendo de como se desarrollaran los acontecimientos, tomar la decisión mas idónea. Si fracasaba, podría regresar, siempre tendría una familia esperando con brazos y hogares abiertos.

Aprovechando un camión de mudanzas que transportaba muebles; con una maleta y lo puesto, hizo el viaje. Por el camino, pararon a comer, era verano, él iba sin camiseta y no le dejaron entrar en el restaurante. Por no abrir la caja precintada del camión para sacar de la maleta algo que ponerse, se quedó en la cabina “cuidando” el camión. El compañero le trajo un bocadillo y una botella de agua. Se sentía humillado, pero como siempre, se sobrepuso a la adversidad. “Tengo que salir adelante, lucharé, por mi y los míos”

Las Invasiones Barbaras

Desde el alto de La Muela, se veía el destino. Las torres del Pilar a lo lejos. Pensó en su esposa y su hijo, las lagrimas volvieron a sus ojos, y la pierna izquierda le volvió a temblar. Se la sujetó con la mano para que el compañero no se percatase.

Llegaron a la ciudad. Su primera ocupación, fue ayudar a descargar el camión, no le pagaron lo estipulado de antemano, el conductor le descontó el bocadillo y el agua. Pero si lo suficiente como para pagar la carrera al taxista, cuando lo llevó a la dirección señalada en la hoja de una libreta.

Con la ayuda de uno de los compañeros, buscó alojamiento en una pensión. Su primera noche solo, en tierra hostil. No era de otra raza, ni de otro país, pero el sentimiento de forastero, de invasor, le hacía sentir como si así fuese. Alguien que viene a cambiar el futuro de otro, uno de los de aquí.

Entró a trabajar en las obras. En la soledad de la habitación, contaba diariamente por carta los acontecimientos cotidianos y decía cuanto los echaba de menos. Quería transmitir serenidad, pero la profesión iba por dentro.

A los pocos meses, ya planificaba unificar la familia.

En un barrio periférico, tranquilo, de economía primaria, alquiló un piso. Compró un utilitario de segunda mano y aprovechando un permiso por Navidad, se fue a por la familia.

Sufrió en carnes propias lo que venía reivindicando por los medios Manuel Campo Vidal: Un vial digno que uniese las dos capitales más importantes de España. “La NII”, decía Campo Vidal, “Es una de las vías más peligrosas del País, son muchas las

vidas que se lleva cada año, y necesita una pronta actuación por parte de las Administraciones”.

Aquel viaje estuvo lleno de incidentes; a la entrada de La Almunia de Doña Godina, la carretera atravesaba esta y todas las localidades, a consecuencia de la niebla, un coche que venía de frente, al cruzarse con él, se arrimó tanto, que le arrancó el retrovisor de cuajo. Al pasar de Calatayud, pinchó un neumático. Maldijo su mala suerte y la emprendió a golpes contra la maldita rueda. Hacía un frío que pelaba, estaba en medio de un paraje desolador. El puerto de Alcolea del Pinar. Nieve y aire helador.

A la salida de Madrid, una caravana de vehículos, de la denominada “operación salida”, lo tuvo retenido cuatro horas. Le entraron ganas de hacer pis, salió del vehículo y lo hizo contra el coche.

Había perdido cualquier sentimiento de urbanidad. Estaba cabreado con el mundo.

Se le hizo de noche en el camino, y por no llegar a una hora intempestiva, paró en una estación de servicio a descansar. Durmió bien, desayunó caliente, se aseó un poco y continuó el viaje sin más incidentes.

Pocos días después, con el coche cargado hasta los topes, baca incluida. Lagrimas en los ojos. Emprendía, esta vez con su familia el viaje hacia su futuro. Una nueva vida, con sus penas y alegrías, les esperaba.

Tomaron posesión de la vivienda, tercer piso sin ascensor. Los vecinos miraban a los nuevos con cara de sospechosos

habituales. A él ya le importaba un “pepino” lo que los nuevos vecinos pensasen. Venía simplemente a trabajar. De momento guardaban las distancias. Empezaba a desconfiar hasta de su propia sombra. Madrugaba todos los días, acudía al tajo y no volvía hasta la noche.

Ella, con resignación, se ocupaba del hijo y de la casa. Por la noche, preparaba la comida para el día siguiente. Él se llevaba su ración en una fiamblera, y comía a pie de obra, entre compañeros. En invierno alrededor de una fogata. En verano a la sombra de cualquier paramento.

Dos hechos marcaron la vida de los paisanos. Uno de los compañeros murió en el incendio de una discoteca, y al poco tiempo, otro, por su empedernida adicción al tabaco, fue ingresado en un hospital denominado popularmente como “El Cascajo” y ya no salió de allí. A los pocos meses, murió de tuberculosis. ¡Maldita sea, cuando dejaremos de sufrir los humildes trabajadores! Muchas veces pensó tirar la toalla y regresar a la paz del pueblo.

Pero pensaba en su hijo y en darle ejemplo de lucha y tesón. No, no renunciaría. No volvería cabizbajo, fracasado, humillado, derrotado.

A raíz de los trágicos acontecimientos, la cuadrilla se disgregó. Él, encontró trabajo en un taller de “ferralla” que abrieron en el barrio, “su barrio”. El trabajo era duro, a la intemperie, en verano, los hierros quemaban; en invierno congelaban los dedos... Pero había que seguir no importaba como fuese.

Ella, también empezó a contribuir en la economía doméstica. Cuidando a la hija de una militar de la base Americana;

distribuyendo productos de una firma de cosméticos por las casas, o limpiando portales. Trabajos que las otras mujeres del barrio, orgullosas, ni siquiera se planteaban.

Compraron vehículo nuevo, iban dos veces por año al pueblo. Eran testigos de las inauguraciones de los diferentes tramos de la nueva autovía que ya se estaba construyendo.

Plantearon hacerse con vivienda propia. Formaron parte como cooperativistas de una promotora sindical. Todos los días veían ilusionados los avances de la obra. Hacían planes de futuro, de como sería su casa: replanteando espacios, distribuyendo cuartos. El hijo crecía sano y fuerte. Un gol de Nayin, hizo al R Zaragoza campeón de la Recopa de Europa. Parecía que la suerte estaba cambiando.

Edad Media

Estando las viviendas en más o menos grado de construcción, la promotora cometió un desfalco y desapareció, dejando a los cooperativistas sin vivienda y sin dinero. Hubo protestas y manifestaciones.

Su carácter se volvió adusto. Todo era despotricar contra todo y contra todos. Él se erradicó, trataba a la gente, culpable o inocente, con despotismo y a veces, incluso con violencia. Al final, cada familia terminó su vivienda como pudo. El taller cerró, dejándolo de nuevo en la calle. Como siempre y ya era la enésima vez, por ella y por su hijo, se dio una oportunidad. No podía trasladar su rabia al hogar.

El Ayuntamiento dotó a los barrios de instalaciones ludico-deportivas, para solaz y esparcimiento del ciudadano. Ella fue contratada para la limpieza de una de esas instalaciones.

Él, entre trabajos esporádicos en ETT'S, se apuntó a una academia a preparar oposiciones. Era una forma de encauzar de nuevo su vida. Centrarse, aprender, educarse. En la primera convocatoria, suspendió. Esta vez, tampoco tiró la toalla. Siguió intentándolo.

Otra convocatoria más. Quedó en puertas, le llamaron de interino.

Tiempos Modernos

En 2008, otra oportunidad. “A la tercera va la vencida” pensó... y esta vez aprobó.

De pronto, toda la energía negativa se fue diluyendo. Cambió de carácter. Perdonó al mundo...

Ahora trabaja como funcionario para el Ayuntamiento de Zaragoza.

Ella, sigue limpiando en el CDM de “su barrio”, tanto es así, que ya es conocida como Carmen “Pabellón”.

Zaragoza se unió a la celebración organizando una gran Exposición Universal, dedicada al agua, forjadora del espíritu de las personas.

Ahora, Zaragoza tiene una moderna red de comunicaciones, uniendo pueblos y civilizaciones haciendo sentir a todos los ciudadanos, que nadie es forastero.

El hijo, bromea diciendo que es “Extre-Maño”, estudió periodismo y ¡lo que es la vida!, trabaja para la TV Autónoma de Extremadura, de donde, si no se ha dicho, es oriunda esta familia Zaragozana.

Eureka

Sandra Monteverde Ghuisolfi

Llegué! Parecía imposible, pero lo logré. Hoy conozco el verdadero significado de la expresión: ¡Eureka! – me dije a mí mismo, la primera vez que pisé las calles de Zaragoza, llorando y riendo al mismo tiempo, profundamente conmovido. Antes de juzgarme loco, permitidme contaros mi historia y quizá comprenderéis mi euforia y compartiréis mi emoción.

Cuando apenas era un bebé, mis padres, jamás sabré por qué razón, emprendieron un viaje a través del desierto quien sabe con qué rumbo. La sed pudo con ellos y a mí me encontraron unos trashumantes intentando succionar las últimas gotas de leche del pecho de mi madre, que yacía en el fondo de una carreta abrazada a mi cuerpecito. Unos metros más adelante, mi padre había caído también, luchando vanamente contra el implacable siroco.

Hasta el día de hoy nadie se explica cómo se atrevieron a emprender tamaña travesía. Por lo que me han contado, el vehículo no era el más adecuado para estos casi inexistentes caminos, los dos camellos que tiraban de él, estaban decrepitos y las provisiones de agua y comida que llevaban solo les hubieran durado para subsistir unos pocos días más. Lo único que sé positivamente de mis padres, es que eran un par de aventureros muy valientes, pero muy ingenuos.

Los tuaregs que descubrieron el tétrico espectáculo, acostumbrados a estos lamentables episodios, enterraron los cuerpos, tomaron todo cuanto les era posible vender y siguieron su camino. En cuanto a mí, me acogieron entre ellos, criándome junto a sus propios niños. Para darme testimonio de mis orígenes, guardaron una fotografía que me entregaron cuando me hice hombre, según sus costumbres a los dieciséis años.

Tuve muchas madres y muchos hermanos de leche, pues todas las que tenían bebés me amamantaron. Así crecí fuerte y sano y me fui haciendo a los rigores de la dura vida de mis salvadores. Mi niñez transcurrió en un árido mundo sin fronteras ni límites, siempre con la vista llena de lejanías.

No fui a la escuela, pues quienes me recogieron eran nómadas y nunca nos quedábamos en ningún sitio el tiempo suficiente como para poder hacerlo, pero sí que me enseñaron a leer y a escribir en su idioma, el Tifinagh. Todo lo demás lo aprendí después, como buen autodidacta que soy. Jamás me sentí diferente por el color de mi piel, ni por mi origen, pues siempre me trataron como a uno más del clan.

Mi familia adoptiva eran criadores de camellos y yo aprendí todo lo que sé acerca de esos maravillosos animales, conviviendo a diario con ellos y ayudando en todas las tareas imaginables. Gracias a ello, pude procurarme el sustento, cuanto decidí asentarme en Mali. Elegí una ciudad hecha de barro, que se encuentra a la entrada de las rutas de comercio del Sahara: Tombuctú. Se dice de ella que “El oro viene del sur, la sal del norte y el dinero del país del hombre blanco; pero los cuentos maravillosos sólo se encuentran en Tombuctú”.

Íbamos allí dos veces al año a vender camellos y a comprar lo necesario para sobrevivir durante nuestras larguísimas travesías por el Sahara. Normalmente, cuando los jóvenes llegan a una determinada edad, los mayores les conciertan un matrimonio con una chica perteneciente a un clan amigo. Eso fortalece los lazos entre ellos, pues la mujer pasa a formar parte de la familia de su marido. Yo estaba exento de tal costumbre, desde que mi padre bereber me explicó mi verdadero origen y me dijo que no tenía obligación de ser nómada. Me dio la fotografía y me comunicó que era libre de elegir la vida que quisiera llevar.

Le dije que quería vivir en la ciudad y me dejó en Tombuctú, donde me acogió un anciano familiar suyo, que alquilaba camellos a las caravanas de comerciantes que iban a adentrarse en el gran desierto. Fui como un hijo para él y también su ayudante durante varios años hasta que falleció. Me legó todo cuanto poseía y quedé entonces a cargo del negocio.

Llevaba una plácida vida, ocupándome de la tienda y los animales y en mis tiempos de ocio, aprendía a contar historias, escuchando a los numerosísimos derviches, magos o simples narradores, que pululaban por la ciudad. Salir a caminar, implicaba sumergirse en mil fantasías, pues en cada esquina, se estaba desgranando un relato, una parábola, una fabula, una leyenda. Poco imaginaba yo, que el devenir de mi sosegada existencia estaba a punto de trastocarse completamente.

El día que conocí a Mary, mi vida cambió para siempre. Era socióloga, medio inglesa, medio española, una mujer valiente y emprendedora, que se había instalado en mi ciudad con la idea de estudiar a los bereberes en general y a los tuaregs en particular.

Cuando se enteró de mi historia, quiso conocerme y alguien le dio mis señas.

Vino una tarde a mi casa, sin anunciarse y sin pedirme permiso, jamás se fue. Hubiera sido una tontería hacerlo, pues desde que la vi me convertí en su esclavo fiel. Era alta, esbelta, pero sinuosa, de largos cabellos negros, con los más enormes y profundos ojos azules que yo hubiera podido imaginar, siquiera en mis más recónditas y prolíficas fantasías y una maravillosa piel con el toque justo de color, como para que el implacable sol, no solo no le hiciera daño, sino que la realzara al ponerse morena.

Como yo no tenía papeles, nunca nos casamos, pero vivimos juntos durante cuarenta y siete fantásticos años. Fue algo que no decidimos, surgió espontáneamente. Nunca me dijo me quedo, simplemente lo hizo. Y para mí y el resto de mis vecinos y amigos, fue algo natural, como si hubiésemos estado esperándola; de hecho, era así, pero nosotros lo ignorábamos. A los pocos días de cohabitar, me pregunté risueño, como podía haber llegado hasta ese punto de mi vida, convencido de que era feliz. Perdóname señor: ¡no sabía lo que decía! Tenerla a mi lado, tocarla, mirarla largas horas, oír su voz, eran privilegios que no hubiese cambiado ni por todo el oro del mundo.

Mary se dedicaba a sus estudios y a escribir en su vieja Olivetti y yo a mis camellos y a mis cuentos, pero compartíamos todo cuanto hacíamos y aprendíamos uno del otro. Cuando sus investigaciones lo requerían, dejaba mis animales a cargo de un compañero de oficio y me iba con ella a rememorar mis años de vagabundeo.

Si bien los tuaregs son poco afectos a abrirse a los extranjeros, por ser mi compañera, con Mary hicieron una excepción. La

primera vez que nos fuimos con mi clan, mi familia se mostraba escéptica de que una mujer blanca pudiera soportar las duras condiciones de vida de los nómadas. Sin embargo, ella se adaptó con inusitada rapidez. Jamás se le oyó una queja, ni siquiera cuando nos quedábamos casi sin agua y debíamos racionar cada gota o al cogerse alguna enfermedad típica del desierto, para la que su organismo no estaba preparado.

Hicimos esto en muchas ocasiones y cada vez, volvíamos renovados en cuerpo y espíritu, apreciando las comodidades que teníamos en la ciudad como un verdadero regalo. Reconozco que fuimos inmensamente felices juntos y cuando un cáncer se la llevó hace apenas unos meses, con ella se fue definitivamente una parte de mi alma.

Al volver a mi casa y encontrarme solo, descolgué la amarillenta foto de mis padres y la quité del marco. Releí la inscripción del reverso, aunque podía repetirla de memoria: “Juan y Manuela, Zaragoza, verano de 1933”. Se les ve exultantes, ella vestida de marinero, con un gracioso gorrito y una sombrilla de mano y él, de impecable traje y sombrero oscuros, con una hermosa plaza de fondo. Tomados de la mano, sonrían con naturalidad a la cámara y quiero creer que yo también estaba allí, en el vientre de mi madre.

En ese momento, mirándoles, sentí la necesidad de volver a mis orígenes. Fue algo visceral, inexplicable, como una llamada que proviniera desde las entrañas de esa bendita tierra y me atrajera irremisiblemente. Vendí todo cuanto tenía, conseguí un pasaporte donde figura un nombre que no me pertenece y me embarqué en la aventura de reencontrarme con la ciudad que probablemente me vio nacer.

En el transcurso de mi viaje, alguien me preguntó si pensaba indagar quienes habían sido mis padres; quizá fuera uno de esos “herederos desaparecidos” a los que les espera una fortuna. Le contesté que mis padres eran tuaregs y que los que cayeron hace casi ochenta años en el desierto debían descansar en paz. No necesitaba nada ni quería nada. Lo único que me impulsaba a llegar, era ver con mis ojos la ciudad que vieron ellos y aspirar el aroma a hogar.

Hoy quienes se cruzan conmigo cada tarde caminando por la ciudad y diciendo Eureka en voz muy baja, deben saber que no estoy loco, ni mucho menos. Simplemente soy al fin un hombre pleno. Jamás podré demostrar que nací aquí, pero desde lo más profundo de mi alma, me siento un zaragozano más y esa sensación de reencuentro que experimento día a día, no hay ningún dinero capaz de comprarla.

La zaragozana, establecida en 2010

Yanelis Abreu Proenza

Mientras sorbo un reconfortante café en la terraza soleada del Ánfora, un vientecillo fresco y arremolinado despierta mis primeros recuerdos de esta ciudad tan maña. Y es que por estos días, hace poco más de tres años, el mismo cierzo me susurraba una cálida bienvenida que caló para siempre en mi memoria de la misma manera que el aroma de los domingos en el bar-restaurante La Zaragozana. Lo cual me remonta a las delicias de mi niñez en pleno centro de la Habana Vieja, cuando mi tío Carlos aparcaba su “almendrón”¹ en la calle Monserrate entre Obispo y Obrapía, para degustar un pintoresco almuerzo familiar en el restaurante más antiguo de la capital cubana.

Mi abuelo, descendiente de un asturiano oriundo del pueblito de Santa María de Brañes en Oviedo, me contaba que su padre lo llevó por primera vez a ese sitio siendo aún muy pequeño y desde entonces la tradición fue cautivando a las nuevas generaciones hasta convertirse casi en un rito dominical. “El gallego-pipa”, así le decían a mi abuelo por esa errática forma que tenemos los cubanos de nombrar a todos los españoles del mismo modo sin importar el lugar exacto de su procedencia, me contó un día la

1. Almendrón: coche norteamericano fabricado antes de 1959, que aún circula en Cuba.

historia de La Zaragozana mascando un tabaco que llevaba siempre en el bolsillo de su camisa.

La Fonda de la Muralla inauguró sus amplios salones en 1830 muy cerca de la Puerta de Monserrate, una de las entradas principales de la gran mole de piedras que dividía a la villa colonial en intramuros y extramuros. Un siglo después, el maño José Curráis adquirió el por entonces frecuentado local y lo bautizó con el nombre La Zaragozana en honor a su ciudad natal, equiparando su fama a la nueva categoría de restaurante especializado en comida tradicional española.

Por esa razón, cuando el cierzo me envolvía aquella tarde de octubre del 2010, no percibía, estrictamente, mi primer contacto con Zaragoza, pues otras remembranzas de la capital de Aragón ya me habían erizado la piel.

Durante mi primera visita a La Zaragozana me cautivó la decoración del lugar: Los muebles torneados, la extensa barra atiborrada de elixires de los cuales brotaban alegrías que se repartían en todas las mesas, las altas lámparas de bombillas amarillas que iluminaban de forma especial y el techo de maderas preciosas. Al final del salón principal estaba el reservado, que siempre conservó para mí el misterio de lo que no se puede asir salvo con la mirada.

Las paredes estaban ataviadas con fotografías en blanco y negro de un ancho río, un puente viejo y una gran catedral de torres altas; las cuales armonizaban con los rostros alegres y devotos en largas procesiones que culminaban en montañas de flores. Todo parecía tan próximo que yo solía insistir en que el siguiente domingo la reunión debía ser al margen del río que estaba en la foto,

lo que despertaba siempre risas entre los comensales y la ingrata promesa: –Ya lo veremos mi niña–.

Mis anhelos de jugar sobre el puente viejo y sumergirme en el río al menor despiste de mis padres, fueron sentenciados por mi abuela, quien puso fin a las habituales carcajadas con una mirada y un sermón que primero no entendí bien, pero que de forma concluyente cerraba la posibilidad de la hipotética visita, –ese sitio está muy lejos... y tú no puedes ausentarte tantos días a la escuela–.

No obstante, mi insistencia posterior fue cuando menos la de una escolar ejemplar, pues armada con mi cuaderno de geografía de Cuba localicé el pueblito de mis sueños a sólo unos 45 kilómetros al sureste de nuestra casa. La maestra del cole desmoronó mis ilusiones al explicarme que la Zaragoza que yo buscaba era otra, que era una metrópolis que contaba con unos orígenes de más de dos mil años y que se encontraba alejada de nuestras costas, cruzando el océano Atlántico, en una orilla inalcanzable para el “almendrón” de mi tío. Esta explicación revelaba otro de mis enigmas infantiles, la extensa colección de banderas que se alineaban a lo largo de la barra de La Zaragozana, comenzando por la cubana, seguida por la española y la aragonesa.

Veinte años después de aquella lección de geografía, me sentía una maña más y me disponía a solicitar la residencia por arraigo social en la Zaragoza milenaria. Después de tantas añoranzas y tras tres felices años intimando con la ciudad nunca me había sumergido en las márgenes del Ebro. Sin embargo, la estampa del imponente río rozando los pies de la Basílica del Pilar al atardecer, que se contempla desde la orilla opuesta, cruzando el Puente

Romano, me sigue emocionando tanto como al más recién llegado de los turistas. En ocasiones, este festín de colores se solapa en mi mente con la imagen de La Zaragozana, mientras que la idea de mi nuevo arraigo no se distancia de mi tierra, sino que se enraíza en una misma historia sempiterna, quizás similar a la historia de Don José Curráis o a la de mi abuelo Pipa.

Los antiguos comensales de este restaurante contaban que con el tiempo adquirió tanto prestigio que fue visitado por grandes figuras internacionales, entre ellas Federico García Lorca, Ernest Hemingway y Rocky Marciano. Las fotos de estas personalidades pendían de las paredes. Lo recuerdo muy bien: el escritor estadounidense levantaba una copa, el boxeador posaba junto a una chica rubia y el poeta español lucía una sonrisa profunda que evocaba a *Romancero gitano* y *Sonetos del amor oscuro*.

Otras fotografías de ídolos nacionales realizaban la ambientación del establecimiento, destacaba la de Chucho Valdés, un ícono musical del jazz latino con una marcada influencia de ritmos afrocubanos, el cual ha ofrecido varios conciertos en el Auditorio de Zaragoza. Dicen mis amigos que uno de los más espectaculares fue el que hizo en un reencuentro con su padre Bebo en el 2008. Junto a la foto de Chucho estaban las de otros reconocidos escritores, Lezama Lima y Nicolás Guillén, este último el poeta nacional de Cuba, quien dio nombre a una de las calles aledañas a mi domicilio en la barriada del Actur y es motivo de un orgullo secreto que suelo compartir con amigos y familiares.

La Zaragozana ostentaba el mismo blasón en forma de cangrejo de sus orígenes y una nota identitaria complementaba “Bar-Restaurante. Establecido en 1830”. La pared central

estaba adornada con un enorme óleo que plasmaba una de las batallas durante los Sitios de Zaragoza en honor a su heroica resistencia. Junto a él se reconocían algunas réplicas de grabados del maestro Francisco de Goya, en especial la serie *Desastres de la Guerra*, un retrato descarnado de la violencia y la fragilidad de la condición humana. Aspectos que luego pude apreciar en profundidad durante mis cursos en la licenciatura en Historia del Arte.

¿Cómo hubiera podido adivinar a los ocho años, que veinte después, podría visitar el Palacio de la Aljafería? En mi primera visita comprendí que las reminiscencias mudéjares de La Zaragoza tenían un sólido fundamento. Venían de un sitio real, de una historia antigua, de una de las joyas artísticas de la presencia musulmana en el sur de Europa. En mis clases de arte y cultura española en la Universidad de La Habana pude adquirir los conocimientos teóricos y conceptuales básicos, pero debo reconocer que el impacto que genera el contacto directo con las obras y las rigurosas disquisiciones de los especialistas, puede transformar la percepción previa de las mismas y desdoblarse los rígidos esquemas que en ocasiones impone la academia.

La emoción me embargaba, porque llegué a Zaragoza para estudiar un Máster en Historia del Arte. Una preparación sólida que me alentaría a continuar mis estudios de doctorado a partir de un análisis del cine del Caribe desde la perspectiva de los estudios postcoloniales. Conocía la tradición cinematográfica aragonesa, que traspasaba las fronteras de España, porque ésta es tierra de Luis Buñuel, de Carlos Saura, de Fernando Fernán-Gómez y tantos hombres y mujeres de cine. Ambiente propicio para desarrollar

un proyecto de investigación que pretende subvertir la mirada eurocentrista desde la producción cinematográfica caribeña.

Al matricular en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNIZAR, tuve la oportunidad de estudiar donde mismo lo hizo José Julián Martí Pérez, uno de los intelectuales y patriotas insignes de Cuba. Aunque se interponen entre nosotros más de 130 años, estamos unidos por la misma ciudad, la universidad y las humanidades.

Los estudios de Martí en Zaragoza coincidieron con el viaje a Cuba de otro graduado ilustre de la Universidad, Don Santiago Ramón y Cajal, quien padeció los rigores de la Guerra Independentista de los Diez Años. Por fortuna el genio y pionero de la neurociencia sobrevivió al paludismo contraído en la manigua cubana, posteriormente desarrolló una brillante carrera por la cual fue acreedor del premio Nobel de Medicina en 1906.

Aunque se graduó en Derecho y Filología en 1874, Martí nunca pudo pagar la emisión de los títulos. No obstante su expediente académico se conserva en la biblioteca del Paraninfo Universitario por su alto valor patrimonial. Dicen los historiadores que Martí se involucró de forma inmediata en el mundo cultural de la localidad, y que tenía tantos amigos en aquella época que entraba siempre al Teatro Principal sin pagar, por la puerta de los actores. Muchos conocieron la exquisitez de las pinturas de Raimundo Madrazo y Mariano Fortuny a través de la prosa crítica y encendida que Martí les dedicara. A *La Maja Vestida* de Goya, la había visualizado antes de visitar el Museo del Prado; recorrí sus trazos en las líneas que le dedicara Martí: “Qué desafío el de esas piernas osadamente tendidas, recuerdan

por su colocación las piernas más hermosas de las Venus reclinadas de Ticiano.”

En soliloquios internos hago un recuento de mis experiencias y tengo presente lo que dijo Eduardo Galeano, “La Historia es un profeta con la mirada vuelta hacia atrás: por lo que fue, y contra lo que fue, anuncia lo que será.” También me pregunto qué motivaciones me labraron el camino. ¿Anhelo de cruzar las fronteras que impone una isla suigéneris? ¿Afán de conocimiento? ¿Tribulaciones del destino, oportunidad, causalidad, azar? Quizás todas son razones válidas que se mezclaron como ingredientes en mi vida, conspirando para pisar tierra continental.

Cuando recorro Zaragoza me acompañan miles de rutas de ida y vuelta. Las experiencias en ambos lados del Atlántico se funden en mi memoria junto con otros relatos ajenos de tantísimos años, de recurrentes oleadas migratorias que han acercado estas orillas, hermanando vidas, cultivando amores. Nostalgias, alegrías, vivencias presentes y pasadas, eso creo descubrir en los gallardetes, pañuelos y banderas que veo por doquier.

Una ciudad es el justo reflejo de su gente. Es imposible alienarnos hasta el punto de apreciar la belleza de una urbe atendiendo solo a los vestigios de su historia, el esplendor de sus edificios, infraestructuras y luminosos centros comerciales. Los transeúntes con los que interactúas a diario aportan esa imprescindible alegría que calienta los fríos ladrillos, el acero o los cristales, integrándolos en una armonía citadina peculiar. Muchas de esas personas comunes, anónimas y a la vez especiales, me han acompañado en momentos de sublime alegría y profunda tristeza. A lo largo de estos años me he identificado con la sinceridad típica de los

maños, articulada a través de su lenguaje directo; pero sobre todas las cosas he admirado su sentido de la justicia, su solidaridad y su amistad, que una vez otorgada es incondicional.

Nunca olvidaré que a la entrada de La Zaragozana siempre había una pareja de maños engalanados con el traje típico. Los dos recortados en cartón pintado a tamaño natural. De ella lo que me gustaba era el vistoso mantoncillo, de él lo que me fascinaba era el pañuelo anudado en la sien. Ambos con alpargatas de suelas de esparto parecían tan ágiles, que en cualquier momento podían desprenderse y bailar una animada jota. Términos que no aprendí hasta mucho tiempo después, durante las celebraciones de las Fiestas del Pilar con su diversidad de peñas y carpas, así como en las acampadas culturales de la Cinco Marzada, donde la gastronomía aragonesa se viste de gala y es casi imposible resistirse a tantísimas exquisiteces y suculentos platos tradicionales.

Durante una gratificante visita de mi padre a Zaragoza, este le escribió a mi madre: –Una de las cosas que más me ha impresionado es la gastronomía y la posibilidad de degustar deliciosas frutas “exóticas” de la región: el melocotón de Calanda, el kiwi, la manzana y la pera conferencia–. Ella por su parte le recordó su compromiso de depositar una ofrenda a la Virgen del Pilar justo el día en que se levanta el majestuoso cúmulo de flores en homenaje a la patrona de la ciudad y de Latinoamérica. Estas frases me ilustraron de manera meridiana la subjetividad y los paralelismos de nuestras percepciones y creencias.

No recuerdo en detalles la extensa carta-menú de La Zaragozana, pero estoy segura de que no había borrajas, porque luego descubrí que crecen en esta parte de España cercana al Ebro,

—chafadas con patatas ahora son mi perdición—. Ni por asomo se servía ternasco aragonés o migas; pero eso sí, tenían la mejor paella y se consideraba una excelente marisquería. De cualquier modo, la comida fue mi primera conexión con el sitio al que luego iba a emigrar, aunque reconozco que las tendencias culinarias de La Zaragozana estaban un poco aplanadas.

Mi papá se pedía los infalibles garbanzos fritos con chorizo y los alternaba con la calórica fabada asturiana; mi madre era más de paellas, que en este caso incorporaban una buena dotación de cola de langosta caribeña. El vino no faltaba los domingos mientras todos disfrutábamos de los mariscos con una extensa diversidad de elaboraciones. Aquellos “bichejos” multiformes y deliciosos eran una parte esencial de la fiesta dominguera que me enseñaron a apreciar mis padres.

En la sobremesa salían a colación disertaciones controversiales sobre el acontecer deportivo, cultural y político. El fútbol, a pesar de no ser un deporte con muchos éxitos en Cuba, sí tiene un amplio grupo de partidarios, principalmente son fans de las selecciones campeonas del mundo. Mi cuñado que se siente tan argentino como el fanático más ferviente de la Bombonera, seguía con atención al Real Zaragoza en su etapa de esplendor. Lo cual no era raro si tomamos en cuenta que en las temporadas 2003 – 2006, coincidieron en su plantilla varios miembros de la selección nacional albiceleste.

Por tal motivo el banderín del club maño suscitaba el inicio de las disputas futboleras donde siempre predominaban los archirrivals de mi cuñado, entiéndase los seguidores de los futbolistas brasileños y por extensión, hinchas de Barcelona FC y

Real Madrid. En ese sentido, doy fe de que las encendidas pugnas podían asumir un carácter épico similar al de una batalla campal en la Romareda. También es justo mencionar que hasta donde me lleva la memoria los ganadores siempre fueron los mismos a un lado u otro del Atlántico. Para zanjar cualquier disputa, mi padre, un martiano consecuente, ponía paz en el terreno con la sentencia: “Lo justo, a veces por el modo de defenderlo, parece injusto”.

En estos momentos, a cierta distancia de la tierra que me vio nacer y sin perder sus referencias, me apetece construir un nuevo hogar. Mis maletas cargadas de sensaciones, sabores, palabras, costumbres, memorias y retratos, se abren para decorar esta nueva morada. Sus cimientos, que son tan recientes, están forjados con sacrificios y esperanzas, aromas, deseos, cuatro estaciones definidas y amigos nuevos con un vocabulario original –moza, bonita, maña, baturra, majica–. Antes era sólo una fantasía infantil. Ahora siento haber llegado a un recodo del camino donde estoy dispuesta para plantar semilla, germinar y crecer.

Los habitantes de las islas solemos ir a la costa para relajarnos y soñar. En mi Zaragoza continental las fronteras se han desdibujado para ofrecerme horizontes amplios en todas las direcciones. Mis sueños, cada vez más largos y desafiantes, navegan sobre un río infinito de sorpresas hacia un futuro prometedor. El mar ha dejado de crear orillas para fusionarse en un flujo continuo de culturas, ideas y seres humanos que son capaces de vencer cualquier barrera geográfica con independencia de sus coordenadas y dimensiones.

Monumento escrito para un gran migrante

Mayra Andrango Quimbiulco

Era 19 de julio, le di un cálido beso en su mejilla, le abracé y tomé sus manos como si fuera a verle al día siguiente: *“se me comporta, nada de salir por las noches, ni de abusar del ron, obedezca a quien le cuida y coma toda la comida”*. Sería la última vez que le daría esta advertencia, al tiempo que las lágrimas mojaban mi rostro y la voz se me quebraba. Esa frase nos la decíamos todas las noches al despedirnos, a veces él a mí, a veces yo a él pero siempre en son de broma para regalarnos una sonrisa.

¿Cómo no sentir inmensa pena, si con él aprendí a ser una migrante aventurera?, por él conocí puertos, pueblos olvidados o grandes metrópolis. Atravesé mares y recorrimos juntos grandes distancias.

Fue en el siglo pasado, –que parece lejano–, salimos el abuelo y yo por primera vez de nuestro pueblo; él con una maleta en una mano, dinero suficiente y yo tirando de su mano derecha. Cuatro autobuses, distancias unas veces cortas, otras largas y unas cuantas estaciones de madrugada. Dos días de viaje y por fin llegamos a Colombia. Estaríamos tres semanas mientras el abuelo terminaba el trabajo de carpintería que le había encargado una empresa extranjera. Lo que al principio parecía un paseo de días, terminó convirtiéndose en algunos largos años en ese país.

Nos fuimos enraizando en ese pueblo costero; el mar, el ambiente dicharachero y las costumbres se nos pegaban; lo curioso fue que ni él ni yo echábamos de menos nuestro hogar.

Al cabo de cinco años, la misma empresa le ofreció al abuelo un contrato al Caribe; sin dudarlo lo tomó. Era el momento para decidir por mí. Seguir el camino cargando conmigo o regresarme al hogar. Con trece años lo que el abuelo diga, para mí era ley. Si él decía que debía seguir su viaje sin mí, yo sabía que a la mañana siguiente tomaría el autobús para volver sola a casa.

Durante el tiempo en Colombia, el abuelo hizo más que enseñarme lo que una niña aprende en una escuela a esa edad. A mi vuelta a casa, creía que lo sabía todo, me bastaba con la voluntad para tener lo que quería.

De mis años de juventud hay poco que contar, fueron inteligentes. Sabía que volvería con el abuelo y para ello quería estar preparada, no dar problemas en casa, respetar, estudiar y aprovechar los buenos consejos que nunca me faltaron.

A los 19 y con el espíritu de quien se come el mundo, decidí salir en busca del abuelo, con quién había perdido contacto un año antes. Sin saber mucho o en dónde buscar, me aventuré hacia el Caribe. Anduve días y días preguntando por él. Toqué en las oficinas principales de aquella empresa que lo contrató. Según informaciones que obtuve, los contratados para carpintería estaban al Este de esa república, en donde el boom de la hotelería había comenzado.

Sin perder tiempo, tomé un autobús al Este. Casi 7 horas de camino pero al final estaba en el pueblo. Un lugar lleno de bares,

música tropical, gente morena y ron. La misma noche a mi llegada investigué por los bares y garitos que encontraba a mi paso; una segunda noche me organicé mejor por dónde comenzar, pero al final ninguna pista, igual que la noche de atrás.

La tercera noche me acerqué con mucho recelo al bar-tender de un bar, le pedí información o algo que pueda orientarme. Su ayuda fue positiva, de una forma u otra fue la brújula que buscaba en mi camino. El bar-tender dijo que en la noche muchos hoteleros frecuentaban el boulevard del pueblo para compartir una “fría”², que a ellos podía pedirles información; y, que si no tenía suerte esa noche, podía esperarme a las 18h00 del día siguiente en el parque del pueblo, lugar a donde llegaban los autobuses con los empleados de los hoteles del interior.

Corrí hacia al boulevard. Faltando algunas esquinas podía oír el alboroto; era el ambiente en donde la gente olvida por algunas horas penas, amarguras, soledad y se entrega por completo al placer del alcohol, la gula y hasta la carne. –No temo nada, me sobra coraje tratándose de encontrar a mi abuelo–, me repetía una y otra vez. Miré a todos lados, deteniéndome en cada rostro, en cada chiringuito, en cada movimiento de los hombres y mujeres de por ahí. En una mesa alejada del todo, vi un grupo de hombres mezclados entre morenos y blancos; lugareños y españoles que se dejan reconocer por el acento. Tres de ellos trabajan en el mismo hotel, un cuarto es contratista y el resto no sé identificarlos. Les hablo de mi búsqueda y uno contesta con una pista que podría acercarme a mi objetivo; el contratista asienta con la cabeza completando aún más

2. Cerveza helada

la información: *“Hace meses, se habla de un nuevo hotel que pretenden inaugurar próximamente en la punta Este de la isla, se sabe que los detalles finales de carpintería son de primera y los llevan a cabo con gran premura; se rumoró además que para la obra buscaron a carpinteros muy preparados y de fuera, por lo que creo que si tu abuelo es extranjero él podría estar liderando uno de los grupos de trabajo.”* Modestia a parte debo decir, que mi primera cama, la tuve a los 3 años; fue el mueble más lindo que tuvo mi casa, terminado todo en madera fina y de elegancia impresionante, construida por mi abuelo.

Agradezco por la información; y, antes de despedirme, uno de ellos me interrumpe para decirme que ellos son contratistas de hoteles cercanos, que todas las mañanas viajan al interior a inspeccionar las obras; insisten en acercarme y posiblemente hasta ayudar en la búsqueda. Quedo muy agradecida, con la certeza de encontrarnos a las 7h00 de la mañana siguiente en la esquina cercana al boulevard.

Llena de expectativas, solo esperaba que amaneciera, pero las horas se alargaban, sumado a ello que el lugar en donde me alojaba no era de los mejores; constantes ruidos nocturnos, la música alta, gritos callejeros y toda la emoción del día anterior impidieron mi descanso en la noche. Desperté a las 4 de la mañana, en espera de reunirme con esos hombres y comenzar mi búsqueda. A las 06h05 y con una manzana en la mano, estaba sentada en un banco sucio en la esquina de donde había quedado con esos extraños de quienes ni siquiera sabía su nombre.

Milagro o no a las 6h50, dos camionetas nuevas y muy bien acondicionadas, se estacionaron frente a mi. De la noche anterior,

a la mañana los rostros cambiaron; aquellos hombres trasnochadores lucían diferentes se veían serios, formales y muy trabajadores, por qué no decirlo, muy decentes. Se abrió la ventana de una de las camionetas y uno de ellos sacó su cabeza diciendo en voz alta “*sube muchacha, que vamos tarde*”. A los pocos minutos salimos del pueblo y entramos en una carretera estrecha, mal mantenida, trayectos pavimentada, trayectos lastrada, baches y baches a lo largo de la vía –si a eso se podía llamar vía–, por supuesto sin ninguna señalización. Las curvas no asustaban a esos conductores que parecían corredores de autos; en varias oportunidades me vi obligada a cerrar los ojos y rezar muy fuerte para seguir con vida, pero a ellos eso parecía divertirles.

Cada que pude asomarme a la ventana, disfruté de una vegetación tropical, cocoteros, plantaciones de caña de azúcar; de vez en cuando algún huerto de plátano o los típicos árboles de mango en los patios con casitas de madera, esos matices que siempre nos imaginamos de una zona del Caribe.

La compañía no era mala, para romper el silencio, de vez en cuando me preguntaban más sobre mi abuelo, sobre mi, sobre mi país natal, bromeaban sobre mi forma de hablar y me aconsejaban sobre como defenderme de los lugareños.

Por fin, después de 40 minutos, que parecieron una eternidad, llegamos. Los obreros que llevaban atrás en la camioneta bajaron desmontando también las herramientas. Mientras adelante, el jefe (o el que manejaba), daba indicaciones sobre el trabajo que debían realizar en su ausencia. En la camioneta quedamos tres personas. Aquel que manejaba, me miró y dijo, “*a ver jovencita, te llevaré hasta donde creo que podría estar tu abuelo, preguntaremos por*

él y si no lo encontramos, tienes dos opciones, volverte conmigo y esperar hasta la tarde para regresar al pueblo; o, te dejo en la estación de autobuses para que vuelvas sola". Sin saber qué contestar, dije: –lléveme por favor y ya le diré lo que hago–. Tenía la esperanza de encontrar al abuelo y ya no tener que estar sola de nuevo.

Al llegar al portón del hotel que buscábamos recé para que sucediera un milagro. No sé como hicieron para que nos dejaran entrar, ni qué argumento usaron, siendo que era una propiedad privada pero de un momento a otro estábamos dentro como *perros por su casa*. Betances como se llamaba aquel buen hombre que me llevó hasta allí, comenzó a investigar a los jefes del lugar, mientras que su hermano, preguntaba a los obreros que trabajaban en madera. Fui con el hermano confiando en que por ahí apareciera mi abuelo. *"Somos nuevos, dijo uno de ellos. Comenzamos con la etapa tres hace apenas una semana, pero la etapa uno, que da a la playa, está terminada y sabemos que la trabajaron unos carpinteros extranjeros."* Al oír eso, el corazón se me salía; inmediatamente caminamos hacia Betances, que tras vernos dijo: *"tu abuelo se fue hace tres semanas de aquí, posiblemente vuelva para terminar la tercera etapa de este complejo turístico, pero no están muy seguros de que así sea, ya que consiguió una mejor oferta de un hotelero que le llevó a España"*.

Efectivamente, así me aseguró un viejo español asentado en la isla desde hace muchos años, encargado de supervisar ciertos trabajos en el hotel y que al parecer se había hecho amigo de mi abuelo, incluso le había encargado unos cuantos muebles para su casa, con los cuales quedó especialmente complacido. Me contó

que el abuelo sentía nostalgia por regresar con su familia y a su tierra, pero que le pudo más su espíritu aventurero y la ilusión de conocer el viejo mundo.

Triste, sin saber qué hacer y con los medios insuficientes para emprender un nuevo y largo viaje, me vi por primera vez durante esta travesía insegura y frágil. ¿A quién iba a recurrir?, tenía dos opciones claras: quedarme en la isla y trabajar o regresar a casa sin el abuelo.

Me despedí y caminé hasta el portón junto con Betances y su hermano. Al llegar a la camioneta los hermanos se sintieron responsables por lo que me pasaba, –ese sentimiento de hermandad que lleva el latino dentro–, y yo sentía que en algún momento iba a estallar en llanto. En silencio uno de ellos condujo de vuelta; al llegar, uno desmontó y yo sentada sin siquiera levantar la cabeza porque las lágrimas me podían, no pude articular palabra cuando Betances que era el que se había quedado me dijo, “***no habrás desayunado, tomaremos un delicioso desayuno, yo invito.***”

Así fue como los minutos que pensé quedarme en esa isla, se hicieron 10 largos años, en los que tuve de todo, sin perder en ningún momento la esperanza de reencontrarme con el abuelo. Con la ayuda de los hermanos Betances, pude comenzar una vida en la isla, ayudándoles con la constructora, llevando las cuentas, haciendo los pedidos de material, consiguiendo contratos con otros hoteles. Desde luego la época era buena, porque venían más y más cadenas hoteleras a abrir sus grandes resorts en la isla, una época dorada en la que trabajo no me faltó.

Durante esos años retomé el contacto con don Manuel Mas, el español amigo de mi abuelo que encontré en el hotel. Hice

amistad con su familia y me acogieron como una hija. Mi presentimiento me decía que con su amistad volvería a saber sobre mi abuelo.

Don Manuel jamás quiso volver a España, y para qué si ahí estaba toda su familia, se sentía muy a gusto con la vida que llevaba y aunque estaba jubilado en España, los hoteleros del lugar le buscaban para que trabaje en los proyectos de apertura de sus hoteles. En la isla era de los que acogía a los españoles que llegaban, los orientaba y si eran de su agrado hasta los recomendaba para algún puesto importante.

De vez en cuando yo comía o cenaba en su casa, disfrutando de la compañía de toda su familia; al fin y al cabo todos éramos inmigrantes y todos teníamos una historia que contar, sin embargo las más acogedoras historias venían de don Manuel y de sus recuerdos en su España natal; su infancia, su juventud y sus trabajos como contratista de ferrocarriles.

Poco a poco y sin darme cuenta, sus anécdotas e historias fueron interesándome, hasta el punto de desear conocer España. Ya no era solo la búsqueda del abuelo, era más que eso, quería descubrir a la España que don Manuel me transmitió.

Una tarde de mayo, después de celebrar mi cumpleaños, acudía a casa de los Mas, que también me habían preparado una sorpresa. A mi llegada aún faltaban algunos miembros de la familia, entre esos don Manuel. El teléfono sonó, era don Manuel, avisaba que tardaría, pero que llegaría a la celebración. Pasaron dos horas cuando entró gritando por toda la casa, "*lo tenemos, lo tenemos*". Nadie sabía de lo que hablaba, era tal su felicidad que todos nos miramos y reímos juntos; pero él me hablaba a mí.

El motivo fue una carta que recibió don Manuel de un amigo, quién le contaba que estaba trabajando en una obra con un carpintero que había llegado del Caribe hace diez años y que además lo conocía, mencionaba el nombre de este carpintero. Efectivamente, lo teníamos, era mi abuelo. Con esta noticia, mi panorama cambió en menos de un minuto. Diez años entre tanta gente maravillosa, llegaron a su fin, esta vez con la certera promesa de encontrar a mi abuelo.

Don Manuel hizo todos los arreglos necesarios para que el reencuentro con el abuelo sea una realidad. Así fue como aterricé en Barcelona. Me reencontré con el abuelo después de casi 17 años; entre él y yo las cosas no habían cambiado.

Después de mucho tiempo de contarnos nuestras aventuras y ponernos al día en los temas de la familia, me di cuenta de que él quería regresar a casa, con su gente. Yo en cambio quería disfrutar de ese país al que don Manuel me enseñó a amar. En ese momento me surgió la duda de si yo sería capaz de quedarme y enfrentar nuevamente la desdicha del adiós.

En lo que finiquitaba contratos y terminaba obras pendientes, pasaron dos años, tiempo en que tuve que hacerme la idea que de un momento a otro él tomaría un avión con destino a casa. Yo seguía con la duda, la España de don Manuel era realmente bonita, me enamoraba su historia, su belleza y me hechizaba su vida, ya la veía como mi tercer hogar.

Aquí el abuelo fue dichoso; los dos años a su lado me enseñó mucho de la ciudad y conocí a toda esa gente a quien él había llegado a apreciar; pero además, a traición me había preparado una sorpresa, como el viejo sabio que era, no me dejaría desprotegida

y se encargó de buscarme alguien a quien respetaba inmensamente y confiaba en que me haría feliz.

Una noche, con mucha audacia preparó el encuentro y debo decir que si no me lo hubiese confesado mas tarde, yo, intuitiva como soy, jamás hubiese dudado de que aquel repentino encuentro fue organizado de principio a fin. Si, así fue como conocí al amor de mi vida, el hombre que el abuelo se encargó de estudiar y analizar que era bueno para ser mi marido. *“Es hora –me dijo– de que yo siga mi camino y estoy seguro de que junto a este hombre, está tu felicidad”*

Seguramente si a mi puerta no hubiese llamado el amor con la intensidad que lo hizo, hubiese regresado a casa con el abuelo, pero pesó más el encanto de España y el amor.

Al año de haber partido el abuelo, sucedieron muchas cosas, entre ellas mi matrimonio y nuestro traslado a Zaragoza.

Llegamos a Zaragoza el último domingo de julio, para ese entonces la crisis era el tema del momento. El panorama se presentaba triste y oscuro, solo me quedaba agradecer porque al menos mi esposo tenía trabajo. El lunes llegó la mudanza y por una semana nos olvidamos de todo mientras armábamos nuestro nuevo hogar. Era perfecto: un piso en el centro, cerca de la universidad donde trabajaría mi marido, estratégico para ir a cualquier lugar.

Todo se presentaba a nuestro favor, pero no contábamos con que el arrendatario estaba quebrando y el piso que nos había rentado embargado.

Superado aquel incidente y muchos otros que acontecieron después, decidimos vivir plenamente en esta ciudad bendita,

aceptando la naturaleza que nos rodea y amando cada rinconcito de la ciudad tal como me enseñó el abuelo, a quien tuve la gracia de volverlo a ver en junio. Adelanté un viaje temiendo que sería mi última vez a su lado.

El 31 de octubre el abuelo emigró de nuevo, esta vez sin retorno. En unos cuantos meses más hubiese cumplido 96 años, casi un siglo de vida. No es que su deceso no me desgarré el alma o mi tristeza sea menos; es solo que he aprendido a vivir con la impotencia del migrante, –la distancia–, esa que nos hace parecer inmunes o indiferentes a la pérdida de un ser querido.

Tan sabio como aventurero, el abuelo dejó su huella en su España querida y yo, su nieta en su nombre dejaré también mi huella en esta ciudad que tanto él amó.

En algún lugar...

Rafael Dangond Cardenas

*“Alguien dijo que la mente
solo funciona como los paracaídas,
solo si se abre.”*

Por lo general en nuestra sociedad “moderna” establecemos el grado de inteligencia por el potencial intelectual traducido en un sistema educativo que evalúa o califica cuantitativamente al individuo, según este sistema, entre mas títulos y más carreras tengamos, estaremos mas capacitados y aptos para abordar un mundo cada día mas competitivo en las diferentes profesiones de la vida.

Inherente a la capacidad cognitiva que a veces funciona por repetición, imposición. En un mundo donde estudiar parece cada día mas un privilegio que un derecho, la humanidad comienza a cambiar con el ritmo de nuestro globo terráqueo, parece ser que la cantidad de información estalla en una gran hecatombe de las telecomunicaciones y el mundo de la globalización, y es cuando se comienzan a derribar fronteras y barreras en los sistemas propuestos por nuestros gobiernos.

Parece ser que el ser humano comienza a desarrollar nuevas alternativas y a su vez a desarrollar mecanismos mas meta-cognitivos que están relacionados con la reflexión y el cambio de

conciencia para lo que esta por venir, un siglo de oro de las revoluciones sociales donde nacen siempre, según la historia, en callejones sin salida.

Considero que la verdadera inteligencia radica en la capacidad de adaptabilidad que tenga el ser humano con relación a su entorno. Parece ser que la necesidad agudiza los sentidos como un primer análisis de la psiquis del hombre, obligándolo casi a desarrollar mas su intuición como antesala de la razón y volver a estos principios básicos de convivencia y progreso para una sociedad cada día mas cambiante.

No obstante falta mucho camino para recorrer y “diseñar” un futuro mejor que inevitablemente sucumbirá a la igualdad y justicia entre todos los que habitamos este globo terráqueo.

Ese estado de inconciencia que puede partir con un ejemplo claro, el propio planeta y sus habitantes.

La Tierra gira alrededor del Sol, describiendo una órbita elíptica, a una velocidad media de 29,8 km/s (siendo máxima en el perihelio* 30,75 km/s y mínima en el afelio** 28,76 km/s), en una coreografía casi perfecta alrededor de la gran estrella madre que rige nuestro sistema solar.

Una coreografía de planetas que hasta la fecha de hoy podemos decir que es perpetua, la invitación a reflexionar al respecto, es la de analizar este globo terráqueo llamado planeta Tierra y poder ser conscientes de la velocidad con la que orbita suspendida en un universo infinito y quienes si no nosotros los que estamos inmersos en este gran planeta y experimentamos tal velocidad sin importar nuestra situación geográfica o de que

punto de él pertenezcamos. Este simple y a su vez imponente ejemplo, nos conduce a entender que a pesar de que estemos sentados en una silla de la manera mas relajada y pasiva tratando de escribir este relato que ahora usted esta leyendo, o sentados en un el banco de un parque tratando de adivinar el secreto de una hoja, pensamos inconscientemente que no pasa casi nada a nuestro alrededor, cuando en este gran bus en forma circular va a un a velocidad impresionante en el universo y la verdad es que esta pasando de todo a cada milésima de segundo de su recorrido.

Es decir mientras yo le doy un beso de dos minutos (120 segundos) sentados tranquilamente en ese mismo banco de aquel romántico parque, a mi pareja, realmente estamos recorriendo en ese beso una distancia de 3.576 Km por regla de tres.¡¡Eso es mucha distancia!! . Entonces como no poder dejar de preguntarse ¿como pequeñas cosas pueden magnificarse tanto o quién o qué ente en la existencia las brinda con ese brillo divino?.

Solo con este pequeño ejemplo podremos adentrarnos al análisis de la vida y no entrar en una angustia existencial y morir en el intento.

Después de hacer una visión general de un estado de conciencia colectivo, quisiera adentrarme y compartir con ustedes un poco de mi experiencia personal en lo que en medio de un mundo capitalista donde prima el saber cuanto tienes para valorarte como persona, y donde mi único patrimonio a estas alturas del juego tan solo es el social. Pensé que tal vez seria un poco aburrido hablarles en primera persona como un individuo cualquiera, y prefiriendo jugar con esa «loca de la casa» que es la imaginación,

adentrarlos a un relato a manera de fábula para hacerlo mas genérico y no tan personal, sin ningún afán protagónico sino mas bien con el único ánimo de compartirlo de manera amena y sobre todo que sea útil si en algo se ven identificados para entender esta idea de Unidad e Igualdad que traigo conmigo.

Pensé en varios animales que jugaran con esa lucha entre el instinto y la razón de la cual tanto nos jactamos los humanos, la verdad no se cual sea mejor o peor. Después de evaluar varias posibilidades como la del perro, aquel animal doméstico que esta junto al hombre al igual que muchos otros, lo descarte porque de pronto está muy influenciado por nuestra conducta, Después pensé en el gato, pero realmente me parece que es un animal muy suyo y de su casa y la verdad para contrastar la psicología de los animales no me pareció un ejemplo de nomadismo que era el que quería resaltar en mi historia. La mariposa monarca fue mi siguiente «imágenesis», ya que recorre grandes distancias y vive un sin numero de experiencias pero me parecía un ejemplo muy clásico. E fin que es tan rica y variada la fauna de este planeta que después de pensarlo tanto, me lance por el que va a ser nuestro hilo conductor y protagonista de este relato, «EL ORNITORRINCO». Se preguntarán por qué: primero lo considero un animal extraño en su especie, diría yo un híbrido sospechoso creado por la naturaleza, al igual que nosotros. Un mamífero que pone huevos, caminan al borde de los ríos pero también son excelentes submarinistas, tienen los pies palmeados y pico de pato como las aves pero en vez de plumas tienen pelo. Como si estuviesen pegados a pedazos. Creo que es lo que mejor define a un ser que se adapta totalmente a su entorno, gracias a que este mismo lo ha hecho transformarse.

Otra de las ventajas del ornitorrinco es que se encontró tranquilidad y libertad en el agua, aunque nunca olvida su origen terrestre si es que el origen es terrestre y no acuático no sabemos donde empieza que busco, que encontró después pues ahora es pato, pez peludo que amamanta ¿qué fue antes? ¿De qué huía y donde busco refugio? Pero imaginemos que fue al agua posteriormente cansado de esa tierra. El ornitorrinco domina las dos técnicas, sintiéndose mas cómodo en la líquida gracias a el rápido movimiento que le permite mejorando la estrategia con sus pies palmeados como motores propulsores y permitirle moverse con soltura, siendo mas eficaz y menos torpe en obtener su menú alimenticio diario, no solo podrá comer raíces de los arboles e insectos terrestres; si no también pescar camarones y peces bajo el agua.

Existe un teórico muy renombrado Sigmund Bautman, que habla sobre la modernidad líquida, haciendo una metáfora muy creativa sobre la relación entre lo líquido y lo sólido con los históricos cambios que ha sufrido la humanidad al pasar de los siglos en lo que respecta a su sistema político, social, económico, religiosos y en todo lo que tenga relación con el hombre y su entorno social. Bajo esta teoría parece la duda que surgió antes se responde: el ornitorrinco llevo al agua después de la tierra.

Nuestro Ornitorrinco no parece estar excluido de esta teoría, no sé yo si nombrarla «evolucionista» o mas bien de decrecimiento. Hablo de la inevitable fue nuestro animal venia de un pasado terrestre donde los cambios de lo temporal, los abruptos giros geográficos cambiaron su entorno. Donde lo que el consideraba sólido, tan físico y tangible, tan seguro para su subsistencia parece

sucumbir a la destrucción y donde aquellos depredadores cada día eran más feroces y ágiles atentando con la continuidad del río de su especie. De este mismo modo funcionaban sistemas en la sociedad, sistemas que creíamos seguros y estables para la convivencia entre unos y otros, sistemas como el comunismo, (termino anacrónico) que esta relacionado directamente con su tiempo y espacio, al igual que todos. Mas sin embargo la perestroika se oxido con el pasar de los años en la antigua Rusia y termino por derrumbarse al igual que el entorno terrestre de nuestro amigo el ornitorrinco.

Parece que en los dos casos se da por entendido que cada sistema esta estrechamente relacionado con un época y unos espacios específicos, todo fluye, todo cambia. Parece que nuestro palmeado mamífero así lo entendió y comenzó a ahondar en las profundidades del los ríos. No digo con esto que sea fácil, el primer paso a un cambio radical será complicado, pero precisamente eso es lo que le da más meritos. Frente a esto y lo dicho en las anteriores líneas hemos de preguntarnos ¿qué fue antes el huevo o la gallina? (argumento pata-físico) Siguiendo y haciendo honor al nombre de este relato “ En algún lugar” atemporal e hipotético ya grandes pensadores imaginaron allí el hombre, Hobbes por ejemplo lo convirtió en un feroz lobo al contrario que Rousso que creía en la bondad natural del hombre. (El cual curiosamente encerraba a cada hijo nacido en un orfanato en los que los niños difícilmente sobrevivían)

Recuperando el hijo y al pequeño bichito que una vez se lanzo con gran decisión comenzó a vivir trepidantes y estremecedoras sensaciones. La primera fue el sentir su cuerpo, moverse con gran

agilidad, como si levitara, una sensación de rapidez y fluidez invadió toda su existencia. El curso de las cosas cambiarían, habría nuevos depredadores pero se entendía como la ley natural de la supervivencia. No solo cambio su Psiquis y seguridad si no que su biorritmo comenzó a influenciar su propia morfología. Sus extremidades comenzaron a desarrollar finas membranas para impulsarse mucho mas, su trompa comenzó a volverse rígida y como la de un pato para poder encontrar bajo los troncos y el lodo del lecho de los ríos, alimentos. Una nueva forma de subsistencia comenzó a abrirse a gran velocidad. Aquella nueva información de su medio comenzaba a cambiar sus conductas u hábitos.

En la sociedad actual, las tradiciones nos convierten en animales de costumbre, y cuesta el desapego por miedo a lo diferente, al cambio. Somos nosotros mismos los que castramos las infinitas posibilidades de desarrollo al defender con fe ciega, un partido político anacrónico, donde los lideres que elegimos para administrar el rio, se comen los mejores peces, dejando solo las raíces en lo profundo del lodo para que una gran mayoría escarbe. El tiempo cambia permanentemente, el mundo gira cada vez mas rápido, la relación directa con el fluido en relación al tiempo, predomina hoy por hoy sobre aquello que pensábamos que era sólido e invulnerable, y se acercaba mas a la idea de lo terrenal y que tenia que ver mas con el espacio. De esta manera ya vemos que nada cambia, jugamos a la guerra del mas fuerte, cuanto mas dinero mas poder tienes, mas grande es tu boca y mas desgarradores tus dientes. Y somos pedazos de materiales manoseados y ya sin diferenciar apenas lo cultural de lo natural. ¿qué somos realmente? Sin meternos de lleno en una teoría antropológica me parecía interesante mencionar esto antes de continuar este relato.

Se habla mucho de la globalización y del cambio del poder que parte desde lo capital, es decir lo terrenal, propiedades, bancos, y poder adquisitivo hasta el plano donde se despiertan conciencias por medio de la velocidad y fluidez de la información. Información inmediata de lo que pasa al otro lado del planeta, información que permite romper con esa venda creada por lo que nuestros antepasados llamaban Patria o nación. Esas 4 paredes que no permitían abrir sus fronteras por miedo a lo diferente, por una minoría que defendían sus intereses individualistas y por lo general apuntando con la negra mano de la corrupción y manipulación, haciéndonos creer en una democracia real para el bienestar de todos. ¿Pero existe esto? ¿O necesitamos crearlo para poder continuar? No se detengan en esta pregunta, y por favor les invito a que sigan leyendo.

Cuando nuestro pequeño amigo se quito la venda comenzó a abrir sus horizontes y a nadar con libertad por varias redes hidrográficas, permitiéndole conocer otras especies con las que se interrelacionaba y a su vez aprender nuevas alternativas de subsistencia haciendo más armonioso su habitat. Uno de los primeros escollos que encontró era el de cambiar sus propias costumbres para adoptar nuevas e ingeniosas conductas. El mismo entorno y la necesidad real le obligaron a ir rompiendo con ese tradicionalismo anacrónico y poco práctico para su adaptación a ese nuevo mundo.

También jugó parte decisiva su creatividad y forma de improvisar varias soluciones para sus nuevas situaciones a resolver. Una creatividad estimulada por la misma situación adversa y que requerían inmediatez para la supervivencia. Al igual que nacen

las revoluciones sociales en los callejones sin salida. El hombre siempre ha inventado grandes cosas por su propia necesidad, se dice que Thomas Alba Edison invento la bombilla por que a su novia le encantaba pasear de noche por los jardines, al relacionar la noche con la inseguridad que producía la oscuridad, el género una solución muy romántica para darle gusto a su enamorada. Graham Bell creo el teléfono por que viajaba mucho a dar conferencias y se alejaba mucho tiempo de su amada, y de esta forma podría comunicarse más con ella y poder tener esa sensación de estar más cerca a la persona querida. No obstante afirmare que no solo el amor es la única necesidad que inspira las musas de grandes científicos y literatos, pero es una excusa que me encanta personalmente.

El estar conectado con mi entorno y mas allá al igual que a nuestro pequeño mamífero con pies palmeados le permitía conocer nuevos amigos, otras especies que nunca se imagino que existieran debajo del agua y en sus riveras. Su verdadero reto estaba por venir por que naturalmente esos ríos que recorría terminarían desembocando en el imponente Océano.

Esa misma relación que tenemos nosotros con ese patriotismo radical, y no nos atrevemos en saltar esos muros que hoy por hoy comienzan a derribarse, Nuestro pequeño personaje comenzó a entender su estrecha relación con sus nuevos amigos, como podían coexistir en un mundo mas justo y donde las relaciones con sus nuevos compañeros eran de vital importancia para el equilibrio de las cosas. Entendió que era necesario un cambio de aquel animal territorial que marcaba su espacio vital y pensando solo en su bienestar no llegaría muy lejos. Vio como el castor construía

la represa con esmerada dedicación. Y el maravilloso resultado de los diques creado gracias a su esfuerzo y constancia que le propiciaba un refugio seguro para los inviernos fríos y duros que estaban por venir y emulando la idea construyo su propio nido cerca al río. Donde era mas seguro para su prole.

Nunca pensó en dejar de recorrer el río hasta su desembocadura. La importancia de abrir nuevas oportunidades abrió su avidez por recorrer cada vez mas y mas, y desplazarse era mas fácil para tal cometido.

Cuando llegamos a lo que parece el final del abismo es cuando comienza una aventura nueva, con nuevos amigos y nuevas situaciones y formas de ver las cosas. Nuestro ornitorrinco al avistar el Gran Océano, tomo un ultimo aliento y se lanzo con resplandeciente desapego a lo que él no conocía, con la única certeza de abrir su mente, y crecer como individuo.

Al lanzarse al gran Océano comenzó a experimentar un sentimiento de desarraigo por aquellos riachuelos que le enseñaron tanto, y lo invadió una gran sensación de curiosidad y levedad en medio de tan inmenso mundo que se abría delante de su horizonte.

Esa capacidad de multiplicar lo aprendido, desarrollar los procesos de subsistencia y contribuir a los de otras especies para poder vivir en equilibrio y armonía, le dio a entender que muy a pesar de que fueran de otra especie, pensarán y opinarán diferente, ni él ni nadie estaría por encima del pensamiento y corazón de cualquier otro ser viviente. Que el respeto a lo diferente y la igualdad de condiciones le permitirían un bienestar en su forma de vivir día a día, entendiendo que su felicidad radicaba en la riquezas de sus experiencias y no en la defensa de lo

individual. ¿pero realmente fue así como sucedió? O es lo que nos gusta creer en estos momentos en los que la amargura atrapa nuestros corazones. El ornitorrinco mata a las crías de otros animales para comérselas y saciar su hambre sin remordimiento ninguno.

Una vez en el gran Océano, después de trascender fronteras entendió cual era su misión en la vida y pudo vivir en plenitud el resto de sus días.

Según encuestas realizadas existen hoy por hoy mas ornitorrincos felices, que aprendieron a reaprender, que «disoñarán» un tejido de convivencia mas sólido y justo y esos mismo Ornitorrincos al igual que el de mi relato son los que hoy por hoy andan contando a otras especies la importancia del abrir sus mentes y entender que la única especie con al que me siento identificado es la humana (no se si eso sea bueno o malo ya que no come humanos por que no están a su alcance o quizá no nos devore con su boca extraña por que no puede o mejor aun para nosotros: tal vez simplemente se sienta identificado con nosotros y le gustaron tanto las encuestas que nos cogió cariño), ni blanco, ni amarillo, ni negro, ni siquiera morado. Que al fin y al cabo todos pensáramos que somos como ornitorrincos como si estuviéramos armados de pedazos, pedazos de experiencias, de historias de amigos y que esa variedad es la mas valiosa riqueza con la que podemos contar para ser cada vez mas felices.

El hombre no se ve hecho pedazos, ni atado con tripas, sin embargo somos ese monstruo de Frankenstein cosido a tiras a través del tiempo y de la tierra que nos protege a la vez nos maltrata como a un monstruo salido de su vientre.

Nos hemos pensado a través de la historia de diferentes formas, pero siempre en una perfección a excepción de Mary Selly en esa aproximación a la bestia, a esa aproximación de mirarnos en ese espejo del horror. Pero hay algo clave en este reflejo, quien lo construye no es sino un hombre.

Jugamos a ese Dios perfecto con nuestros trozos de carne que no se caen por unos puntos de sutura que se destrozan al vivir hasta llevarnos a la muerte donde ya no hay espejos ni ornitorrincos ni nada.

Tanto es el querer de sentirnos enteros, que hemos hecho dioses a nuestras imágenes y semejanzas, muchos con las debilidades del hombre, muchos otros sin ellas. Los hemos amoldado a nuestros tiempos, a nuestras condiciones a nuestras situaciones a nuestros campos o mares, a nuestros sentimientos, pero sobre todo los hemos amoldado a nuestros miedos.

Si. El hombre es un ornitorrinco construido de restos, restos de rastros, de flores, y celos.

Pero no nos podemos ver como tales animales. Ya hemos creado seres mitológicos que alivien esas frustraciones. Hemos esculpido en un extraño mundo sirenas, centauros, arpías para poder vernos en esas mitades que ni siquiera entonces son imperfectas. Pues no pensamos a las sirenas como mujeres con cara escamosa y con espinas en vez de huesos en el pecho. Pese a ello nuestra mente no hacen que las sirenas sean como nuestro ornitorrinco pues tienen preciosos senos que amamantan a hijos y con la gran cola no podrían sino poner huevos de los que saldrían las siguientes generaciones de híbridos, aunque en esta imagen que nuestro cerebro proyecta seguimos viéndolos perfectos en esa distorsión.

Como antes mencionaba, no los vemos con caras escamosas, ni con bocas enormes con trozos de comida entre los dientes, sino con labios sedosos y apetecibles.

El hombre en esa necesidad de buscar comparaciones las hace siempre perfectas e incluso en sus mas terribles combinaciones, hermosas de alguna u otra manera. Al hacer todo esto, al imaginar todo ello comprobamos que él no se siente así no se siente tal ornitorrinco, pues si lo hiciese no tendría esa tendencia a recrearse en utopías fantásticas de mundos que por azar o por destino no han sido sino suspiros de poetas.

Nota: Si el lector lo desea, pude suponer que el ornitorrinco viene de Colombia, información que no destriparía en nombre del todo, porque al fin y al cabo este territorio es muy basto, y no se precisa lugar exacto, seguiría siendo... En algún lugar. Y Su destino final, si también lo desean interpretar en su imaginario seria La Península Ibérica, llegando a Zaragoza, ese otro lado del vasto océano. Al gusto del lector en cualquiera de los casos.

Tribulaciones de un pamplonés en Zaragoza

Ismael Arana Urtiaga

*Con inmenso amor a Francisco
y a su Luz Ofelia. Al fin juntos.*

A quien pueda interesar. Me llamo Ismael y ya cuento con 33 primaveras a mis espaldas. Soy pamplonica, de nacimiento y de corazón, aunque me gusta pensar que también tengo algo de maño, y no solo por el acento que se me ha “pegao”. Hasta el momento, cuatro son los años que llevo aquí, años repartidos en dos etapas diferentes, cada una con sus alegrías y sinsabores, pero con el común de unas calles y unas gentes que no dejan de sorprenderme. Esta es mi historia, una más de las miles que pueblan la ciudad, una historia que forma parte de uno de los lugares humanamente más bellos que conozco.

En mi caso, descubrí Zaragoza al mismo tiempo que me enamoraba. Ella estaba aquí y yo en Madrid. Fueron tres años que transcurrieron lentamente, llenos de risas y caricias, un tiempo en el que viví momentos maravillosos aderezados con mil sensaciones, sorpresas y alguna que otra incertidumbre. Los tres –novia, ciudad y un servidor– nos fuimos conociendo poco a poco, sin prisas, a distancia y en persona, y el encanto y la magia que surgió fue tal que al final no me quedó más remedio que trasladarme hasta aquí.

Fue el 25 de abril de 2007, una fecha grabada en mi memoria. Ese día llegué, como tantas otras veces lo había hecho, a la hoy desaparecida estación de autobuses de Ágredda, solo que esta vez lo hacía con todas mis posesiones a cuestas.

Venía de Madrid, la ciudad en la que había pasado los últimos cinco años. Allí me había graduado como periodista y hecho mis primeros pinitos en la profesión. Como les gusta decir a los prohombres de hoy en día, empecé desde abajo, nada más y nada menos que repartiendo un periódico gratuito en la boca del metro. Pasado un tiempo, otra empresa me dio la grandísima y codiciada oportunidad de convertirme en... ¡redactor de teletexto! Durante meses, mi vida consistió en recortar –que no redactar– noticias, transcribir horóscopos prefabricados que llegaban por correo e introducir en tiempo real los goles que se marcaban en los partidos durante el fin de semana; vamos, todo un reto profesional...

Por supuesto que no todo era malo. También fueron cinco intensos años en los que conocí y conviví con muchísima gente, en la que salí y me divertí como nunca con cuatro perras en el bolsillo y en los que, pese a las horas de teléfono y de autobús, disfruté del mejor noviazgo a distancia que alguien haya podido tener.

Así que, tras recibir una oferta para trabajar como periodista becario en la Agencia Efe en Zaragoza, no me lo pensé dos veces, abandoné mi doctorado recién empezado y me instalé en la capital del cierzo, una ciudad con mucha vida y que ya se estaba preparando para los acontecimientos del año siguiente.

Desde el primer momento en el que empecé a trabajar, mi vida fue otra. Ruedas de prensa, llamadas a la policía y a los bomberos, manifestaciones, presentaciones de libros o exposiciones y

un largo etcétera se convirtieron en el pan nuestro de cada día. Por primera vez sentía y vivía aquellas cosas por las que una vez me decanté por estudiar Periodismo. Conservo un recuerdo muy especial de aquellos meses, de la gente con la que compartí mesa –aunque lo cierto es que iba ocupando una diferente cada día dependiendo de quién librara– y de la cual aprendí un montón de cosas.

Además, esta profesión fue la plataforma ideal para hacerme con la ciudad. Cada día iba a un lugar diferente, a un barrio distinto en el que pasaban cosas más o menos interesantes. Poco a poco aprendí a vivir en Zaragoza, a moverme en ella, a saber cuáles eran esos rincones hechos para mí. La Magdalena pasó a ser algo más que un barrio y Torrero tomó forma en mi mapa mental después de oír durante años su nombre en boca de una amiga oriunda de allí. Otros barrios como Casablanca, San José o Las Fuentes pasaron a ser algo más que los encabezados de los autobuses que no tenía que coger cuando venía de visita, mientras que Delicias se convirtió en “mi barrio”.

Poco a poco, como cualquiera que haya vivido esta experiencia, fui tejiendo mi red. Amigos, conocidos, compañeros de trabajo o de piso, vecinos, etcétera. Y por encima de todos ellos, Victoria, el verdadero motivo por el cual había decidido venir hasta aquí. Al periodismo se le fueron sumando otras cosas. Clases de inglés y de árabe, un trabajillo de camarero de fin de semana con el que completar la beca, conciertos, excursiones en las que descubrí la provincia y visitas a la familia. En esa época también empecé a colaborar con una asociación de la Casa de la Mujer impartiendo extraescolares a un grupo de chavales del colegio San Vicente de

Paúl. Quién me iba a decir a mí que años más tarde estaría trabajando como profesor para inmigrantes a unos metros de allí.

Y así pasaron los meses hasta que llegó el verano de 2008. Por entonces, yo ya trabajaba con un contrato profesional para Efe Televisión. Aquellos fueron unos meses increíbles. No es que me hiciera especial ilusión la Expo –creo que un evento de estos quita más que lo que da, y a la vista están los resultados–, pero gracias a ella ese fue un verano frenético en el que cada día se reinventaba y sucedía algo nuevo.

Bajo mi punto de vista, pocas formas hay de vivir un acontecimiento como éste de manera más intensa que como periodista. Mis días y noches se llenaron de conciertos y actuaciones; acudí a un montón de exposiciones y conferencias; entrevisté a artistas, políticos y personalidades varias, y todo ello mientras seguía cubriendo las noticias del día a día que genera una gran ciudad. Durante esos meses Zaragoza vivió a todo trapo, y yo me dediqué, junto a mi cámara, compañero y amigo Emilio, a cubrir todo ello.

Por todos es sabido que tras la tempestad llega la calma, y algo así es lo que sucedió. La crisis ya nos había surtido los primeros titulares, pero aquí nadie parecía percatarse de ello. Fue entonces cuando, con la resaca de la Expo todavía fresca, pensamos en ampliar horizontes. Victoria y yo decidimos ir a Oriente Medio a estudiar árabe, lengua que habíamos empezado a conocer y que pensábamos podría servirnos para un futuro que entonces veíamos prometedor.

Era enero de 2009 y nuestro destino fue Damasco. Vivíamos en la parte antigua, en una casa árabe escondida entre la maraña de callejuelas, zocos y mezquitas. Estudiábamos en la universidad

cinco horas al día con compañeros venidos de todas las partes del mundo. Y viajábamos, viajábamos mucho. Visitamos Estambul, con sus impresionantes colinas plagadas de mezquitas; fuimos a Líbano, donde salimos de fiesta por la noche de Beirut; y conocimos Jordania, un país de arena y beduinos donde visitamos las ruinas de Petra y nos bañamos en el mar Muerto. Y un buen día, casi sin quererlo, surgió la oportunidad.

Estando en Damasco, nos llamaron de Ammán y nos ofrecieron trabajar como profesores de español para ese verano. De un día para otro, así, por las buenas. Nos mudamos a la capital de Jordania al día siguiente, y lo que iban a ser unos meses de no se sabe muy bien qué se convirtieron en año y medio de experiencia jordana.

A los dos días ya dimos nuestra primera clase en el Instituto Cervantes, donde aprendimos la profesión de profesor desde cero. Fueron meses copados de experiencias. El miedo de enfrentarte a una clase por primera vez. Todos los ojos puestos en ti, las manos temblorosas en unos papeles que recién acabas de fotocopiar y no has tenido tiempo de mirar. Sentir cómo vas ganando confianza día a día, cómo lo que antes te parecía complicado luego no lo es tanto. Conocer otros materiales, otros métodos y otras formas de enseñar; y sobre todo, gozar viendo como los alumnos aprenden y experimentan la nueva lengua. Ser consciente de que día a día mejoran, se comunican, se expresan, y que parte de eso es gracias a ti.

Sin embargo, no todo eran cosas positivas. Ammán es una ciudad peculiar, donde los coches dominan el espacio público y los peatones se ven relegados a unas cuantas calles comerciales y

restaurante. El color marrón lo domina todo, y uno llega a sentir auténtica nostalgia por el vede. Las mujeres, pese a gozar de una situación de relativa libertad comparada con los países de alrededor, siguen sufriendo los ataques de una sociedad muy machista, y convivir con ello a diario se hace pesado. Demasiada religión, demasiada pobreza, demasiado fútbol por todas partes.

Pero si hay algo que pesa como una losa, eso es la ausencia de la familia y los amigos. Skype no es suficiente para llenar el hueco, y cada cumpleaños, boda, Chupinazo o día del Pilar se convierten en motivo de añoranza y, en ocasiones, de alguna lagrimilla. El Canal 24 Horas e Internet pasaron a ser nuestras ventanas a las calles españolas, y lo que se veía no era nada halagüeño. Crisis, paro, corrupción, desahucios, 15 M y mareas de varios colores. Y por encima de todo una sensación de “más vale que me fui a tiempo” mezclada con otra de “debería estar ahí ayudando a los míos, luchando y colaborando con ellos”. En resumen, añoranza de todo y de todos.

A finales de 2010, tras visitar Palestina e Israel, decidimos que ya habíamos tenido suficiente. Queríamos regresar a Damasco, de donde nos habíamos ido hacía ya año y medio de forma tan imprevista, y de la cual guardábamos un gratisimo recuerdo. Nos despedimos de nuestra gente, hicimos las maletas otra vez y nos encaminamos de nuevo hacia Siria.

Antes de volver, pasamos las navidades en España y aquí, vía Internet y televisión, fuimos espectadores de las revoluciones en Túnez y Egipto. Cuando uno ha vivido en países de corte dictatorial, en los que el abuso y la corrupción son el día a día de sus vecinos, no puede por menos que alegrarse por esa gente a la que

ha visto tener que agachar la cabeza al paso de un policía o susurrar un “de eso no se habla en la calle” mientras mira alrededor con desconfianza.

De vuelta por Damasco, las televisiones no dejaban de hablar de las nuevas revoluciones. Imágenes de Libia, Yemen y Bahrein acaparaban los informativos. Entre tanto, yo no dejaba de preguntarme qué es lo pasaba por las cabezas de unos sirios que vivían en un sistema peor que el de algunos de aquellos que ya se habían alzado en otros países. Mientras, nosotros encontramos trabajo en el Instituto Cervantes de la ciudad, nos instalamos en un piso precioso en un barrio de postal y nos apuntamos a la universidad para retomar los estudios.

Todo iba sobre ruedas y nos planteábamos un par de años disfrutando de la situación. Entonces, lo que tenía que pasar pasó. Era marzo. En un pueblo del sur, a unos chavales que habían hecho unas pintadas contra el dictador como las que veían en la tele los detuvieron y torturaron. Primera manifestación, primeros muertos. Tras el funeral, nueva manifestación y más muertos. Y así empezó la revolución. Lo cierto es que en la capital, aparte de alguna pequeña manifestación rápidamente sofocada, poco más pasaba. Pero la tensión iba en aumento. Más muertos, primeros escarceos militares y la conjura extranjera que ya estaba en marcha. Viendo como empeoraba la situación y siendo conscientes de que todo iba a ir a peor, decidimos, con todo el dolor de nuestro corazón, irnos del país.

El fin de semana que volamos de vuelta murieron en todo el país más de 100 personas. Desde entonces, cientos de miles de personas han muerto y millones han tenido que irse de sus casas.

La guerra se ha adueñado de todo y de todos, y lo que una vez fue un ejemplo de convivencia religiosa, ha sido dinamitado de tal forma que llevará mucho tiempo el recomponerlo. Muchos amigos han huido del país; de los que se han quedado, alguno ha perdido a seres queridos. Todo el mundo sufre y nadie sabe cuándo acabará.

Aterrizamos en El Prat en mayo de 2011. Sin casa, sin trabajo, sin saber qué hacer. Cada uno de nosotros se instaló en casa de sus padres mientras pensábamos que rumbo darle a nuestras vidas. Mandamos nuestros currículos por España y el extranjero, y finalmente encontramos trabajo para el verano en Barcelona. Una solución provisional para una situación inesperada.

Fue tras ese verano cuando volvimos a Zaragoza. El hermano de Victoria, que tenía un piso en la ciudad, por entonces vivía en el extranjero. Viendo nuestra situación, nos ofreció instalarnos en su apartamento, y desde ese momento residimos en él.

Para mí fue como empezar de cero. Estaba aquí sin quererlo realmente, y me sentía peleado con la ciudad aunque ella no tuviera la culpa. Acostumbrados a la vida callejera de los países de oriente, vivir en un barrio como Valdespartera se me hizo cuesta arriba. Calles desiertas, espacios vacíos, cero contacto. A esto se le sumó una situación laboral precaria y a unas expectativas deprimentes. Cierto es que nuevos espacios y alternativas habían surgido con el tiempo en la ciudad, pero yo los sentía ajenos a mí. Vivía con la sensación de que el ambiente era otro, más apagado y taciturno. No sabía muy bien qué hacer. Además, cuando llevas un tiempo fuera y vuelves, te das cuenta de que la gente ha seguido con sus vidas y de que, aparte de unas cañas esporádicas, ya

no tiene demasiado tiempo para ti. Resumiendo, yo no encontraba mi sitio.

La cosa no pintaba bien, pero entonces llegaron ellas. Las chicas de la asociación Mosaico, mis actuales jefas y compañeras. Encargadas del programa de refuerzo de español para inmigrantes del Gobierno de Aragón, me llamaron para trabajar con ellas. De repente me vi colaborando con un grupo de profesionales super motivado, que rebosaba –y rebosa– infinitas ganas de ayudar a los demás y de arrimar el hombro para lograr que la vida de esos chavales recién llegados a Zaragoza sea un poco mejor.

Yo, que hasta entonces solo había dado clase a adultos, me encontré enseñando a quinceañeros, muchos de ellos con carencias en su escolarización previa y con problemas que traspasaban las paredes del aula. A partir de ese momento, la interculturalidad y la docencia de este colectivo se convirtió en mi vida. A las clases de la tarde se le sumaron las reuniones, las llamadas a los centro y a los padres, el mundialito antirracista y otras actividades. Senegal, Gambia, China o Rumanía pasaron a ser mis temas de conversación. Y cuando el curso acabó, comenzó mi primer verano en la Casa de las Culturas.

De nuevo clases de español, solo que esta vez con adultos en las aulas. Unas buenas instalaciones para unos buenos cursos. Aquí he podido ver situaciones personales muy dolorosas y he convivido con gente que ha pasado por auténticos dramas humanos, pero que con toda naturalidad te regalan una enorme sonrisa cuando por primera vez son capaces de leer unas palabras por si solos. Hacen amigos, aprenden, conocen los recursos a su alcance y quiero creer que se sienten valorados.

A esta bonita experiencia le he ido añadiendo nuevas amistades y vivencias que han enriquecido mi día a día. Rutinas que me hacen sentir bien. La piscina, los cursos organizados por el SIP, los conciertos en salas pequeñas, las charlas en la Pantera o las exposiciones del Centro de Historias. Además, Pamplona está a dos horas en coche, y gracias a ello puedo volver a disfrutar de mi familia y de mis amigos de la infancia en cuanto tengo dos días libres.

Y así llevo dos años. Creo que en este tiempo me he reconciliado con Zaragoza. Me vuelve a gustar estar aquí. He reaprendido a vivir en estas calles y, aunque echo de menos cosas de antes, también es cierto que ahora disfruto de otra parte, llamémosla “más social”, que no tenía en el pasado.

Es verdad que a veces me entran ganas liarme la manta a la cabeza y de volver a marchar, de visitar otros lugares y vivir otras experiencias. Quién sabe si algún día lo haré. Pero mientras tanto, sigo disfrutando de una ciudad que yo ya considero la mía, y de una gente que, de corazón, me alegra la vida.

Observándome

Francisca Ramona Onguene Bee

Situados a 5 metros de la entrada de un pub de música africana llamado Bambú, al cual acuden numerosos guineanos que viven en Zaragoza (y en otras ciudades de España), doy comienzo a mi historia, partiendo de un acontecimiento barrio-bajero surgido a raíz de *malos rollos*, que vienen de antaño entre Sara y yo, creo suponer por la envidia que ésta siente hacia mí.

Javier: Di girl (expresión pichi, consistente en mezclar nuestra lengua materna fang con el inglés, hablado por un sector de la población guineana), cuando habléis de vuestras tonterías no me metas.

Gente: Javier, vamos, déjalo estar, vámonos, tío da igual, es una chica y eres tú quien quedará mal si te enfrentas a ella.

Javier: soltadme. No pienso hacerle nada, asique no entiendo porque me estáis agarrando. Solo quiero decirle a la cara que por favor no me mencione cuando hable de sus tonterías.

Cuanto más lo agarraban más nervioso se ponía y sin “comerlo ni beberlo” mi novio se convirtió en un “monstruo”. A cualquiera que se le acercaba para tranquilizarlo o alejarlo, como fue el caso de mi amiga, le daba un empujón reclamando que se quitara del camino que le permitía ver a Sara. Fue entonces cuando ésta, haciendo caso omiso de la **Gente** (compuesto por conocidos de

ambas, algún amigo en común, sus amigos y los míos), empezó a quitarse los complementos y a recogerse el pelo... Yo debí hacer lo mismo porque sabía que todo eso iba a acabar en una pelea...

Sara: Este chico se ha equivocado de negra, si se piensa que le voy a tener miedo por ser una chica lo tiene claro, yo tengo un hermano (haciendo referencia a que si mi novio la tocaba, su hermano “se lo haría pagar”)

En ese momento, yo, intentando agarrar a Javier recibí un empujón de su parte como respuesta.

Tras una larga continuación de barrullos, gritos, amenazas, empujones y agarrones, conseguí (junto con su mejor amigo) llevármelo de esa escena.

Nunca lo había visto así. Estaba alterado y a la vez silencioso, mientras trataba de evitaba mi mirada. Llegamos a la parada del tranvía de Gran Vía (puesto que debía volver a Valdespartera) y una vez ahí le dije que tenía que regresar a Bambú, porque aún no había resuelto mi “problema” con Sara.

Finalmente y tras haber recibido y soltado unos cuantos golpes tomé una decisión... .

C/ Los Puentes De Madison, Valdespartera (Zaragoza).

Hola, me llamo Francisca R. Onguene Bee (en mi casa, Melissa, ya que es el nombre que me quiso poner mi madre y no pudo por hacer honor a la suya ya fallecida. De todos modos en mi País es costumbre ponerle a tu hijo el nombre completo de un familiar muy querido y llamarle del modo en que te hubiera gustado. Pero el primero es el que consta en los papeles de identidad...), tengo 19 años y mi presente y futuro más cercano se sitúan en Zaragoza.

Provengo de Niefang, un pueblo situado en la Bata litoral (creo) de Guinea Ecuatorial (antigua colonia española). Ahí fue donde nací con tan solo 6 meses un 28 de junio del 94. En una situación familiar no muy cómoda puesto que mis padres me tuvieron con 19 años, no eran conocidos como pareja oficial y mi madre vivía en la casa de su tía (hermana de su madre) a quien yo llamaba Mama Tía Concha. Mis abuelos maternos estaban muertos y los dos hermanos de mi madre tenían su vida formada en la capital (Malabo) y en el país vecino, (Gabón). En esa misma casa (donde en numerosas ocasiones me quedé sin qué comer y recurría al uso de los encantos propios de un bebé que empieza a caminar, para conseguir mediante la puesta en escena de “los ojos de cordero degollado” que alguien se apiadara de mí y me regala alguna galleta) vivían un gran número de primos de la generación de mi madre y otros tantos de la mía. Es más, de mi generación nacimos 4 de manera prácticamente sucesiva. Venus, Perla en mayo, Yo en junio y Prisca. Ahí vivía también mi bisabuela, a la cual recuerdo que adoraba y de la cual era la más querida puesto que de la pobre ciega solo me ocupaba yo con tan solo 3-4-5 años. Cuando mi tío (el hermano mayor de mi madre) vino a por mí para llevarme a Malabo con él, sentí mucha pena por esa pobre viejecita.

Durante mis primeros años de vida, estuve a punto de morir en dos ocasiones, una de las cuales fue por ser tan tragona y golosa. En una de mis múltiples rondas gateando por el suelo en busca de comida, logré encontrar un bote, el cual, sin pensarlo mucho (tenía 1 o 2 años) me metí a la boca, tornando mis blancos dientes y mi lengua rosada en un negro intenso. Según mi madre lo que bebí aquel día fue petróleo o algún derivado de éste. Fui mandada al centro médico de urgencia y mi padre, me salvó la

vida donándome su sangre. Mi padre... Esa es una de las dos o tres anécdotas que, de boca de mi madre, sé de él. Y las cuáles, han mantenido hasta mis 17 años, el amor que como hija le debo tener. Pero en mi país, si un hijo nace en una pareja no comprometida en matrimonio o en una en la cual el hombre es un desgraciado que decide lavarse las manos, el niño es solo de la mujer. Y esto es así porque ahí no existen leyes que aten a los hombres a sus hijos, únicamente la buena o mala suerte de que la mujer encuentre a un hombre que realmente la quiera y le responda a la hora de quedarse embarazados. Y mi madre, desgraciadamente, no encontró a uno que la quisiera lo suficiente como para querer de manera incondicional al hijo que tuviera con ella (que vengo siendo yo), aunque la distancia (al parecer) tuvo mucho que ver.

Mi madre con sus 21 años y dejándome a mí con 2 (al cuidado de mama tía concha) viaja a España en busca de alguna oportunidad de “ser alguien” y con la idea de traerme con ella en un futuro. En ese momento sigue manteniendo una relación con mi padre. Ambos siguen adelante y se ven en uno de los viajes que realiza mi madre a Guinea por mi tercer cumpleaños y en alguno que otro que realiza mi padre a España. Según mi madre la distancia hizo mella en los dos y terminaron de dar por finalizada su relación. Y al parecer en ese mismo instante mi padre decidió dar también por finalizada su relación con migo. En mi quinto cumpleaños volví a verlo, puesto que hubo una leve mejora entre los dos. Pero esa fue la penúltima vez que lo vi antes de viajar a España con 8 años.

Precisamente en ese quinto cumpleaños es cuando mi madre decide no soportar más los abusos de su tía (mama tía Concha) hacia mí y hacia ella misma y manda a mi tío (Romualdo Asumu)

a recogerme para llevarme a vivir con él, durante el tiempo que tarda ella en organizar el tema del papeleo para que pueda viajar a España.

Durante los años que permanecemos separadas estando ella en España, no cesó de enviarme dinero a “mamá tía Concha” para mis cuidados y mantenimiento y el cuál ella utilizaba en Perla, que era su nieta directa, puesto que era hija de su hija y no de una más de sus múltiples sobrinas. En una ocasión, y según cuenta mi madre, “mamá tía Concha” llegó a decirle que era necesario que enviara dinero de urgencia porque yo estaba hospitalizada de gravedad. Mi madre, me imagino que desconsolada según cuenta mi padrastro, le envió una buena cantidad de dinero a su tía y no supo nada más hasta que al día siguiente llamó a la casa y yo (que de esto me acuerdo perfectamente) contesté al teléfono. Se quedó muy extrañada y me preguntó que como es que le contestaba yo, si ya me encontraba bien y que como había salido tan pronto del hospital. En ese momento yo le expliqué que me encontraba muy bien y que la que estaba hospitalizada era Perla. La única explicación que recibió mi madre por parte de su tía fue: *“Esther ya sabes cómo es tu prima Ochichi, ella es muy débil y no aguantaría semejante noticia”*

Mi madre, no soportando más semejante atrevimiento por parte de su tía, no soportando más que nos “maltrataran” a ambas y no soportando ese último golpe, en el cuál a la hermana de su madre (sangre de su sangre) no le importó el dolor que sufriera su sobrina al saber que su hija se encontraba en estado grave, únicamente por no hacer sufrir a la suya... toma la decisión de enviar a su hermano a buscarme. En ese instante salgo de Niefang a Malabo.

Durante la estancia con mi tío y sus dos mujeres (yo muy acostumbrada a hacer labores como lavar la ropa, planchar, cocinar, ir a buscar agua al río...) ayudaba en las tareas del hogar y a cuidar de mis primos mientras mis tías peleaban por ganarse mi cariño y por intentar conseguir que obedeciera más a una que a la otra. Viví feliz durante esos dos o tres años; Siempre fui una niña humilde y modesta. Nunca pedí más de lo que me pudieran dar. Mi tío era un simple taxista y con los tres hijos de su primera esposa (apodada Nána) y la primera que venía de la segunda (Belinda) éramos más que suficientes, por lo cual, no podía contar con ningún tipo de caprichos, Un simple paquete de galletas María era una exquisitez para mí, y en cuanto lo tenía presumía y muy generosamente lo compartía con todos los niños de mi barrio. Si quería algún juguete me lo fabricaba yo misma, o bien con latas, botellas de plástico y tapes de éstas, o bien con cuerdas o bien con una planta (de cuyo nombre no me acuerdo) alargada y verde como el Bambú y muy blanda. Para fabricar una muñeca machacaba esta planta por uno de los extremos, lo cual simulaba el pelo de una muñeca de verdad, (la cual solo tenía cabeza y la parte inferior libre que permitía su sujeto) y a continuación le formaba los ojos, la boca y a jugar. También eran comunes los juegos de concursos de mises...

Lo que más recuerdo con tristeza de mi infancia en Guinea es sin duda alguna ir a bañarme al río. Disfrutaba observando las cascadas y el paisaje vegetal que rodeaba a los distintos ríos o partes dl mismo (en ese entonces, con 6 años, poco o nada sabía de geografía y al ir por distintos caminos, ya sea por el bosque o por la ciudad, me parecía que acudía a diferentes ríos pero bien podía ser el mismo), era algo que siempre me dejaba boqui-abierta. Pero ir hasta el río atravesando el bosque me suponía un gran

terror. A pesar de mi inocencia e ignorancia siempre tenía que ir acompañada y en el camino, no ser la primera ni la última, ya que en el caso de que viniera algo o alguien por delante y/o por detrás no sería a mí a quien cogerían antes. En los bosques habitan numerosos animales peligrosos como las serpientes, culebras, jabalíes salvajes, cobras altamente venenosas... por eso siempre procuraba ir acompañada.

A los 8 años (como ya he mencionado en ocasiones anteriores), en el mes de enero, es cuando tiene lugar mi viaje a España. Semanas anteriores acontecimientos relevantes se habían hecho hueco en mi vida como el nacimiento de Princesa (la primera hija de mi tío con su segunda esposa), la visita de mi padre (la cual tuvo lugar únicamente porque mi madre le insistió en que quedaría mal que no fuera a despedirse de su hija), que más que alegrarme, me encantó ya que le echaba bastante en falta después de más de dos años, o, recibir las primeras fotos de mi hermanito (hijo de mi madre con su en aquel entonces y actualmente pareja) que ya tendría 2 años.

Durante el viaje en avión y ya desde el aeropuerto iba al cuidado de una azafata. En estos momentos y teniendo en cuenta mi baja capacidad retentiva de recuerdos y hechos, he de decir que lo único que recuerdo del trayecto es que la comida estaba asquerosa. Al aterrizar y pisar por primera vez territorio español percibí un olor a... “nuevo”. Tenía claro que ya no me encontraba en Guinea. Pero ése, era un olor que no se podía explicar, que no pertenecía a nada, a nadie ni a ningún lugar en particular y que únicamente se invadió de mí y me persiguió los primeros meses que pasé en España. De la mano de la azafata, con un culo

triplicado por efecto del pañal (he de confesar muy a mi pesar que hasta los 13 años no dejé de orinar en la cama) y una cara “diferente” a la niña de 5 años que dejó por última vez, a mi madre le costó reconocerme, desde luego no más de lo que me costó a mi reconocerla a ella. Pero finalmente dimos la una con la otra.

Mi nuevo hogar se encontraba en Prados del Rey, una urbanización de chalets aislada y perteneciente al ayuntamiento de Pinseque, pueblo situado a 20 Km. de Zaragoza (capital de Aragón). Según me contó mi madre 4 o 5 años después de mi llegada (coincidiendo con mis cada vez más deseos de permanecer en casa de la hermana de mi padre, situada en el barrio de Delicias, donde descubrí que había muchos negros de distintos países y en particular del mío), cuando ella llegó a Zaragoza con 21 años conoció a 3 de las que ahora son sus mejores amigas y compartió piso con ellas en la zona de vía hispanidad. Pero la mayor parte del tiempo no lo pasaba en Zaragoza. En cuanto tenían oportunidad compraban billetes rumbo a Madrid, donde podían estar semanas disfrutando del ambiente, de las fiestas y sobre todo del entorno guineano, ya que en varios de los barrios de la capital, en particular en Móstoles, podías ver a un guineano por cada m², cosa que no sucedía en Zaragoza. Dos años más tarde conoció a mi padrastro y dejó de pensar en la posibilidad de mudarse a la capital.

Posteriormente, y durante el tiempo en que vivió en vía hispanidad, se percató de que había más guineanos de lo que ella pensaba en Zaragoza, pero precisamente por ese motivo, ya había decidido dejar de frecuentar Madrid. Me explicó que el hecho de que en un principio buscara rodearse de gente proveniente del

mismo lugar que ella, fue por la necesidad de intentar sentirse como en casa. Pero el hecho de que con 24 años se mudara con mi padrastro a más de 20Km de su “entorno familiar” favoreció a su adaptación. Un año después nació mi hermano, con quien se le hizo imposible estar visitando a sus amigas con frecuencia y conformarse con verlas a ellas y al resto de conocidos guineanos en algún bautizo o comunión. Estos sacramentos solemos celebrarlos a lo grande. Realizamos fiestas consistentes en alquilar un local grande. El anfitrión compra numerosa bebida (porque al guineano le encanta beber) y junto con familiares y amigos (en función de lo grande que vaya a ser tu fiesta) se preparan distintos platos (típicos y no típicos) en ollas gigantescas; se invita a un número determinado de personas pero acude el triple de gente debido a la mala costumbre que tiene el guineano de auto-invitar y de, siendo invitado invitar a otras persona. Tras comer, beber, hacerse fotos, bailar y presumir se coloca al sacramentado en el centro del local (con una bandeja frente a él) siendo rodeado esencialmente por mujeres que giran a su alrededor a la vez que entonan cantos típicos (que por lo normal evocan a una larga vida llena de triunfos) que alguna se da el lujo de personalizar y que las demás apremian al grito de eyeeeeeee. Al mismo tiempo de una o de dos en dos, van saliendo del círculo depositando un sobre con una cantidad determinada de dinero en la bandeja.

Esta anterior confidencia de mi madre se hace más continua y persistente a raíz de mi decimo cuarto cumpleaños, años con los cuáles tengo mi primer novio, que resulta ser guineano. Con éste mantengo una relación prácticamente a distancia debido a que nos veíamos cada dos fines de semanas gracias a la inexistencia de una línea de bus que se acercara a Prados del Rey y al hecho de

que a él no le nacía el salir de Delicias solo para verme. Por esta razón y unos cuernos que no me cabrían en el armario, fui dejada un mes después de empezar la relación. Tras él y a pesar de vivir “aislada” comencé a relacionarme más con los guineanos. Conociendo amigos y una segunda pareja cuyo aspecto negativo fue que era del mismo entorno que mi ex (para variar). La insistencia de mi madre con “*la cabra siempre tira al monte y tienes que tener cuidado con los guineanos porque aquí nos conocemos todos y hablamos mucho*” aumentó a consecuencia de nuestra mudanza a Valdespartera. Con esta nueva situación tenía más accesibles mis salidas. Cada vez disfrutaba más con el ambiente guineano, con gente negra como yo, que le gustaba la misma música y con quienes podía escucharla sin sentir vergüenza o temer que no les pudiera agradar. Ya no desencana como siempre por ser la negra del grupo.

Antes de todo esto, incluso antes de mi decimo tercer cumpleaños y durante mi estancia en Prados (donde mi madre y yo éramos las únicas negras) me acostumbré al entorno español. Al principio me costó adaptarme, sobre todo en el ámbito escolar, debido a ello, en vez de continuar con 3º de primaria que es lo que estaba cursando en mi país, me bajaron un curso para comenzar tercero desde aquí. Pero a partir de entonces, he logrado ser del grupo de alumnas más aplicadas y no me ha tocado repetir hasta 2º de bachillerato (lamentablemente); En el ámbito social tuve varios inconvenientes por el tema de ser negra y parecer “un mono” (uno de los insultos menos originales que he llegado a escuchar). A esto se le unió el hecho de que era bastante introvertida y parecía un animalito recién sacado de su hábitat, respondiendo con arañazos y golpes a cualquier tipo de provocación.

Poco a poco mi madre me fue refinando (tarea que según presume y me sigue recordando no fue fácil). Me acostumbré cada vez más a mi nueva familia y a mi nueva casa, la cual ni siquiera pude comparar con la de mi amiga Miriam de Malabo. Ya que era la única que hasta aquel momento había visto con váter del que tirando de la cadena surgía agua que arrastraba los desechos (en las demás había que echar el agua con un cubo). Pero mi nueva casa tenía eso y mucho más.

Contaba con una habitación para mí sola la mayor parte del tiempo. Los fines de semana y un mes y medio de verano lo compartía con mi hermanastra Ana (la hija mayor de mi padrastro Manuel), a la cual a día de hoy veo como una hermana, aunque cuando cumplió la mayoría de edad y ya pudo elegir por sí misma cuanto tiempo pasaba en casa de su padre dejó de hacerlo con frecuencia. Con ella y por ella le cogí gusto e interés a la lectura y a la escritura, a hablar utilizando un lenguaje irónico, a ver cine de terror... siempre me decía que finalmente y tras haberle dado dos hermanos, Dios se había apiadado de ella enviándole una hermana como yo; En la misma situación (en cuanto al tema de compartir habitación) se encontraba mi hermano con su hermano Jose (el segundo hijo de mi padrastro y el hermano que sigue a Ana).

Con el paso de los años y a medida que me integraba más, fui dejando al descubierto mi verdadera personalidad y haciéndome de ese modo con el cariño de la gente. Me dejé llevar por una cultura diferente y que para mi sorpresa no me disgustaba. Disfrutaba yendo al cine, a patinar, a pasear por los centros comerciales, a planear las fiestas-pijama, las quedadas para estudiar, las celebraciones de halloween, carnavales, los pilares que traen consigo la

ocasión de vestir como un mecánico... . Hasta que finalmente (y como repetía mi madre) la cabra tiró hacia el monte y me encontré en una Guinea Ecuatorial situada en Delicias. Era la única de mi círculo de paisanos que tenía una visión ambiciosa, abierta y diferente al típico pensamiento guineano de hacer ambiente (salir de marcha), ambiente y más ambiente. Si recibía alguna llamada de una “amiga” guineana era para hacer ambiente, acoplarnos a algún bautizo o comunión, pasar por el bar de Arantxa (bar que conoce cualquier guineano que se relacione con guineanos, puesto que es el lugar de encuentro donde éstos quedan para beber, pasar el rato... lo que viene siendo como salir a dar una vuelta de un grupo de amigos españoles) o acercarnos a casa de algún otro amigo para hacer congosá (chismorrear) lo cual derivaba en que alguien se te apareciera acusándote de que me han dicho que tú has dicho tal de mí y a lo que tu como buen guineano que eres respondes con un “a mí no me traigas tu fitiai no tú que me das de comer” (“no me vengas con tonterías que yo no tengo por qué hablar de ti”), entonces, la situación se convertía en un ciclo continuo de provocaciones a los que uno podía intentar eludir pero que finalmente acababan desembocando en un enfrentamiento y como muchos piensan que siguen en su país (de ahí que no estudien, que estén todo el día en la calle, que tengan como segunda casa la discoteca, que no realicen actividades diferentes a las que llevarían a cabo en sus países...) son capaces de (si vuestro enfrentamiento a tenido lugar en la discoteca) coger una botella, romperla y utilizarla como arma contra ti.

No dejé de salir con mis amigos españoles, porque también me gustaba estar con ellos, me gustaba la idea de hablar de temas interesante e inteligentes sin parecer que soy superior o que

pretendo dejarles en vergüenza, me gustaba el hecho de no tener que fingir mi español acoplándole tono o expresiones guineanas para no desentonar o parecer (según los guineanos que no hablan un buen español) una “pija” o que voy de española como podía ser ‘ania, yo quería el plato que tiene más mucho’ (jolín, yo quería el plato más lleno); Pero lo cierto es que les dedicaba menos tiempo que a los guineanos y me costó 4 años y ver a mi actual y tercer novio (con su fama de buena persona, chico tranquilo, bueno, pacífico...) metido en una discusión que, aunque tenía que ver con migo y yo era su novia, no debía ni de haberle rozado.

Lo conocí hace dos años y medio y en principio él era como yo. Los dos teníamos nuestro círculo de amigos españoles y a raíz de que comienza a salir con migo conoce a más gente guineana. Nos hacemos con el “respeto” de la gente por ser una pareja duradera (algo con lo que no apuesta el guineano), tranquila, estable y de la cual la mayoría hablaba bien y con una envidia sana, hasta que comencé a estar en el ojo de mira de un grupo de chicas que ya se habían hartado de escuchar maravillas de mi y dieron comienzo al ‘me han dicho que tú has dicho que tal ha dicho’. Tras sucesivas provocaciones acabe cayendo en su juego a pesar de los consejos de mi novio de no darle importancia y pase de ser la guineana a la que todos respetaban por ser una chica seria (que no estaba hoy con uno y mañana con otro), a ser una guineana mas de Zaragoza. Tras ello y enlazando esto último con la decisión que decía haber tomado al principio de mi relato, cuando me encuentre en un país que no sea el mío, intentaré llenarme de todo lo bueno que lo envuelve, adaptándome a sus costumbres y actuando de acuerdo a sus normas sin olvidar nunca de donde provengo y cuáles son mis raíces. Si me encuentro en un país donde las fiestas

se celebran yendo a las ferias o a distintos conciertos no las voy a celebrar yendo a la discoteca o a tomar pepesup (sopa de pescado con abundante picante) a casa de una amiga.

Cuando vaya a Guinea, ya sea de vacaciones o porque mi destino acaba asentándose ahí, entoncesaré cosas como ir a bañarme al río o hacer ambiente en cada una de las múltiples discotecas que hay en todo el país ya que actividades como ir al cine serán poco probables de llevar a cabo.

Pero ante esta decisión no estoy rechazando mis orígenes, mi gastronomía, mis costumbres, ni mi lenguaje. Rechazo la falta de adaptación y ambición, la ignorancia y el atraso con el que numerosos guineanos que se encuentran aquí tratan al entorno y las posibilidades que éste ofrece cerrándose en un círculo al que no se dice que no pertenezcan sino que debería no ser el único.

¡A Cataplum!

Luis Alberto Londoño Pinto

El equipo maño no conseguía reaccionar y su descenso se convertía en una realidad, sus ataques al equipo mallorquino a cada minuto que pasaba no daban su fruto; con un gol en contra y ganando el Valladolid le estaba echando una manita; el empate le valía, pero era infructuoso el ataque... nervios y los gritos de ¡Me cago en todo lo que se menea! y, más cagos... ¡A tomar por el culo!... y más voces que aturdían mis oídos en cada segundo que transcurría el encuentro.

Al final, con el equipo zaragozano, volcado; Tuni, del Mallorca, marcaba el 3-1 en un contraataque. Un minuto después, Oliveira ponía un halo de esperanza con el 3-2 rematando a bocajarro un centro de Diego Milito. Finalmente no se pudo... año dos mil ocho; el real Zaragoza, descendía a segunda división; en el bar, todo era tristeza, lágrimas y palabras de duelo... mi amigo Manolo, parecía un sonámbulo a cada palabra de aliento que le daban, mandaba a tomar por el culo; lo decía, simplemente con la elocuencia de esa palabra que me sabía un poco mal... quizás yo la quise cambiar por un ¡Cataplum! para que no me sonara tan ma... y a ¡Cataplum!... Me es más sonoro.

Mis primeros pasos para integrarme con los “Maños” fue a través de la pasión del fútbol, en “El Bar el Moncayo”. Los montaditos, la cerveza y la tertulia de los colegas, familiares y; el café

del inmigrante morenito, del marroquí, del ecuatoriano eran las nuevas maneras de ver mi mundo ancho y ajeno ¡Cataplum!

Para sorpresa, en ese mismo año de mi llegada, la ciudad se preparaba para realizar la Expozaragoza; las calles se mostraban atiborradas de obras ad portas de la inauguración de tan magno evento mundial en una capital que se notaba falta de tiempo para recibir a los visitantes de las diferentes delegaciones. En Ranillas, al costado del río Ebro, se daban los retoques finales a las construcciones modernas con un aire de exaltación a la conservación del agua. Todo este bello escenario nuevo para mí; lo admiraba a través del furgón que llevaba el reparto de alimentación en diferentes barrios de la ciudad; duro trabajo donde comencé a sentirme delincuente, cada vez que me paraba la policía para pedirme la documentación del vehículo; dos, tres veces por día. La gratificación la sentía cuando cobraba mi mensualidad que me servía para mandar a pagar mis deudas y gastos en mi país. ¡Cataplum!

Los fuertes cambios de temperaturas me hacían aclimatarme en una región donde decían que quién soporte el clima “maño”, soporta cualquier clima del mundo y a ¡Cataplum!

Más la vida se me hacía placentera en el “bar el Moncayo” donde me tomaba mi cerveza con los pocos amigos que fui haciendo; la Cristina con su marido; el Mariano con su agradable pareja y así; cada día era uno más de la cuadrilla hasta sentirme un “maño”. Se me fue pegando el saludo de ¿Qué pasa pues? Con el tono “mañiko”. La disculpa de cada encuentro en el bar era el fútbol, con la rivalidad del Barza y el Real Madrid.

Casualidad o no, ese mismo año, pasaron muchas cosas que alegraban a los españoles en general; porque también vi en el bar

la final de la Eurocopa; los nervios crispaban en el pleno del recinto, con los televisores a todo volumen, el salpicar de las copas, las voces de me cago en diez y de a tomar por el culo; perdón ¡Catapum! Los gritos más gloriosos en ese bar del barrio torrero se escucharon hasta en américa cuando “el niño Torres” logró encajar el gol de la victoria en contra de los alemanes, en la final. Toda España cantaba

¡Podemos!... soy Español, Español, Español... todo era locura, gritos y alguien decía: alemanes a tomar por el... perdón a ¡Cataplum!

La tarde gloriosa dio para conversar y festejar en torno a la alegría que unía al pueblo español; en el bar un abuelo se me acercó y me preguntó: si no eres Español ¿Qué celebras?; le respondí: el triunfo de la selección española. Su rostro algo agrio y mal entonado me causó algo de temor; luego me replica: si no eres español ¿Qué celebras? ¡Vete a tu país! ¡Si estuviera Franco, no estaríais aquí! Mi cuerpo sintió escalofrío y un poco de frustración. Sin espavientos y con educación me sonreí como si no fuera conmigo; hasta que mi amigo Ricardo, un “maño” con quien conversaba todos los fines de semana en el bar; se acercó lentamente donde el señor mayor y le dijo: nacionaliza los equipos en España, este hombre nada tiene que ver con el fútbol de España, pero le gusta... y si estuviera Franco no le pasaría nada porque el general mataba sus mismos compatriotas y poetas maricones,,,,, la discusión quedó en el recinto porque salí un poco mal hasta el punto de recriminarme por qué estaba lejos de mi patria querida, y a ¡Cataplum!

En mi pequeño cuarto, de dos por tres metros, con una cama, un nochero y un armario; me acosté un poco incómodo pensando

en las palabras de aquel hombre; recuerdos de mi país se me vinieron a la cabeza del día que me llamaron a dirección; en una mañana lluviosa; el doctor Pelaez, me pidió amablemente que me sentara. Su mirada satánica no me intimidaba, pero sabía que precisamente su llamado no era para felicitar me por mi buen desempeño en la entidad. Con tono pausado y con un movimiento cuadro a cuadro me entregó la carta de despido donde agradecían generosamente mis servicios a la entidad sanitaria de la alcaldía municipal. Mi mundo comenzó a derrumbarse lentamente. Pensé en las deudas, la hipoteca, mi hijo, mi esposa, mis padres... fatal momento para lo que me esperaba.

No hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista decía mi madre y en efecto; eso pasó cuando recibí una llamada de España, de mi hermana quien se había casado con un abogado de la madre patria y me tendió la mano al hablar con un amigo que me recibiera en su empresa de reparto de Zaragoza. No lo pensé dos veces y asentí la invitación. Y a ¡Cataplum!

Lo que si pasé mal rato fue en mi despedida; lo recuerdo con añoranza tener que alejarme de mi natal ciudad, Manizales, Colombia, una región de cuatrocientos cincuenta mil habitantes, lindante con la cordillera de los Andes; en ese bello continente sur Americano, tierras de densas llanuras y verdes frutales con sus coloridos y el aire del Caribe ensoñador y placentero. Fuerte, pero con mucha ilusión. Mi abuelo parodiaba un dicho mexicano que repetía así: “dicen que no son buenas las despedidas, ¡Dile al que te lo dijo que se despida!”... y a ¡Cataplum!

El trabajo me acercó a la manera de pensar de las personas de este paraje de mi vida; los aragoneses en sus pueblos con la olvidada

fabla conviven con mucho arraigo sus tradiciones que las disfruto en los veranos con las vaquillas, el rancho, las peñas y las fiestas de cada santo. El alejamiento de mi familia lo mitigaba con los buenos amigos que fui haciendo los dos primeros años hasta que pude traer a mi hijo y mi esposa,,, adiós a la soltería y a ¡Cataplum!

Mi chico, con sus diez añikos no sentía la vida en su nueva faceta, no entendía de fronteras ni de latitudes; rápidamente se integró a los hijos de mis amigos españoles con quienes coincidió en el cole. Mi mujer, la pobre, se sentía algo incómoda, pero ya le había allanado mucho el camino con la presentación de mis amigos y sus respectivas parejas. La cañita en el bar y las cenas en sus casas nos han dado una categoría de maños que jamás pensé que llegaría. Jamás quise hacer guetos con mis paisanos, siempre lo he mantenido presente que hay que integrarse con la sociedad que te da la mano y a ¡Cataplum!

El mundial de fútbol, en la final con Holanda, el equipo español nos dio una alegría grandiosa; en el bar, nos reunimos como siempre con una cena pomposa y unos buenos vinos, vimos ganar por primera vez a España la copa del mundo; las risas, los ¡Podemos! y ¡Soy Español, Español, Español... toro ro ro roooo! Y más arengas nos hacían sentir como unos más de la tierra ibérica, y a ¡Cataplum!

Donde llueve, no escampa; con el cataclismo económico de Europa, la crisis financiera, los entramados, la burbuja inmobiliaria y demás, cosas; entre ellas la reforma laboral, nos toco y nos mandaron a ¡Cataplum!

Otra vez, quedé sin trabajo, mi esposa en el paro y la mayoría de mis amigos en la misma situación. ¡Cataplum!

Sin pensármelo mucho he decidido regresar a mi país con las manos vacías y casi con una nueva derrota; lamentablemente, la mayoría de emigrantes no podremos seguir a esta orilla de nuestras vidas, tendremos que recomenzar otra aventura de adaptación en nuestra misma cultura. ¡Cataplum!

Y ahora, mis preparativos de irme a tomar por el culo, perdón a ¡Cataplum! será inminente... viajaré con mucha alegría de haber convivido con los “maños” quienes me acogieron con el corazón y a quienes les daré una mano mientras pueda en mi amada patria y ¡A tomar por el culo! ¡Cataplum!...

La verdad tras el cierzo

Sergio José Royo Bueno

El cierzo soplaba implacable y me despeinaba, jugaba con mi cabello y lo dejaba alborotado y sin ley, mientras un sol débil trataba de broncear mis ojeras –la mala noche no perdonaba– y buscaba que su color ennegrecido no lo fuera más y se disimulara. Nunca entendí por qué en la caricia suave del sol de mi ciudad yo encontraba argumento a mi mal aspecto, como si los restos de imperfección y desarreglo en el rostro que nos hacen humanos se desvanecieran y me elevaran a la categoría de bello. Entonces noté de nuevo ese abrazo agresivo del viento, entre las palomas que aleteaban en la plaza y que probablemente formarían círculo a mi alrededor. Cerré los ojos. Me sentí en casa.

Estaba paralizado, sin reaccionar, varado en una inmovilidad pétrea que nada tenía que ver con mis últimos años de vida. Solo oía el soplar del viento, y en ello acaso zumbidos lejanos de la explosión que hacía apenas quince días nos había asustado a todos. Las campanas del Pilar llevaban minutos sin sonar, y yo miraba a la Virgen, imponente como nunca en su escudo de flores, y sin decirle una palabra sentía su juicio y también su protección. Un veredicto que decía: “Estoy orgullosa de ti”. Y yo que no entendía el motivo, pero sentía paz en una vida que suele ser guerra, llena de pequeñas batallas diarias a las que nadie reconoce su victoria.

Recibía un diploma, el más valioso de todos, como reconocimiento a una lucha anónima pero valiente.

No había nadie en la plaza. Los vecinos, al menos los afortunados, debían de estar trabajando en una rutina que pocos valoran. Abrí los ojos y me acerqué más hasta ella, a la que me atreví a tutear porque creí que tratarla con excesivo respeto en ese momento le resultaría ofensivo. La sentí cerca, muy cerca a pesar de que nunca fui del todo creyente, y mis palabras treparon por los ramos hasta llegarle –aunque ni yo mismo había decidido subir para hacerme una foto con ella–. Y dejó de ser virgen y para mí fue filósofa. Dejó de ser inaccesible para ponerse a mi altura, recoger mis palabras y juzgarlas. Dejó de ser misterio para que yo entendiera un poco. Para que dejara patente que había entendido cómo funciona la vida a pesar de ser joven. Para relatarle mi odisea.

–“¿Sabes? Soy joven pero ya he vivido bastantes cosas. Y creo que todo se resume en las pocas palabras que dice mi abuela. “La vida es así”. “Así es la vida”. Tiene casi noventa años y esta frase se le cuela cada tres o cuatro locuciones. Y aunque parece que no dice nada, lo dice todo. Ella no tiene mucha cultura. De hecho, apenas pudo ir al colegio. Le enseñaron el oficio de sastresa –así lo llama ella– y se dedicó a ser madre y a luchar por su familia. A veces no entiendo el contraste entre ser culto o no. Quiero decir, ella casi no sabe nada, y si la comparo con gente cultivada que conozco y que me dan envidia, sí lo siento, poco y soy envidioso, todavía sabe menos. Sin embargo con esas cuatro palabras creo que resume a la perfección el mundo. ¿No crees? Comprende que ha llegado su hora y que está sola a pesar de nuestros esfuerzos por evitarlo. Que con casi noventa años y en la residencia ya lo ha

vivido todo. Y que lo ha hecho a su manera. Yo no lo habría hecho igual, seguro, pero ella ya ha elegido cómo recorrer su camino. A veces pienso en cómo serán sus días en la residencia desde que se levanta y me da mucha pena. Yo estoy ocupado y apenas puedo ir a visitarla. Me gusta pensar en cómo desayunará, en los paseos que se dará por la mañana con sus ojos que ahora miran al suelo y en cómo se esforzará en comunicarse con sus iguales, hasta que el oído le vuelva a recordar que ya no es lo que era y que las conversaciones para ella se han ido extinguiendo. Con esas cuatro palabras también dice que le ha tocado sufrir, pero que a pesar de ello ahí está, peleando hasta el final y todavía riéndose en algunos momentos. Que puede que pierdas un hijo nada más nacer, y que puede que se tenga una hija esquizofrénica. Mi abuelo solía decir que, cuando la veía caminar rígida, juntando las piernas y con pasos de militar, se acercaba el peligro. De hecho, lo decía de una forma bastante más graciosa, cantando: “Desde que te vi con la pata de palo, dije para mí malo, malo, malo, malo”. Cuando me lo canta mi madre sonrío al recordar a mi abuelo y a su forma irónica pero con carácter de afrontar las desgracias. Al día siguiente, mi tía explotaba, como poseída por un demonio interno que la alejaba de la humanidad. O tal vez la acercaba, porque lo siento, pero no todos somos buenos.

He viajado por bastantes lugares a pesar de mi juventud. “Viajar es toda una experiencia”, se suele decir. Te abre la mente, te amplía el horizonte. Y es completamente cierto. De hecho muchas veces me siento aprisionado aquí, en la ciudad. Entonces di con una carta que no sé qué filósofo le escribió a no sé qué emperador romano, que le decía algo así como “el problema está en tu cabeza, no está en Roma. Si tienes paz contigo mismo el lugar

donde estés es secundario y podrás ser feliz estés donde estés”. Sé que no es así la cita, pero el mensaje viene a ser el mismo. Yo lo hago mío, ya sabes. Todo esto en respuesta a una carta en la que le confesaba que Roma le oprimía, que necesitaba cambiar de aires. Joder, cómo me gustaría recordar la cita exacta y quién narices le dijo eso a quién. Lo siento, te prometo que no volveré a decir tacos en nuestra conversación. Pero a veces me cabrea que nuestra memoria sea tan selectiva, y que recordemos con demasiada fidelidad aquello que queremos olvidar y que lo que queremos recordar juegue con nosotros hasta desesperarnos. De todas formas, supongo que es cierto. Que con paz de espíritu y coherencia en ti mismo para buscar las cosas que te hacen feliz, lo del lugar es solo aleatorio. El destino que lanza el dado y te ubica en una determinada ciudad con sus determinadas leyes. Y yo la verdad que no me puedo quejar de en qué parte del tablero cayó el dado.

Aun así soy inconformista. Todos mis viajes me parecen insuficientes. Bueno, conozco buena parte de España y hay lugares que me gustan más que otros, pero siempre y no sé por qué creo que en nuestro país todo acaba siendo similar y busco cruzar la frontera. La primera vez que lo hice casi me matan, y eso que Italia es muy parecido a España. ¿Sabes? Todavía siento el roce frío de la navaja buceando entre mis órganos, para por suerte no acabar en ninguno y así dejar que te cuente todo esto que supongo que ya sabrás. “Tú, niño, ¿quién te crees que eres para mirarme así? Dame todo lo que tengas o te rajo aquí mismo “. Todo esto es una traducción presupuesta e imaginada del italiano, que ya sabes que no domino. Yo reaccioné con estupefacción, lo que para ellos debió ser con chulería y sin darme cuenta y sin saber cómo acabé en el suelo de aquel callejón oscuro de Florencia esperando

a una ambulancia que me llevara a un hospital que nunca preveía que fuera a entrar en mi ruta turística por Italia. Apenas unas horas antes estaba alucinando con los ecos del Renacimiento que resonaban en cada calle de Florencia, donde todo es arte y lo que no lo es parece extranjero. Entonces no conocía a *Stendhal* y su síndrome y sus mareos y vértigos por contemplar tanta belleza. Entre tú y yo, yo también creo que aquello fue una insolación o una bajada de tensión, y que todo lo que dijo fue literatura. Ya sabes, adornar la palabra para hacerla bella y así de paso ganarse a los florentinos. ¡Pero qué grande el tío! Gracias a él pasear por Florencia ya no será lo mismo. Igual que gracias al idiota que me acuchilló sin saber por qué tampoco volverá a ser lo mismo para mí. No podré volver a pasear por allí sin miedo, sin incertidumbre y pensando que mi camino por esa ciudad tal vez esté perseguido por la desgracia. Pero quizá algún día acepte el reto. Ya sabes, “la vida es así”.

Bueno, mucho antes de lo de Florencia vino mi particular guerra. Supongo que esa sí que la conoces bien. Un viaje sin salir de España pero para encerrarme en un hospital durante varios meses de mi vida. Sabes que no me tocaba, pero no te lo reprocho, ni a ti ni a nadie porque supongo que muchos de mis interrogantes tienen respuesta gracias a aquella experiencia. Y lo que es más, me planteo muchas más preguntas y vivo todo mucho más intensamente gracias a aquellos días de reclusión. La enfermedad al fin y al cabo siempre llega a contrarreloj. Nunca es un buen momento para que aparezca y si aparece queda lo de siempre: apretar los dientes y recordar que tras ello, incluso en el durante habrá algo que te haga sentir especial y sonreír. Apreciar una existencia que se caracteriza porque nunca la terminamos de conocer bien.

Porque, cuanto más la conoces, más camino te queda por recorrer. Y yo ahora sé mucho más que antes. Buf, y pensar que de eso hace ya más de siete años. “Así es la vida”.

Después llegaron otros muchos lugares. Primero fue Inglaterra, donde mi inglés que creía semiperfecto me dio una patada en la cara y me dijo: ¿Dónde crees que vas, muchacho? Todavía te queda mucho por aprender. O mejor: *¿Where do you think you're going, guy?* Pero, a pesar de eso, me encantó. En esa cultura aparentemente estirada y que mueve sus hilos alrededor de una reina que para mí cada día es una figura más anacrónica, encontré una diversidad que cimentó mi teoría de que todo es relativo. Pisé en una abadía las tumbas de escritores que me hicieron emocionar y divagar entre sus obras. Pero no lo hice como un ataque, te lo prometo, sino como una muestra de respeto. De tratar de llegar a ellos de un modo terrenal, de que sintieran que sobre sus cuerpos sin vida se asentaba un inconformista como ellos lo fueron en su día que buscaba en la literatura un refugio ante un mundo que no terminaba de entender. Y así tal vez firmara un pacto con ellos que iba más allá del que el roce de mis dedos dejaba entre las páginas de sus obras en una mala traducción.

Me perdí entre los monumentos y el eterno gris de un clima injusto pero sincero. Entre los sueños de quedarme allí a pesar de que era imposible por una sociedad que funciona por dinero y cualificaciones y olvidándome que yo no tenía ni una cosa ni otra. Ay, virgencita, con lo bien que estábamos con el trueque.

Al volver, no te voy a mentir, me sentí coartado. Como si el hilo de mi libertad y no de mi vida fuera cruelmente aniquilado por unas tijeras invisibles pero que sabían cómo recortar. Entonces los

paseos por mi barrio me supieron a poco y yo me juzgué como un soñador inconcluso que probablemente lo fuera a pasar mal en la vida. Y, sí, es lo que soy, pero al menos lo he ido averiguando con el paso de los días. Y, en parte, es gracias a ti y a momentos como este.

Después vino Irlanda, Chile, Noruega, lugares perfectos en su imperfección que hicieron que todavía supiera menos cuál era mi sitio en la vida. Si me sentía tan bien en todos ellos, si la boca se me abría inintencionadamente al descubrir bellezas que nunca creí que iba a encontrar, entonces, ¿cuál era mi lugar? ¿Cuál el sitio donde debía detener mis pasos? Ya sabes, hacer vida y todo eso. Tener una familia, llegar a casa después del trabajo y abrazar a mi mujer. O tomar café todos los días en la misma cafetería. Es una pregunta complicada, sobre todo si pensamos en que nunca sabemos dónde vamos a acabar, si nos dejamos llevar por la relatividad de una vida que siempre demuestra lo que es. Y, además, ya sabes, ahora con la crisis y todo este rollo, ¿cómo narices voy a saber qué será de mí mañana?

Y sí, este es un tema que me preocupa. Este año acabo la Universidad y no sé qué haré el año que viene. A veces busco otros estudios que pueda hacer, porque quizá todavía no esté preparado para trabajar. Y, aunque lo esté, lo más probable es que no pueda hacerlo. Pero supongo que es porque me niego a pensar que todo acabe así. Tan simple. Años de estudio para de repente estar al otro lado, servir a un trabajo del que pasas a ser dependiente y que se convierte en muchos casos en ley de vida para las personas. Vivir para trabajar y trabajar para vivir. Y no soy un vago, te lo prometo. ¿Pero de verdad es eso lo que nos quieres enseñar? ¿Para eso estamos puestos aquí, para funcionar todos en una

misma cadena imperfecta donde el engranaje está corrompido? No me lo puedo creer. De hecho, sé que no es así. Que esperas algo más de nosotros, acaso de mí.

Después de años de reflexión me he dado cuenta de que no puedo vaticinar el futuro. Ya me podíais haber hecho adivino. Bueno, no, mejor no, sería muy aburrido saber lo que va a pasar y tal vez acabara desesperado, hundido, y es un riesgo que no quiero correr. Prefiero vivir en la incertidumbre y, si te puedo pedir algo, déjame viajar mucho y conocer todavía más mundo. Un profesor en la Universidad siempre me habla de lugares que ha visitado, de realidades que ha conocido y que le permiten entender el mundo un poco mejor. En su pluralidad y su complejidad. Entonces y, otra vez sí, lo siento, me corrompe la envidia. La que me hace preguntarme que cómo sacó tiempo para todo a pesar de los convencionalismos y las dificultades que a veces arrastra la vida. Y no solo hablo del dinero y sus limitaciones. No estoy aquí precisamente para pedirte dinero.

Cuando camino por otras ciudades, por otros países, por otras culturas, lo hago con la adrenalina de lo desconocido. Un río de magma que parece correr bajo el suelo para acelerar mis pies y darles energía. Como si me quemara de no ir rápido y no poder visitar lo que tal vez en otra ocasión ya no tenga oportunidad de hacer. En esos pasos por lugares ajenos suelo mirar a mi alrededor, buscando tal vez una mirada conocida o supongo que por tener desconfianza hacia lo que pueda venir. Entonces y después de todo ese cúmulo de sensaciones, vuelvo a casa.

Y aquí todo es distinto. Mis pasos son infinitamente más tranquilos y siento que nada extraño puede ocurrir. Aunque sé que

pueden pasar, es como si las desgracias se congelaran a mi alrededor y el navajazo que un día sintió mi piel no vaya jamás a tener lugar aquí. Camino lento, a menudo por la anchura de la calle Alfonso hacia mi lugar favorito de la ciudad, que como siempre fue, es y probablemente será tu plaza. Cuando entro en la calle Alfonso ya contemplo la inmensidad del Barroco acogiéndome a lo lejos, como un oasis en el desierto que me recibe con los brazos abiertos, haciéndome olvidar o al menos relativizar mis problemas. Muchas veces me cabreo con uno de mis mejores amigos, que dice que el Pilar es feo. Es como que lo siento un poco mío, y con el ataque yo mismo me siento un poco atacado. Y entonces me digo, estoy en casa. Aunque no sepa qué es lo que va a pasar mañana me dejo acurrucar como si fuera un niño entre esos quince brazos gigantes que se acercan al cielo. Y, aunque si te tengo que pedir algo es que nunca me quites esta inquietud de vivir, te prometo que cada año y, a partir de ahora, vendré a contártelo”.

De nuevo un sople agresivo de cierzo me hizo tiritar. Mi camisa vaquera flotaba y dejaba al descubierto un pedazo de mi piel, donde afloraba la herida del navajazo. Entendí aquella señal del viento como la respuesta de mi psicóloga de que había de volver a la realidad, de que debía desembarazarme de mi monólogo y caminar por aquella plaza que, desnuda de gente y en las horas del mediodía, todavía es más bonita. Antes de girarme me pasé la mano por la cara y sentí la rudeza de la barba de tres días sobre mi piel. Entonces te guiñé el ojo, en un acto de complicidad que juzgué más adecuado en ese instante que santiguarme, y me giré.

La plaza ya no estaba sola. Un grupo de curiosos, la mayoría ancianos, me miraba con incredulidad. A su lado tres jóvenes con

aspecto de macarras me señalaban riéndose de forma exagerada. Probablemente me habrían grabado y se lo pasarían a muchos de sus amigos idiotas, mofándose del tonto que estaba parado en medio de la plaza rezando en voz alta. Dirían de mí que soy estúpido, un loco, un chalado que se creía escuchado cuando solo estaba haciendo el ridículo. Y las miradas de alguna de las ancianas no eran mucho mejor. Seguramente serían un millón de veces más devotas que yo, de las de misa cada domingo y si no van parece que el mundo se acaba. Sin embargo, a mí no me entendían y pensaban, “este pobre chaval está completamente ido de la cabeza”. “Debería estar interno o algo”. “No es normal que esté aquí a estas horas haciendo lo que ha hecho”.

Entonces yo me detuve en el cielo. Un azul transparente dejaba paso a un sol brillante que se alzaba en la plaza como si la totalidad de su fuerza estuviera concentrada en el Pilar y el resto del mundo viviera ese instante en una oscuridad absoluta. Apenas un par de nubes con aspecto de algodón de azúcar en un cielo que parecía buscar el azul más adecuado de todos para dar al lugar aspecto de lienzo. Pero eso no era un lienzo. Un cuadro no puede recoger el sonido de las risas estrepitosas y desconsideradas que me juzgaban sin conocerme.

“La vida es así”. “Así es la vida”—pensé mientras me alejaba de la plaza con paso firme pero con una paz que hacía mucho tiempo, acaso nunca, había experimentado.

De Venezuela a Zaragoza. Entre dos ríos

Beatriz del Valle Martínez González

Después de un largo tiempo sin vacaciones, llegó el momento de iniciar un viaje que traería buenos recuerdos a mi vida. Así, mi primer encuentro con España fue en el verano del año 2000, a título de turista, donde conocí Madrid y Toledo, a mi paso hacia Francia e Inglaterra. Claro está, el mundo del turista no se compara en nada con pretender una residencia en un país determinado.

Fueron momentos de pura diversión, de aprender mucho de la historia europea, de descubrir ese mundo arquitectónico y pictórico que sólo conocía a través de las páginas de los libros.

Pero bien, empecemos por el principio: vengo de una ciudad fundada en 1595, cuyo casco histórico mantiene su arquitectura colonial, que se conserva serena y expectante frente al recorrido indetenible del gran río Orinoco. Con 344.295 habitantes aproximadamente que se distribuyen en 209,52 Km².

El río Orinoco es el más caudaloso del mundo, después del Amazonas y del Congo, y tal como señaló el cubano Alejo Carpentier; “El Orinoco es una materialización del tiempo en las tres categorías agustinianas, tiempo pasado (el tiempo del recuerdo), tiempo presente (tiempo de la intuición) y tiempo futuro (tiempo de la espera)”.

Es así como Ciudad Bolívar, mi hermosa ciudad natal, manteniendo una tradición histórica, al ser la cuna del Congreso de Angostura, cuyo principal cometido era dar una nueva Carta Fundamental en 1819 en el contexto de las guerras de independencia de Venezuela y de Nueva Granada, también se presenta turística-mente importante al ser un punto de partida para visitar el Salto Ángel, la cascada más alta del mundo con una altura de 979 metros generada desde el Auyantepuy.

Es un lugar de extraordinaria belleza, localizada en el Parque Nacional Canaima en el estado Bolívar, Venezuela; declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1994.

Un viaje a las cataratas no es un asunto simple, debido a que la zona se encuentra aislada por la espesa selva, y los tepuyes (una clase de meseta con paredes verticales y cimas muy planas) hacen peligrosa la navegación aérea. Y aunque se puede arribar a la región mediante un vuelo en avioneta desde Ciudad Bolívar para entrar al campamento Canaima, mi espíritu de aventura me llevó a realizar el trayecto por medios más naturales: cruzando la selva por las vías acuáticas durante una semana, hasta alcanzar la base del salto.

Lo realicé un diciembre, cuando los ríos tienen la profundidad suficiente para soportar las curiaras de madera (canoas) utilizadas por los indígenas de etnia pemón, encontrando al final del camino un escurridizo salto que se escondía tímidamente detrás de una cortina de niebla que la cubría, obligando a los turistas a levantar la vista hasta el cielo donde se confundía con la cascada, dejando una marca profunda en mi corazón al mostrarse en todo su esplendor.

Después de ese viaje, el regreso a casa, me llevó a realizar planteamientos de cambios de vida, llevándome a tomar la

decisión de “elevar vuelo”, y animada por una amiga empecé a buscar información del sitio donde inmigrar. La decisión era estudiar un doctorado de Derechos humanos, y se inició la elección de la universidad europea. Por razones de lenguaje el destino elegido fue España, y luego del análisis quedaron la Universidad de Salamanca y la Universidad de Zaragoza.

Contrariamente a la historia de ciencia-ficción del francés Julio Verne en su obra “El Soberbio Orinoco”, que parten desde Europa a las fuentes del Gran río Orinoco en Venezuela, un día cogí las maletas y aterrice en el aeropuerto de Barajas. La selección previa de la ciudad de destino y la aceptación por parte de las autoridades de la Universidad me hicieron abrir la valija de esperanzas y sueños en Zaragoza, lugar donde resido desde hace más de siete años.

A través de la gestión de información sobre los requisitos, hubo un intercambio constante de datos y surgió un “feeling” entre la Universidad de Zaragoza y mi persona. La amabilidad, la búsqueda de soluciones ante los conflictos que se presentaban fue inclinando la balanza hacia esa ciudad, hasta ese momento desconocida, y donde iniciaría un cambio radical de vida.

Luego de reducir mi vida a tres maletas, con el pasaje en mano a mediados del mes de abril se inició la aventura. Era primavera y tuve un encuentro cercano con el cierzo.

Viniendo de un país cálido y lluvioso, por encontrarse en una zona intertropical, las bajas temperaturas de Zaragoza, que tiene un clima mediterráneo continental semidesértico, que es el propio de la depresión del Ebro, con inviernos muy fríos, fueron todo un cambio.

Como les decía, ahí estaba yo, había vendido mi adorado coche, dejado mis cuentas bancarias al mínimo y eliminado todo objeto que no fuese estrictamente necesario. Había renunciado a seguir dando clases en la Escuela de Policía, donde disfrute de los cambios intelectuales de la juventud que se alistaba para prepararse en el respeto de las leyes y de la seguridad pública, por más de 15 años. Esta y la dimisión de la aventura de defender los derechos humanos de los ciudadanos de mi hermosa ciudad en la labor realizada en la Defensoría del Pueblo, fueron decisiones duras de tomar. Pero en el camino se ha de asumir nuevos retos, renunciando a objetivos ya logrados.

Al final llegue a Zaragoza por un año, para cumplir la etapa de permanencia obligatoria del doctorado en el 2006. Pero antes de terminar ese año fui beneficiada por una beca de la Fundación Gran Mariscal de Ayacucho por tres años, pudiendo permanecer algún tiempo más en esta acogedora ciudad.

Desde el principio me sedujo como ciudad, al estar a orillas del río Ebro con más de 700.000 habitantes en una superficie de 1.063 Km². Es una ciudad cargada de historia, escenario inmóvil de crueles guerras que dejaron profundas heridas pero también héroes y heroínas.

En ese primer año de estudio, me di cuenta que había mucha influencia norteamericana a mis espaldas, en el estudio de género que era parte de mi investigación, y esa deficiencia me llevó a incorporarme al Master de Género de la Escuela de Sociales en la Universidad de Zaragoza, donde conocí al grupo de docentes y alumnado que marcarían parte importante de mi personalidad cambiando una visión androcéntrica, típica de los países latinoamericanos.

Durante el master realice una investigación sobre la mujer inmigrante y el Mercado de trabajo en Ejea de los Caballeros, villa perteneciente a las Cinco Villas. Con la torre de almenada de la Iglesia fortaleza de Santa María de la Corona dándome la bienvenida, tuve contacto con una serie de mujeres inmigrantes, perteneciente al programa de empleo de la Cruz Roja Española, que me enseñaron que la fuerza y la fortaleza se adquiere por las duras experiencias que se presentan en el camino, pero que la esperanza y el trabajo te llevan a superar cualquier escollo.

Y eso me lleva a que, siendo el empleo un indicador del estatus social y un medio de auto-realización personal, a través de la búsqueda de trabajo en el año 2006 fue esta institución, la Cruz Roja, la que me dio esta oportunidad. Al principio con un trabajo temporal vendiendo la Lotería del Oro, y luego como asistente administrativa en el proyecto de Ortopedia. Incluso me avalaron con una opción de contrato para que me otorgaran la residencia y salir del status de la visa de estudiante.

En el 2008 inicie con la misma institución un voluntariado un poco característico para una persona de letras como yo. Realice un curso de primeros auxilios y a través de los retenes y de las actividades realizadas, conocí un grupo de jóvenes que dan muchas horas a la institución en un voluntariado que enamora por la calidad humana que se desprende del simple hecho de estar ahí cuando alguien lo pasa mal. Con las primeras actuaciones en diferentes lugares, en conciertos, con el Fútbol en el Estadio de la Romareda, en las competencias deportivas y de entretenimiento siempre hay un grupo de jóvenes y no tan jóvenes vestidos de rojo y blanco para curar las heridas y dispuestos a servir a los demás.

Ese año 2008 fue el año de la Exposición Internacional Expo-Zaragoza, donde actué de voluntaria, y me llevo a tener una foto junto al grupo de voluntarios, con el Príncipe Felipe y la Princesa Leticia. Mi labor era dar información a esa marea humana que en tres meses tenía a Zaragoza como anfitriona, en el marco de la conservación del agua y el saneamiento ambiental. Una experiencia inolvidable.

Una vez concluido el doctorado se presentaba otro reto, iniciarme en el estudio de la homologación de mi titulación de licenciada en Derecho de Venezuela. Lo cual me llevó a mi idea inicial. Estudiar en la Universidad de Salamanca, pero ya, un Master de Derecho Español para juristas Extranjeros. Salamanca, declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco desde 1988, cuenta con un importante patrimonio arquitectónico y alberga la universidad en activo más antigua de España creada en 1218 por Alfonso IX de León. Terminado los estudios me volví a centrar plenamente en Zaragoza.

En todos estos años, hay un grupo de singular importancia para mi arraigo en esta ciudad. Un grupo de andarines que me han llevado a conocer sitios de imponente belleza a lo largo de Aragón. Paso a paso, camino a camino, de verano a primavera, pasando por el otoño y el invierno me han hecho enamorarme de esta encantadora zona. El primer recorrido fue por la vía verde desde Tarazona hasta Tudela, y de ahí hemos hecho muchas andadas.

De especial importancia para mí, fue la primera vez que vi nevar. Lentamente, muy lentamente se desprendían del cielo los copos blancos. De repente, sin pensarlo empezó una danza original de copos blancos que se precipitaban al suelo flotando como

pétalos de rosas blancas a quien van deshojando sin contemplación. Esa experiencia, que en conjunto con la llegada del otoño, con sus árboles enmudecidos con su desnudez para resaltar los tonos rojizos, marrones y amarillos de los que permanecen cubiertos de hojas que se mantienen aferradas ante la brisa otoñal, son vivencias que son imposibles de tener en un país tropical.

Zaragoza, me gusta, es un sitio de accesibilidad a otros sitios, te permite visitar a la atractiva Madrid, a la cosmopolita Barcelona, a la atrayente Valencia. Una ciudad que está cerca de “todas partes”. Es una ciudad para quedarse.

Una cosa llevo a la otra, con las amistades, termine siendo asidua de un pueblo llamado Langa del Castillo, con una altitud de 870 metros y cuya primera mención data del año 1131.

Recuerdo que mi primera visita a Langa fue en un día de mucho, pero de mucho frío, y por supuesto era obligatorio dar una vuelta por su castillo del siglo XIV, que ahora se encuentra en ruinas, conservando parte de la muralla, la puerta de entrada principal al recinto y la torre del homenaje; pero que sirvió de refugio de los habitantes de la zona después de la conquista de Daroca por Jaime I. Que decir que me encanta la historia, pero en medio del frío invierno que hizo en el primer acercamiento, casi fue el debut y la despedida con esta población.

Sin embargo, los largos caminos recorridos con los andarines, los veranos en la piscina del pueblo, el encuentro dominguero en la Iglesia de San Pedro con monumental portada manierista y retablo mayor de pintura gótica, sobre las que se dirigen todas las miradas del pueblo y sus visitantes, le dieron color y alegría a las próximas visitas a Langa.

El Castillo de Langa y su Iglesia mantienen el valor histórico del pueblo y el encanto de guardar siglos de vida. Un lugar que custodia la leyenda de la piel de toro llena de oro que se esconde en algún lugar del castillo. Sin embargo, si de cosas importantes se trata, lo más hermoso es su gente: Cálidos, amables y serviciales, siempre dispuestos a extender una mano.

No obstante, después de esta larga historia, si todo se tiene que resumir en una instantánea, sería una foto de la Basílica del Pilar con el río Ebro a sus pies, lo que definiría mi estancia en esta ciudad. Es el centro de peregrinación mariano más importantes del mundo, donde se encuentra la Virgen del Pilar, talla gótica de 38 centímetros de altura, que se encuentra en su particular Santa Capilla barroca, dentro de una impresionante basílica así misma barroca del siglo XVIII, si bien fue terminada en el siglo XX.

Estos dos últimos años, he decidido tomar parte en la ofrenda de Flores a la Virgen del Pilar, participando en la confección del manto que con miles de flores se le va realizando durante algo más de doce horas, donde todos hacemos gala de nuestra hermandad, donde los maños nos contagian sus alegrías y sus cantos a los que llegamos de otras tierras. Sencillamente es un arrimar el hombro para buscar un futuro mejor para todos, y como entonaba Labordeta: “Haremos el camino en un mismo trazado, uniendo nuestros hombros para así levantar a aquellos que cayeron gritando libertad”.

La ciudad de los leones

Pedro Gerardo Aguilar Ruiz

Era el mes de julio. Había dormido poco y sin embargo no sentía cansancio alguno. Aunque sabía que podían acompañarme hasta el final, preferí que nos despidiéramos en la sala de espera. Nos volvimos torpes y tímidos. En los ojos de mi madre veía la irresistible necesidad de saber si aquello que vivía era verdad o solo la representación de una angustiada pesadilla. Mi hermana en cambio, intentaba disimular a través de su pena un cierto aire de coraje y fuerza que me transmitía fielmente al cogerse de mi brazo. Nos dimos un abrazo fuerte, lleno de silencio, un calor intenso inundó mi pecho y sentí toda la fuerza de la mujer que me dio la vida. No había espacio para expresar lo que sentíamos, las únicas frases que dijimos fueron estrictamente prácticas, como si supiéramos ya, que instantes como ese se repetirían muchas veces.

Una vez pasado el control de seguridad me dirigí hacia el andén amarillo. Apenas había dado unos pasos, sin pensarlo me di la vuelta y comprobé que ahí seguían, mirándome como dos estatuas que resisten la embestida de un violento huracán. Volví rápidamente la cabeza para seguir avanzando y me topé con un grupo de estudiantes que se precipitaba para subir a un autobús de la compañía de occidente. Una mujer de pelo muy negro intentaba poner orden, mientras algunos padres colocaban torpemente los

equipajes en el maletero. Al pasar delante sentí la excitación de aquellos niños recorrer todo mi cuerpo, vi la ilusión en sus rostros y por un instante me reconocí en sus deseos de aventura. Seguí caminando hasta el final del andén y fue hasta entonces que me giré de nuevo, pero lo único que vi, fue aquel autobús de excursionistas que abandonaba el andén, y un desorganizado ballet de brazos que se agitaban para despedirlos. El ruido del motor se fue disipando. La calma volvió, una mezcla de abandono y de nostalgia invadieron gradualmente el lugar.

Me planto delante del viejo autobús Mercedes que ocupa el final del andén. Faltan cinco minutos para las cinco de la mañana y no veo a nadie subir. Un hombre delgado se aproxima, viste pantalón y camisa gris oscuro. Su caminata es enérgica y decidida, lleva un cigarrillo de tabaco oscuro en la boca, en las manos lleva una caja de cartón que deposita en un compartimento del maletero. Fuma una última calada con un aire de resignación, me hace una señal para que coloque mi equipaje. Mi maleta no es muy grande, apenas llevo tres cambios, una pequeña manta y cuatro manzanas que mi madre cortó del huerto. Antes de subir observo el muro de cristal que separa el andén de la sala de espera, mi imagen se refleja vagamente y me veo de la misma manera en que aparecen muchas veces las personas en mis sueños: fugaces, con un aspecto de fantasmas, y casi siempre acompañadas de penumbra. Un impulso instintivo me obliga a enfocar mi mirada, como para intentar traspasar el cristal que me separa de la vida que estoy por comenzar. Mi corazón se adelantó a la vista para confirmarme que frente a mi imagen reflejada estaban mi hermana y mi madre intentando llamar mi atención. Mi hermana me hacía señas y gesticulaba algo que no entendía, vi a mi madre estirar

su brazo suavemente hasta alcanzar el cristal, como para intentar acariciarme. Casi podía sentir su calor alcanzando mis mejillas. Mi cuerpo entró en ebullición y extrañamente me sentí aliviado al saber que seguían ahí, esperando. Me reconfortó saber que no me marcharía solo. Esa imagen haría que la distancia que iba a separarnos fuera más llevadera.

Mi billete tiene impreso el número 18, pero como solo hay tres personas en el autobús, decido cambiar de sitio y pasarme al fondo. Apenas me instalo en el asiento y ya tengo la sensación de estar lejos. Fue entonces cuando sentí el cansancio invadirme, llevaba días que no conciliaba el sueño, había hecho tantas veces ese viaje en mi cabeza, que llegué a dudar de su existencia. Me quite los zapatos, improvisé una almohada con mi chaqueta y me dispuse a dormir. No tuve mayor dificultad en hacerlo, mi cuerpo se rindió y el ruido del motor me acompañó como una nana hasta perderme en mis sueños. Es curioso, pero lo que soñé durante el viaje es lo único que no recuerdo. Hay cosas de nuestra vida que sin entender el por qué, nos intrigan. Aparecen en momentos en que es difícil establecer cualquier tipo de relación, quizás no contengan ninguna información esencial y sin embargo vuelven cuando menos te lo esperas. Esas cuatro horas que pasé dormido en aquel autobús, se revelan ante mí cada cierto tiempo, como para que nunca olvide que ese vacío que me intriga anidaba un cambio en mi destino.

Han pasado siete años desde aquel viaje, me he mudado cinco veces de piso y he aprendido a estar lejos de la familia. Hay momentos que el hueco se hace grande y los recuerdos se transforman en ausencias, con poco espacio para remplazarlas. He cogido

la costumbre de correr por las mañanas en el parque de los viveros, aunque esta semana lo he dejado por completo, la fiebre y la tos me han clavado en la cama. No era la primera vez que tenía problemas con los bronquios, pero la contaminación y la altura de la “ciudad más grande del mundo” hacían sus efectos. Abrí la ventana para ventilar un poco, comprobé que el cielo vestía su típico y aburrido traje gris. Me dio por abrir el álbum de fotos que me regaló mi padre, donde guardo todas las fotos que me envían de casa. Al hojearlo casi pude sentir su olor y me embriagaron los recuerdos. Comprobé con nostalgia cuanto había cambiado la composición de la familia, me di cuenta de todas esas veces que no aparecía en las fotos de las bodas, ni en los eventos importantes. He visto crecer a distancia a hermanos y sobrinos. Guardo con recelo las imágenes que enmarcan sus logros, sus hazañas, y todas esas cosas del cotidiano que hacen más llevaderas las ausencias.

Aún me quedaban tres pastillas en la caja y aunque me sentía perfectamente, el médico insistió para que terminara el tratamiento. Me di una ducha muy caliente y salí a coger el microbús 16 en la estación del metro taxqueña, bajé en la calle del mercado, no era el camino más corto pero el encanto de esta calle era el ideal para empezar un paseo por el centro de Coyoacán, sus jardines y sus plazas eran mi escapatoria para reflexionar y respirar un aire menos denso que en el resto de la ciudad.

Llegué hasta la fuente de los coyotes, al no ser una mañana muy soleada disminuía considerablemente el movimiento de los paseantes. Me senté en el banco que está frente a la librería, ahí solía quedarme largas horas cuando el ánimo anunciaba

una bajada. Me disponía a coger mi novela de Cortázar cuando sonó el teléfono. Un hombre con un fuerte acento me confirmaba que mi solicitud de beca había sido aceptada. No me dio tiempo a preguntarle quién era, hacía meses que no tenía noticias y ya me había resignado a no tenerla. Era demasiado costoso estudiar francés en una academia privada. La oportunidad que tenía delante me propulsó al futuro en un instante, me sentí como si tuviera un billete de lotería premiado entre mis manos. Nunca conocí a la persona que me anunció la noticia, pero su voz abrió una puerta que cambió para siempre mi destino. ¡Y pensar que estaba a punto de marcharme al caribe para trabajar como animador en un hotel de playa! Hacia un año que buscaba un cambio en mi vida y aprender francés se convirtió en una obsesión inexplicable.

A partir de aquel día, empecé a salir de un largo túnel donde se habían instalado algunas rutinas poco productivas. Mis cursos ocupaban gran parte de la mañana y en consecuencia mi disponibilidad para el trabajo se redujo, lo que me llevó a vivir una época de austeridad obligada. Los amigos se renovaron y aparecieron nuevas formas de contacto. El tiempo corrió como un río sereno que extiende sus brazos para fundirse con el lejano mar. Durante ese fluir de experiencias apareció el inesperado amor; el amor verdadero, el que vino a colmar muchos años de soledad profunda.

Al verla llegar escucho la voz de mi hermano que me dice: “cuando eras niño decías que te casarías con una francesa y que te marcharías muy lejos”. No tengo el mínimo recuerdo de haberlo dicho, pero el resto de la familia me asegura que es verdad y que llegaron a hartarse de esta historia. Llevaba su vestido verde que

tanto me gustaba, el cabello atado con un foulard y el bolso rojo que le compré en Veracruz. Nos dimos cita en “El caracol”, el bar donde hemos saboreado muchas veces el bocadillo de pulpo con salsa de mostaza y miel. Le hago una seña y sus grandes ojos azules se iluminan como los de una niña ilusionada. Es el mes de febrero y al mediodía, el mercurio ya marca los 25 grados. El camarero nos conoce y nos propone una frutada, no rechazamos la propuesta, es el único lugar donde sirven esta bebida: un batido de fruta fresca con cerveza. La siento inquieta y no tardo en preguntarle si algo pasa. Abre su bolso y me muestra los billetes, extendiendo la mano para cogerlos pero detiene mi gesto hábilmente. Su rostro cambia de expresión.

—¡He conseguido una muy buena tarifa... pero... no podremos volar juntos!

En el fondo lo intuía, algún precio teníamos que pagar por un billete tan barato.

Después de largas discusiones habíamos decidido probar suerte del “otro lado del charco” como solemos decir los mexicanos cuando nos referimos al viejo continente.

Nuestro piso de la calle Mártires Irlandeses, guardaría para siempre entre sus muros, los primeros instantes de nuestro idílico romance. Dos días después teníamos cita con el propietario para entregarle las llaves y esa misma tarde aprovechamos para vender mis libros en un mercadillo, solo me quedaba deshacerme de la guitarra con la que aprendí a tocar canciones de José Alfredo Jiménez. Una vecina fue la afortunada y me prometió conservarla hasta que un día volviera por ella.

Pasé dos noches en el aeropuerto, mi billete nos lo había vendido una azafata al 10% de su valor y no podía asignarme asiento. Estuve en la lista de espera del vuelo 439 con destino a París. Recorrí cada rincón de las interminables salas de espera hasta que escuché mi nombre en la megafonía. Mi corazón intentaba salirse del pecho, en un esfuerzo desesperado por adelantarse al viaje... no había vuelta atrás, me sentí en una nube de emociones que me desbordaba por los ojos. Nunca he escuchado latir mi corazón tan fuerte.

—¡Es su turno caballero! —Una mujer con gafas me toca el hombro y me señala una puerta marcada con el número 4. Miro el reloj y me doy cuenta que han pasado tres horas desde que llegué a las oficinas del registro civil y que durante todo ese tiempo me hundí profundamente en mis pensamientos.

Me dirijo vacilante al lugar que me han indicado. Un hombre con aire rígido y voz suave me hace un gesto para que me instale en una de las sillas color marrón que tiene frente a su escritorio.

—¡Le pido disculpas por el retraso pero estamos cubriendo la baja de una compañera y vamos justos... vamos a proceder a la jura de nacionalidad!

Mientras habla, veo todos estos años que he pasado entre Francia, Bilbao para finalmente llegar aquí y pienso en la de veces que pasé junto a este edificio sin imaginarme que un día estaría delante de aquel funcionario escuchando el discurso que precedía la jura de la constitución española. Su voz le marca un tono solemne y casi místico a la ceremonia. Me entrega un documento que confirma la nueva nacionalidad. Extiende su mano y respondo al gesto en signo de agradecimiento. Salgo de prisa y bajo por la calle

peatonal hasta la plaza del ayuntamiento, giro detrás de la Lonja y corro para abrazar a mi mujer y a mi hija que me están esperando.

—¿Papá... porque has tardado tanto? Has prometido que me llevarías al parque...

Saca con esfuerzo una pequeña flor amarilla de la bolsa de su chaqueta.

—¡Mira lo que te hemos traído!

Me abraza y me tira de la mano para que nos marchemos. Le doy un beso a mi mujer y siento un alivio inmenso al reencontrarlas. Como si hubiera tenido miedo de perderlas. Cojo en mis brazos a mi hija para cruzar la calle, ella esconde su cabeza contra la mía y siento sus pequeños brazos aferrarse a mi con inquietud.

—¡No quiero ir por ahí, papi... me asustan los monstruos!

Me señala con su mano las esculturas que coronan el puente de piedra. Mi mujer me hace un guiño cómplice y le toca la cabeza para tranquilizarla.

—¡No son monstruos, Frida... mira bien, son leones! ¿No sabías que vivimos en la ciudad de los leones?

Se desprende de mi un tanto titubeante y al ver que su madre y yo sonreímos, cambia su gesto y nos dice completamente convencida.

—¡Es verdad papi, son leones... esta noche llamaré a mi abuela para contárselo!

Seguiremos andando...

Arturo Carrasco Martínez

Cuando me matriculé en la Universidad en la ciudad de México para estudiar francés no tenía ni la más remota idea de que esa inofensiva decisión me llevaría a terminar viviendo en Zaragoza, aunque como verán, el trayecto haya sido un poco tortuoso.

Corría el año 1979, mi hermano Juan y yo estudiábamos arquitectura en la universidad y me pareció que sería conveniente aprender algún otro idioma además del inglés, así que me matriculé para las clases de francés. Siendo universitario tenía la prerrogativa de ingresar al Centro de Estudio de Lenguas Extranjeras de la universidad, contiguo a la Facultad de Arquitectura. La idea resultó más que buena, por un lado el idioma me encantaba y por otro, me encontré de pronto en un ambiente relajado con gente muy positiva de todas las facultades y todas las edades, ansiosas por aprender y superarse.

Al término del primer año, estaba orgulloso de mis logros en el idioma y dispuesto a culminar los tres años de instrucción. Advirtiendo el entusiasmo desbordado que experimentaba con las clases, mi hermano Juan decidió secundarme y se matriculó también. Aunque estábamos en diferentes grados, nuestro horario coincidía y acudíamos juntos al centro todas las tardes y nos encontrábamos a la salida después de las dos horas de clases.

He de señalar que mi hermano Juan era mayor que yo y a pesar de no ser tan guapo tenía mucha suerte con las chicas, como suele decirse en mi tierra: “*Verbo mata Carita*”. Juan se desenvolvía con tal ingenio y desenfado que resultaba ser muy agradable, hasta yo lo advertía pero nunca logré emularlo.

Un buen día, al terminar mi clase salí al pasillo central para buscarlo y volver juntos a casa. Lo descubrí hablando muy amigablemente con una chica rubia muy guapa pero sobre todo muy agradable, él se apresuró a presentarme.

–Mira, te presento a Ana –dirigiéndose a ella le aclaró– él es mi hermano Arturo.

–¡Encantada! –exclamó la chica y me dio un par de besos– luego me preguntó –¿También estudias francés?

–Sí, pero estoy en el Tercer Nivel –le respondí algo presu- mido, advirtiendo el acento español de la chica, lo cual no me sorprendió ya que en nuestra universidad confluye gente de todas partes del mundo.

Charlamos un poco y luego de un rato, Ana se despidió cariño- samente de nosotros y se marchó. Me quedé un poco deslumbrado por el talento de mi hermano, sabía que era bueno para ligar pero esta vez se había esmerado.

–Está muy guapa la chica... – le dije en cuanto quedamos solos.

–¡Claro! – exclamó con chulería – Ya sabes que a mi me gusta lo bueno.

Aunque la chica era mayor que él, no me hubiese sorprendido que lograra conquistarla, no sería la primera vez que saliera con alguien mayor que él.

–¿Está en tu grupo? – le pregunté mientras empezamos a andar.

–¡Sí! – contestó lacónico, luego añadió – ¡Es la profesora!

Juan continuó andando con desenfado y yo me quedé de piedra, sin poder creer lo que acababa de escuchar. Mi hermano se alejaba y tuve que correr para alcanzarlo. Durante el trayecto a casa Juan me contó que ciertamente, Ana le gustaba pero de momento sólo aspiraba a ser su amigo.

De cualquier manera no pasó mucho tiempo para que ocurriese un pequeño incidente que cambiaría la situación. Un par de días después, hablábamos animadamente con Ana en el pasillo después de clase, cuando ella consultó su reloj y se despidió deslizándose una información reveladora.

–Bueno, os dejo. Mi esposo debe estar esperándome abajo.

–Muy bien. Nos vemos mañana – respondió mi hermano con total naturalidad.

–¡Hasta mañana! – dije yo.

Ana se despidió de nosotros con el acostumbrado par de besos y bajó la escalera. A mi hermano no pareció afectarle especialmente la noticia, recogió sus cosas con parsimonia y declaró con cierta serenidad.

–Bueno, creo que seremos muy buenos amigos.

Algunos sostienen que las grandes amistades entre un hombre y una mujer, surgen a partir de un amor frustrado. No lo sé, pero a partir de ese día, la apuesta de mi hermano fue totalmente fraternal. Los encuentros en el pasillo después de clase se fueron haciendo más estrechos y más frecuentes. Más adelante nos

presentó a Jorge, su esposo que resultó ser una estupenda persona y llegamos a cultivar con ellos una gran amistad. Jorge, era francés y ella española, de Zaragoza. Llevaban casi nueve años dando clases de francés en México gracias a un convenio franco-mexicano. Ana aprovechó su estancia para matricularse en la Universidad Femenina de México y hacer una carrera como Decoradora.

Un viernes, nos llamó la atención no verla durante varios días por el centro de lenguas así que mi hermano la llamó por teléfono para saber qué sucedía. Resultó que preparaba su Tesis y estaba desesperada intentando terminar planos y maqueta para presentarlos el lunes siguiente. Estaba abatida, convencida de que no llegaría, mi hermano le ofreció nuestra ayuda y ella aceptó en seguida. Nos dirigimos de inmediato a su casa en compañía de otro compañero de arquitectura. Al llegar, analizamos la situación, era algo compleja pero acostumbrados en la facultad a presentar proyectos más complicados, nos pareció bastante asequible. Nos repartimos las tareas y nos quedamos en su casa los tres días trabajando mañana, tarde y noche. Jorge, se encargaba de la comida y nosotros parábamos sólo para comer. Al final, Ana logró entregar el proyecto el lunes como tenía asignado y le otorgaron una Mención Honorífica. Estaba feliz.

Si antes ya éramos buenos amigos, ese suceso nos acercó aún más. Jorge y Ana nos invitaban a pasear por nuestro país y nosotros los invitábamos a comer a casa. Fue un tiempo increíble. Sin embargo, llegó el fin del convenio y el inminente retorno a su país. El momento de la despedida. Nos despedimos con la promesa de reencontrarnos algún día. Aunque los cuatro éramos amigos, los más cercanos eran mi hermano y Ana, quizás por su

inicial acercamiento. Así que el mérito de preservar el vínculo entre nosotros fue de ellos. Parece fácil, pero en aquellos lejanos tiempos sin Internet era más difícil conservar una amistad a tan larga distancia supeditados al correo y algunas llamadas telefónicas ocasionales. Juan y yo terminamos la carrera y conseguimos trabajo. Juan me informaba de los avatares de nuestros amigos. Vivían en Marsella, pero viajaban con frecuencia a la ciudad natal de Ana para visitar a su familia. Luego de un par de años, logramos ahorrar lo suficiente para venir a visitarlos. Un domingo del verano del 81 llegamos a Zaragoza, ellos nos alojaron en su casa en Zaragoza y se portaron de maravilla. Planeábamos pasar dos o tres meses en Europa y teníamos la intención de conocer varios países, así que paseamos por algunas de las ciudades más importantes como París, Roma y Madrid pero la mayor parte del tiempo decidimos pasarlo en Zaragoza, nos enamoramos de la ciudad y de la gente aragonesa. Salimos de marcha varios días y conocimos mucha gente. Me pareció un ambiente increíble y un estilo de vida desconocida y envidiable.

—Sería padre vivir en esta ciudad algún día... —pensé ilusionado.

Por desgracia las vacaciones llegaron a su término y todo quedó en una lejana ilusión. Al regreso del viaje mi hermano Juan y yo decidimos montar nuestro propio despacho de arquitectos y comenzamos a prosperar. Años más tarde conocimos a nuestras chicas y ambos nos casamos con poco tiempo de diferencia y formamos nuestras familias. Todo ello, sin perder contacto con Ana y Jorge. Cada que podíamos, pasábamos nuestras vacaciones en Europa, conociendo nuevas ciudades pero siempre Zaragoza, era un destino obligado. Por desgracia, en 1994 Ana nos dio una

terrible noticia, le habían detectado un cáncer de mama pero ella estaba convencida de que saldría airosa de esta adversidad. Ciertamente enfrentó la enfermedad con bastante dignidad y Ana nos contagió su optimismo. Estábamos convencidos de que lograría prevalecer, no reflejaba los estragos de la enfermedad.

En cuanto a nuestra ilusión de vivir aquí, perdimos las esperanzas, pero la querencia por esta ciudad nos traía de vuelta una y otra vez. Sin embargo, los hilos del destino son intrincados y se fueron tejiendo para traernos aquí.

Nuestros viajes a Zaragoza eran tan entusiastas, que despertó la inquietud de Pablo, nuestro hermano menor que tan pronto como culminó su carrera y comenzó a ganarse la vida, se fijó el objetivo de conocer Zaragoza y no tardó mucho en lograrlo. Pero a diferencia nuestra, sus viajes tuvieron un desenlace distinto. En su segundo o tercer viaje a Zaragoza, Pablo conoció a una divertida maña y quedó prendado de ella, al poco tiempo le propuso matrimonio y decidieron casarse en 1996. Juan y yo venimos a la boda acompañados de nuestras esposas, mis padres vinieron también y por supuesto, no podían faltar Ana y Jorge. Fue una boda espectacular en el Castillo de Loarre.

Tras un año de estancia en México, Pablo y su esposa decidieron establecerse en Zaragoza. Arquitecto también de profesión, se fue abriendo camino poco a poco hasta lograr montar su propia promotora que fue prosperando con el *boom* inmobiliario. Tanto Juan como yo, envidiamos su privilegiada situación y solíamos aprovechar nuestras vacaciones para visitarles. En una de estas vacaciones, en el verano del 2004, vine en compañía de mi esposa y mis hijos. Después de pasear por París, Roma y Venecia,

visitamos a Ana y Jorge en Marsella, quería que mis hijos conocieran a este enorme pareja. Pasamos un fin de semana estupendo. Luego, nos reunimos con mi hermano Pablo en Coma-Ruga, cerca de Barcelona. El clima cálido, nos permitió comer en la terraza y al final, durante el café, mi hermano me hizo una extraña pregunta.

–¿Te gustaría venirte a trabajar conmigo a Zaragoza?

La pregunta me tomó por sorpresa y me quedé mudo, luego respondí eufórico.

–¡Claro que me gustaría! – luego añadí cauteloso – Pero no me ilusiones. ¿Es una pregunta retórica o una propuesta de verdad?

–Es en serio – respondió – tengo demasiadas obras y he pensado que tú serías ideal como socio.

–¡Por supuesto que me interesa! – afirmé y después agregué con prudencia – Pero tengo que consultarlo con toda la familia.

Lo hablé con mi esposa y mis hijos entonces adolescentes y a todos les pareció una idea maravillosa. Yo tenía mi propio despacho en México y tenía clientes y bastante trabajo, lo suficiente para vivir más que bien y permitirme vacaciones en Europa pero la idea largamente acariciada de vivir en España era irresistible. Así que aceptamos la propuesta. Volvimos a México felices por las vacaciones y por la prometedora expectativa de residir en Zaragoza. De inmediato, Pablo inició las gestiones para traerme y tras ocho meses por fin conseguimos el visado de trabajo en la embajada de España. A diferencia de la gran mayoría de inmigrantes latinos que generó el *boom* inmobiliario, yo no venía por necesidad sino por el gusto de disfrutar este estilo de vida que me

había cautivado en mi primera visita. Comenzamos entonces el proceso de desmantelación de nuestra vida en México, que a pesar de la ilusión, no era tarea fácil. Desmontar oficina, casa y arraigos, removía un montón de sentimientos inherentes de los que no se puede uno despojar. Cuando le conté a mi hermano Juan, se alegró mucho y me confesó que él estaba intentado convencer a Pablo de que los tres juntos seríamos imparables. Pablo ya me lo había mencionado pero dependía de que las cosas marcharan como esperábamos. Sin embargo, esos planes no se llevarían a cabo. Justo cuando estaba en los preparativos para venir mi hermano Juan me dio una terrible noticia. Últimamente no se había sentido muy bien, incluso me había pedido ayuda para asistirlo en las obras. Se había acercado a varios médicos sin que logran saber el origen hasta que al fin dieron con la causa: cáncer en los pulmones. La noticia fue devastadora para mí, Juan y yo siempre fuimos más amigos que hermanos, compartimos montones de experiencias a lo largo de nuestra vida y la sola idea de perderlo no cabía en mi cabeza. Además, me parecía tremendamente injusto porque él ni siquiera fumaba, corría 8 kilómetros diariamente y había participado en varias Marathones.

—¿No se habrán equivocado? —pregunté esperanzado.

—¡No! —contestó sereno— Ya es la segunda opinión. No hay duda, carnal.

Esta nueva circunstancia me cimbró y llegué a pensar incluso en cancelar los planes para venir a España pero Juan se obstinó en que continuara.

—Debes irte, es el sueño de toda nuestra vida, no puedes dejarlo ahora que ya lo tienes en las manos. Yo saldré adelante, ya verás

—yo lo miré incierto, excéptico y él añadió— Si vas tú, es como si yo mismo fuera.

Lo hablé con mi familia y no muy convencido decidí seguir adelante. Terminé los preparativos y aunque fue doloroso despedirme temporalmente de mi familia, pues al menos tardaría un año en lograr la reunificación familiar, lo más doloroso fue despedirme de Juan.

Llegué a Zaragoza en marzo del 2006. Después de casi veinticinco años de aspirar a habitarla, me parecía increíble que por fin se cumpliera mi sueño. Comencé a trabajar de inmediato con Pablo, realmente tenía mucho trabajo y eso nos distrajo bastante de la situación de Juan. En cuanto pude, llamé a Marsella para saber cómo seguía Ana, llevaba doce años luchando dignamente contra el cáncer y por momentos parecía vencerlo pero el último año había sido muy complicado. Pensé visitarla algún fin de semana pero Jorge me dijo que no sería necesario, habían decidido venirse a Zaragoza. Como maña que se precie, Ana había dado una lucha tozuda pero quizás veía próximo el fin y no quería terminar lejos de su Zaragoza querida. En cuanto llegó a Zaragoza acudí a visitarla y fue triste verla tan mermada tras la cruenta batalla, no obstante, resultaba reconfortante advertir su gesto digno y su eterna sonrisa al mirarme. Nos surgió un trabajo en Bilbao y nos ausentamos varios días de Zaragoza. Una lluviosa tarde de finales de abril, Jorge llamó para darnos la mala nueva. Ana por fin había descansado. Regresamos de Bilbao de inmediato para acompañarlo. Fue una triste despedida.

Ese duro golpe nos sacudió y nos hizo volver la mirada hacia México. En ese momento Pablo y yo decidimos turnarnos para

visitar a Juan lo más posible. Pablo fue a México el mes siguiente. Yo fui en julio un par de semanas, Juan intentaba sobreponerse a la enfermedad y estaba convencido aún de que lo lograría. Pablo volvió en agosto y me contó que a pesar de sus esfuerzos, Juan se iba consumiendo, al final volvimos los dos en octubre. Pablo tuvo que volver a España y yo decidí quedarme. Los últimos días fueron muy dolorosos, al igual que Ana, Juan luchó con mucha dignidad pero su cáncer era mucho más agresivo, los intensos dolores no le permitían dormir acostado, así que todo el tiempo lo pasaba en un sillón orejero donde conseguía dormir sentado. En noviembre cedió, estaba extenuado.

–¿Sabes? –me dijo un día, sentado en su sillón– Estoy muy cansado, ya quiero descansar, carnal.

Al fin del mes, por fin lo pudimos acostar para que descansara.

Regresé a Zaragoza en diciembre y en cuanto pude me reuní con Jorge. Al encontrarnos nos dimos un abrazo en silencio, no era necesario decirnos nada. Ambos sabíamos el dolor que el otro llevaba en su interior. Me refugié en el trabajo para mitigar el enorme vacío que sentía por la pérdida de mi carnal. Siempre que podía me reunía con Jorge para atenuar nuestras soledades. Me ha quedado marcado muy profundamente esa temporada que tanto nos unió a mi regreso de México. Actualmente, que ya me acompaña mi familia, seguimos viéndolo con mucha frecuencia, es un amigo para toda la vida.

El tiempo ha logrado curar las heridas, convirtiendo las memorias en hermosos recuerdos nostálgicos. Una tarde, que salí a tomar algo con Jorge, no pude evitar recordarlos al caminar por la Gran Vía, en la que compartimos andares y me di cuenta de

la ironía que encerraba que las dos personas que unieron nuestras vidas y originaron que estemos habitando esta hermosa ciudad, nos hayan dejado con pocos meses de diferencia y por la misma causa.

Seguiremos andando...

Experiencias giratorias

Juan Freire López Chaves

Introducción

La primera experiencia de cambio de ciudad es una sensación como cuando se te cae el último diente de leche, es duro, duele y encima te entristece que el “*Ratoncito Pérez*” no volverá. Abandonas a los que creías amigos para siempre, la chica que te gusta a la que no tienes el valor de hablar y el olor de tu cuarto en esa casa de la que nunca creías que ibas a salir. Tu personalidad se fragmenta en dos partes, quedándote una y naciendo otra con las nuevas experiencias y almas que se te cruzan en la calle de la vida.

Suelo pensar que el alma depende en gran parte del entorno en el que uno vive, y el entorno está condicionado a su vez por la ubicación geográfica, cayendo en el error de generalizar, en cierto modo si creo que cada ciudad y sus habitantes tienen un alma propia.

Desgraciada o afortunadamente la sensación de que el “*Ratoncito Pérez*” no volverá más ha sido una constante desde que tengo 6 años, he vivido en Pontevedra, La Coruña, León, Madrid, Aranjuez y Salamanca, donde en el pueblo de Ledesma encuentro mi punto de partida, esa sensación de pertenencia a un lugar. Por supuesto falta Zaragoza, ciudad en la que vivo desde hace 5 años y cada día siento más como mía.

Todos estos cambios me produjeron una gran inseguridad, fui un alma sin verdadera alma, como un muñeco hecho con trapos de varios colores y diferentes texturas, ojos con botones raros y mirada desconfiada, ahora con el paso del tiempo creo entender que si que la tengo (el alma), aunque distinta de la gente que no se ha movido de su tierra, es como una masa heterogénea en la que se mezclan las distintas vivencias e influencias de todos estos lugares. Puedo decir que me considero afortunado de haber vivido y conocido tanto con la temprana edad de 25 años, aunque ya ansío la estabilidad de la pisada en suelo firme y la mirada al mismo horizonte cada día para poder caminar sin miedo al tropiezo.

Salida de Ledesma

Tener que abandonar mi casa después de por fin llevar tres años sin moverme de allí, fue una de las decisiones más difíciles que he tomado en mi vida. El periodo de los 17 a los 20 años fue el más estable de mi vida en cuanto a movilidad, pero el más inestable en todo lo demás. En esta etapa me castigué el hígado más que el águila a Prometeo o que Lindsay Lohan, desarrollé una apatía crónica hacia todo excepto “disfrutar de los espejismos de la noche” y decepcioné a mis seres más queridos una y otra y otra vez.

En medio de esa nubosidad constante apareció un claro, un verano conocí a “La Maña”, como todos la llamábamos en Ledesma, la había visto varias veces siempre en el periodo estival. El primer acercamiento fue lo bastante importante como para mantener el contacto el resto del año, y por otra parte una razón para empezar a levantar una cabeza que me llevaba directo a ser un “nini” más de los que no son conscientes de serlo. Empecé a

marcarme objetivos, retomar pasiones como la lectura y ver películas, pero sobre todo me percaté de mi falta total de cultura y formación para enfrentarme a un mercado cada vez más inaccesible (por aquel entonces empezaba “la crisis”). Siempre me había gustado el arte, pero en mi círculo no había demasiado interés por este tema, así que me costaba tomar la decisión de ponerme a estudiar o hablar con alguien sobre estas inquietudes.

El verano siguiente, mi conexión con “La Maña” se hizo tan fuerte que en un arrebato de pasión y querer escapar de una por aquel entonces existencia gris, decidimos que nada ni nadie podría romper aquello que teníamos, algo que simplemente nos hacía ser más felices a los dos. Ella tenía trabajo y yo debía formarme, así que hice la maleta mientras derramaba ríos de lágrimas y olía por última vez en mucho tiempo el olor característico que crean las maderas añejas del suelo y las vigas de mi cuarto ledesmino. Hasta esa vez todos los cambios de ciudad habían sido junto con alguno de mis padres y con mi perro, esta vez los dejaba y me iba a un lugar sin nadie más que ella.

Llegada a Zaragoza

Cuando llegué por primera vez a Zaragoza en tren sobre las once de la mañana, la verdad es que no sabía si había entrado en una especie de bucle espacio-temporal que me había transportado a una base de la NASA o el Área 51, dadas las dimensiones de la estación delicias, me quedé absolutamente impresionado: la altura del techo, la profundidad, las paredes... todo. Un edificio realmente increíble, pensé, unos minutos después me abracé a “La Maña” y me explicó que esa hipérbole arquitectónica tenía su explicación, “La Expo”, asunto aclarado.

Como era hora del vermouth y quería ver como estaba el nivel de “tapeo” en Zaragoza, ya que es un aspecto muy típico de Salamanca y que a mi personalmente me encanta, “La Maña” me recomendó un sitio cerca de casa de sus padres y de toda la vida, *El 269*, en la Avenida Madrid. Las sensaciones eran de estar como en casa, los camareros se tiraban vaciles cariñosos y las tapas estaban fetén.

Así la primera impresión que tuve de Zaragoza fue que la gente era amable y cercana, que dominaban el mundo de las tapas y que tenía una estación de trenes descomunal, parecía que no me iba a costar mucho adaptarme.

Una vez en situación, visité los lugares más emblemáticos de la ciudad como cualquier turista, conocí al amigo ciego y empezamos a buscar un lugar donde empezar una convivencia juntos que era toda una incógnita. Buscar un primer piso, y más con una limitación económica importarte es una auténtica quimera, los pisos que te gustan son inaccesibles y los que son accesibles no te gustan, simple pero cierto. En todo este tiempo y retomando el tema del alma de las ciudades y sus ciudadanos, con Zaragoza siempre tuve una verdadera conexión, la gente casaba con mi forma de pensar, eran nobles y un poco obstinados, cosa que lejos de ser un defecto a mi siempre me ha gustado, seguramente porque yo mismo lo soy.

El Gancho

Fue mi primer barrio en Zaragoza, en la calle predicadores, un piso de 35m² sin apenas ventilación ni luz, pero estábamos juntos “La Maña” y yo, con eso nos valía. Como anécdota fue

curioso porque la primera noche que pasábamos juntos en aquel habitáculo, viendo la tele después de cenar, emitían en la televisión el Programa “Callejeros”, en un especial “El Gancho”(ya era coincidencia), además no pudo ser más negativo hacia ese barrio, ya que nos preguntamos, ¿Dónde nos hemos metido? Nada más lejos, no tuvimos ningún problema y es un barrio donde abunda la gente trabajadora y se vive bastante bien, además de albergar varias actividades artísticas y culturales como el Festival Asalto. Hablando de arte, no terminaba de decidir qué estudiar, había llegado con el curso empezado y tenía tiempo para pensármelo, mientras, ocupaba mi tiempo con lo que yo consideraba un entrenamiento, cursos del INAEM. El dilema era complejo, escoger algo con salida laboral dado que ya tenía una edad o lanzarme a estudiar lo que siempre había querido, bachillerato artístico. Una mañana dando un paseo por el Gancho, en uno de los solares que abundan, había una obra artística en un muro, no se si pertenecía al Festival Asalto, solo sé que me emocionó, consiguió erizarme el vello y me ayudó a tomar la decisión adecuada. A veces hay lugares que siempre recordaremos, no precisamente por el lujo del piso en el que vivíamos, ni el poco o mucho dinero que tuviéramos, yo siempre que paso por esas calles del Gancho recuerdo sensaciones, recuerdo el miedo a decidir con el corazón o la cabeza, pero sobre todo recuerdo valentía para pelear por lo que a uno le gusta.

En el Gancho se vivía bien y la cercanía con *El Tubo* era un gran punto a su favor, pero un cambio de trabajo de “La Maña” y lo inhabitable que resultaba el piso en el que vivíamos en invierno, hizo que nos cambiáramos de un barrio al que siempre recordaré con gran cariño.

Las Delicias

Era curioso porque vine a Zaragoza buscando estabilidad y en menos de 8 meses había vivido en tres sitios diferentes, si contamos el periodo inicial de búsqueda de piso en el que viví en casa de los padres de “La Maña”.

Una vez decididos los estudios, y cuando llevaba unas dos semanas de clase (realmente duras cuando has estado un tiempo largo apartado de las aulas y todo te parece nuevo, andas perdido y te sientes un hombre mayor con solo 21 años, dado que compartes pupitre con varias hormonas andantes de tan solo 16, que viven ajenos al resto del mundo pero con los que aprendí muchas cosas y me lo pasé genial) me llamaron de uno de los sitios en los que mientras hacía tiempo para empezar las clases eché el currículum vitae. Era una empresa de telecomunicaciones para trabajar por las tardes, de 16 a 22 horas. Era difícil decir que no con la que estaba cayendo así que acepté, porque además podía compaginar el trabajo con asistir a clases, aunque a los dos meses estaba prácticamente decrepito, me levantaba a las 7.15, iba a clase, volvía a las 14.40, comía en 20 minutos y me iba a trabajar, llegaba a casa a las 22.30, cenaba y después tenía que ponerme con cosas de clase si quería aprobar, 7 kilos menos en mi cuerpo. Momentos difíciles, sobre todo de desgaste mental, las clases eran muy amenas pero intensas, y el trabajo era... no se como explicarlo pero soportar gente cabreada porque su portabilidad no se ha hecho bien sin que tu tengas la culpa de nada es algo que hay que vivir.

En el barrio Delicias me saqué el Bachillerato, en dos años, por las noches mi ventana era frecuentemente la única que tenía luz de todo el bloque, en esta zona la mezcla de las personas

de Zaragoza con las que vienen de fuera es donde se hace más patente, y es muy bello ese acoplamiento de unos con esa tolerancia de otros, esa fusión de culturas que hace grandes y humanas a las personas, los barrios, las ciudades. El alma de Zaragoza es muy abierta y acogedora, de eso estoy seguro.

Torrero (actual)

Tras la incompatibilidad de mi trabajo en el mundo de la telefonía móvil y el actual Grado que curso en la Escuela de Arte de Zaragoza, estuve un breve periodo en el paro y me salió un trabajo de menos horas pero que me permitía cursar algo que siempre me había atraído, diseño gráfico. La cercanía de Torrero a mi actual trabajo y al de “La Mañana” hizo que nos mudáramos de nuevo. Nunca he tenido eso que llaman un *dejavú*, pero cada mudanza que he hecho me parece igual de aburrida, cansada y estresante que la primera.

Lo cierto es que tanto “La Mañana” como yo deseamos que este sea el último cambio. En general nos encanta torrero, es un barrio obrero y humilde, con gente sencilla y vida, sobre todo mucha vida. Puedes darte un paseo hasta el parque grande, hacer deporte por el canal y estás cerca del centro y de Puerto Venecia, para ir al cine, pasear, etc... Esta ha sido mi última experiencia migratoria o giratoria, como he titulado este relato autobiográfico, pues creo que migrar implica girar, ver las cosas desde otro punto de vista que no conocías hasta la fecha, te hace ser una persona muy abierta, algo introvertida e insegura.

Mi experiencia de cambio a Zaragoza no ha podido ser más positiva, pese a la añoranza de mi tierra Salmantina, aquí he

madurado, me he hecho hombre, he peleado por mis ilusiones y me he hecho a mí mismo, ganando una confianza que nunca pensé tener. Si no me hubiera encontrado a gusto en este lugar, no podría haber hecho todas las cosas que he contado y que haya sido así en gran parte es por las gentes de aquí, si las personas que te rodean te inspiran, creces, aprendes y mejoras. Este mismo escrito es una prueba de la confianza que he ganado, jamás me creí capaz de contarle a nadie todas mis aventuras desde un punto de vista tan íntimo, pero aquí estoy y he de decir que me está sentando muy bien, solo espero no ha aburrir mucho al lector y que estas siete páginas no le parezcan setenta.

Colofón

Todo tiene un porqué, son cosas del destino, la casualidad no existe, etc... frases tópicas en las que nunca he creído, pero todas podría aplicarlas hoy a mi vida. Si todos esos bandazos, errores y cambios eran necesarios para llegar a este presente, bienvenidos sean.

Hoy miro al mismo horizonte cada atardecer y tengo la seguridad de que con más o menos claridad mañana será el mismo. Me siento bien aquí y no me importaría que este fuese mi último destino. Tanto es así que cuando voy por mi querido Ledesma, las tornas han cambiado, “La Maña” ha pasado a ser Elena, la novia de “El Mañico”, como me dicen en tono de broma mis amigos de toda la vida.

Cuando estoy aquí mucho tiempo los echo de menos, echo de menos el olor a pan recién hecho de la *La Villa* y las tardes de invierno con las piernas cobijadas por los abrazos del “brasero”.

Pero también es cierto que cuando voy y llevo más de quince días allí añoro el silbido incesante del cierzo, el sabor de la *Ambar* o el ternasco pero sobre todo añoro la sensación de estar en “mi hogar” y ver como el Mocayo se vuelve a esconder tras las persianas de la noche.

Recuerdos Lejanos

Xavier Santiago Chimborazo Rea

*El primer paso de un viaje es el mas emocionante...
no sabes a donde puede llevarte*

Esta es una historia sobre un viaje, un viaje que cambio mi vida y que puede que nunca acabe. Nunca había escrito nada sobre mi mismo, así que como empezar este relato con mis pobres palabras... como conseguir emocionar al que lea este pequeño fragmento de mis recuerdos con las frases exactas y los tiempos perfectos.. solo puedo esperar que entiendas que mis palabras no son hermosas, que mis defectos si son perfectos y que mis recuerdos, aunque enterrados, significan tanto para mi que me es difícil compartirlos sin mas, supongo que por que terminaron por moldearme y definirme en lo que ahora veo en el espejo.

Cuando echo la mirada atrás los veo como una cinta en blanco y negro que se escapa como el agua entre mis dedos. Todos aquellos formaron una parte muy importante de mi vida, quizás la mas importante y durante mucho tiempo fueron también el único recuerdo que me mantuvo a flote cuando estuve apunto de rendirme y tomar el camino mas fácil. Pero aquí estoy, acostado a las 4:43 de la tarde en la banca de un parque, escribiendo este extraño diario con un cansancio espeluznare y los ojos puestos en las hojas de los arboles que juegan a ser colores en el viento. El único

motivo por el que aun no me he decidido es porque aun tengo presente ese momento... el momento que me definió.

Digamos que mi nombre es Alex Supertramp, no por simple capricho o porque el nombre sea vistoso o llamativo sino porque tiene algo significativo para mi, pero aun no es el momento de hablar de ello, así que me centrare en contarlo todo desde el principio.

Esta historia comienza el 11 de septiembre de 2001, es extraño que recuerdo la fecha exacta lo se, pero como olvidar un día que quedo grabado en la memoria de tantas personas en todo el mundo, la caída de las torres mas altas y el primer recuerdo que tengo de este viaje.

El contexto de la situación aparece claro en mi cabeza, es una habitación de pocos metros cuadrados en el que solo caben dos camas en las que dormíamos mi padre, mis hermanos y yo, además de un armario que compartía con ellos y una pequeña mesa con un televisor a color de mandos de clavija que se ajustaba perfectamente al tamaño de la mesa.

Nada mas despertarme solía ir al baño que estaba a la salida de la habitación para asearme y mirarme en el espejo un buen rato mientras mis hermanos se enfadaban y me gritaban para que me diera prisa, en realidad, es una de esas costumbres que aun seguimos teniendo ahora cuando nos encontramos todos en casa de nuestros padres.

Mas aya del baño estaba la habitaron de mi abuela y el salón de la casa en otra habitación distinta, en la que mis padres guardaban todos los objetos que eran importantes para ellos de

alguna manera en las vitrinas de los armarios del fondo, recuerdo que solían estar llenos de álbumes de fotos, pequeñas figuras de porcelana que recopilaron desde su boda hasta el día del bautizo de su último hijo y la cámara de fotos que compraron cuando se casaron, era vieja ya en aquel entonces y funcionaba con carretes y pastillas de flash de un solo uso que utilizaban solo en las ocasiones especiales. También había una vieja mesa de madera que hacía las veces de mesa de estudio como de comedor e incluso algunas veces servía para crear una tienda de campaña improvisada con unas cuantas sábanas y libros como anclajes. Solía pasarme las tardes ahí cuando niño con mis amigos. Al fondo de la habitación estaba el tocadiscos y la colección de vinilos que habían estado cuidando como oro en paño todos los años que pasaron juntos en esa casa cuidando de nosotros tres además de un viejo sofá en el que solía pasar las tardes sueltas en las que no había nada que hacer escuchando aquellos viejos discos.

Todas las habitaciones incluida la cocina daban a un patio central donde jugábamos con las herramientas que teníamos o traíamos de las casas de mis otros amigos, solo nos hacía falta algo de imaginación, las manos y el esfuerzo de todos para poner en marcha cualquier idea... era gracioso y la verdad hecho de menos esas tardes cuando construíamos cualquier cosa para entretenernos era como vivir en un verano eterno.

Recuerdo aquella mañana como una cualquiera, era un sábado, y como todos los sábados me despertaba más tarde de lo normal, entorno a las diez, cuando la luz del día llenaba la habitación por completo a través de las cortinas y el olor del desayuno entraba por la puerta invitándome a abrir los ojos y poner los pies en el

suelo, o al menos eso era lo que esperaba al despertarme pero desde luego ese no era un sábado normal.

Cuando abrí los ojos lo primero que escuche era la televisión encendida y vi a mis hermanos mayores mirando atontados la pantalla mientras se escuchaba de fondo el noticiario de la mañana emitiendo un reportaje especial en directo desde una ciudad muy importante llena de rascacielos en la que había dos torres de edificios y una de ellas estaba en llamas, la reacción de mis hermanos al igual que la de toda la gente en el mundo en ese preciso momento era la de miedo, pánico y sorpresa pues nadie habría apostado hasta ese sábado que algo remotamente parecido pudiese haber ocurrido en la nación mas fuerte del mundo. Ese mismo día empezó una era de miedo, desconfianza y paranoia entre naciones que moldeo en cierto sentido el futuro de todos nosotros, pero esa es una historia que no viene a cuento en este relato.

Cuando aun acababa de enterarme de lo que estaba pasando un segundo avión colisionaba en directo para todos nosotros con la segunda de las torres, ese recuerdo se quedo grabado en mi retina para el resto de mi vida. Ver la gran bola de fuego que provoco la explosión fue una de las cosas que mas miedo me han producido y mientras miraba la pantalla atónito sin siquiera poder creérmelo ambas torres empezaron a derrumbarse ante el sobrecogimiento del mundo entero. Las horas siguientes al suceso fueron una interminable emisión de imágenes y entrevistas a distintas personas que estuvieron en el lugar de los hechos y que lo presenciaron todo a pie de calle, no puedo dejar de pensar aun hoy en las expresiones de dolor y pánico que mirábamos por la televisión de los que habían perdido a seres queridos y conocidos en la deflagración y

el siguiente derrumbamiento y que dejaron a aquella metrópolis antaño cuna de culturas y bienestar convertida en un amasijo de escombros y gente herida y desesperada por las calles como en una especie de visión apocalíptica. Después de varias horas de mirar pasmados la televisión tuve que salir de casa para poder respirar algo de aire otra vez y regresar a mi mismo después de toda la tensión que se respiraba en el ambiente.

Al caminar por las calles del lugar en el que vivía siempre podía olvidarme de cualquier cosa que me agobiara o asustara. Solo tenía que dar un paseo para encontrarme con personas conocidas con las que podía hablar y reirme, eran personas tan conocidas del día a día y tan familiares que me resultaba extraño salir un día a la calle y no verlas haciendo sus tareas diarias y viviendo sus vidas en la calle. Entre ellos estaban la señora que regentaba una pequeña tienda en la esquina de la calle, su nombre era Esperanza pero todo el mundo la conocía cariñosamente como “abuelita” por su avanzada edad y porque trataba a todo al que conocía como a sus propios nietos a los que amaba con ternura y devoción. Aquella tienda desprendía un olor a pan y bollería recién hecha y siempre estaba abarrotada de innumerables comestibles de todo tipo y era el punto de encuentro con Marcelo, uno de mis mejores amigos y al que tenía casi como un hermano, solíamos vernos todos los días a la misma hora en la puerta del establecimiento para encontrarnos con Verónica, una de las nietas de la dueña del establecimiento y competir el uno con el otro para ver quien conseguía quedar con ella primero. En una ocasión estuvimos toda la tarde hablando con ella con la excusa de comprar botellas individuales de coca cola solo para seguir hablando con ella, al final ninguno de los dos consiguió quedar con ella al final, pero esa tarde y la

mañana siguiente ambos tuvimos que quedarnos en casa con la cabeza pegada al retrete sin ganas de volver a beber nada parecido en lo que nos quedara de vida mientras nuestros padres charlaban alegremente sobre lo que habíamos hecho.

Marcelo tenía un hermano pequeño llamado Vicente y junto a ellos dos también tenía siempre a mi lado a Juan y Antonio que también eran hermanos pero vivían en una casa mucho más humilde y andaban casi siempre descalzos, no por falta de recursos en su hogar ya que siempre llevaban sus botas con ellos, sino porque descalzos se sentían mucho más cómodos cuando salíamos a pasar la tarde por cualquier parte y cuando dejábamos de andar se las quitaban para estar más cómodos.

Aquella tarde vivimos una de las aventuras más especiales de las que guardo en mi memoria, porque visitamos juntos las líneas de ferrocarril interprovinciales, en mitad de la nada, en un lugar en el que solo había un prado de hierba alta y al que era difícil llegar de cualquier otro modo que no fuera andando a través de arboledas y lugares desiertos. Al explorar el lugar encontramos una abertura debajo de las vías principales donde podíamos escabullirnos y aguardar la llegada del ferrocarril para verlo pasar desde abajo de las vías; aun recuerdo la sensación de ver la tierra temblar a nuestro alrededor y la hierba agitarse como si intentara escapar de aquel lugar mientras se acercaba la maquinaria a gran velocidad y el miedo que nos sobrecogió a todos cuando en un instante, casi sin darnos cuenta, nos encontramos con un gigante de metal que sobrevolaba sobre nosotros sostenido únicamente por las vigas de hierro que vibraban de una manera pasmosa... antes de darnos cuenta –una vez más– el ferrocarril ya había pasado

sobre nuestras cabezas y todo volvió a su estado anterior, con los ruidos de los pequeños insectos merodeando por entre la hierba y el soplar del viento acariciándonos la cabeza y que nos devolvía la vida dentro de esa madriguera descubierta mientras seguíamos sin poder decir ni hacer nada. Después de recuperar la conciencia y volver a tocar el suelo con nuestros sentidos decidimos que ya estaba bien para un solo día y volvimos a casa.

Al volver de camino a nuestra calle bromeábamos entre nosotros burlándonos de lo cobardes que eran los demás y lo maduros y valientes que éramos cada uno por atrevernos a hacer lo que habíamos hecho... je... la verdad es que cada uno estaba mas asustado que el anterior y nos burlábamos de la situación solo para sentirnos mejor. Éramos así. Cuando llegamos a nuestros hogares quedamos en volver a vernos después de la cena para seguir haciendo nuestras cosas y recrearnos en las fantasías típicas de un niño de nuestra edad, parecía que el tiempo pasaba muy despacio cuando estaba junto a ellos y aun hoy en día sigo teniendo sueños acerca de las cosas que vivimos juntos y que compartí con ellos.

Al sentarme en la mesa del comedor junto a mis hermanos no me percate de la situación que se había gestado en mi ausencia por la excitación de esa misma tarde. Las palabras de mi padre esa noche nunca he podido olvidarlas, la manera en la que me cogió del hombro y me dijo que tenía que hablar conmigo de algo importante; cuando volví la vista hacia mis hermanos tenían una profunda tristeza en los ojos pero no lucían sorprendidos ni desencajados, como si ya supieran de lo que nuestro padre quería hablar conmigo, al principio pensé que quería castigarme o reprenderme por alguna pelea con mis hermanos o incluso por las notas

del colegio, lo típico que pensaría un muchacho en mi situación, pero mis hermanos solo se limitaron a estar callados y desviar la mirada de mis ojos. En aquel momento recuerdo que me asuste mucho porque no sabía lo que pasaba y durante un momento pensé que se trataba de malas noticias en cuanto a mi madre, que había salido del país varios años atrás rumbo a España para poder darnos un futuro mejor a mi y a mis hermanos, me asuste muchísimo pensando que algo malo le había ocurrido pero entonces mi padre se dirigió a mi y me dijo las siguientes palabras: “hoy he hablado con tu madre y tengo una noticia que te da... ya están listos los preparativos para el viaje y mañana sales para España con tus hermanos para encontrarte con ella y empezar tus estudios de secundaria allí... lo hemos hablado mucho estos últimos meses y hemos acordado que es lo mejor para ti y tus hermanos”.

En aquel momento mi mundo se derrumbó por completo, la triste noticia se me clavó como un puñal en el pecho que se hundió y me desgarró las entrañas hasta hacerme soltar lágrimas de rabia y frustración porque ninguna de las palabras que dije a continuación, ninguno de los argumentos que pude darle a mi padre para que cambiara de opinión hicieron el menor efecto en la decisión que él y mi madre habían tomado sin mí.

La rabia, el dolor y todo lo que sentí en ese momento no fue sino el principio de un viaje mucho más largo que estaría por venir y que acabaría con mi identidad y con mi manera de ver el mundo hasta convertirme en lo que ahora soy.

Después de terminar la discusión empezamos la cena y ninguno dijo una sola palabra en todo el rato que pasamos mirando los platos mientras comíamos. Cuando se acabó todo solo tuve el

impulso de salir de ahí y dirigirme a la calle a ver a mis amigos porque aun tenia que verlos antes de acabar el día, y mientras salía de casa, no podía dejar de pensar en como se tomarían la noticia que tenia que darles y que yo mismo no era capaz de creer, los metros que tuve que caminar desde el salón de mi casa hasta la puerta de la calle fueron los mas largos que tuve que andar hasta ese momento de mi vida con el temor de lo que pasaría a la mañana siguiente, lo que me encontraría al llegar a mi destino, pero sobretodo como iba a afrontar esta nueva realidad tan desgarradora para la edad que tenia y como iba a despedirme en una sola noche de todo cuanto amaba y conocía para empezar de cero al día siguiente sin saber ni siquiera a donde me dirigía.

Cuando salí a la calle y me encontré con ellos no podía evitar estar apático y distraído con ellos mientras intentaban que participara en las ideas disparatadas que tenían en ese momento, pero yo no podía dar ninguna respuesta estaba demasiado agobiado. Fue entonces cuando ellos se dieron cuenta de mi preocupación y se volcaron por completo en mi haciéndome reír con bromas pesadas y dinámicas divertidas para que no perdiera la sonrisa. Aun hoy en día siguen siendo las personas mas maravillosas que he conocido hasta ahora y lo menos que puedo hacer por ellos es tenerlos en mis recuerdos hasta el día que los pueda volver a ver.

Cuando acabo la noche estaba tan contento por haber podido compartir con ellos una noche mas como cualquier otra en ese verano interminable que termine por darme cuenta de algo que no podía hacer con ellos por mucho que quisiera.. no podía decirles adiós, no podía mirarles a la cara y decirles que tenia que irme y que posiblemente no volveríamos a vernos... no podía

simplemente despedirme de ellos y ver como se quedaban tristes y deshechos tal como yo me sentía en ese momento, preferí recordarlos para siempre tal y como ellos eran para mi, con esas grandes sonrisas y sus espíritus encendidos como pequeñas farolas en la calle de mis recuerdos. No podía hacerles eso a ellos tampoco. Cuando tuve que irme a casa a preparar la maleta simplemente les dije lo de siempre para irme “hasta mañana muchachos” con esas palabras nos fuimos cada uno a su propia casa para esperar el día siguiente aunque para mi al día siguiente solo me quedaba irme de ahí.

A las 5 de la mañana teníamos todo listo para salir rumbo hacia el aeropuerto y yo aun no podía creer lo que había pasado hace solo unas horas y con lagrimas en las mejillas me despedí de mi abuela, de mi casa y de todo lo que conocía para irme al otro lado del mundo. Cuando colocamos las maletas en el taxi no podía dejar de mirar la calle y las esquinas que habían sido mi hogar todos esos años y recordar cada uno de los momentos buenos y malos que pase ahí con todo el mundo las lagrimas no dejaban de brotar de mis ojos y no podía respirar por el miedo a lo que estaba por venir.

En el aeropuerto las cosas fueron muy emotivas con mi padre y mis tíos que nos acompañaron y después de mas lagrimas, bendiciones y abrazos mis hermanos y yo terminamos subiendo al avión que nos llevaría a ver a nuestra madre a diez mil años luz de distancia. El viaje fue agotador y las escalas y controles de seguridad interminables pero al final conseguimos llegar a nuestro destino. Ahí nos recibió mi madre, a la que no había visto en persona en mucho tiempo y el corazón se me encogió después

del llanto y los abrazos fuimos todos a por el coche de mis tíos que nos llevaría desde la terminal de barajas hasta su casa en la ciudad de zaragoza. La manera de ser de la gente que había a mi alrededor era muy extraña para mi y me daba miedo caminar con mi mochila en la espalda pero una vez entramos en el coche y este se puso en marcha, no pude hacer otra cosa mas que quedarme dormido en el asiento de atrás por el cansancio del día anterior y las diez horas de vuelo.

Cuando me desperté lo primero que vi fue los arboles y la luz que entraba por la ventanilla del coche que llegaba a su destino y cuando bajamos del mismo me pareció todo como si fuera un lugar completamente radiante y lleno de luz y al preguntar la hora para orientarme un poco me sorprendió ver que eran casi las 9 de la noche y el sol aun seguía brillando con toda su fuerza.

Al llegar a casa de mis tíos mi madre me dio una carta que se la había entregado mi hermano mayor y el la que ponía con letra apresurada y mal escrita el nombre de todos mis amigos y que iba dirigida hacia mi. Resulto que mi padre se lo había contado todo a mis amigos cuando yo me quede dormido preparando las maletas y ellos le habían dado una carta con sus mejores deseos para mi, los días siguientes solo puede añorar lo que un día conocí y que hasta ahora sigo buscando. Una familia de verdad.

Una hora en el Skype, tú en el cerro San Cosme y yo en Zaragoza

Eloy Macutela Cuba

Ya ni siquiera te pido perdón cariño. Qué sabes de perdonar, de amar o de recordar a tus tres añitos, claro. Soy tan tonta que, a veces, creo que estoy hablando con una persona adulta, con una persona que me conoce, cuando ni eres adulto, ni me conoces, ni sabes quién soy y, lo peor de todo, solo me ves por la *web cam* de un locutorio del cerro San Cosme y durante una hora cada domingo de tus mañanas. Me dice la pobre abuela que te está enseñando una nueva palabra que no conocías hasta hace poco y que me la tienes que decir cada vez que me veas por el Skype; jajajajajaja y te veo tontito sin saber qué hacer, mirando más a la abuela que a mí y la pobre nerviosa queriendo que me digas “mamá” en cada momento cuando ni sabes lo que significa esa palabra, como que no sabes ni mucho menos recuerdas aquel verano tuyo cuando habías cumplido los seis mesecitos y te llevaron al aeropuerto a despedirme y tú durmiendo –menos mal cariño– y yo muriendo de llanto por ti, con las piernas desvanecidas, sin saber qué decir o hacer y haciendo filas y trámites para embarcarme como una autómatas a esta aventura de nombre Zaragoza.

Hoy me sonreíste por primera vez en todo este tiempo que llevamos chateando y casi me muero de la impresión porque no conocía tu risa, ni tu sonrisa ni mucho menos tu carcajada, claro

está. Y tu boquita llena de chocolates *Sublime* de *D'onofrio* y yo antojadísima de querer comerte a besos y de paso tus chocolates también jajajajaja y la abuela pobre ella, tan viejecilla y obligándote a amarme bebé, a que me pongas cara de buenito y tú con tu media lengua diciendo cosas que no entiendo. Tino, Tinito, vida mía, cómo comes cariño, es verdad que hace mucho que no te envío nada, ni un regalito siquiera, ni un *Kinderbueno* o las Frutas de Aragón que tanto te gusta dicen, pero es que estoy tratando de juntar para mi billete de vuelta o mejor para el tuyo de venida cariño, para cuando nos veamos y te vengas conmigo cariño y acaricie tus rizos tan morenos y dóciles y me vuelvas loca con tu bla bla bla.

La abuela me dice que, además de cole, pides hasta novia y yo sin poder hacer nada para remediarlo, no sabes las ganas que tengo de comprarme un billete a la primera de cambio e irme a tu lado pero no puedo mi Tino. Me estoy perdiendo todo de ti bebé, tus primeras caquitas, tus rabieta de engréido, tus pis, tu fiebre-cilla en las noches solitarias con mamá. Cómo quisiera darte teta bebé, como aquellos primeros seis meses de tu vida, amamantar-te, ver tus morritos succionando mi leche como un desesperado y tener mis pezones heridos, mis pechos hinchados de leche y no duros como los tengo ahora bebé.

Te prometo que aprenderás cosas nuevas y lindas en el cole, te llevaré cada mañana, te recogeré cada tarde, haremos juntos los deberes, iremos los domingos y viernes o cada día si es preciso donde la Pilarica y le pediremos por la abuela y sus canitas dulces. Te llevaré por el Parque del Agua, por el Canal o el Parque Grande y verás cómo el cierzo es salvajemente tierno y melancólico a la

vez Tino y haremos en otoño aquello que tanto me gustaba y que solía hacer cuando te tenía en mi pancita bebé, pisaremos juntos las hojas secas y doradas y en cada crujido suspiraré por tenerte a mi lado y recordaré a la abuela que seguramente se me estará muriendo, mamá.

¿Qué hago cariño, qué hago bebé?, dímelo tú. Cada noche antes de llorar y luego de trabajar sin desmayo todo el día me dan ganas de mandar a la mierda todo esto e irme contigo. Que dicen que la cosa está mejor en Perú, que dicen que ahora es un país emergente, que hay trabajo, que cada vez hay menos pobres y que la casa de la abuela ya no es tan chabola. ¿Qué hago bebé, qué hago mamá?, no sé si soportaré esta crisis que nos machaca el cuerpo y el alma, no sé si podré seguir consiguiéndome horas, no sé podré pagar mi habitación, terminar mis cursos, en fin, ya sé que no me entiendes.

El doctor Gracia me dijo que los papeles me pueden salir en medio año como mucho. Tendré mi NIE bebé, ¿Sabes lo que es eso? Seré una ciudadana con todos los derechos porque las obligaciones ya las cumplo y con creces, lo sabes bebé y podré ir al médico por fin y le diré lo mucho que me duele todo el cuerpo pero más el corazón por no tenerte bebé y me recetará seguramente ibuprofeno mañana, tarde y noche cuando la única receta posible será el verte cariño mío. Conocerás a la hermana Visitación de Caritas con la que vamos a rezar juntas a la iglesia de Santa Engracia y a la de San Pablo. A Asun, la chica de los Servicios Sociales, que me está echando una mano con lo de los trámites, con ella andamos un poco por el casco antiguo y siempre que quedamos termina llorando a mares por todo lo que le cuento de ti y

de lo que hablamos. Con Asun tomamos el café y las magdalenas caseras siempre en el mismo bar del Gancho, casi en penumbras, escondidas porque no queremos que nadie vea nuestros ojos de tristeza y nuestras almas románticas, somos tontas ¿Sabes? o tal vez muy listas bebé, porque no nos hemos echado novio todavía jajajajaja.

Te llevaré también a las *manis* con las chicas y chicos del grupo de ecologistas con los que nos reunimos cada semana; iremos con ellos a nuestras caminatas por el canal, te llevaré en la bici que me compré en el Rastro, te pondré tu casco bebé y estarás más guapo que nunca. Iremos a los refugios para animalitos abandonados y verás lo lindo y tiernos que son los pobres y que sepas que tengo un perrito separadito para ti y nos lo llevaremos a casa y lo cuidaremos y le daremos todo el amor del mundo. Te cuento que ayer estuve en la manifestación anti taurina y cuando gritábamos las consignas en contra del maltrato animal, de las corridas y todo aquello que se le parezca me emocioné tanto bebé porque me acordaba de ti y te imaginé grande, fuerte y buen militante. Te imaginé todo un líder, no sé si aquí en Zaragoza, en Madrid o Barcelona, Pekín o tal vez en Lima, Huaycán o Puno y como tu mamá loquita harás tus acampadas con los indignados y harás que la gente te oiga y entienda tus razones de lucha y yo te seguiré a donde vayas bebé y la abuela te estará viendo por su ventana, ahí en el cielo bebé, suspirando por no poder acompañarte porque entonces ya estará muertita mi pobre mamá.

Quizá no te lo había dicho Tino pero la mayor parte de la semana trabajo en Rosales del Canal ¿Sabes? Jajajajaja tontito, te hablo y no me respondes y solo me dices cosas incoherentes como

si no te importase lo que te cuento. Ooooo, ¿Tal vez yo no te importo Tino? Qué sabes tú de Rosales del Canal bebé, qué sabes de las casa ricas, grandes, verdes y tan limpias cariño; ¡ah! limpias porque tu mamá las deja así cariño, como la abuela deja tu habitación y como te deja el culito de pulcro luego de pis o de tu caca.

No sabes cómo me duele ir a La Fama con Fatoumata, mi amiga senegalesa de batallas; tomarme un chocolate caliente con esos churros tan crujientes y deliciosos y llorar en cada bocado porque me acuerdo de ti bebé y Fatou, nerviosa sin saber qué hacer solo atina a alcanzarme un pañuelo de marca blanca y, con los mocos a raudales nos vamos presurosas a la Pilarica para pedirle a la virgen un poco de alivio e ilusión en mi alma y de pronto el boom de una bomba casera me deja alelada y Fatou chillando y yo pensando que me moría sin volver a verte cariño. Te amo mi bebé, así me pegue sustos como este último, así se me caiga el mundo encima, así me hiere o me enferme. Así no te vea, así no sepa nada de ti. Te prometo que a tus cuatro añitos conocerás a tu madre tonta y conocerás a la Pilarica y nos pasaremos por las barcas del Puerto Venecia y remaremos como dos loquitos hasta que nos echen. Te prometo que iremos a las campanadas en la plaza y nos emborracharemos de frío, saltaremos en el pregón de Pilares, tiritaremos en la *Cincomarzada*. Te prometo que no tendré novio hasta que tengas dieciocho años y vayas a comerte el mundo, te lo prometo bebé.

El doctor Gracia me dijo para ir a tomar un café ¿Sabes? Y no sé si haga bien en ir, tal vez en lugar de café nos tomemos alguna cerveza o algún trago de aquéllos y luego nos vayamos a bailar y no sé qué más cariño. Aunque al final le diré que no tengo ganas

de salir y que solo quiero descansar un poco antes de seguir trabajando las doce horas de cada día todo por seiscientos euros al mes. Total, no sería la primera invitación que rechazo en todo este tiempo Tino y que lo sepas, que mamá no va por ahí buscando novios ni aventurillas ni nada que se le parezca, que mamá solo quiere trabajar y estar de nuevo con su bebé, nada más. El doctor Gracia me dice que ya no tengo que hacer más nada y solo esperar la resolución que parece puede ser favorable, echando cuentas cariño, en menos de medio año puedes estar conmigo o yo contigo y vernos los tres con mamá y abrazarnos los tres y llorar los tres. Te extraño mamá vieja.

Eres un tontito cariño porque apenas me despido de ti te pones a llorar y seguramente no será porque te da penita no verme más hasta el siguiente domingo sino porque ya no probarás más *Sublimes de D'onofrio* toda la semana. Soy más tontita que tú mi bebé porque aquí estoy, no sé si llorando o desmayada de dolor sin saber cómo esconder mi expresión de sufrimiento ante la cámara, y para que no veas a esta mamá llorona tapo la web cam con mis manos húmedas de lágrimas y me pongo nerviosa y no se me acaba el llanto y la abuela pobre ella, jorobadita ella, no sabe qué hacer con el ordenador de mierda ese. Saco el valor que ya no tengo, me seco las lágrimas, me aliso la cara y te miro de nuevo con una expresión inventada de rabia para que no me quieras bebé, para que no me ames bebé y no sepas jamás lo duro que es la soledad y para que el próximo domingo no sea tan duro como está siendo este momento.

A caballo del Cierzo

Mariano Alejandro Barona Molina

Es noche de principios de Cierzo. Los árboles agitan sus melenas y el aullido profundo del viento repercute en la noche haciéndola más frágil y más densa. Si mi experiencia no me falla el viento ira cogiendo fuerza con las horas. Para mañana, cuando el color y la luz empiecen nuevamente a darle forma al mundo, caminar se habrá convertido en un ejercicio de resistencia contra las ráfagas que intentarán movernos a su antojo como harán con mil cosas a su paso. Mañana será día de contenedores de basura volcados por las calles, de ropas arrancadas de los tendederos, de ramas esparcidas, cabellos agitados... mañana. Esta noche aún es una brisa mas bien ligera que por momentos se acelera y me remueve. Impensadamente decido aprovecharlo y allí voy, con mis brazos abiertos, zigzagueando por la acera desolada, bambolean-do el cuerpo como un biplano antiguo que se agitate asustado, al llegar a la esquina hago girar el eje de mi cuerpo bajando el brazo izquierdo, elevando el derecho, inclinando algún palmo el tronco y la cabeza para tomar la curva que (lo tengo bien aprendido) no me libraré del viento. En Zaragoza parecería que soplase en redondo: No importa donde vayas ni cuantas veces gires, el cierzo siempre estará esperando para lanzarse de bruces contra tu cuerpo.

En algún momento, más tarde, cuando mis brazos hayan recobrado su función de brazos, caeré en cuenta de que ese vuelo con

el que recibí esta nueva estación de cierzo es una buena señal para mi vida por que habrá implicado que, una vez más, he recobrado el deseo de jugar y que la tranquilidad me ha regresado al cuerpo, pero por el momento sólo camino (o vuelo) tarareando una melodía cualquiera que se intercala a ratos con sonidos de viento, ronronear de motores; herramientas lúdicas para disfrutar al máximo el instante y la acera vacía, mientras viejas imágenes regresan a mis ojos...

Recuerdo las manchas blancuzcas de la cadena de colinas con las que los Monegros bordean la autovía que llega desde Barcelona, más o menos desde Osera de Ebro hasta la Puebla de Alfindén. Era diciembre, el dieciocho de diciembre del dos mil siete y en mi nuca se agolpaban la angustia del preso que se evade y la alegría con la que ve el final de túnel. Conducía un Peugeot 106 verde con matrícula italiana, a ciento cuarenta kilómetros por hora por la carretera semidesierta, en el maletero mis guitarras, una mochila de ropa, algunos libros básicos y poco más. La mitad de mis discos repartidos en estuches en todos los espacios disponibles de la cabina. En la penumbra viajé convencido de que las manchas blancas que veía de reojo a mi derecha eran de niebla y recuerdo haberme sorprendido por toda la distancia que avanzaba sin que desapareciese, tiempo después, al hacer la carretera nuevamente, a medio día, no pude evitar reírme al comprobar mi error. Muchas veces he contado la anécdota, lo que seguramente no podré explicar nunca es la poesía que esa imagen densa y silenciosa tenía para mi, mientras avanzaba a lo máximo que mi coche permitía hacia el destino en el que buscaba dejar atrás los malos rollos que me llevaron a cerrar mi etapa italiana y a convertir en opción una ciudad que unos meses antes no aparecía en ninguna de mis quinielas como siguiente etapa de mi historia.

El día había empezado en Narbone, no demasiado temprano, Ya me quedaba poco, algo menos de seiscientos Kilómetros para llegar a Zaragoza y disfruté de un paseo y un desayuno tranquilo. El viaje había empezado una semana antes, en Roma, ¿o empezó mucho más atrás? Quizás cuando llegué, una tarde de octubre del dos mil al aeropuerto de Fiumichino, sin ningún conocimiento del italiano, cargado de maletas que a su vez cargaban todo lo que a mi criterio había merecido la pena que realizara conmigo un viaje que, dentro de mi, sabía que no tendría retorno. O quizás incluso antes, cuando en la Universidad, Fernando Cisneros y yo nos proponíamos viajar a Europa, comprar un coche viejo y recorrer el continente trabajando en bares y locales para costearnos los gastos. Un proyecto de viaje iniciático en plan road movie que mi primer trabajo o tal vez la inconsistencia de los proyectos inmaduros dejó a medio camino. No lo se, lo cierto es que en esas imágenes ingenuas de la post adolescencia el viaje se imaginaba como una experiencia festiva, como la posibilidad de conocer otras culturas y paisajes de explorar un período sabático. Una experiencia fluida, tranquila; algo así como una extrapolación de nuestras vidas en un nuevo escenario, o mejor aún, una proyección de nuestras mejores expectativas en un escenario desconocido, lo que añadía el toque exótico que el espacio cotidiano es incapaz de proveer.

La realidad, casi diez años después, y sin Fernando, se mostraría distinta. Bastaron dos o tres meses, lo que tardé en llegar de Roma a Pescara y desde allí a Perugia, tiempo suficiente para verme engañado y burlado en varias ocasiones y empezar a comprender que había desembarcado en el mundo real, allí donde según dice la anécdota no importa si eres león o gacela, tienes que correr si quieres seguir vivo. Un mundo donde esa red que

significan los tuyos, el conocimiento del entorno y la pertenencia ha desaparecido y lo único que tienes, si es que la suerte te acompaña, es alguna mano amiga que el azar arroja a tu lado igual que los troncos que en las historias de naufragios siempre flotan cerca del protagonista para ayudarlo a alcanzar la isla desierta donde empezará a fraguar su historia.

Quizás no lo supiera, pero Defoe hizo algo más que escribir un clásico, dejó una parábola de la inmigración, un manual en el que todos los que elegimos explorar el mundo más allá de lo sabido podemos sentirnos reflejados. No importa cuan grande sea la ciudad a la que llegues, siempre será una isla desierta y solo con tiempo y suerte encontrarás alguien suficientemente cercano como para que puedas rebautizarlo Viernes.

Al iniciar mi estancia en Perugia me sentía entusiasmado, volver a la universidad, hacer vida de estudiante, formar parte de un curso con más de una docena de nacionalidades me parecía el máximo de las experiencias. La identificación de similitudes o diferencias de carácter y de visiones me hizo entender que el sur y el norte no son solo geografías, sino algo así como una energía que hace que las cosas se vean de una manera. Tomar unas cervezas con personas de Madagascar, Palestina, Canadá, Singapur o Suecia, hablar de cualquier tema banal y descubrir las diferentes lecturas que cada cual hacía en función de la propia experiencia y bagaje resultaba apasionante. Semanas después, mi primer casero intentado quedarse con la fianza al decirle que me mudaba, y mis nuevas compañeras de piso intentando obligarme a pagar el cien por ciento de los servicios de la casa aduciendo que era costumbre en el país que el nuevo inquilino lo asumiese al iniciar la estadía,

habían empezado a amargar la experiencia. Entonces, como tantas veces la música vino a rescatarme. “American tune” de Paul Simon se convirtió en una especie de mantra: “*Still you don’t expect to be bright and bon vivant so far away from home...*” (algo así como “en fin, no esperas ser brillante y sibarita, tan lejos de casa”) la frase y la entera canción, un himno a la vida lejos de lo conocido, en particular en su primera estrofa, las he repetido muchas veces en estos años, me han ayudado a no desesperar. A recordar que lejos de casa el mundo es un lugar agreste, te conviertes en un extraño y lo diferente es siempre sospechoso.

Mi viaje hacia Zaragoza, ese en concreto, empezó en Roma, a donde había llegado casi seis años atrás para cumplir un contrato de dos. Las cosas de la vida, esos imprevistos que hacen que nuestros planes y nuestra realidad sean dos líneas casi siempre inconexas, convirtieron los dos en tres, después en cuatro y así. Como casi todas las personas que conozco, me quedé prendado de Roma. Cada día caminar por la ciudad es un encuentro con la magia y con la historia. No se si un romano lo perciba igual, pero los que llegamos a ella, los que no nacimos con el Coliseo o el Panteón o El Foro en la retina, no podemos evitar girarnos a verlos cada día que pasamos ante ellos, cada día que nos perdemos por las callejuelas del barrio judío o entre Via Vittorio y Piazza Navona tenemos la sensación de haber regresado varios siglos hacia una vida que sigue emanando su energía, en particular cuando el sol desaparece y las luces soñolientas del centro histórico recuerdan las paletas de los pintores renacentistas. Si uno puede olvidarse del tráfico, obviar la burocracia, ignorar la pedantería de esa porción de italianos convencidos de que Dios creó Italia y para hacer el resto del mundo envió a sus aprendices, debe haber

pocos lugares en el mundo para vivir que merezcan más la pena. En eso me andaba yo cuando mi socio local, después de tres años de aprovechar su conocimiento del terreno para sacar para sí más beneficio del correcto, decidió que había llegado el momento de apretar un poco más. A veces necesitas verte con el agua al cuello para entender que es el momento de cambiar de rumbos, yo no necesité tanto, pero es cierto que al menos me estaba llegando al pecho... Decidí que aprovechar el momento para evitar el ahogo era la opción correcta, había que dar un salto, quizás cambiar de actividad, pero ¿así de pronto? Regresar a mi profesión se me antojaba complicado en un entorno donde no conocía a nadie del ambiente y volver a reciclarme para empezar de cero me daba un poco de pereza. Así que mejor cambiar también de escenario, pero ¿hacia donde? España no era una opción, éramos demasiados aquí y encasillados bajo un arquetipo. No quería pasarme los siguientes años presentándome: “hola, me llamo Juan, soy ecuatoriano y no trabajo en construcción” nada contra quienes lo hacen, simplemente a mí me interesan otro tipo de disciplinas, y cuando una sociedad te encuadra por tu origen, romper con esa imagen puede ser complicado y dificultarte la consecución de tus objetivos. Me lo sabía bien, mis amigos en Roma decían “hoy me toca hacer de filipino” para indicar que les tocaba limpiar la casa o quedarse de canguros. A primera vista parece gracioso, pero la discriminación empieza por las bromas, o las enumeraciones significativas, aunque parezcan cariñosas (cosas como “hoy vienen Pedro, Luisa, Jaime y el negrito”).

No, España no estaba en mis planes, ni siquiera cuando Amadeo, de vacaciones en mi casa me propuso que viniese a Zaragoza a presentarme a la selección que estaba haciendo su empresa,

prometiéndome que me recomendaría con su jefe, asegurándome que el puesto era ideal para mi, o yo ideal para el, según se mire. Me animé a venir a pasar las navidades con su familia, puesto que no iba ese año a Ecuador, pero venir a Zaragoza... mis planes iban hacia otros lados.

Y de pronto, el mundo dio otro giro y me encontré un buen día llamando a Amadeo, preguntándole si el puesto aún estaba vacante y de pronto, embarque en mi pequeño coche las cosas que me eran indispensables, saliendo de Roma casi de golpe, iniciando un recorrido de despedida que me llevó a Orvieto, Vicenza, Milán, Turín, visitando amigos queridos, preguntándome cuando sería la próxima vez que volvería al lugar que durante seis años llamé mi casa, porque aunque hubo personas que me empujaron fuera, también encontré amigos de esos que empiezas a contar y sobran los dedos de una mano y los escalones que junto a la taberna irlandesa inevitable llevan de Vía del Corso a Vía Urbana tienen la marca de mi cuerpo que se sentó mil veces allí a mirar la arquitectura, a tomar una cerveza con Calogero después de las clases de teatro, a preguntarle a Camila si quería venir esa noche a mi casa. Aún no se bien porque decidí salir de Italia por una vieja carretera secundaria. (La expresión, aunque se refiere específicamente al tramo desde Turín a Niza, puede ser también una alegoría de mi marcha). Volviendo a la carretera, el invierno había empezado y los Alpes no son precisamente una barrera fácil, recuerdo haber prometido que costaran lo que costaran las autopistas, no volvería a dejarlas para hacer experimentos. Inicialmente había pensado detenerme en Cannes o Marsella, pero finalmente decidí que ya había demorado suficiente y cruzar de un tirón toda la Costa Azul, pese a las horas que había perdido zigzagueando entre los Alpes,

fue así como casi sobre las nueve de la noche me detuve en Narbone. Una vez instalado en el primer hotel decente que encontré salí a buscar comida, eran casi las diez, mala hora en una población de provincia que aunque fuera el sur, seguía siendo Francia, Hacía horas que los comensales de la cena habían cumplido el rito y tuve que contentarme con algún picoteo que prefiero dejar en el olvido. A la mañana siguiente, paseando por la ciudad, sentí el deseo de no avanzar más. Sus calles tranquilas y algo en el ambiente me hacían sentirme extrañamente cómodo. El francés que llevaba dos años estudiando me permitía una comunicación relativamente fluida y por un momento jugueteé con la idea de detenerme allí por tiempo indefinido, pero se impuso la previsión y la certeza (si a lo que yo tenía en el bolsillo podía llamársele de ese modo) y seguí adelante, hasta Barcelona, la penúltima etapa de mi viaje.

Ya en Zaragoza, el trabajo no era lo que soñaba, pero mi amigo tenía realmente entrada con su jefe o le caí en gracia, así que casi un mes después, mientras buscaba en Madrid opciones de trabajo, me llegó la llamada que me informaba de que había sido seleccionado. Estuve un año. Lo hice lo mejor que pude y con el entusiasmo que conseguí ponerle que, admito, no fue mucho. Un año en un polígono industrial a quince kilómetros de la ciudad y trabajando con personas que vivían en los pueblos de los alrededores, viajando mucho y regresando a casa tarde, no es una gran ayuda para integrarse en una ciudad nueva. Mi búsqueda de una escuela de teatro o música se saldó con unas cuantas asociaciones de joteros y escuelas para niños. Años después me he preguntado si es que no supe donde buscar, o ha habido últimamente un florecimiento de centros de ocio artístico. Mi primer jefe, quien debía haber realizado los trámites para que yo trasladase mi residencia

y permiso de trabajo de Italia a España, decidió aprovechar mi condición de autónomo italiano para evitarse el engorro y de paso los costes de mi seguridad social, así que un año después me encontraba sin permiso de trabajo español, con una situación de residencia que bordeaba los límites de la legalidad y lo que es más divertido: Sin trabajo. Empecé entonces un breve pero simpático periplo como profesor de inglés, de teatro, de guitarra y encuestador, labor que finalmente me llevó – más o menos – cerca de la experiencia profesional que había abandonado años antes para embarcarme en mi aventura europea.

“Yo lo único que necesito, es una oportunidad de demostrar lo que se hacer” esta es otra de esas frases que me he repetido muchas veces durante estos años. Magdalena me la dio y con ella la posibilidad de resarcir un poco mi autoestima. Cotejar mi conocimiento en un mercado nuevo, teóricamente más avanzado y comprobar que respondía sin rechinar resultó sanador e interesante. De pronto volví a ser un tipo frente a problemas que necesitaban respuestas ingeniosas, de pronto volví a tener equipos de trabajo que coordinar, imprevistos que resolver, proyectos que desarrollar. Sentí que había vuelto. La empresa era pequeña, pero mis posibilidades y mi entusiasmo grandes. De pronto veía perspectivas que me motivaban. Sin embargo, también de pronto, llegó la crisis y la empresa – pequeña – en la que trabajaba, saltó por los aires como tantas otras en los últimos años.

Me tocó otra vez el reciclaje, y en el peor de los escenarios, el que ha llevado al renacimiento de los nacionalismos y las xenofobias, el que brinda terreno a los populismos que venden que el extranjero es el culpable porque viene a robar trabajo y

a aprovecharse de los servicios sociales, sin recordar que esos extranjeros fueron parte de la maquinaria que hizo crecer a los países. En todo caso, un golpe de suerte hizo que un conocido me diese una oportunidad (otra vez, el tronco flotando en medio del naufragio) y allí sigo, cuatro años después, sin haberme ahogado todavía, luego de haber pasado por muchos de los peores momentos de mi vida y también por algunas de las más maravillosas experiencias. Zaragoza no estaba en mis planes, pero está claro que yo entraba en los suyos. Me permitió cumplir el viejo sueño de estudiar el post grado que fue una de mis motivaciones para venir a Europa, me permitió encontrarme otra vez con la literatura y ejercitar la búsqueda de historias que puedan ser contadas, pero por sobre todo, ha sido la ciudad donde descubro la faceta más fantástica que puede tener un hombre: la de ser padre. La ciudad me ha dado mucho, y también me ha quitado. Sigo echando en falta el mar que durante tantos años fue parte de mi cotidianidad, a cambio tengo galachos y riberas del Ebro y Pirineos y una búsqueda constante de equilibrio para dejar atrás las sombras que también son parte de la vida. Aprendí hace ya tiempo que instalado en el confort no se avanza. Quizás sea un consuelo pobre, pero en algunas partes de mi fuero interno sigo pensando que no cambiaría mis opciones, al menos no las macro. Que me siento contento del proceso y del resultado que voy construyendo. Creo que el proyecto ha merecido la pena y que lo obtenido a nivel humano a cambio de que haya sido más duro que haberlo hecho en mi terreno vale la pena. Quizás lo único que extrañe es que después de tantos años aún me cueste encontrar a un zaragozano al que llamar amigo. Alguien me dijo, no hace mucho, que los zaragozanos son amables, pero no acogedores. No me había detenido

nunca a pensar en el hecho, lo reflexioné un poco: Mucha gente me ha sonreído, me ha saludado con simpatía, se ha interesado por mi historia y me ha contado algo, muy poco, de la suya. El temor al encasillamiento que me hizo descartar España como destino posible hace siete años se ha demostrado mucho menos real de lo esperado. En todo caso he comprobado un paradigma físico acampado en la cabeza de mucha gente que me dice que yo no parezco ecuatoriano, “como si los españoles, fueran todos iguales” me vienen ganas de decirles mientras les explico que también en mi país cada región tiene distintos acentos y que los rasgos varían según cual sea la etnia dominante de la mezcla aborígen-afroasiático-europea de la que somos vástagos. Mucha gente me ha demostrado amabilidad, pero creo que todavía me falta quien me invite a su casa, o a acompañarle en una fiesta o una cena, salvo que ya me conozcan de tiempo y sea parte del grupo que realiza la actividad. Imagino que eso era lo atractivo en Perugia: todos éramos extraños buscando formar parte de algo, por eso todos teníamos la apertura necesaria. También es cierto que en Roma si que me encontré con gente que al poco de conocerme me invitaba a compartir su vida como una forma de integrarme a su cotidianidad, de volvernos cercanos. Lo he pensado un poco y puede ser que quien lo dijo tuviera razón: Ser acogedor es otra cosa. Posiblemente por eso creamos ciudades paralelas; que sea una de las razones por las que algunos se encierran en guethos, y los que no, terminamos formando un cordón de extraños llegados de muchas latitudes, dentro y fuera de España, para crear un espacio del cual sentirnos parte.

Mi viaje a Zaragoza

Ibtissam Zouggagh

Eran las cinco y media de la tarde. Clase de informática. El profesor nos mandó hacer un Power Point sobre el SIDA. Éramos treinta en clase y cinco ordenadores de mesa viejos. Una vez formé mi grupo de seis personas, empezamos a dar opiniones de qué puntos íbamos a tratar en el trabajo. El profesor se acercó y puso sus manos encima de mis hombros y escuchando lo que decíamos dijo en voz alta: ¡Ojalá tuviera una hija como tú!

Yo sonreí y seguí con mi trabajo. Algo raro sentía esa tarde. De repente sentía cómo la gente me quería, me apreciaba, era la típica estudiante perfecta, educada, trabajadora y sobre todo afortunada por tener a tanta gente que me apreciaba. Desde luego no estaba dispuesta a cambiar eso por nada.

A la salida, me preguntaba mi amiga que porque parecía triste, que si me encontraba mal. Pero realmente no tenía respuesta pero sí un presentimiento de que algo iba a pasar esa noche. Al llegar a mi casa, me fui directamente a mi oscura habitación, me eche a la cama y en seguida me quedé dormida. Hasta que me despertó el móvil de mi madre. ¡De verdad, ya estás aquí en Meknes! Decía mi madre. Mi corazón latía rápidamente. Pero no podía moverme de la cama. En cuánto escuche los saltos y gritos de mis hermanos supe que aquí se acaba el dulce sueño. Mi padre había regresado a Marruecos y esta vez no para pasar unos días con

nosotros sino para llevarnos con él. No sabía cómo reaccionar, estaba feliz porque iba a ver a mi querido padre pero mi tristeza lo superaba. Tanto tiempo ignorando este momento pero ahora no hay escapatoria. Cogí el móvil de mi madre y le escribí a mi amiga “Mi padre ha llegado a Marruecos y dentro de cuatro días nos llevara a España.”

En cuestión de minutos llego un coche rojo a mi casa, era él, es mi padre, toda emocionada me fui corriendo para abrirle la puerta. Me acuerdo que una vez lo vi me paré unos segundos pensando cómo debería saludarle, era ya una mujercita con 14 años. Pero fue mi padre quien me cogió en brazos. Lo quiero tanto. Después de esa intensa noche. Nos despertó mi padre por la mañana, he de confesar que no estaba acostumbrada, ya habían pasado cuatro años desde que mi padre emigró a España. Nos había hecho una tortilla de huevos y el té ya estaba encima de la mesa. Pero todo eso no conseguía distraer mi mente, era la calma que adelantaba la tempestad. Después del desayuno fuimos a casa de mi abuela en el pueblo, recuerdo que nada más ver a mi abuelita no podía controlar a mis lágrimas, me quedaban tres días para dejar a mi familia, mis amigos, mi instituto, mis profesores, mi vida. Al volver a mi casa encontré tres cartas bajo la puerta, todas llevaban mi nombre. Abrí la primera carta y estaba toda empapada con lágrimas era de mi amiga Mariam, quería verme urgentemente. Y otra de mi vecina que no hablaba mucho con ella pero que quería verme antes de que me vaya. Y la última de mi segundo padre, mi profesor Naser, que me felicitaba por la llegada de mi padre y nos invitaba a toda la familia a su casa que estaba a un par de manzanas de la mía. Tenía que volver a mi instituto, quería verlos y despedirme de ellos por última vez. Pero mi padre me dijo que

teníamos muy poco tiempo y que antes de despedirme de mis amigas y de mi instituto tenía que ir al dentista. Ya que en España era muy caro. El día siguiente conseguí ir a mi instituto, en realidad me escapé ya que mis padres querían despedirse de toda mi familia tios, tias, primos, primas... y yo antes que nada quería despedirme de mi instituto. Me acuerdo que nada más llegar al instituto todo el mundo se puso a grita allí esta Zougagh llamada a Mariam, que viene a despedirse. Hasta ese momento no sabía que todo el mundo me conocía, al llegar a mi clase todas se echaron encima de mí, el profesor de matemáticas suspendió la clase y dejó que todos se expresaran o más bien lloraran, era la delegada de mi clase y realmente me llevaba bien con todo el mundo. Después del discurso del profesor en el me deseó toda la suerte del mundo, me tranquilizó y me dijo que no me preocupase que me iría bien en España. Salimos todos al recreo muchas lágrimas, promesas... me quedo con esa imagen.

17 de febrero de 2007 llegó el día de la partida, no había conseguido cerrar ojo esa noche. Salimos a las cuatro de la madrugada tantas imágenes que flotaban ante mis ojos, hundida en tantas lágrimas. Mis padres intentaban calmarme pero no lo consiguieron al contrario que a mis hermanos Oussama con once años y Soukaina con seis años, enseguida se pusieron muy felices ¿Papá en España hay muchos juguetes verdad? Preguntaba mi hermana pequeña. Yo solo quiero ver el campo de fútbol del Real Madrid, ¿a que me llevarías a verlo papá? La interrumpía mi hermano. Mi padre sonreía a los dos y les decía incha ALLAH! Que quiere decir si Dios quiere. Mis amigas no paraban de hacerme llamadas perdidas y cada vez que sonaba el móvil me ponía tan contenta.

Llegamos a España por la noche del día siguiente a un pueblo en las afueras de Zaragoza llamado Villa franca de Ebro. Había tanto silencio en las calles, que hablábamos muy bajito. Me gustó nuestra nueva casa sobre todo mi habitación. Al día siguiente mi padre me llevó a la única panadería del pueblo para ir todas las mañanas a buscar pan. Yo no entendía nada solo sabía decir hola. Me acuerdo que la panadera nos regaló una tarta de chocolate para darnos la bienvenida al pueblo. Me encantó tanto ese gesto que no paraba de sonreírle. Mi padre le avisó que no hablamos español, pero ella era tan maja que nunca tuvo ningún problema para entender lo que yo quería. Éramos los únicos árabes en el pueblo, y cuando salía sola o acompañada por mi hermano camino a la panadería o a la plaza mayor del pueblo, la gente se asomaba de las ventanas para mirarnos. Eso me recordaba el primer día en que llevé a mi hermano a clase en silla de ruedas. Mi hermano tenía una enfermedad degenerativa de esas raras que poco a poco te van consumiendo. Desde los tres añitos empezó a tropezarse y caerse y así poco a poco hasta que ya no podía caminar. Mis padres habían visitado casi todos los médicos prestigiosos de Marruecos y todos les decían que esa enfermedad no tenía cura. Ese fue el primer motivo que hizo que mi padre dejara el país buscando un lugar donde mi hermano pueda vivir en mejores condiciones. Cuando mi padre dejó Marruecos, mi hermano iba a primero de primaria perdía el equilibrio muchas veces pero todavía caminaba. Al llegar a tercero de primaria, mi hermano ya no podía caminar y además la clase de francés estaba en la segunda planta. Así que mi madre tenía que ir a buscarle siempre en el recreo para cogerlo en brazos y subirlo a la segunda planta. mi madre se fue a hablar con el director para que cambien la clase de francés a la

planta baja y éste dijo con toda la frialdad del mundo que él no podía hacer nada y en todo caso podíamos presentar una queja al presidente de la comarca que es el que puede hacer algo. Mi madre al ser ama de casa y no sabía mucho, prefirió seguir haciendo lo que hacía hasta encontrar otra solución. Los profesores estaban muy indignados con esta situación y más de una vez ofrecieron ayuda a mi madre. Hasta que, el presidente de la asociación de padres del colegio, que era un profesor con privilegios solicitó una silla de ruedas que nos llegó desde la capital Rabat. Ese día fue un día muy especial no solamente para mi hermano sino para toda la familia. Siempre le seremos agradecidos.

Me acuerdo del primer día en que lo acompañe a clase en silla de ruedas yo no podía controlar mis lágrimas mientras mi hermanito se sentía como el rey, la gente se asomaba por las ventanas para verle y le sonreírle. Y sus amigos gritaban ¡Mirad, mirad allí esta Oussama!

Mi hermana en seguida hizo sitio entre los peques españoles, mi hermano también aunque iba en silla de ruedas tenía muchos amigos, y yo, creo que más que su hermana mayor hacía el rol de la madre, mezclando palabras de español con francés y algunas palabras de inglés, siempre conseguía que me entendieran sus profesores en el colegio. No me gustaba salir, ya que la gente me incomodaba con sus miradas así que solo iba a por el pan en la panadería o iba a buscar a mis hermanos del colegio. Y muchas veces en el camino a casa pasábamos por la parada de autobús dónde llegaban todos los jóvenes del pueblo. Mi miraban mal, se reían y hablaban entre ellos de mí. No sé si era bueno o malo el no entenderlos, pero era más que obvio que si tuviera que ir con ellos en el autobús seguramente lo pasaría a pasar mal.

Después de un mes y algo me llegó la carta desde el departamento de educación donde me comunicaron el instituto que me tocó. Yo ya estaba harta de estar en casa, pero no sé si la idea de compartir autobús con esos chicos mi animaba o no. El primer día me llevó mi padre en coche al instituto, él tenía trabajo fijo como soldador y por eso no tenía tiempo ni para mí. Me acuerdo que me acompañó llevando un mono, yo le decía que no podía acompañarme vestido así y él me contestó tranquila hija, aquí en España valoran más a un trabajador y a su tiempo. En la entrada nos estaba esperando la profesora de español, que me dio dos besos y se presentó. No me hacía falta entender lo que me decía me llegaba al corazón su amabilidad. Nos acompañó al despacho del director donde me comunicaron que no podía llevar hijab en el instituto. Yo me sentí muy mal y pedía a mi padre que se lo explicase pero mi padre me pidió quitarlo porque eran las leyes de ese instituto y que en cuánto nos mudemos al centro de Zaragoza no tendré que quitarlo porque cambiare el instituto. Así que me lo quité allí mismo, sintiéndome fuera de lugar. También me explicó que tenía que coger cada día el autobús escolar en la ida y la vuelta del instituto. Mi padre se fue al trabajo y me dejó con la profesora de español que me llevo a mi clase tercero de la ESO, ella me presentó y me sentó con una chica árabe que se llamaba Dalila que va a ser mi primera y mi mejor amiga. Gracias a Dalila al menos tenía con quien hablar, ella me ayudó en todo lo que necesitaba y siempre me traducía lo que me decían. Ella llevaba un año en España. Por eso entendía muy bien mis sentimientos. Pero solamente la podía ver en el instituto porque vivía en otro pueblo y por lo tanto cogía otro autobús. Ir en autobús con los chicos de mi pueblo fue mi peor experiencia en Zaragoza, cuando subía en

el autobús lo primero que hacía es poner mi velo y sentarme justo detrás del conductor ya que era la única manera para que no me molestaran. Y aun así llegaron a tirarme de los pelos, o poner un bocadillo de jamón en mi asiento...

Quedaban pocos meses para acabar el curso por lo que Dalila y yo, nos centrábamos solamente en el español, hacíamos ejercicios de vocabulario, de gramática, formábamos frases en español... etc preparándonos para el año siguiente.

Y efectivamente cuando volvimos a empezar el siguiente año, con la ayuda de nuestro profesor de geografía, que más que profesor era nuestro mejor amigo, pudimos pasar el curso y yo con notas muy altas. Después de ese año, nos mudamos mi familia y yo al centro de Zaragoza donde por fin me sentía muy cómoda y muy a gusto, también hablaba mejor el español y mi hermano estaba estudiando en un colegio especial para discapacitados donde lo trataban muy bien. Aquí en Zaragoza capital, cambio mi vida por completo, aprendí como amarla y como valorar siempre lo que tengo. Todavía quiero mucho a mi familia de Marruecos, y sigo en contacto con algunas amigas mías, pero también he hecho muchas aquí también y actualmente estoy estudiando ingeniería química.

ACERCANDO ORILLAS

HISTORIAS DE VIDA

IX Concurso de Narrativa
sobre experiencias
migratorias en Zaragoza

2013

Edita:

Exmo. Ayuntamiento de Zaragoza
Área de Acción Social, Servicios Públicos y juventud
Casa de las Culturas
Pza. de San Carlos, 4
50071 Zaragoza

ISBN Colección: 84-8069-385-1

Depósito Legal:

Edición: Edición y Gestión DZ S.L.